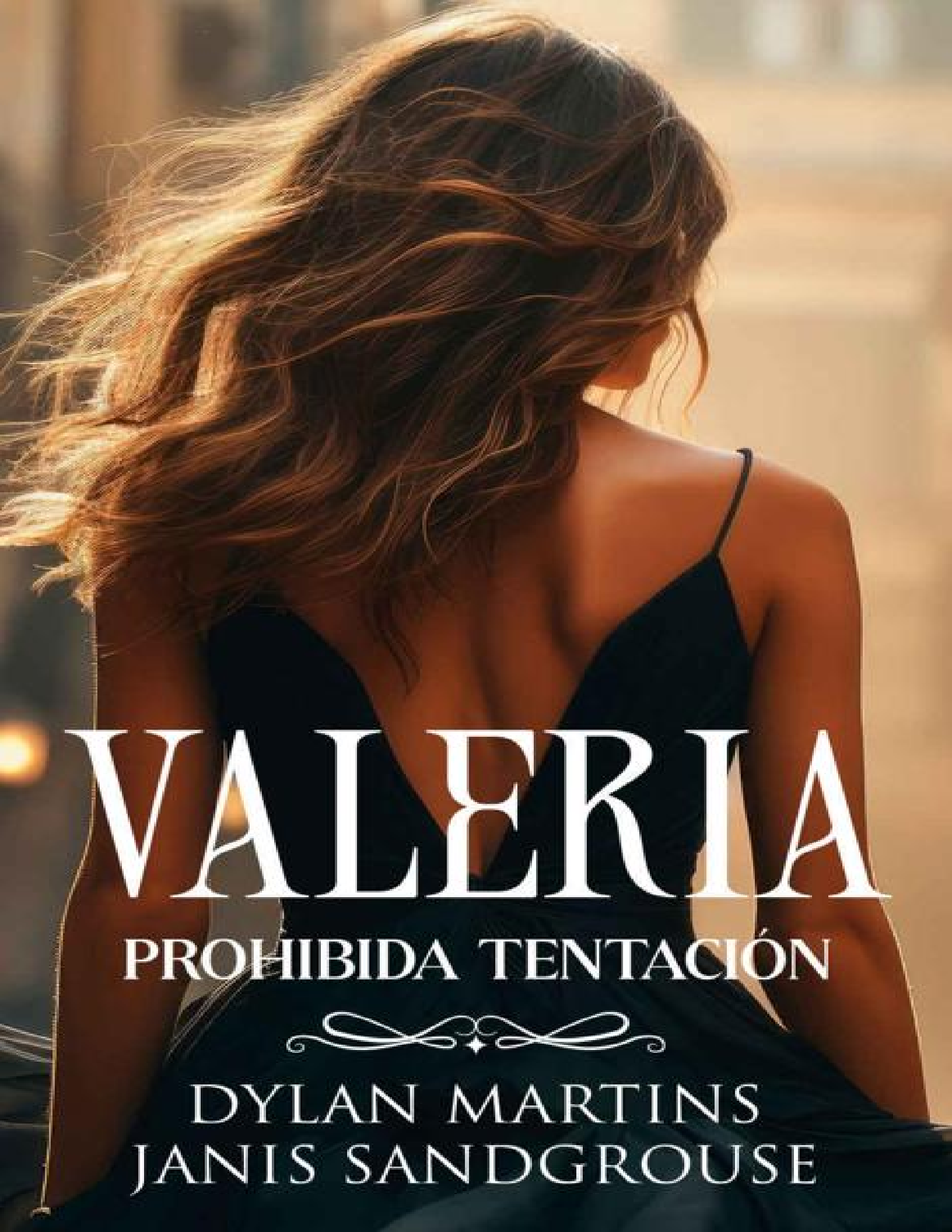

VALERIA
PROHIBIDA TENTACIÓN
DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

VALERIA

PROHIBIDA TENTACIÓN



DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Valeria: prohibida tentación

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©mayo, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Epílogo

Capítulo 1



Valeria

Siempre me había considerado una persona tranquila. No me gustaban las sorpresas, las sorpresas no planeadas, mejor dicho. Prefería las cosas bien organizadas, como mis clases de zumba: un paso tras otro, un ritmo marcado, un ambiente controlado. Claro que eso lo pensaba hasta que él apareció. Alejandro, el hombre con corbata, que se creía demasiado serio para hacer lo que todos nosotros hacíamos aquí en el gimnasio: bailar.

La mañana comenzó como cualquier otra. El sol brillaba intensamente sobre la costa, y la brisa ligera me acariciaba el rostro mientras caminaba hacia el gimnasio. Marbella estaba en su mejor momento: la primavera había llegado con fuerza y las calles se llenaban de turistas que no sabían si caminar por la orilla o perderse en los bares de tapas. Todo en la ciudad vibraba a un ritmo tan relajado que a veces olvidaba que vivía en un lugar tan cosmopolita.

Aquí, todo el mundo parecía tener un destino diferente, pero todos compartían algo: la necesidad de disfrutar del buen clima y de la buena vida. Yo, por mi parte, no necesitaba mucho más que mis clases de zumba y mis alumnas, quienes cada mañana se entregaban con entusiasmo a la danza.

—¡Vamos, chicas, a mover esos cuerpos! —grité a través del micrófono mientras me posicionaba en el centro del gimnasio. A mi alrededor, un grupo variado de mujeres, desde jóvenes hasta algunas más mayores, seguían mis movimientos.

Paqui, la más entusiasta del grupo, se esforzaba por seguirme, aunque sus movimientos eran siempre un poco torpes, lo que hacía todo más gracioso.

—¡Eso es, Paqui! ¡Dale duro! —le grité con una sonrisa, y ella me la devolvió al tiempo que negaba con la cabeza.

Todas seguían el ritmo y mis locuras, porque si algo tenía claro era que, de esto último, me salían solas y a raudales, como decía mi madre.

A lo lejos, en la puerta del gimnasio, vi una figura que no encajaba en el escenario habitual. Un hombre vestido con un traje caro, un traje que probablemente valía más que todo lo que yo ganaba en un mes, se quedó mirando el cartel que decía: "Clase de Zumba: Diversión asegurada". Lo primero que pensé fue: *¿Quién va a venir a una clase de zumba en traje?*

Sin embargo, su presencia fue suficiente para captar mi atención. Era alto, diría que rozaba el metro noventa, moreno, con barba perfectamente recortada, un cuerpo trabajado por el gimnasio y unos ojos azules intensos que observaban todo de un modo muy meticuloso.

El hombre de corbata no parecía muy convencido de lo que iba a hacer, pero seguía ahí, mirándome. Por un momento, me hizo sentir que todo en la clase se detenía, que los movimientos que hacía de forma natural comenzaban a volverse torpes solo por el simple hecho de que estaba siendo observada por alguien tan… diferente. Era como si de repente todo el ambiente de la clase cambiara.

—¡Hola! ¿Necesitas algo? —le pregunté, deteniendo momentáneamente la coreografía y caminando hacia él.

El hombre me miró un poco confundido, como si se diera cuenta por primera vez de que lo había estado observando.

—Eh… no estoy seguro de qué hacer —dijo con una sonrisa incómoda, como si estuviera buscando una salida.

—¿Nunca has probado zumba? —curioseé, sin poder evitar una sonrisa divertida ante su expresión. Este tipo definitivamente no tenía ni idea de lo que estaba pasando en este instante.

—No, la verdad es que… nunca. Creo que soy un caso perdido —dijo, rascándose la cabeza, y me reí.

—Bueno, es tu oportunidad para aprender. No muerde —le dije, señalando una de las últimas filas vacías del gimnasio.

Él dudó por un momento, pero luego, con una sonrisa algo nerviosa, decidió unirse a la clase. No podía dejar de pensar lo extraño que se veía

allí, vestido con su traje de ejecutivo, rodeado de mujeres en ropa deportiva y zapatillas. Aun así, me extrañaba que no se fuera, que se quedara a pesar de lo fuera de lugar que parecía.

Mientras continuábamos con la clase, me di cuenta de que la torpeza de Alejandro, sí, le puse ese nombre en mi cabeza, porque realmente me parecía un "Alejandro", no solo era visible en sus pasos, sino también en su actitud. Intentaba seguir el ritmo, pero sus movimientos no eran ni coordinados ni fluidos. Sin embargo, había algo en su mirada que me mantenía intrigada. Aunque parecía incómodo, no se rendía.

—Vamos, ¡más energía, más ritmo! —les grité a todas las alumnas mientras seguíamos moviéndonos al ritmo de Don Omar, tratando de motivar al grupo, pero de alguna manera, mis ojos no podían dejar de volver a Alejandro.

Algo en él me llamaba la atención. Y no era solo que se viera raro con ese traje; era esa extraña mezcla de inseguridad y decisión que emanaba de él. Algo en su forma de ser me hacía sonreír sin querer.

Al finalizar la clase, cuando el grupo ya se había dispersado y algunas alumnas me agradecían por la energía de la sesión, Alejandro se acercó. Ya no llevaba esa cara de incertidumbre, aunque todavía se notaba que no estaba seguro de cómo manejar lo que acababa de vivir.

—Bueno, supongo que lo he hecho mejor de lo que esperaba —dijo, intentando darme una sonrisa que no estaba del todo segura de si era auténtica o no.

—No, lo hiciste genial —respondí sin pensarlo. *¡Mentira!*, pensé. ¡Era un desastre! Pero bueno, con el entusiasmo que le puso, no lo podía dejar en ridículo.

—Lo que no me vas a creer es que estoy pensando en volver mañana —dijo un poco más relajado.

—Pues me parece una gran idea —respondí, aunque una parte de mí se preguntaba por qué este hombre quería seguir viniendo—. Pero para la próxima vez, puedes dejar la corbata en casa —añadí con una sonrisa pícara, y él se rio.

—Lo tendré en cuenta —respondió, mientras se alejaba—. Gracias por la clase.

—De nada —dije mientras veía cómo salía del gimnasio.

¿Qué demonios estaba pasando?, me pregunté, mientras trataba de sacudir la sensación de confusión que me había dejado ese encuentro.

Nunca había conocido a alguien como él. Era extraño. No me gustaría que fuera solo otro de esos tipos aburridos con los que trataba en mi trabajo a diario. A veces pensaba que me había acostumbrado demasiado a mi zona de confort. Pero este hombre, con su corbata, su inseguridad y su risa nerviosa… me había dejado un poquito descolocada.

Pero, a medida que pasaban los minutos, esa sensación rara seguía allí. ¿Quién diría que un hombre con traje y corbata en mitad de una clase de zumba podría hacerme sentir tan extraña?

Esa tarde, después de la clase, me quedé sola en el gimnasio recogiendo esterillas y botellas olvidadas. Aún tenía en la mente la imagen de ese hombre con sonrisa a medias. Me había causado gracia, pero también algo más. No quería admitirlo, pero sí, me pareció atractivo. No físicamente, o no solo eso, sino por esa forma de estar fuera de lugar con tanta seguridad. Como si supiera que no encajaba y, aun así, decidiera quedarse.

Cogí el móvil, revisé los mensajes, ninguno interesante. Abrí WhatsApp y vi que tenía un audio de Marina, mi prima de Madrid, ejecutiva, directora en la empresa familiar, lista como un demonio y últimamente más silenciosa de lo habitual. Pulsé *Play*.

—*Hola, Val* —escuché su voz—. *Nada, solo quería saber cómo estás. Estoy teniendo unos días un poco... raros. ¿Podemos hablar cuando tengas un rato?*

Fruncí el ceño. La voz de Marina era un radar emocional. Siempre controlada, nunca melodramática. Pero ese tono… me olía raro, y le marqué de inmediato.

—¡Ey! ¿Qué pasa contigo, madrileña desaparecida?

—¡Valeria! Gracias por llamar… es que necesitaba hablar con alguien que no fuera mi madre, mi hermano o mi pareja —dijo, con una risa algo forzada.

—Mmm, ok. Esa lista me da pistas. ¿Qué pasa con el novio?

Silencio. Breve, pero el tipo de silencio que gritaba.

—No es que pase algo... exactamente —respondió, con ese tono que usaban las mujeres inteligentes cuando no querían dar detalles aún.

—Marina, si me vas a soltar una bomba, mejor hazlo ya, sin envolverla en papel de regalo. Te conozco. ¿Te casas o estás embarazada? —pregunté,

pero para quitar algo de hierro y drama al asunto, y ella suspiró.

—No es una bomba. Es… Que estoy cansada, agotada. Todo es rutina. Trabajo, casa, cenas incómodas. Tengo treinta y dos años y siento que ya viví todo lo que iba a vivir. Y no me gusta esa sensación.

—¿Y el abogado rubio este que tienes? ¿Cómo se llama…? ¿Mario?

—Mauro —me corrigió.

—Ese mismo. ¿Problemas con él?

—No sé. Siento que estamos juntos por... inercia. No hay drama, pero tampoco hay pasión. Ni conversación. Ni esas ganas locas de verse que deberían estar ahí.

—¿Y qué haces ahí todavía?

—No lo sé. A veces me pregunto si soy yo la que está rota.

—No lo estás —dije con firmeza—. Lo que estás es aburrida. Estás atrapada en una rutina que te está comiendo viva. ¿Sabes qué necesitas?

—Ilumíname, gurú de la zumba emocional.

—Un fin de semana conmigo. Vente a Marbella. No tienes que hacer nada más que traer un bikini, dejar al abogado cuidando su ego y venirte a desconectar.

—¿A Marbella? ¿Ahora?

—Cuando puedas. No lo pienses mucho. Vente a ver el mar, a que te dé el sol en la cara y a bailar conmigo si te animas. Ya tienes mi cama de invitados y la botella de vino abierta.

Marina dudó, pero conocía ese suspiro: el que soltaba cuando ya había dicho que sí sin querer decirlo.

—¿Sabes qué? Me lo voy a pensar muy en serio. Mañana organizo todo y te llamo. Necesito aire. Necesito hablar contigo más de una hora sin interrupciones.

—Perfecto. Aquí te espero, prima. Marbella te va a hacer bien, y yo también —sonreí.

—Desde luego, lo que no arregles tú conmigo, no lo arregla nadie —rio.

—Pues eso, una maletita, y dos días con tu prima. O tres, que total…

—Ya veré cuánto tiempo voy. Te quiero, cariño.

—Y yo, prima.

Colgué, y por un momento me quedé mirando el techo del gimnasio, aún encendido. Pensé en Marina, atrapada en esa vida encorsetada que yo también había vivido. Y luego pensé en el tipo del traje, Alejandro, lo

seguía llamando así en mi cabeza. Y me pregunté si realmente había sido tan torpe... o si había algo más en esos pasos descoordinados. Algo de alguien que, como Marina, estaba harto de vivir una vida que ya no sentía propia.

Capítulo 2



Alejandro

No sabía en qué momento de mi vida me convertí en el tipo que terminaba en una clase de zumba en Marbella, pero puedo asegurar que no fue por voluntad propia.

La historia oficial, la que mi madre tejió con delicadeza y chantaje emocional, decía que estaba enferma, que “necesitaba a su hijo cerca”. Lo que no dijo, claro, es que su diagnóstico incluía una combinación de aburrimiento crónico, menopausia tardía y la urgente necesidad de que yo "hiciera algo con mi vida". Como si dirigir una de las agencias de inversión más agresivas de Europa desde los veintiocho años no calificara como “algo”.

Pero ahí estaba yo, Alejandro Santamaría, hijo único de una familia madrileña que nunca conoció el concepto de sufrir escasez, intentando no morir de una crisis existencial en la Costa del Sol.

Llevaba menos de una semana en Marbella y ya me picaba todo. El mar, la arena, la gente relajada que parecía no tener más problemas que elegir entre tinto de verano o mojito. Todo me parecía... innecesariamente feliz. Yo era más de grises elegantes, silencios productivos y camas de hotel donde no tenía que ver la cara de nadie por la mañana.

Y, sin embargo, ahí estaba. Entrando a un gimnasio con aire acondicionado muy mal calibrado, vestido con mi traje de *Hugo Boss* y con la expresión de quien había cometido un error, pero todavía no se había dado cuenta.

Mi madre me había “apuntado” a varias actividades para “socializar”, como si fuera un *Golden Retriever* jubilado. Lo que no me dijo es que una de esas actividades sería zumba. Zumba, por Dios. Me dieron ganas de prenderle fuego al papel del cronograma.

En fin. Me quedé parado en la puerta del gimnasio, mirando un cartel chillón que rezaba: *“Clase de Zumba: Diversión asegurada”*. Mentira número uno.

Dentro, un grupo de mujeres, la mayoría con más energía que las pilas *Duracell*, se movían al ritmo de una música latina que podría haber sido usada como método de tortura psicológica para cualquiera a quien no le gustara. Al frente, una mujer. Metro sesenta y cinco, piel canela, pelo largo y rizado castaño claro, ojos marrón miel, cuerpo tonificado y mirada de mando militar disfrazada de sonrisa de anuncio. Gritaba cosas como *“¡Vamos, Paqui, mueve esas caderas!”*. Y Paqui, bendita sea, movía las caderas como si la vida le fuera en ello.

Entonces ella me vio. La monitora. Me observó como si yo fuera un unicornio en una carnicería. Caminó hacia mí con el aplomo de alguien que no conocía el fracaso. Tenía un aura de control absoluto, y eso, lo admito, me descolocó. Nadie, absolutamente nadie, me sacaba de mi eje, pero ella lo hizo.

—¿Hola? ¿Necesitas algo?

Sí, dignidad, pero se me quedó en el Bentley.

—No estoy seguro de qué hago aquí —dije con esa sonrisa profesional que usaba en juntas de inversores cuando querían preguntarme por "riesgos éticos".

—¿Nunca has probado zumba?

La pregunta me pareció una provocación, y por un momento consideré decirle que yo prefería ejercicios más… privados. Pero algo en su tono me detuvo. Sarcasmo fino. Directa, pero con chispa. Me recordó un poco a mí, pero con leggins.

—No, creo que soy un caso perdido.

Ella sonrió. No sé si fue por lástima, por burla o porque realmente se lo estaba pasando bien. Señaló el fondo del gimnasio como quien le mostraba a un perro dónde debía sentarse.

—Bueno, es tu oportunidad para aprender. No muerde.

Y entonces, por razones que ni Freud ni Lacan podrían explicar, me uní a la clase.

No sabía qué fue peor si mi intento de seguir los pasos o la sensación de que el traje absorbía cada gota de sudor y la convertía en vergüenza líquida. El ritmo no era lo mío. Las coreografías tampoco. Y ni hablemos de "soltarme". Yo no me soltaba, ni en fiestas, ni en la cama, ni mucho menos en un gimnasio lleno de mujeres que me miraban como si hubiera entrado por error a una convención de *Tupperware*.

Pero seguí, porque algo en esa mujer, Valeria, supe su nombre cuando una de las mujeres, medio desmayada, la llamó; me desafiaba. No con malicia, sino con ese tipo de autoridad que no se imponía, se conquistaba. En algún punto, me di cuenta de que me estaba riendo, internamente, claro. Exteriormente mantenía la compostura de quien no tenía ni idea de qué demonios estaba haciendo con su vida.

Cuando terminó la clase, me acerqué. No tenía un plan. Solo sabía que no quería irme aún, por lo que aproveché cuando el grupo ya se había dispersado para hablar con la torturadora, perdón, la monitora.

—Bueno, supongo que lo he hecho mejor de lo que esperaba —dije, con una sonrisa de medio lado.

—No, lo hiciste genial —respondió ella. Y yo, que había leído más mentiras que cualquier político en campaña, supe que estaba mintiendo. Pero la forma en que lo dijo, con esa pizca de ternura, casi me hizo creerlo.

—Lo que no me vas a creer es que estoy pensando en volver mañana —contesté, y ni sabía por qué, porque esas palabras habían salido solas de mi boca.

—Pues me parece una gran idea —contestó con una sonrisilla, que me dio la sensación de que era del tipo que no se creía lo que estaba escuchando—. Pero para la próxima vez, puedes dejar la corbata en casa —añadió con una sonrisa más pícara esta vez, y yo me reí.

—Lo tendré en cuenta —respondí, mientras me alejaba—. Gracias por la clase.

—De nada —dijo sin perder la sonrisa, que no iba a mentir, me parecía preciosa.

Y me fui caminando hacia la calle como si no acabara de desintegrar todo mi sistema de defensa personal con una clase de zumba.

Salí del gimnasio caminando despacio, como quien no quería admitir que estaba huyendo. La humedad de la Costa del Sol se me pegaba en la espalda y el traje, arrugado y húmedo, parecía susurrarme al oído: *"te lo advertí"*.

Lo primero que hice al salir de allí fue quitarme la corbata. Lo segundo, cuestionar todas mis decisiones vitales de los últimos cinco años.

Caminé hasta mi coche, encendí el motor y me quedé allí sentado, con las manos en el volante, mirando por el parabrisas empañado. No entendía qué carajo me pasaba, una clase de zumba no debería remover tanto. Pero no era la clase, era ella. Valeria.

Controladora hasta el alma y, sin embargo, con una energía que me desconcertaba. Un tipo como yo no debería sentirse atraído por eso, al menos, no tan rápido. La atracción era un asunto que solía manejar con frialdad quirúrgica: un escaneo rápido, análisis de compatibilidades físicas, poca conversación, contacto limitado y gracias por participar. Pero con ella, algo se me movía. Y no, no me refería a las caderas.

Suspiré, encendí un cigarrillo que no tenía intención de terminar y puse el coche en marcha. Me quedaban aún demasiados días en Marbella, y eso, al menos, me daba margen de maniobra.

Y lo peor de todo, ese momento en la clase de zumba en la que yo desentonaba, no fue el sudor propio y ajeno, ni los gritos de motivación, sino esa sonrisa de la monitora, como si hubiera disfrutado viéndome fallar. Como si le resultara simpático. O peor…interesante.

La última vez que una mujer me miró así, terminé firmando la hipoteca de un dúplex que no quería, en una relación que duró exactamente el tiempo que tardó en llegar el primer recibo del IBI.

Y lo más retorcido es que esa sonrisa me dejó pensando.

Crucé Marbella maldiciendo a mi madre entre dientes: "Solo una clase, Alejandro". "Conoce gente normal, Alejandro". "No todo en la vida es trabajo, Alejandro". ¡Por supuesto que no todo era trabajo! También había cenas incómodas, retiros de yoga obligados y ahora esto: *zumba*.

Cuando llegué a la casa de mi madre, ella ya me esperaba en la terraza, con una copa de champán rosado y un sombrero tan ridículamente grande que podía proyectar sombra sobre tres generaciones.

—¡Mi amor! —exclamó, como si viniera de conquistar París y no del infierno aeróbico.

Me dio un beso al aire, como buena exmodelo convertida en "embajadora de estilo de vida". No me preguntes qué significa eso. Según ella, vivía de recomendar cosas caras que nunca pagaba.

—¿Y bien? —preguntó, cruzando las piernas como si estuviéramos en una entrevista con Vogue— ¿Qué tal la clase?

—No me he sentido más fuera de lugar en toda mi vida —respondí, lanzándome al sillón como un ejecutivo caído en combate—. Estaba rodeado de señoras hiperactivas con pantalones fluorescentes y una monitora que me miraba como si pudiera oler que vengo del mundo financiero —volteé los ojos.

Ella se rio. Y cuando mi madre se reía así, tan leve, tan delicadamente cruel, sabía que estaba jodido.

—Seguro que ha sido divertido.

—Si por "divertido" entiendes sentir que tienes dos pies izquierdos y un alma en huelga, entonces sí, divertidísimo —resoplé.

—Vamos, Alejandro, necesitabas salir de tu zona de confort y dejar de controlarlo todo. Tienes treinta y cinco años, hijo. Has estado demasiado tiempo encerrado entre exámenes, y ahora entre contratos y mujeres que parecen clones en diferentes tonos de beige. Te hace bien conectar con la gente real.

—¿Gente real? —bufé— Una señora llamada Paqui me tocó el brazo mientras decía: "Si no lo sientes en las caderas, es que no estás vivo". He visto menos intensidad en una crisis diplomática.

—¿Y la monitora? ¿Cómo se llama? Valeria, ¿no? —preguntó, y la miré entrecerrando los ojos.

—¿Tú la conoces?

—Marbella es pequeño, cariño. Yo la seguía en redes. Muy mona. Tiene carácter, ¿verdad?

—Tiene carácter, sí. Y sentido del ritmo. Cosa que yo, evidentemente, no tengo.

Ella sonrió satisfecha, como si acabara de confirmar una sospecha.

—Te hace bien que te saquen de tu pedestal de mármol, hijo. A veces tienes cara de estatua griega.

—¿Es un halago? —Arqueé la ceja.

—Depende de si la estatua baila.

Suspiré, sabiendo que intentar tener una conversación lineal con mi madre era como jugar ajedrez con una gata con bótox. Te desarmaba sin despeinarse.

—¿Sabes lo que necesito ahora? Una ducha y una copa de whisky.

—No, lo que necesitas es acompañarme a una fiesta el sábado —dijo tan tranquila mientras se acercaba su champán para dar un sorbo, y la miré con horror.

—¿Otra? ¿De qué va esta? ¿Champán con *influencers* veganos o retiro espiritual de gente que solo come en blanco y negro?

—Nada de eso. Es una gala benéfica. Arte, moda, donaciones. Un evento precioso, y van personas importantes, muy importantes. Además, me están grabando para un reportaje sobre "mujeres que inspiran".

—¿Y yo qué pinto ahí?

—Eres mi acompañante. Mi hijo exitoso. Mi carta de credibilidad emocional.

—¿Emocional?

—Claro. ¿Qué tipo de madre *influencer* sería si mi hijo no apareciera conmigo en un evento lleno de cámaras, con ese aire de hombre que podría invertir en la reconstrucción de Notre Dame?

—Me niego —dije, cruzándome de brazos.

—Llevaré tu whisky favorito —añadió sin mirarme.

—No bebo en eventos.

—Habrá sushi.

—No como pescado crudo con desconocidos.

—Invitaré también a Valeria.

Me quedé en silencio. La miré con el entrecejo fruncido, y ella sonrió.

—No lo harías.

—Oh, claro que sí, es encantadora, y tú necesitas… suavizarte un poco. Volver a ser humano. Recuerdas cuando te reías, ¿no?

—Fue hace mucho, justo antes de mi último consejo de administración.

Ella se levantó con la elegancia de una reina y me lanzó una servilleta perfumada.

—Piénsalo. Puedes ducharte, beber y lucir tu traje italiano mientras caminas al lado de una mujer admirable que no tiene idea de cuántos ceros hay en tu cuenta. A lo mejor eso te salva de ti mismo.

—O me lanza a una crisis existencial —murmuré.

—Mejor eso que morir de aburrimiento.

Suspiré de nuevo. Otra vez esa sensación de que, aunque creía que tenía el control de mi vida, en realidad, era una ficha más en el tablero de mi madre. Una reina de ajedrez vestida de Chanel.

Y lo peor era que probablemente iría a esa fiesta.

Y tal vez, solo tal vez, quisiera ver a Valeria fuera de esa clase y llevando algo que no fueran leggins.

Una ducha larga, de esas que reconfortaban, un vaso de agua con azúcar que Celia me había dejado en la cocina para evitar las agujetas, según mi madre, y un whisky que me llevé al despacho para ponerme a hacer algo de provecho con mi trabajo.

Y así se me fue el resto del día, alimentándome gracias a Celia, que me traía algo para que no me muriera de hambre. Hasta que llegó la noche y me metí en la cama, como siempre, mirando el techo unos minutos, recordando…

A veces me despertaba en medio de la noche y todavía la veía. Clara. El perfume de jazmín. La forma en que pronunciaba mi nombre cuando quería algo. Fue la última mujer con la que pensé en casarme. Error. El más grande. Me dejó. Bueno, no me dejó, me destruyó y luego se fue. *"No eres tú, Alejandro, es tu incapacidad de amar"*, dijo. Como si ella fuera Santa Teresa de Calcuta con lencería cara.

Desde entonces, el amor pasó a ser un tema que dejé en modo avión. Sexo libre, emociones con límite de contrato. El romanticismo lo guardé en un cajón, junto con algunas fotos de cuando mis padres estaban felices y yo era un niño amado. Pero a veces, solo a veces, me descubría mirando a una mujer como Valeria y preguntándome si ese cajón aún tenía llave.

Esa noche no dormí, no por ella, ni por la zumba. Era esa sensación rara de haber sido sacado de mi guion. Yo controlaba mi vida al milímetro, desde el café que tomaba hasta la hora exacta en que tenía sexo, sí, eso también se podía programar. Pero esa mañana, en esa clase ridícula, alguien rompió la secuencia. Y lo hizo con un micrófono rosa y un "¡Vamos, Paqui, mueve esas caderas!".

Maldita sea, tenía que volver, pero no por el baile.

Por ella.

Capítulo 3



Valeria

La clase de zumba de hoy iba bastante normal, hasta que, claro, Alejandro volvió. Y, por alguna razón, me pareció que sus pasos estaban mucho más coordinados. O tal vez solo estaba mejor preparado para hacer el ridículo. De cualquier forma, estaba claro que se sentía más cómodo. Pero lo que no esperaba era que esa comodidad me sacara de mi zona de confort más de lo que me gustaría.

Mi día comenzó como todos los demás: café, gato, gimnasio. Aunque, en el fondo, había algo que me rondaba la cabeza desde la mañana anterior. Algo que me hacía revisar mi agenda como si tuviera que prepararme para algo que no sabía muy bien qué era.

La llegada de Alejandro, (a quien llamaría así hasta saber su nombre de verdad) a la clase, me hizo sentir como si el mundo hubiera cambiado de repente, y ahora cada movimiento que hacía parecía estar siendo observado más de lo normal.

No es que me importara mucho, normalmente era el centro de atención cuando daba clases, pero ahora había algo distinto. Algo… ¿Extraño? Ay, Valeria, no pienses demasiado en eso, solo es un tipo raro que viene a clase a intentar hacer ejercicio, no hay más.

Pero, como si el universo estuviera jugando conmigo, ahí estaba, puntual. Su presencia en la puerta del gimnasio era como una señal, como si ya supiera que mi día no podría ser igual que los demás.

—¿Hoy tampoco me voy a salvar del ridículo? —me preguntó con una sonrisa torcida mientras entraba al gimnasio, ya sin la corbata que había usado el día anterior. Había optado por una camiseta más casual, pero igualmente bien planchada. *¿De verdad necesitaba ser tan perfecto?*, pensé, mientras me acercaba a saludarlo.

—Si lo deseas, puedes saltarte la clase, pero no prometo que no te perderás algo realmente divertido —respondí con una sonrisa pícara. No pude evitarlo. Algo en la forma en que hablaba me hacía querer bromear con él, provocarlo un poco.

Claro que, en el fondo, también me hacía sentir incómoda, como si hubiera una parte de mí que no quería que él se quedara tan cerca.

—Me niego a rendirme —dijo, ocupando su lugar en la fila trasera. Parecía decidido, incluso confiado, lo cual fue un cambio respecto a ayer. Esto iba a ser interesante, pensé mientras me preparaba para dar la clase—. Por cierto, me llamo Alejandro, por si tienes que gritarme eso de… "¡Mueve esas caderas!" —y me reí.

—Encantada de conocerte, Alejandro —contesté con una sonrisa, porque no me había equivocado con su nombre.

La clase comenzó y, para sorpresa mía, Alejandro no era tan torpe como la vez anterior. Sí, todavía tenía algunos tropiezos, pero parecía estar entendiendo los movimientos. Al principio, seguía el ritmo de la música de manera más bien cautelosa, pero, poco a poco, sus movimientos se volvían más fluidos, más naturales. De alguna manera, esa actitud que tenía de querer encajar, de no rendirse, empezó a parecerme… atractiva. Y yo trataba de no pensarlo demasiado.

—¡Eso es, más ritmo! —grité a todo el grupo, animándolos. Mi voz resonaba por toda la sala, y mis ojos se posaron en él, por un segundo más de lo que debía. ¿Por qué no podía dejar de mirarlo? Me preguntaba a mí misma. Había algo en su manera de moverse que me parecía tan… fascinante.

Cuando la música cambió a algo más rápido, Alejandro intentó seguir el paso con más energía. Esta vez, no se tambaleó ni una sola vez. En lugar de tropezar, comenzó a moverse con confianza. ¿De dónde había salido esa seguridad? Pensaba mientras lo observaba.

—¡Mira quién se ha convertido en un profesional! —dije en voz alta, sin pensarlo, mientras él se adelantaba a la coreografía. Las chicas de la clase

se rieron, y Alejandro sonrió, un poco orgulloso de sí mismo.

—Solo lo estoy intentando —respondió con humildad, aunque sus ojos brillaban de emoción. Qué adorable. Era increíble cómo alguien tan serio podía ponerse tan emocionado por algo tan simple.

—Valeria, es que tú eres única para hacer que todo el cuerpo se nos mueva solo —dijo Lolo, la más mayor de todas las alumnas, una jubilada de setenta años que tenía más marcha que nadie que yo conociera, y era fan incondicional de Maluma.

—Yo de mayor quiero ser como tú, Loli, qué energía tienes, por Dios —comentó Nuria, una niña adorable. Tenía veinte años y era *influencer*, venía a clase para divertirse y las grababa todas, así que entre sus redes y las mías, pues me conocía toda Marbella.

—Tú, y todas —escuché que decía Paqui, divorciada de cuarenta y ocho años que aún creía en el amor y quería encontrar al hombre de su vida, por no hablar de que estaba empeñada en presentarme a su sobrino—. Con menos edad que ella, muchas estamos ya al borde del desmayo, y Loli ni se inmuta.

—Eso es por mi Manuel, que me da mucha vidilla —rio Loli.

—Madre mía, si es que encima la tía tiene sexo, y yo estoy a dos velas —dijo Paqui, y miré a Alejandro, que sonreía levemente, pero un poco sonrojado.

—A ver, señoras, que tenemos a un caballero aquí que se nos puede escandalizar —les recordé.

—Escandalizar, dice —resopló Loli—. Con esa percha que tiene, este se las lleva de dos en dos a mover las caderas, y no me refiero al baile.

Acabamos riendo, incluso Alejandro, pero por cómo vi su mirada, algo me decía que nuestra querida Loli no iba muy desencaminada.

Cuando la clase terminó, todos se dirigieron hacia la salida, pero Alejandro se quedó atrás, como si no quisiera irse tan rápido. Se acercó lentamente mientras guardaba mi botella de agua.

—¿De verdad me estás diciendo que no soy tan mal bailarín como ayer? —me preguntó con una sonrisa divertida, como si aún no pudiera creerlo.

—Bueno… —dije, con una sonrisa cómplice— No quiero decir que seas un experto, pero hoy has superado mis expectativas.

Él soltó una risa baja, y ese simple sonido mandó algo a mi cuerpo.

—Eso ya es un avance, aunque, admito que no pensé que dirías eso tan pronto. Es mi segunda clase.

—No te emociones demasiado —le advertí en tono juguetón—, todavía necesitas practicar un montón para alcanzar el nivel de mis alumnas —y miré a Paqui, que saltaba de un pie a otro cerca de la entrada—. Pero te tengo que decir que lo has hecho mejor que muchos que vienen aquí pensando que la zumba es solo un 'paseo'. ¿Vas a seguir viniendo? —curioseé, porque la verdad es que no era el tipo de alumno habitual en estas clases.

—Tal vez —dijo, mirando hacia el techo como si estuviera pensando en algo—. Si te soy sincero, hay algo divertido en esto y necesito algo de diversión en mi vida de vez en cuando, según me han dicho.

—Pues si buscas diversión, con todas ellas la encuentras seguro —sonreí.

—Ya me he dado cuenta. ¿Loli siempre es tan enérgica?

—Mucho más, pero hasta que coja confianza contigo, será un poco más comedida —rio.

—No será porque me ven como un mal tipo, ¿no? Porque, aunque no te lo creas, no soy tan malo cuando me lo propongo.

—Eso ya lo veremos —respondí, antes de que pudiera agregar algo más —. Nos vemos, Alejandro —y me di la vuelta antes de que pudiera responder.

¿Qué estaba pasando? Pensaba mientras recogía mis cosas. Él estaba tomando esto más en serio de lo que pensaba. Y aunque no lo quisiera admitir, algo en mí quería seguir viéndolo aquí. Tal vez la clase de zumba sea la última cosa que alguien con una vida tan estructurada como la de él esperaría hacer, pero... ¿Sería tan extraño que él empezara a disfrutar de esto tanto como yo?

Cuando salí del gimnasio, me sentí extraña. Por un lado, había disfrutado de la clase, pero, por otro lado, me sentía un poco más confundida de lo que pensaba. Alejandro ya no era solo un "hombre con corbata" para mí. Algo había cambiado. Tal vez sea hora de admitir que, sí, estoy interesada en este hombre. Pero, ¿realmente quería eso?

Me subí al coche y mientras conducía de camino a ver a mis padres, iba cantando una de las canciones que me gustaban y con la que solía dar las clases.

La casa de mis padres estaba a quince minutos del gimnasio. Si no había tráfico. Si no había turistas. Si no había Paqui contándome su drama con su exmarido mientras me detenía en la puerta del coche. Porque sí, ella siempre se acercaba para contarme algo, y lo que nunca cambiaba era que su ex siempre fue un "psicópata manipulador con alma de topo", según ella. No sabía qué significaba eso, pero sonaba muy grave.

Llegué con las gafas de sol puestas y el moño alto aún en su sitio, gracias a la laca industrial que me dejaba el pelo tieso, como decía mi madre.

Mi madre, cómo no, ya tenía la puerta abierta antes de que tocara el timbre. No me preguntes cómo lo hacía. Es como si supiera exactamente el momento en que iba a llegar. Aunque yo sospechaba que tenía un dron invisible sobrevolando la zona, o un sensor de madre del que yo carecía, al menos de momento.

—¡Mi niña! —exclamó, dándome dos besos exageradamente ruidosos— Estás más delgada, ¿estás comiendo bien? ¿Te estás alimentando solo de endorfinas otra vez?

—Hola, mamá, yo también me alegro de verte —respondí mientras entraba, dándole mi bolso, como siempre, aunque ella siempre dice que no me lo iba a cuidar.

Mi madre no necesita excusas para hacer drama con amor. Yo decía: "tengo algo de trabajo" y ella escuchaba: "he dejado de comer, dormir y estoy al borde de una depresión silenciosa".

Papá estaba en el salón, con el periódico. En papel. Porque sí, él seguía leyendo noticias impresas. Y comentándolas como si estuviera en un debate de la BBC.

—Valeria, hija, ¿has visto esto? El precio del aceite, ¡es un atraco! Esto ya no es economía, es delincuencia organizada.

—Hola, papá. Qué alegría, qué entusiasmo. Veo que seguimos optimistas —sonreí mientras me acercaba para darle un beso en la mejilla.

—No hay espacio para el optimismo cuando el litro de aceite vale más que un *gin tonic* en la Milla de Oro —sentenció, muy serio.

Miré a mi madre y sonreía al tiempo que negaba. Nos sentamos a la mesa. La comida ya estaba servida. Pescado al horno con patatas y unas verduras, especialidad de mi madre. Tradición, carbohidratos y amor encubierto en cada bocado. Me llené el plato antes de que ella me lo hiciera. Porque lo haría y pondría el doble.

Mis padres eran mi pilar, mis dos héroes, esas personas en las que quería convertirme algún día, enamorada hasta la médula y compartiendo el futuro.

Mi padre, Luis, siempre fue un hombre muy trabajador, y a sus cincuenta y ocho años seguía al pie del cañón, como él decía, trabajando como encargado de mantenimiento en uno de los mejores hoteles de la ciudad.

Carmen, mi madre, por su parte, con cincuenta y tres años era una de las mejores costureras y modistas, y aunque no hacía vestidos de grandes marcas, muchas eran las clientas que confiaban en su buen gusto para confeccionarles vestidos únicos.

Nuria era una de ellas que, además de lucir grandes firmas en sus eventos, a veces aparecía en algunos de ellos con un vestido o un traje de chaqueta y pantalón que le había pedido a mi madre, diciéndole que así todo el mundo podía ver el arte que ella tenía.

Gracias a Nuria, a mi madre le habían hecho algunos encargos, y eso a ella la hacía feliz y a mí me enorgullecía como hija.

Mi familia era humilde, modesta, pero nunca faltó un plato de comida en la mesa ni ropa de abrigo con la que vestirnos. Ellos se esforzaron para que yo tuviera un futuro, y empecé la carrera de Derecho, solo que… no era lo mío, y lo dejé en el segundo año.

Fue así como, al gustarme tanto el baile, empecé como bailarina en una de las discotecas de la ciudad, y después uno de los clientes habituales me contrató como monitora de zumba, donde llevaba ya tres años, desde los veintitrés.

Mi sueño era abrir mi propio estudio de danza, y por ello ahorraba todo lo que podía y hacía algún que otro trabajo en fiestas en la discoteca para conseguirlo.

—Bueno, cuéntanos —dijo mi madre, sirviendo vino como quien interrogaba con dulzura—. ¿Qué novedades tienes? ¿Algún alumno nuevo? ¿Algún pretendiente con ritmo?

Me atraganté con el pescado. Literalmente. Y mi padre me dio una palmada en la espalda que casi me recolocó la columna.

—¡Mamá! Por favor. No todos los alumnos son candidatos a novio de tu hija, o personaje de una novela romántica.

—Pero alguno habrá que te mire con esos ojos de, “te invito a cenar después de la zumba” —dijo, y suspiré, resignada.

—Bueno… apareció uno nuevo.

—¡Ajá! —cantó ella, como si hubiera ganado un premio.

—Pero es raro. Es... elegante, como fuera de lugar. Vino a la clase en traje. Imagínate —me encogí de hombros y mi padre se rio.

—¿Un banquero haciendo zumba? ¡Eso sí que es nuevo! ¿Y cómo lo hace?

—Mal —dije—, como si estuviera firmando un contrato con cada movimiento.

—Entonces no es tan raro. Es simplemente un hombre intentando salir de su jaula —comentó mi madre, que a veces se ponía muy filosófica—. A veces hay que bailar un poco para no volverse loco.

—No me hagas psicoanálisis de gimnasio, mamá, por favor. Solo vino a una clase, y no creo que vuelva.

Mentira. Volvió, pero eso no lo iba a decir, todavía.

—Bueno, cambiando de tema… —dije, mientras dejaba el tenedor y fingía inocencia— Puede que tengamos visita un fin de semana.

—Ah, ¿sí? —preguntaron los dos al unísono.

—Marina, la prima —contesté, y mi madre sonrió alegrándose.

Marina era hija de Isabel, una prima hermana de mi madre, a quien quería mucho.

—¿Marina? ¡Qué alegría! —exclamó mi madre— Pero si hace siglos que no la veo. ¿Y cómo está Isabel? ¿Y Saúl? —preguntó, refiriéndose al otro hijo de su prima Isabel.

—Todos bien, aunque noto a Marina un poco… apagada. Creo que necesita desconectar —contesté, y mi padre asintió terminando su copa de vino.

—A veces Madrid quema. Demasiado cemento. Aquí el mar cura esas cosas.

—Justo eso le dije. Le vendrá bien salir de la rutina y a mí también me vendrá bien tenerla por aquí.

—¿Y Saúl no viene? —preguntó mi madre, siempre tan cercana a todos los familiares, incluso a los más lejanos.

—No, esta vez es solo días de chicas —sonreí.

Pensé en Saúl, el primo carismático, tan “tío guay” con todo el mundo, tan práctico y el que más venía por Marbella para divertirse desde la noche del viernes hasta que regresaba a Madrid el domingo por la mañana.

Marina, en cambio, era más como yo, lúcida, intensa, controladora. Con una sensibilidad que no se le notaba a simple vista, pero que yo sabía que estaba ahí. Compartíamos el mismo humor ácido, la misma mala suerte amorosa y la misma capacidad de poner una sonrisa cuando por dentro querías meterte debajo de la manta y no salir hasta que bajaran los alquileres.

La necesitaba aquí, y ella también lo sabía.

—Imagino que se quedará en tu piso —dijo mi madre.

—Sí, pero vendremos a saquear vuestra nevera, no te preocupes —reí.

—Perfecto, haré su postre favorito. Era el flan con coco rallado, ¿no?

—Ese, sí, pero no le pongas licor que luego se emociona y te cuenta todos sus dramas existenciales.

—Eso es lo que quiero, ¡hablar de dramas! Que aquí no se habla de nada desde que tu padre descubrió los *podcasts* de historia militar —dijo, y mi padre levantó la ceja.

—¿Y qué tiene de malo saber cómo se ganó la batalla de Lepanto?

—Nada, cariño —le dijo mi madre, dándole una palmadita condescendiente—. Nada, absolutamente nada.

Me reí. Ese era mi lugar seguro, aunque a veces discutieran sobre política o sobre quién olvidó regar las plantas, en el fondo, aquí todo tenía sentido. Aquí no necesitaba ser fuerte todo el tiempo, ni estar perfecta, ni tener el moño impecable.

Solo tenía que ser yo.

Capítulo 4



Alejandro

A veces tenía la sensación de que mi madre me apuntó a esa clase de zumba como parte de un experimento social. No para ayudarme a relajarme ni para "conectar con la gente real", como le gustaba decir mientras agitaba sus brazaletes de oro, no. Creía que lo hizo solo para verme sudar. Literalmente. Y en público.

Y debía admitir que esa segunda clase a la que había asistido fue distinta.

No porque de pronto me hubiera convertido en un bailarín experto, sino porque empecé a entender que, en ese salón lleno de música latina y mujeres que no pedían permiso para ser felices, había algo más que sudor y pasos imposibles.

Había algo que se movía de verdad. Y no me refería solo a las caderas de Loli, que, por cierto, merecía un premio por el ritmo que llevaba y la energía que derrochaba aquella mujer.

Vi a Valeria antes de que ella me viera. Apareció con su coleta alta, el micrófono rosa y esa energía que llenaba la sala. Se movía como si no tuviera peso, como si la gravedad no fuera más que una palabra para ella. Yo, en cambio, parecía un pino borracho intentando seguirle el ritmo.

Pero esa mañana, me sentí distinto. No, mejor, solo… menos incómodo. Como si mi cuerpo y yo hubiéramos llegado a una especie de tregua.

—*¿Hoy tampoco me voy a salvar del ridículo?* —le pregunté al entrar, y ella me sonrió con esa mirada que parecía un chiste privado que no te habían contado del todo.

—*Si lo deseas, puedes saltarte la clase* —me dijo—, *pero no prometo que no te perderás algo realmente divertido.*

Eso era lo que más me jodía de Valeria. Que lograba hacerme reír sin permiso. Y yo odiaba perder el control.

Durante la clase, no sé si fue la música, su voz o el hecho de que llevaba puestos unos leggins que claramente eran una distracción estratégica, pero algo se me aflojó por dentro. Me moví. Mal, pero con intención. Y ella lo notó. Todas lo notaron.

Paqui me gritó algo sobre sentirlo en las caderas, y Loli insinuó que tenía más vida sexual que todos nosotros juntos. Yo sonreí. Es decir, me reí en voz alta, una risa completa. ¿Hacía cuánto no hacía eso?

Cuando terminó la clase, me acerqué a Valeria, que sostenía su botella en la mano y una sonrisa que parecía sacada de un anuncio de bebidas.

—¿De verdad me estás diciendo que no soy tan mal bailarín como ayer?

—Bueno… no quiero decir que seas un experto —dijo, ladeando la cabeza—, pero hoy has superado mis expectativas.

Y ahí estaba otra vez, esa maldita sonrisa que se me metía debajo de la piel.

Después se fue, como si no hubiera dejado algo encendido. Como si no supiera que yo me quedaría con la imagen de su espalda alejándose, y la pregunta idiota de si en otra vida fui capaz de enamorarme sin avisar.

Volví a casa aún con la música retumbando en los músculos. El sol caía sobre la terraza y, como era de esperarse, mi madre ya me estaba esperando.

—¡Mi amor! —exclamó, con ese entusiasmo de siempre, con una copa de vino en la mano.

—¿No deberías estar preparando tu discurso para la gala benéfica? —dije, sentándome en uno de los sillones, descansando un poco de la clase.

—Oh, por favor, eso es lo de menos. El objetivo es que me vean, no que me escuchen. Aunque lo que escuchen también será brillante, como siempre.

—Entonces no necesitas un acompañante. Yo me quedaré en casa. Quizá lea un poco, o me tire al suelo en posición fetal hasta que se acabe el evento.

—No seas ridículo, Alejandro. No puedes dejarme ir sola.

—¿Por qué no? Has ido sola a premios, estrenos y hasta a un retiro de yoga en Bali —le recordé.

Porque desde que mi padre falleció, hacía ya veinte años, mi madre había sido libre de hacer y deshacer lo que quisiera. Lo quiso mucho, él era el gran amor de su vida, y sabía que aún lo recordaba, además de que cuando se ponía un poquito nostálgica me decía que quería para mí ese mismo amor que mi padre había tenido con ella.

—Sí, pero eso era antes. Ahora me graban para un reportaje. Mujeres que inspiran, ¿te suena? Y necesito estar acompañada de alguien que proyecte estabilidad emocional. ¿Sabes cuántas mujeres públicas tienen hijos varones exitosos, pero emocionalmente ausentes? Muchas. ¿Sabes cuántas lo admiten en televisión? Ninguna. Yo seré la primera, pero para eso necesito que vengas con buena cara y sin parecer que odias la vida.

—Suena fantástico. ¿Qué más necesitas? ¿Que me inyecte bótox para no fruncir el ceño durante la velada?

Ella bebió un sorbo, indiferente.

—Podrías considerarlo, aunque con un traje bien cortado y una sonrisa decente, igual disimulas que eres un alma en ruinas.

—Gracias, mamá, tu ternura me abruma. —Volteé los ojos.

—Lo sé, es parte de mi encanto —dijo como si nada.

Y entonces, nos quedamos en silencio, pero sabía que no me iba a dejar escapar tan fácilmente.

—¿Y si Carlos te acompaña? —intenté.

—Carlos es encantador, pero tiene la energía de un tiburón en una piscina pequeña. Quiero a mi hijo, y no acepto un no por respuesta.

—Ya dijiste eso en mi Comunión y terminé disfrazado de ángel. Tengo fotos que prueban el trauma.

—Y fuiste un ángel precioso. Este sábado solo tienes que vestirte bien, sonreír y aparentar que aún tienes fe en la humanidad —contestó, suspiré y me froté la sien.

—¿Y qué más, mamá? ¿También quieres que recite una oda a tus logros mientras pasamos por la alfombra roja?

Ella sonrió, peligrosamente.

—No, solo quiero que invites a Valeria.

La miré. Firme. Directo. Como si acabara de decir que iba a adoptar un elefante como mascota.

—No.

—Sí.

—No estoy pensando en llevar a mi monitora de zumba a una gala benéfica rodeada de millonarios y cámaras.

—¿Y por qué no?

—Porque es... inapropiado. Impredecible. Innecesario.

—O sea, todo lo que necesitas urgentemente en tu vida.

—Mamá —dije, soltando un suspiro con más peso que mi cartera de inversión—. Por favor, dime que no estás intentando buscarme novia.

—Yo no "busco" nada. Yo simplemente observo, conecto, sugiero. Como una buena celestina de alta gama. Además, ella es maravillosa.

—Tú ni siquiera la conoces.

—La he visto, la he escuchado en Instagram y tiene esa cosa que no se puede fingir: autenticidad y curvas.

—Dios mío… —Me llevé ambas manos a la cabeza, cerrando los ojos.

—Y si tú no la invitas, lo haré yo.

—No puedes hacer eso.

—Oh, cariño, claro que puedo y lo haré con mucho gusto. Porque tú necesitas que alguien te saque de ese castillo de mármol donde vives. Ya lo dije: tienes cara de estatua griega.

—Otra vez con la estatua.

—Y sigo pensando lo mismo: una estatua es muy bonita, pero está sola y no baila.

—Esto no es un baile, es una gala benéfica.

—Las dos cosas, querido, pero todo en la vida es un baile, si lo miras con elegancia.

—No la voy a invitar. Punto.

—Entonces vendrás solo, con cara de funeral, y yo me encargaré de sentarla a tu lado, adjudicándote una historia de amor secreta y dramática para que al menos parezca que tienes vida interior.

—Te odio un poco, ¿sabes?

—Lo sé, y, aun así, vendrás.

Se levantó como si hubiera ganado una partida de ajedrez que yo no sabía que estábamos jugando. Se acercó, me dio un beso en la frente y murmuró:

—Valeria… Qué bonito nombre, ¿no crees?

Y ahí supe que, efectivamente, no había escapatoria.

Suspiré, sabiendo que probablemente iría, porque cuando mi madre se proponía algo, lo conseguía siempre. Pero sobre todo porque había una parte de mí que quería ver a Valeria fuera de ese gimnasio. Sin leggins. O con ellos. Daba igual, pero quería verla.

Más tarde, me di una ducha larga de agua caliente. Me serví un whisky y me encerré en el despacho a fingir que trabajaba. Pero lo único que hacía era pensar en ella.

No sabía por qué, pero no podía quitarme a esa pequeña mujer con curvas, como había dicho mi madre, de la cabeza. Todo en ella me incitaba, me hacía pensar en cosas, en situaciones que estaba harto de vivir con otras mujeres, pero que con ella se me antojaban realmente deliciosas.

Pasé el resto del día concentrado a ratos en el trabajo y comiendo lo que la buena de Celia me traía.

Esa noche, cuando mi whisky ya había bajado media copa y mi mente empezaba a divagar peligrosamente entre coreografías y micrófonos rosas, mi móvil vibró y me fijé en el nombre que aparecía en la pantalla. “Carlos G.”. Hablando de demonios cínicos.

—¿Estás vivo o la zumba te dejó en coma? —dijo en cuanto descolgué, sin siquiera saludar.

—Estoy procesando el trauma —respondí, apoyando los pies sobre el escritorio.

—¿Qué clase de sádico te arrastró a eso?

—Mi madre, por supuesto. ¿Quién más sería capaz de convencerme de que mover las caderas con señoras hiperactivas puede ser terapéutico?

—¿Y lo es?

—Todavía tengo la dignidad sudando en un rincón del gimnasio. Así que, no.

Carlos rio. Tenía esa risa breve, casi cruel, de quien había visto demasiado para tomarse la vida en serio.

Era mi mejor amigo, además del director financiero de mi empresa, un tipo inteligente que siempre fue mi consejero y un gran apoyo para mí. Tenía treinta y seis años, solo uno más que yo, y la vida para él era como para mí: cero compromisos, mucho sexo consentido.

—Oye, ¿sabes que estoy pensando en irme el fin de semana a algún sitio? Desconectar un poco. He visto vuelos baratos a Lisboa, o tal vez me

acerque por allí, a tu encantadora ciudad costera de viudas millonarias y yoga con aroma a incienso.

—No vayas a Lisboa. Ven aquí —dije sin pensarlo mucho.

—Vaya, qué rapidez en organizarme el viaje. ¿Tienes algo planeado? ¿Una orgía espiritual o una subasta de arte con *influencers*?

—Casi. Gala benéfica. Arte, sushi y cámaras. Mi madre quiere que la acompañe y ya sabes cómo se pone cuando tiene un fotógrafo cerca.

—Oh, Dios. ¿Y tú necesitas un escudo humano?

—Exacto, o al menos alguien que me diga cuándo huir en caso de ataque con lentejuelas.

—¿Voy de *smoking*? —preguntó, medio en broma, medio en serio.

—Sí, y prepárate para ser la segunda persona más interesante de la noche.

—¿La primera eres tú?

—No, la primera será una mujer con micrófono rosa y más carisma que la presidenta del club de fans de algún cantante o actor famoso del momento.

—¿Y quién es esa mujer?

—Valeria, mi monitora de zumba.

—¿Ya estás ligando? Chico, en serio, soy tu fan.

—Vete a la mierda, Carlos, sabes que tú eres mil veces peor que yo.

—Eso es verdad, pero, a ver, una cosa… ¿Por qué irías a la gala con tu monitora de zumba? —curioseó. Suspire y le conté las dos conversaciones de mi madre en las que me había dicho que invitaría ella misma a Valeria.

—¿Y dices que tiene Instagram?

—No se te ocurra buscarla —le advertí, porque lo conocía.

—Tu advertencia llega tarde, socio, ya la tengo delante.

—¿Cómo la has encontrado tan rápido? Si ni siquiera sé su apellido.

—No hay que hacer un máster, tío. Me meto en el Instagram de tu madre, veo a quién sigue, y listo, la sensual Valeria ante mis ojos. Dios, amigo, esta mujer es perfecta para…

—Ni lo digas, que no creo que a ella le vaya el tema.

—Pues habrá que salir de dudas. ¿Te has acostado con ella?

—¿Qué dices? Joder, que solo he ido a dos clases.

—En cierto lugar que nos gusta frecuentar, no necesitas más que una copa, una mirada y acabas en la cama con una o con dos.

—Carlos —protesté.

—Vale, vale. No lo has hecho. Pero esa mujer te atrae, porque, déjame decirte que es preciosa y atractiva. Y eso que la veo en las clases de zumba.

Resoplé, girando el vaso entre los dedos.

—Solo digo que sería… interesante verla fuera de la clase —contesté.

—Leggins fuera. Entiendo —dijo con voz de quien ya lo estaba imaginando todo.

—Eres un capullo.

—Y tú eres un mentiroso emocional. ¿A qué hora es la gala?

—Este sábado, a las ocho. Te reservo habitación en el hotel. Porque vas a venir, ¿verdad?

—Obvio. Quiero ver eso. A ti, vestido de gala, intentando parecer indiferente mientras te derrites por una profesora de zumba. Va a ser mejor que cualquier película o serie.

—Te odio —murmuré, porque ese hombre a veces me sacaba de mis casillas, tanto como mi madre.

—Y yo a ti, idiota. Mándame los detalles.

Colgamos, y me quedé mirando el techo. Él iba a venir. Y con él, la voz de la razón más jodida que conocía.

Perfecto. Justo lo que necesitaba, a Carlos imaginando lo que no era mientras además veía a Valeria como veía a otras mujeres con las que había estado.

Pero al menos, con él ahí, no estaría solo siendo el hijo modélico y exitoso que mi madre quería que la acompañara a la gala.

Y al meterme en la cama, todo volvió.

Su voz, su sonrisa, la manera en que me miraba… Como si no le importara quién era yo, solo que no perdiera el paso.

A veces me despertaba en medio de la noche con esa sensación de haber perdido algo. No era a Clara, ni siquiera el amor, era esa certeza de haber vivido una versión de mí, más ligera, más divertida, más… viva.

Y ahora, con Valeria, no sabía si quería recuperarla o solo comprobar que todavía existía.

Porque cuando una mujer conseguía hacerte reír, bailar y sudar la gota gorda sin quitarse los leggins, sabías que estabas jodido.

Pero también sabías que valía la pena volver.

Y yo iba a volver, a la clase, a ella.

Porque esa mujer tenía algo que me atraía, algo que me hacía no poder dejar de mirarla, y tampoco de imaginarla en otras situaciones.

Capítulo 5



Valeria

Juro que mi plan original para el jueves por la noche era quedarme en casa, ponerme una mascarilla de arcilla, ver una serie mala y dormirme antes de las once, lo que no tuve en cuenta fue a Sofía.

—¿Vas a morirte sola o piensas vivir un poco antes de eso? —fue su saludo cuando entró a mi piso sin siquiera tocar la puerta. Traía una bolsa con vino blanco, dos pintalabios y una mirada que solo significaba una cosa: desastre inminente.

—Buenas noches a ti también —dije, cerrando el portátil con resignación.

Había estado respondiendo mensajes de alumnas preguntando si el lunes cambiaría la coreografía. La respuesta era sí, pero no iba a decírselo a ninguna hasta el último minuto. Pequeñas maldades que me alegraban el alma.

Trabajaba dando clases solo de lunes a miércoles por la mañana; daba tres clases a diferentes horas. Los jueves por la mañana, como la de hoy, me dedicaba a recoger y ordenar mi casa, además de hacer algo de compra, mientras que los viernes por la mañana me preparaba coreografías nuevas y a veces salía con Sofía por la noche o en fin de semana, siempre que no me llamasen de la discoteca en la que aún hacía algunos trabajos como bailarina.

—No me vengas con excusas —continuó, ya en la cocina, sacando dos copas como si viviera aquí—. Te he visto demasiado modosita esta semana.

Y desde que llegó el ejecutivo sexy a tu clase, estás más nerviosa que Loli en un karaoke de reggaetón.

—Se llama Alejandro, y no estoy nerviosa.

—Claro, por eso ayer te arreglaste el moño como si fueras a los Goya y no a dar zumba con Paqui gritándote al oído.

Me senté en la encimera, rindiéndome ante su capacidad para desarmarme en menos de tres frases. Sofía tenía un talento especial para leerme como si yo fuera un menú de mediodía.

Ella era mi mejor amiga, un encanto, muy organizada, pero de lo más sarcástica, cuya pasión era meterse conmigo. Era algo así como la voz de mi lógica, pero también la que me empujaba a vivir mil locuras. Tenía un año más que yo, veintisiete, y era la nutricionista del gimnasio en el que las dos trabajábamos. Esa morena, conseguía volverme loca.

—No es para tanto —dije, cogiendo la copa que me ofrecía—, solo es un alumno, uno más.

—Uno más que tiene voz de locutor erótico, mandíbula cincelada por los dioses, y que se te queda mirando como si fueras el último churro caliente de la feria.

—¿Puedes no sexualizar mi vida profesional? —bufé, aunque no podía evitar reírme. Sofía era exagerada, pero pocas veces se equivocaba.

—No puedo, lo siento. Eres demasiado atractiva para ser tomada en serio —dijo, dándole un trago largo a su vino como si fuera agua bendita.

Y así, copa tras copa, entre risas, confesiones y críticas a los hombres que solo comían proteína y no sentimientos, la noche fue tomando otra forma. Cuando miré el reloj y vi que eran las doce menos cuarto, Sofía ya estaba de pie, buscando en mi armario.

—No, no, no —protesté—, nada de discoteca. Te dije que esta noche quería estar tranquila.

—Y yo te escuché atentamente mientras ignoraba cada palabra. Ponte algo sexy que hoy salimos. No quiero verte en pijama con dibujos de aguacate cuando puedes estar bailando sobre una tarima con alguien que te haga olvidar cómo se deletrea, “ejecutivo”.

—¿Desde cuándo las tarimas son parte del plan?

—Desde que tú te quedaste encerrada en tu rutina. Vamos, Val, me lo debes desde la vez que me hiciste pasar una clase entera con el top al revés y no me avisaste.

—Estabas preciosa, nadie lo notó —intenté no reírme.

—Mi teta sí lo notó, Valeria.

Acabé soltando una carcajada que me dobló. Esa era Sofía, imposible de resistir. Así que obedecí, me pinté los labios con un rojo que no usaba desde hacía al menos un año, me puse un vestido negro que apenas cubría lo legal y salimos.

La discoteca era nueva, o al menos eso me dijo ella. Se llamaba *"Boulevard"*, y desde la entrada ya sabías que no era un lugar donde ibas a escuchar boleros. Luces púrpuras, porteros vestidos como si trabajaran en la seguridad de un museo y una fila de mujeres perfectas que no parecían haber comido nada sólido en semanas.

—Tranquila —me dijo Sofía, colgándose de mi brazo—, tú tienes algo que ellas no.

—¿Qué? ¿Tendones visibles?

—Culo natural y dignidad. Pero, sobre todo, culo.

Entramos, y todo era ruido, perfume caro y miradas de radar. Hombres que te escaneaban como si estuvieras a la venta, mujeres en guerra fría por centímetros de atención y camareros que se movían como si bailaran una coreografía invisible.

Nos dirigimos a la barra y pedimos dos mojitos. Yo ya estaba un poco mareada, pero no del alcohol. Era la sensación de haber salido de mi zona segura, de estar expuesta. Y fue ahí cuando lo vi.

Nando.

Estaba apoyado junto a una columna, con una camisa blanca medio desabrochada, el cabello rubio ligeramente desordenado y unos ojos tan oscuros que parecía que podían tragarte.

Él me miró. No en plan *"hola, estás buena"*, sino con una calma peligrosa, como si ya supiera que iba a acercarse, como si ya supiera que iba a decir que sí.

Y se acercó.

—¿Quieres bailar? —preguntó. Así. Sin introducción. Sin preámbulo.

Lo miré a los ojos, a los malditos ojos.

—¿Y si bailo mal?

—Entonces bailamos peor —respondió, haciéndome un guiño.

Esa fue exactamente la misma conversación que tuvimos unos años atrás cuando nos conocimos, en la discoteca en la que yo trabajaba, y aún lo

hacía. Y por eso, cada noche que me veía, se acercaba y me invitaba a bailar de ese modo.

Decir que entre nosotros había algo más que una amistad no era faltar a la verdad, pues la química entre ambos era innegable, y la atracción también.

Desde que nos conocimos teníamos un rollito de esos de sexo sin compromiso y sin exigencias; no quedábamos para ello, solo si nos veíamos o nos encontrábamos una noche, se daba la ocasión de enredarnos entre las sábanas o acabar en ese lugar al que él me invitó una vez y donde solía ir yo alguna noche que me apetecía pasar un rato diferente.

Sofía me empujó suavemente con el codo, sonriendo con esa mirada de, "te lo dije".

Y fui.

Bailar con Nando era como caer en un idioma que ya conocía. No me hablaba, me leía. No me tocaba, me afinaba. Cada paso era una invitación, cada giro una provocación.

La música subía, el calor crecía, y yo ya no sabía dónde terminaba mi cuerpo y empezaba el suyo.

—Eres peligrosa —me dijo al oído, mientras me rodeaba la cintura con una mano grande, segura, sin ansiedad.

—¿Tú crees? —dije con voz que no reconocí como mía.

—Lo sé, y me encanta.

Fue entonces cuando me besó.

No fue rápido, ni desesperado. Fue exacto. Como si llevara días preparándolo. Y yo, en lugar de detenerme, me perdí. Lo besé de vuelta con la misma intensidad. Con hambre. Con necesidad.

Y no sé cómo pasó. No sé si fue la música, el alcohol o mi alma pidiéndome una noche sin juicio. Pero cuando abrí los ojos, estábamos en un reservado. Oscuro. Aislado. Una cortina negra separándonos del resto del mundo.

Sus manos. Mi espalda. Su boca bajando por mi cuello. Mis dedos enredados en su camisa abierta.

Suspiros. Risas entrecortadas. Besos que sabían a promesa y a desastre.

No pensaba. Solo sentía.

Nando acabó sentándose en el sofá del reservado conmigo a horcajadas sobre su regazo, bajó la cremallera en la parte trasera de mi vestido y la tela cayó enseguida, haciendo que mis pechos quedaran expuestos ante él.

Como siempre, abandonó mis labios y fue directo a ellos, lamiendo y mordisqueando los pezones, masajeando ambos pechos con sus grandes manos, haciéndome gemir mientras mis dedos se enredaban en su cabello.

Volvió a besarme y no dudó en llevar una de sus manos entre mis piernas, tocando esa zona húmeda y excitada que lo deseaba.

Hacía un par de semanas que no nos veíamos y eso se notaba; los dos teníamos hambre de comernos vivos.

Y vaya si nos comimos.

Me llevó a un orgasmo intenso y brutal mientras me penetraba con dos dedos y jugaba con el pulgar en mi clítoris, besándome y mordiendo mis pezones mientras yo gemía como una loca.

Cuando liberé el clímax, me sentó en la mesa, colocó mis piernas separadas sobre sus hombros y me devoró viva como siempre hacía, hasta el punto de que mi cuerpo tembló y se sacudió sobre el cristal mientras volvía a correrme.

No tardó en desabrocharse el pantalón, colocarme de nuevo sobre sus piernas y penetrarme con fuerza.

Él me movía a su antojo y yo acompasaba las caderas al ritmo que él marcaba. Estaba claro que aquel iba a ser un encuentro rápido y exigente, pero después…

Después me lo pensaba llevar a mi casa, porque tenía una necesidad imperiosa de liberar toda esa tensión que, no sabía por qué, acumulaba desde hacía unos días en mi cuerpo.

Nando se levantó sin retirarse, me pegó contra la pared y me hizo gritar como loca mientras embestía una y otra vez, llenando mi vagina con su enorme miembro palpitante, hasta que ambos llegamos al clímax.

—Te dije que eras peligrosa —murmuró en mi cuello antes de besarme —. Me vuelves loco, Valeria, loco.

—¿Cómo andas de fuerzas, Nandito?

—Para ti, todas las que quieras.

—Pues llévame a mi casa, que esta noche vas a dormir poco —lo besé y él sonrió.

—Si es que eres la mujer perfecta para mí, preciosa.

—Chsss… eso no se dice, sabes que está prohibido. Tú y yo, follar todo lo que quieras, pero nada más.

Sonrió negando, pero los dos teníamos eso muy claro. Lo nuestro era sexo, sin más. Yo no buscaba pareja y él tampoco, y a los dos nos gustaba vivir la vida de ese modo tan liberal que, si mis padres lo supieran, les daría un disgusto.

Después de adecentarnos, salimos del reservado y vi a Sofía en la barra charlando con la camarera, que me sonaba mucho, hasta que caí en que era la vecina de Sofía; seguro que ella le habría recomendado venir.

Nando y yo nos tomamos un par de copas más con Sofía, y nos despedimos para ir a mi casa.

Desde luego que la noche no iba a acabar en un polvo rápido en el reservado, ni mucho menos, y los dos lo sabíamos.

Capítulo 6



Valeria

Desperté con la boca seca, una rodilla fuera de la sábana y el pelo enredado como si hubiese peleado con un huracán. Bueno, más bien con un huracán rubio, de metro ochenta y cuerpo de anuncio de colonia cara.

Nando.

El nombre vino antes que el recuerdo completo. Como si mi cerebro supiera que no debía hacerme esperar para la resaca emocional que estaba por llegar. No había rastro de él en la habitación. Sólo una nota escrita con letra firme sobre la mesilla.

«Me habría encantado quedarme, pero tengo trabajo. Una vez más, encantado y deseando repetir lo de anoche. Nando.»

Me senté en la cama con una sonrisilla en los labios, porque con Nando siempre era digno de repetir. Lo nuestro siempre era bueno, intenso, ardiente y sudoroso.

El móvil vibró y no tardé en ver el nombre de Sofía en la pantalla con una videollamada. No me dio tiempo ni a poner cara de persona viva.

—¡Buenos días, golfita mía! —saludó, entusiasta, con su taza de café y cara de no haber dormido más de cuatro horas.

—No grites —le pedí con voz ronca.

—¿Estoy gritando o es tu resaca de alcohol y sexo? —Arqueó la ceja.

—Ambas.

—Cuéntamelo todo. Y quiero detalles, nada de eso de “nos besamos y ya”. Sé perfectamente lo que pasó, Valeria.

Me dejé caer sobre la cama, tapándome la cara con la almohada.

—Fue como siempre, ya sabes cómo es todo con Nando.

—Sudoroso, ardiente, apasionado… —rio— Con lo buena pareja que hacéis y lo bien que os compenetráis, no sé por qué ninguno de los dos quiere algo más serio.

—Porque no, Sofía, porque somos amigos y ya.

—Amigos con derecho a folleteo, golfilla.

—Le dijo la sartén al cazo —resoplé—. ¿Te recuerdo lo que haces tú en cierto lugar también? —Arqueé la ceja.

—No, no hace falta, lo sé perfectamente. Por cierto, a ver si vamos, que yo no tengo la suerte de tener un Nando en mi vida.

—Ya iremos, ya.

—Nena, ve a lavarte la cara y quitarte esos enredos, que como te vea tu madre, se asusta.

—Se muere, que menudo aroma hay en mi habitación.

—Ah, sí, *eau de sexo*, sublime —rio la muy capulla.

—Por cierto, no te dije que mi prima Marina igual viene un fin de semana de visita.

—¿En serio? Tengo ganas de verla, hace mucho que no viene, desde que está con el abogado ese con el que sale, por lo menos.

—Pues sí, y de eso hace ya dos años.

—¿Y de verdad el abogado la deja venir sola? —Arqueó la ceja.

—No seas mala, Sofía. La noté rara, yo creo que le pasa algo que no me quiso contar por teléfono.

—Ojalá sea que ha dejado al tipo ese, no me gustaba para ella. Si al final lo ha dejado, tenemos que llevarla a…

—¿Tú quieres que a mi prima le dé un infarto a su edad? Que ella no es como Saúl, que es más de, "me tiro todo lo que me gusta".

—Vale, entonces nos encerramos en tu piso, cenamos pizza, vemos películas con camisones como los que llevaban en la película de *Grease* y nos hacemos agujeros nuevos en las orejas —volteó los ojos.

—Tampoco eso, pero vamos, que no la voy a llevar a un sitio como ese.

—Fíjate que yo creo que, si la llevamos, libera estrés.

—Para, anda.

—No, no paro. Tu hermana necesita una noche como la que has tenido tú.

—¿Y cómo ha sido mi noche, según tú, que no has estado aquí?

—Como lo fue la Segunda Guerra Mundial: breve, intensa y con consecuencias históricas.

Lo dijo tan seria que no pude evitar reírme con todas mis ganas. Sofía siempre tenía una forma peculiar de ponerlo todo en perspectiva.

—Desde luego, si a mi prima le dices que vamos a un sitio donde va a tener una noche así, le da algo.

—Tú enséñale una foto de Nando, o de Piero, o de Lucas, o de…

—¿Me vas a decir el nombre de todos con los que tú has estado, o qué? —Arqueé la ceja.

—No son tantos, a ver si te crees que tengo una lista de nombres como la de los cachorros de los Ciento un dálmatas —volteó los ojos.

Volví a reír, porque con ella era imposible intentar hablar en serio.

Después de un rato hablando con ella, me levanté y fui a darme una ducha que me devolviera a la vida, además de tomarme un buen desayuno. Era viernes y tenía que preparar las clases de la semana siguiente, y eso hice antes de hacerme una ensalada para comer.

Por la tarde fui al gimnasio solo para hacer tiempo. Mi cuerpo aún guardaba el eco de la noche anterior, como si las manos de Nando siguieran ahí, tatuadas con memoria.

Y justo cuando pensaba que la vida me dejaría digerirlo en paz… apareció Alejandro.

—¿Estás aquí un viernes por la tarde? —preguntó desde la entrada, con esa sonrisa medio culpable, medio encantadora.

—Tú también —respondí, dándole una botella de agua que había dejado a un lado. Él la tomó con un gesto agradecido—. ¿Pensando en cambiar el mundo empresarial por las pesas? —pregunté al ver que estaba al lado de estas.

—Intentando liberar tensión —dijo, y se sentó frente a mí en una de las colchonetas. Llevaba una camiseta gris claro y pantalones de deporte. Más informal. Más real.

—¿Problemas? —curioseé.

—Una gala benéfica, una madre manipuladora y un amigo que probablemente acabará riéndose de mí por una década. Lo normal.

—¿Vas a esa gala que están anunciando por todos lados? —pregunté, fingiendo inocencia.

Él asintió, y se quedó mirándome un segundo más de lo socialmente aceptable.

—¿Vendrías conmigo?

—¿Eso es una invitación?

—No lo sé. ¿Debería serlo?

Silencio.

Ahí estaba otra vez esa corriente. Sutil. Persistente.

Pero esta vez, yo venía de una noche que me había sacudido hasta el alma. No estaba lista para otro terremoto. O tal vez sí.

—Puede ser —respondí al fin—. Aunque no sé si tengo algo que ponerme que no tenga lentejuelas en zonas ridículas.

Alejandro se rio y, por un segundo, me pareció que tenía más preguntas que yo.

—¿Qué hiciste anoche? —me preguntó de pronto, con tono casual.

Y ahí supe que Marbella era realmente un pueblo.

—Salí con mi amiga Sofía, que es la nutricionista del gimnasio. Bailamos. Tomamos algo. Ya sabes —me encogí de hombros y di un sorbo —. ¿Y tú?

—Lo normal para una noche de jueves cuando eres el CEO de una empresa cuya sede está en Madrid: trabajar un poco.

—Entonces creo que asistir a la gala será mucho más divertido.

—¿Con mi madre? No lo creo.

—¿Y si voy yo? ¿Crees que lo sería?

—Absolutamente, contigo me atrevería a bailar, con ella no.

—Entonces, si es una invitación, iré mañana contigo a la gala.

—Perfecto. Dime tu dirección y paso a recogerte —pidió, y se la di para que la apuntara en el móvil.

Nos quedamos allí unos minutos más, hasta que me levanté y él también; él para irse a casa y yo, para ir a mi clase y bailar un rato a solas.

Cuando Alejandro se fue, el silencio que dejó detrás fue incómodamente ruidoso. No porque me molestara estar sola, sino porque su presencia me había dejado inquieta. Había algo en él que chocaba con todo lo que había aprendido a controlar. Demasiado correcto, demasiado compuesto,

demasiado… contenido. Como si su alma estuviera metida dentro de una caja fuerte y yo, sin quererlo, tuviera la combinación.

Después de un par de horas bailando sola en la clase, volví a casa más cansada emocional que físicamente. Me di una ducha larga, de esas que terminaban con el agua fría y la piel arrugada. Me puse el pijama más suave que encontré y me acurruqué en el sofá con una taza de té que no me apetecía, pero que sonaba a plan saludable. Sofía me había mandado cinco mensajes más, todos con *gifs* de fuegos artificiales, copas de vino y uno bastante gráfico de una pareja acaramelada.

No contesté.

No porque no quisiera hablar, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, quería quedarme a solas con lo que sentía. Procesar. Respirar. Entender por qué el roce de una mano podía tener más peso que una noche entera de pasión.

Pensé en Nando, en su sonrisa, en cómo me sostuvo del cuello mientras me besaba, en cómo nos habíamos compenetrado siempre. Y pensé en Alejandro.

En cómo me miró cuando preguntó por mi noche. No había celos, pero sí una especie de desconcierto, como si algo no le terminara de encajar. Como si, sin darse cuenta, hubiera empezado a imaginarme en un lugar de su vida que aún no existía.

Y eso sí que daba miedo.

La vida era más fácil cuando no había expectativas, cuando todo era físico, inmediato, sin consecuencias. Pero había algo en esta historia que me estaba obligando a mirar más allá. A sentir más allá. Y yo no sabía si estaba lista para eso.

Quizá la verdad era que nunca se estaba del todo lista. Solo se elegía si se daba el paso o se huía.

Dejé la taza en la cocina, fui a la habitación y, tras comprobar la alarma en el móvil, me metí en la cama, con el pelo aún húmedo y el corazón latiendo a mil por hora.

Y justo cuando creía que el día se acababa…

Una notificación apareció en la pantalla.

Nando: *Buenas noches, preciosa. Mañana por la noche iré a donde tú sabes, ¿te animas? Dos semanas sin vernos es mucho tiempo que recuperar.*

Me reí, porque él sabía cómo sacarme esas sonrisas que a veces eran tan necesarias en mi vida.

Le dije que no podía, que ya tenía planes, pero que cuando fuera a ir lo avisaría para poder vernos.

Y entonces sí, me acurruqué en la cama con mi gato Calcetines a los pies, y me quedé dormida.

Capítulo 7



Alejandro

No iba a mentir, había ido al gimnasio no solo para hacer un poco de ejercicio, sino para verla a ella, pensando que tendría clases también por la tarde, pero la chica de recepción me informó de que solo las daba de lunes a miércoles por la mañana.

Aunque al menos la había visto, me deleité con su cuerpo y su sonrisa, y sí, la invité a ir a la maldita gala a la que debía acompañar a mi madre.

Y hablando de la señora embajadora, ahí estaba, en su habitación, sonriendo mientras veía un vestido.

—¿Y entonces? —pregunté, apoyado contra el marco de la puerta, con una taza de café ya casi frío entre las manos—. ¿Ese es el vestido?

Mi madre se giró con una sonrisa apenas contenida, sosteniendo la percha con ambas manos como si estuviera levantando un trofeo. El vestido era largo, de un azul noche profundo, con una caída elegante que se notaba incluso colgado. Brillaba con una sutileza discreta; nada de lentejuelas, nada de exageraciones. Solo tela, cuerpo y elegancia.

—¿Qué te parece? —preguntó, como si necesitara aprobación.

Me enderecé y entré a la habitación. El vestido colgaba del marco del armario abierto. Lo observé un segundo más.

—Estarás preciosa —dije, y lo dije en serio. Mi madre tenía un tipo de belleza que no dependía de lo que se pusiera, pero cuando se arreglaba… bueno, eclipsaba a medio salón—. ¿Es nuevo?

—Por supuesto, no iba a repetir modelito para la gala del año —me guiñó un ojo y giró el vestido ligeramente, como si lo estuviera evaluando otra vez, con orgullo—. Y lo mejor es que no tengo que llevar esos tacones asesinos. Voy con unas sandalias de tacón bajo. Estoy mayor, pero no pienso sufrir.

Solté una risa y me senté al borde de su cama.

Mi madre, a sus sesenta años, seguía siendo una mujer muy hermosa, de cabello castaño claro con algunas leves canas que apenas se notaban, por lo que quien no la conocía pensaba que tenía una o dos décadas menos.

Se casó con mi padre a los veinticuatro años, él era diez años mayor que ella y un empresario exitoso que se enamoró hasta la médula, por lo que no esperó más de seis meses para hacerla su esposa. Nueve meses después de la boda, llegué yo, cuando ella tenía veinticinco y seguía en la cumbre de su carrera como modelo.

Que dijese que estaba mayor era para reñirle, y mucho, porque no lo estaba. Solo que era cierto que después de tantos años usando esos tacones para modelar, ahora prefería usar algo un poco más cómodo, pero sin perder su estilo y elegancia naturales.

—Me acompañas, ¿verdad?

—Sí, y no seré el único que lo haga.

—¿Cómo dices? —Frunció el ceño.

—Viene Carlos.

—Ah, mi otro hijo —sonrió, y yo también, porque así trató siempre a mi mejor amigo.

—Exacto, pero vendrá alguien más.

—¿Quién?

—Al final, he invitado a Valeria —contesté mirando hacia la taza.

Ella dejó la percha en la cama con delicadeza y se volvió hacia mí con una ceja levantada.

—¿Lo dices en serio, o es para que yo no la invite pensando que irá?

Asentí.

—Sí, en serio. Y ha dicho que irá.

—Me alegra saber que por una vez haces caso a tu madre —dijo, y me reí.

—Lo único que me ha dicho es que no sabe qué ponerse.

Mi madre sonrió. Fue una sonrisa de esas que no duraban ni dos segundos, pero decían demasiado. Como si ella supiera algo que yo no. O como si hubiera estado esperando que dijera su nombre.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada —dijo, alzando las manos—. Me alegro de saber que irá, ya te lo he dicho, eso es todo. Es una buena chica.

—¿La conoces personalmente?

—No, tan solo la sigo en su Instagram, pero sé que esa mujer tiene algo, Alejandro, y tú, también lo sabes.

No respondí. Ella volvió a mirar el vestido como para no darme espacio a que le preguntara a qué se refería con ese, "algo". Estaba tramando algo, seguro, pues la conocía muy bien.

Me levanté y le di un beso en la frente.

—Te va a quedar espectacular. Papá se moriría al verte con él.

—Ya sabes que a tu padre le daba igual si iba en bata, con tal de que no lo arrastrara a bailar —dijo, riéndose.

Salí de la habitación con una media sonrisa y me fui a la sala. Revisé la hora. Tenía que llamar a Carlos.

Marqué su número y esperé. Tardó cuatro tonos en contestar.

—¡Hermano! —saludó con su energía habitual— ¿Qué tal?

—¿Todo listo para mañana?

—Lo que me digas. Dime que tengo cama y no sofá.

—Habitación reservada, hotel a tres calles del lugar del evento, vista al parque. Te acabo de enviar el billete. Sales esta misma noche; llegarás de madrugada.

—¿Me quieres mucho o es que me necesitas como escudo humano?

—Un poco de ambas. Nos vemos mañana por la mañana, temprano.

—Perfecto. Te debo una.

—Ya me invitarás una copa.

Colgué y respiré hondo. No sabía por qué siempre que hablaba con Carlos me quedaba con la sensación de que se me escapaba la mitad de la historia. Como si él supiera hacia dónde iba todo y yo solo tratara de no tropezarme.

Me quedé con el teléfono en la mano, dudé, pero al final, abrí *Instagram* y la busqué.

Ahí estaba ella, Valeria. Perfil público. Fotos profesionales mezcladas con otras más espontáneas. Una de ellas sentada en una terraza, con una copa de vino, el sol en el rostro y los ojos cerrados. Otra en una discoteca. Otra en la playa.

Pero las mejores eran las espontáneas y esos vídeos de las clases de zumba que Nuria, la joven *influencer* alumna suya, grababa para subir y dar visibilidad a la monitora.

Sonreí.

Había algo en esa mujer. No era solo su forma de mirar, o de hablar con ese tono que parecía poner a prueba cada palabra. Ella, sin proponérselo, sacaba a flote ese lado mío que pocos conocían, despertando un deseo que me costaba reprimir.

Y no me gustaba admitirlo, porque sabía cómo funcionaba en mí. El deseo llegaba como un incendio. Al principio, la adrenalina, la atracción, la expectativa. Todo era intenso. Imparable.

Y después… Después me aburría.

Suspiré, dejando el teléfono sobre la mesa del despacho. Me pasé ambas manos por la cabeza, sintiendo el cuero cabelludo tensarse bajo la presión.

Era la novedad, siempre lo era, la mente engañaba, el cuerpo se enganchaba. Y cuando finalmente sucedía, cuando me acostaba con ellas, simplemente se iba. Todo ese fuego desaparecía como si alguien hubiera cerrado la llave del gas.

Pero esta vez…

Me quedé un rato mirando el techo, sin moverme. ¿Y si esta vez era diferente?

No, no lo era, no podía serlo, aunque… sonreí otra vez. Había algo en ella.

Y mi madre, con esa sonrisa suya, parecía haberlo visto mucho antes que yo.

Me levanté del sofá con el teléfono aún sobre la mesa. No tenía ningún mensaje nuevo, ningún correo urgente. Y, sin embargo, ahí seguía, atrapado en el mismo pensamiento.

Valeria.

El nombre se me repetía como si tuviera un eco propio. No era la primera vez que alguien me atraía y, sin embargo, esto no era lo de siempre. Había

algo más. O quizás estaba jodidamente oxidado. Demasiado tiempo sin sentirme así.

Fui a la cocina a lavar la taza y, mientras pasaba el agua por la cerámica, no pude evitar recordar la primera vez que la vi dar una clase.

Cuando mi madre me dijo que ir a esas clases me haría bien, me reí por dentro. Fui al gimnasio solo para verlo, porque sí, me gustaba hacer algo de deporte y mantenerme en forma, pero ¿apuntarme a clases de zumba? Por Dios.

Juro que solo iba a ver el gimnasio, me acercaría a la clase y le diría a quien las impartiera que había un error, que me habían apuntado a esas clases como una broma, y que dejara mi plaza libre para quien la quisiera. De ahí que fuera en traje.

Pero entonces, la vi y todo lo que pensaba hacer se fue al traste.

Pantalones deportivos ceñidos, una camiseta corta que dejaba ver un poco del abdomen y esa energía como si el mundo le perteneciera. Sonrió, saludó a todo el grupo, puso la música a todo volumen y la clase empezó.

Me uní tras su invitación y simplemente la observé.

Sus movimientos eran una mezcla de control absoluto y pura libertad. El cuerpo le respondía con una precisión feroz. Cada paso, cada giro de cadera, cada levantada de brazo era una coreografía perfectamente ensayada. Pero lo que más me atrapó fue su sonrisa, una sonrisa auténtica, amplia, llena de vida, como si en ese momento, en medio del sudor y el ritmo latino, ella fuera invencible.

Y yo, viéndola desde atrás, sólo pensaba en lo que no debía.

En cómo se vería con esa misma ropa, pero sin la música, en mi salón, solo los dos. En cómo se movería igual, sin una audiencia, solo para mí. Me imaginaba apoyado en el marco de mi puerta con Valeria girando lentamente, quitándose la camiseta, mirándome con esos ojos suyos de sarcasmo encendido.

Me imaginaba otros lugares también.

La cocina. La ducha. Mi cama.

Sitios donde, si esa mujer supiera lo que yo fantaseaba con ella y lo que podría hacerle, probablemente me cruzaría la cara mientras me gritaba que estaba enfermo y se iba.

Y, sin embargo, no podía evitarlo.

Valeria tenía algo que rompía todas mis defensas. No era solo su cuerpo. Era su energía. Era esa forma de moverse por el mundo como si no necesitara a nadie, pero sin cerrarse. Esa extraña combinación de fuerza y ligereza que no había visto en nadie más.

Me apoyé en la encimera con ambas manos y la cabeza agachada.

¿Y si me metía con ella? ¿Y si pasaba lo de siempre? Me sentía como un crío ante su primer gran deseo, con la diferencia de que yo ya sabía cómo terminaba esto. Lo viví demasiadas veces. El fuego, el sexo, la desconexión. Esa curva descendente donde la piel dejaba de tener misterio y las palabras se volvían rutina.

Pero algo en mí, muy dentro, esperaba, contra toda lógica, que con ella fuera distinto. Que si la probaba no me aburriera, no quisiera dejarla, no quisiera que se fuera para poder seguir disfrutando del sexo como me lo imaginaba con ella.

Y eso era lo peor. No quería esperanzas. Quería control y con ella, no tenía ninguno.

Más tarde, ya con la noche entrando por los ventanales de la casa, me serví un whisky corto. Lo dejé en la mesa, sin tocarlo aún. Mi teléfono vibró. Lo miré. Un mensaje de Carlos, confirmando que ya estaba en el aeropuerto y que el vuelo salía puntual.

Bien. Todo encajaba. Todo estaba medido y bajo control.

Menos ella.

Me senté en el sofá otra vez, con el vaso en la mano. Volví a abrir *Instagram*. Valeria había subido una historia, una toma rápida de ella frente al espejo de la clase, bailando un poco mientras de fondo sonaba una canción que no reconocí, pero que ella tarareaba. Me reí en voz baja. Por alguna razón, verla así me enternecía tanto como me excitaba. Y eso me descolocaba. Yo no funcionaba así. La ternura era parte de mi pasado, el presente y el futuro, solo era el deseo. No las dos cosas al mismo tiempo.

Y, sin embargo…

Volví a mirarla. Esa mujer me hacía no poder apartar la mirada de ella.

Si supiera las cosas que pasaban por mi mente cada vez que la tenía cerca, cada vez que me cruzaba con su voz o con su olor, con su condenada risa... se escandalizaría. O tal vez no.

Tal vez me respondería con una fantasía propia. Tal vez me ganaría en el juego. Tal vez.

Dejé el teléfono a un lado. El whisky ya estaba tibio, pero lo tomé igual. Me quedé mirando por la ventana, la ciudad encendiéndose a pedazos. Y pensé, muy en el fondo, que, si todo esto se acababa después de la primera vez, como pasaba siempre, entonces tal vez debía resistirme.

Porque si no lo hacía… ella sería una más.

Y no quería que Valeria fuera una más. No sabía qué quería exactamente, pero sabía que no quería perder eso que se movía dentro de mí cada vez que la imaginaba bailando.

Capítulo 8



Valeria

El sábado amaneció con una luz suave, casi tímida, de esas que se filtraban por las persianas sin apuro, y a mí me gustaban esas mañanas que parecían no tener prisa por comenzar.

Me preparé un café con leche espumosa, tostadas con aguacate y un poco de tomate rallado, y me senté en mi rincón favorito del salón: ese sofá junto a la ventana con cojines revueltos y una mantita de lino arrugada en un extremo.

Tenía el móvil bocabajo sobre la mesa. No quería mirar nada aún. Ni redes, ni correos, ni mensajes. Ese era mi momento, mi tiempo de relax, el de disfrutar de un desayuno con las mejores vistas al puerto, aunque fuera en la distancia.

Mientras daba el primer sorbo al café, cerré los ojos un instante, y mi mente fue sola hacia un pensamiento, o más bien, a una persona en concreto.

Alejandro.

Me había invitado a esa gala benéfica de la que llevaban semanas hablando en todos lados, de la noche más glamurosa de la ciudad, al menos en primavera, porque sin duda aquí en Marbella había muchas noches así. Y aunque intenté tomármelo como algo casual, una invitación de cortesía, algo me decía que no lo era. No cuando llevaba toda la noche pensando si ponerme el vestido negro o el burdeos, los que tenía más formales y sin lentejuelas. Y, sobre todo, no cuando había soñado con él.

No recordaba los detalles. Solo una sensación. Piel caliente. Voz baja. Ese olor suyo, entre madera y algo más fresco. Me pasé una mano por el pelo, aún húmedo por la ducha, e intenté sacudirme esa imagen. No quería empezar el día soñando despierta, pero es que ese hombre me causaba no solo curiosidad, sino también algo más, y ese algo era… deseo.

Fue entonces cuando sonó el telefonillo. Fruncí el ceño mirando hacia la puerta de la calle, porque no esperaba a nadie.

Me levanté despacio y caminé hacia ella.

—¿Sí? —pregunté.

—Buenos días. Entrega para Valeria Ramos —contestó un chico.

—¿Una entrega? ¿De parte de quién?

—No me lo han dicho, solo me pidieron que lo entregara personalmente.

Me quedé un segundo en silencio, con la ceja levantada. Miré hacia el reloj de la cocina y vi que eran las nueve y media.

—Sube —dije, y pulsé el botón para abrir la puerta del edificio.

No esperé mucho para ver salir del ascensor a un repartidor joven, con barba de tres días, una gorra negra y una sonrisa educada. Pero no era él lo que me sorprendió, era la caja que llevaba en las manos.

Una enorme caja blanca, con un lazo rosa perfectamente atado, como si saliera de un escaparate.

—¿Esto es para mí?

—Eso dice el albarán —dijo él, entregándomela con cuidado—. Que tengas un buen día.

Apenas me dio tiempo a darle las gracias antes de que volviera al ascensor. Cerré la puerta, con el corazón latiendo a un ritmo que no debía ser normal, nerviosa a la par que intrigada por lo que hubiera en esa casa.

La apoyé en la mesa del comedor. El lazo era de raso, y al desatarlo, se soltó con un pequeño susurro. Abrí la tapa con manos torpes por primera vez en mi vida, pero es que los nervios me estaban jugando una mala pasada.

Y allí estaba. Un vestido.

Lo primero que noté fue el color: un rojo vino intenso, profundo, casi hipnótico. La tela era suave al tacto, ligera, pero con cuerpo. Alzándolo por los tirantes finísimos, el vestido se desplegó como un suspiro. Era largo, con una caída que intuía perfecta desde la cintura hasta los pies, y una abertura lateral que prometía mostrar una pierna al caminar, pero sin

vulgaridad. El escote era en forma de “V”, elegante, rematado con un leve encaje apenas perceptible en los bordes, y la espalda quedaba completamente descubierta, cruzada solo por dos tiras delgadas que se encontraban en la base del cuello.

Abajo, cuidadosamente protegidas en su propia bolsa de tela, venían unas sandalias de tacón fino, negras, con una tira cruzada sobre el empeine y otra alrededor del tobillo. Elegantes. Perfectas.

Y encima del vestido, una pequeña nota escrita a mano.

"Para que lo lleves esta noche en la gala. Alejandro."

Se me escapó una risa, pero de esas que se ahogaban rápido. Me llevé una mano a la boca porque en ese momento no sabía si quería gritar, bailar o llorar un poco. Me senté otra vez en el sofá de la ventana, con el vestido en el regazo, como si fuera de cristal.

—¿Pero qué demonios…?

Y justo en ese momento, escuché la puerta y supe que era Sofía.

No tardé en verla, con un moño alto, gafas de sol, una bolsa llena de croissants y esa sonrisa que la caracterizaba.

—¡Buenos días, diosa de la zumba! Espero que tengas hambre, porque esto de aquí está pidiendo a gritos que nos lo comamos —dijo, levantando la bolsa.

—Estaba con el desayuno —dije con una sonrisa—. Pero… me interrumpieron.

—¿Quién osó interrumpir ese momento? Por favor, qué gente más cruel —volteó los ojos.

—Un repartidor —señalé la caja.

—¿Qué es eso?

—Mira.

Sofía se acercó a mí, y cuando vio el vestido, soltó un sonido entre grito y gemido.

—¿Qué…? ¿Pero esto… esto es de Elie Stewart? —preguntó, reconociendo la firma de la diseñadora, y asentí con una sonrisa de incredulidad porque no me esperaba esto.

—¿Te lo has comprado?

Negué con la cabeza y le entregué la nota. Sofía la leyó en silencio. Luego me miró con una mezcla de asombro y picardía.

Ella había visto a Alejandro en el gimnasio, aparte de que la noche anterior le acabé mandando un mensaje para contarle que me había invitado a la gala.

—No me jodas.

—Te lo juro.

—¿Alejandro? —Asentí otra vez.

—¿Alejandro, Alejandro?

—¿Cuántos Alejandro crees que me regalan vestidos de diseñador?

Sofía lanzó las gafas de sol sobre la mesa como si fueran evidencia de un crimen.

—¿A qué hora pasa por ti?

—A las siete y media.

Sofía cruzó los brazos y se irguió como si estuviera tomando una decisión de vital importancia.

—Perfecto. Cancelas todo lo que tengas después de las cuatro. Me encargo yo de arreglarte.

—¿Cómo qué te encargas tú?

—Te voy a maquillar como si fueras a los Óscar. Te voy a peinar como si fueras a dar el discurso de tu vida. Y te vas a poner ese vestido como si Alejandro fuera a pedirte matrimonio esta noche.

Las dos estallamos en una risa que se sintió liberadora, cómplice, necesaria.

Acaricié la tela del vestido y pensé, mientras la risa de Sofía aún llenaba mi salón, que esto era un detalle. Un gesto tan inesperado como perfecto, porque nadie, jamás en toda mi vida, me había hecho sentir así antes de una cita.

Aunque esto no era una cita como tal, simplemente era una salida nocturna para acompañar a un conocido a una gala benéfica.

Pero es que no era solo el vestido. Era el cuidado. La intención. El mensaje silencioso que se escondía entre cada costura.

Alejandro había pensado en mí. En cómo quería verme. En cómo quería hacerme sentir.

Y lo estaba logrando.

Mi mañana de sábado seguía avanzando con la misma lentitud encantadora de esas mañanas donde el tiempo parecía estirarse como una sábana tibia. La luz seguía jugando a colarse entre las rendijas de la

persiana, ahora más dorada, más presente. Pero en mi salón, el ambiente había cambiado por completo. La caja abierta sobre la mesa, el vestido extendido como una joya recién desenterrada y la risa de Sofía aún suspendida en el aire habían convertido esa escena doméstica en algo parecido a un preludio cinematográfico.

Y yo no podía dejar de mirar el vestido. Había algo hipnótico en él, en su forma de absorber la luz, en la manera en que la tela parecía moverse incluso sin viento. No era solo una prenda. Era una promesa.

Sofía, por su parte, ya había tomado control absoluto del día, y eso que no llevaba en mi casa más de una hora.

—Vamos a ver —dijo mientras sacaba su móvil y empezaba a teclear con rapidez—. ¿Tienes base de maquillaje? No importa, yo llevo la mía. ¿Tienes plancha para el pelo? ¿Laca? ¿Pinzas? ¿Una bolsa de aire donde meter tus nervios?

—Estoy empezando a arrepentirme de haberte dejado entrar —dije, sonriendo—. Bueno, mejor dicho, de haberte dado copia de mis llaves.

—Ni se te ocurra. Este día es histórico. La monitora de zumba más encantadora y sensual de este hemisferio va a una gala con un vestido de Elie Stewart y con un hombre que, claramente, está coladito por ella. Es mi deber moral asegurarme de que brilles como una maldita estrella.

—¿Quién ha dicho que ese hombre esté coladito por mí? Por Dios, Sofía, que esto lo ha enviado solo porque le comenté que no sabía qué ponerme para una gala de ese calibre.

—Cariño, escúchame con atención. Ese hombre ha enviado este vestido con la clarísima intención de arrancártelo después. Ahora, más vale que le digas, le adviertas y le amenaces con que no lo haga trizas porque es una exquisitez de vestido.

—¿Arrancármelo? Madre mía…

Solté una carcajada, pero luego suspiré, bajando la vista otra vez hacia el vestido. Mi dedo trazó sin querer una línea imaginaria por el escote, como si pudiera leer algo en la costura.

—¿Tú crees que de verdad esto significa algo más?

Sofía se detuvo. Guardó el móvil y se sentó frente a mí, más seria esta vez.

—¿Quieres saber lo que pienso de verdad? —preguntó, y asentí.

—Que esto es mucho más que un regalo bonito. Esto es un acto medido, pensado. Este vestido no es una apuesta a ver si le gustas más. No es un capricho. Es un mensaje.

—¿Qué dice ese mensaje?

—Dice: "Sé quién eres. Sé cómo hacerte sentir especial. Y me importas lo suficiente como para hacerlo bien".

Parpadeé, y por un momento me sentí vulnerable. Como si alguien me hubiese quitado la coraza sin pedir permiso. Esa coraza que me acompañaba desde hacía tanto tiempo y que siempre pensé que nadie podría hacer que se resquebrajara lo más mínimo.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si estoy leyendo demasiado?

—Entonces qué —Sofía me cogió la mano—, no puedes vivir cada historia temiendo que sea la última. Hay momentos que no se repiten, Val, y este, este es uno de ellos. Disfrútalo. Déjate querer.

Las palabras se quedaron flotando en el ambiente como una melodía lenta. Asentí despacio, tragando el nudo que se me formaba en la garganta. Era increíble cómo una simple conversación podía desnudar tanto más que una prenda elegante.

Pero no pude evitar pensar en esa coraza, y en que no quería que nadie, ni siquiera un hombre que desentonaba con su traje a medida en mi clase de zumba, consiguiera derribarla.

Capítulo 9



Alejandro

Desperté temprano, más por costumbre que por necesidad. La ciudad seguía en esa pausa brumosa de las primeras horas, cuando incluso los coches parecían tener pereza de arrancar. Me preparé un café rápido, fuerte, sin azúcar, como siempre me había gustado, y mientras lo bebía parado frente a la ventana de la cocina, pensé en Carlos.

Habíamos hablado la noche anterior, solo un par de mensajes de texto rápidos para confirmar el punto de encuentro. Él había llegado a la ciudad para la gala de hoy, y se estaba quedando en el Hotel Magnolia, un sitio que me gustaba desde siempre, con esos salones enormes, cortinas de terciopelo y empleados que te saludaban como si recordaran tu nombre.

Mi madre no estaba cuando fui a vestirme para salir, seguramente habría ido a su salón de belleza preferido a que la mimaran, como ella decía.

Cogí el coche y fui a encontrarme con él. Llegué al hotel a las ocho en punto. Carlos siempre había sido puntual, y sospechaba que ya estaría abajo, con el móvil en una mano y su eterno *espresso* en la otra. No me equivoqué.

Lo vi desde la puerta, sentado en una de las mesas del salón de desayuno, junto al ventanal. Su figura era la misma de siempre: elegante sin esfuerzo, con ese tipo de presencia que se ganaba con los años y la costumbre de no tener que impresionar a nadie. Llevaba una camisa gris claro, sin corbata, y un reloj caro, pero discreto. Cuando me vio, sonrió con esa mezcla de ironía y afecto que sólo él sabía manejar.

—Alejandro, hermano —dijo al levantarse y darme un fuerte abrazo acompañado de un par de palmadas en la espalda—, llegas con puntualidad británica.

—Y tú te has caído de la cama, o no has dormido mucho —respondí, mientras me sentaba frente a él.

Nos reímos. Siempre era fácil caer en la dinámica con Carlos. Nos conocíamos desde el colegio y su padre era un buen amigo del mío. Por desgracia, él perdió a sus padres hacía ya seis años, pero a mi madre la tenía como esa segunda madre que lo quería y adoraba tanto como la suya propia.

Pedí café y tostadas, y comenzamos a hablar de lo obvio, el trabajo: proyectos, clientes, reuniones y algún que otro problema que había podido solventar sin mi presencia. Me puso al día con su tono característico, entre el análisis lúcido y la burla elegante.

La conversación pasó entonces a centrarse en la gala, ese evento de trajes oscuros, discursos demasiado largos y copas que se llenaban solas al que mi madre me había arrastrado.

—Teniendo en cuenta que Isabel te hizo venir porque estaba enferma.

—Supuestamente —contesté—. Me engañó, pero bien. A mí, a su propio hijo…

—El único que tiene, a ver si pensabas que me iba a llamar a mí.

—Lo que mi madre quería era hacerme dejar el trabajo por un tiempo.

—Y apuntarte a clases de zumba, que no se te olvide —rio.

—No me lo recuerdes, que el primer día creí que tenía el traje pegado al cuerpo.

—Y hablando de zumba… Anoche vi una historia de tu monitora. Baila bien —sonrió.

Sabía de qué historia hablaba, de esa misma que yo vi, donde Valeria sonreía, canturreaba y se movía como si el mundo no pesara nada.

Carlos había sacado el móvil y estaba volviendo a verla en ese momento; la observó unos segundos más antes de hablar, y luego soltó la frase con toda la calma del mundo:

—Esa mujer se ve muy sensual y muy, muy peligrosa.

Tragué saliva, no porque no estuviera de acuerdo, sino porque lo que dijo era exactamente lo que yo no quería admitir.

Carlos volvió a dejar el teléfono sobre la mesa, como si acabara de lanzar una bomba y estuviera esperando ver qué quedaba en pie.

—¿Qué? —pregunté, con una sonrisa forzada que intentaba sonar casual.

—Nada, solo que no me sorprende que la mires de ese modo —respondió mientras volvía a coger su café para dar un sorbo.

—¿De qué modo, si puede saberse?

—Vamos, Alejandro, que nos conocemos, no me hagas decirlo —sonrió —. Esa mujer te gusta. Y esa mirada que tiene… Hay mujeres que no necesitan decir una palabra para que uno ya sepa que va a salir herido.

No dije nada, me limité a mirar por la ventana, al movimiento lento de la ciudad en la calle, pero él ya me había leído. Lo hacía desde que éramos jóvenes. Siempre tenía esa maldita capacidad de ver más allá de lo que uno decía.

—Anoche viste esa historia —dijo, con una media sonrisa, y me reí, bajando la cabeza.

—La vi, claro que la vi.

No se lo iba a negar. A las dos de la madrugada, con una copa de whisky en la mano y el insomnio haciéndome compañía, abrí *Instagram* con la intención de distraerme. Y ahí estaba ella, bailando como si el mundo le debiera algo y lo estuviera cobrando con cada giro de caderas. Fue imposible no mirar. No pensar. No imaginar y fantasear.

Carlos se tomó su tiempo antes de hablar otra vez.

—¿Puedo decir algo sin que te ofendas?

—Siempre.

—Sé que Clara te hizo mierda, Alejandro. Esa mujer te sacudió de arriba abajo. Y por mucho que quieras hacerte el fuerte y llevar la vida que llevamos, todavía estás atrapado.

Le sostuve la mirada. Él tenía razón, por supuesto, Clara había sido una tormenta de esas que arrasan con todo, y yo, idiota, salí a buscarla sin paraguas.

—No me molesta que lo digas —respondí—, me molesta que sea cierto.

Carlos asintió, en silencio, y dio otro sorbo a su café.

—A ver, esa mujer es parte de tu pasado, y de sobra sabes que no todas son iguales. Y aunque negaré haber dicho lo que estoy a punto de decir, tu madre tiene razón. Deberías darle y darte una oportunidad al amor.

—Mejor que niegues haberlo dicho, porque sabes que eso nunca pasará. El hombre que confiaba y creía en el amor que vivieron mis padres ya no existe.

—En ese caso, espero que esa mujer sea igual, que no quiera nada serio, solo sexo salvaje y desenfrenado, porque ya te digo que la veo muy peligrosa.

—Descuida, que no me voy a enamorar, ya cometí ese error una vez, y no pasará dos veces.

En ese momento me llegó la notificación de que ya habían entregado el paquete en casa de Valeria, y sonreí como un idiota al leerlo. Carlos me miró, esperó que le dijera algo, pero al no hacerlo, cogió mi móvil.

—¿Le has enviado un vestido de Elie Stewart? —preguntó, incrédulo y con el ceño fruncido.

—Mi madre insistió en que la invitara a venir a la gala, o lo haría ella. Así que la invité, me dijo que no sabía qué ponerse y yo, solo he querido ayudarla —me encogí de hombros.

—Elie Stewart, buena ayuda —soltó un leve silbidito—. Debe de haber alucinado al verlo.

Sonreí levemente, pero solo porque pensaba que el que alucinaría al verla sería él. El vestido me pareció perfecto para ella, sensual y peligroso, justo como Carlos describía a Valeria, justo como yo mismo la veía.

Nos quedamos en silencio. Afuera, el tráfico comenzaba a crecer. Un par de turistas pasaban frente al hotel con bolsas de compras y sonrisas estiradas. El camarero volvió a acercarse, retiró los platos vacíos, ofreció algo más, pero ambos negamos. Carlos se estiró en su silla como si despertara de una larga siesta.

—Bueno —dijo—. Si vas a ver a esa mujer esta noche, recuerda una cosa —carraspeó y le miré, esperando una frase sensata—. No tomes más de dos copas. La tercera te hace escribirle mensajes a una mujer de los que seguro que acabas arrepintiéndote.

Solté una carcajada al escucharlo, y él también.

—Gracias, doctor —respondí—, qué haría sin tus consejos de borracho reformado.

—Te emborracharías solo, y te harías más daño. Lo sé porque ya lo hiciste antes.

No discutí, tenía razón otra vez.

—Así que tú irás con una sensual y seductora acompañante, mientras que yo me voy a convertir en el *sugar boy* de tu madre, qué honor.

—Serás capullo —reí—. Tú vienes a la gala con los dos.

—A ver, que he venido porque necesitabas mi apoyo moral acompañando a tu madre, pero, tío, si vas a ir con este pedazo de mujer —dijo volviendo a coger su móvil para mostrarme una de las fotos que yo ya había visto en el *Instagram* de Valeria—, ¿para qué he venido yo? —Arqueó la ceja.

—Para hacerme compañía, para que disfrutes de una cena y de unas copas rodeado de gente y que desconectes del trabajo, como dice mi madre.

—Todo sea por un buen whisky —suspiró.

Después de unos minutos más charlando, y quedando en que nos veríamos directamente en el lugar donde se celebraría la gala, nos dimos un abrazo breve, como siempre, con palmadas en la espalda. Carlos se despidió con una broma más y se fue hacia el ascensor.

Yo me quedé allí unos minutos más. Mirando mi taza vacía, pensando en Valeria. En sus movimientos lentos al bailar, en esa sonrisa que no sabías si te invitaba o te desafiaba. En su voz al decir mi nombre.

Y supe, con una certeza que no necesitaba explicaciones, que esto entre nosotros no había hecho más que empezar.

Capítulo 10



Valeria

Las horas siguientes se deslizaron entre risas, pruebas de maquillaje, peinados descartados, *playlists* con música de fondo y un desfile improvisado de accesorios. Sofía se fue un momento a su casa y había vuelto trayendo consigo media casa, como si de un pequeño estudio de belleza portátil se tratara.

La tarde cayó sin que apenas lo notara del todo. Fue como si las horas hubieran decidido desvanecerse entre telas, risas y pinceladas de maquillaje.

Sofía se había instalado en el piso con la naturalidad de quien sabía que estaba en territorio familiar. Había traído su neceser profesional, ese con más compartimentos que una maleta diplomática, un rizador, una botella de vino blanco "para los nervios" y la música que no dejaba de resonar por toda la casa con la seguridad de quien no pedía permiso para brillar.

—Quítate la camiseta —ordenó mientras sacaba una paleta de sombras —. Vamos a trabajar esos ojos como si fueras a seducir a James Bond.

—¿No se supone que voy a una gala? —dije, riendo.

—Sí, pero el concepto es el mismo. Misterio. Elegancia. Y una pequeña amenaza.

Obedecí, porque no me quedaba otra. Me senté frente al espejo, mientras Sofía comenzaba a transformarme con la destreza de una artista que conocía perfectamente su lienzo.

Mientras tanto, mi mente viajaba sin permiso.

Alejandro. Él. Siempre él.

Desde el momento en que lo conocí, supe que tenía algo distinto. No era solo su aspecto, aunque no podía negar que ese hombre tenía una presencia difícil de ignorar. Era la forma en que me miraba, como si pudiera ver a través de mí. No para juzgarme, sino para entenderme.

Y eso me descolocaba. Porque a mí no me gustaba sentirme vista.

Había aprendido a usar mi independencia como armadura y mi sarcasmo como escudo, pero con Alejandro… era distinto, no tenía que fingir fuerza. Él no se intimidaba, ni intentaba reducirme, solo me observaba como si fuera algo que realmente quería aprender a leer, no a controlar. Y el vestido lo confirmaba.

No era solo un gesto romántico o un despliegue de recursos. Era un mensaje sutil, personal. Había pensado en mi estilo, en mi figura, en lo que me haría sentirme poderosa esa noche.

Y había acertado.

—Deja de pensar en él —dijo Sofía sin levantar la vista, mientras delineaba con precisión quirúrgica—. Estás suspirando como si esto fuera una película francesa —me salió una carcajada.

—Es que... ha tenido un detallazo.

—Lo ha tenido, sí, pero también quiero que vayas con los pies en la tierra. Es decir, lo conoces, es magnético, es inteligente. Y sí, está más bueno que el pan con manteca, como diría mi difunta abuela, pero tú también. Así que nada de ponerlo en un pedestal, ¿vale?

—¿Y si ya lo he puesto sin darme cuenta?

—Te lo tumbo yo misma.

Ambas reímos otra vez, pero la advertencia quedó flotando en el aire. Y yo lo sabía, sabía que esa noche tenía que disfrutar, sí, pero también protegerme.

Porque ya había pasado por algo parecido, y Sofía me ayudó a levantarme sin que nadie más lo supiera.

Dejé que me transformara. Cerraba los ojos mientras Sofía me aplicaba la base con delicadeza, como si pudiera ocultar en cada pincelada todas las inseguridades que no quería dejar salir. Dejaba que me alisara el cabello hasta que cayó sobre mi espalda como una cortina de seda. Y cuando por fin me ayudó a ponerme el vestido, frente al espejo del dormitorio, supe que no había forma de ocultarme más.

Era yo, sí, pero otra versión, una que no me había permitido ser en mucho tiempo.

A las seis y media, ya estaba lista.

El vestido me sentaba como un guante hecho a medida. La tela caía con una suavidad casi líquida sobre mi cuerpo, y el escote, que había temido que fuera demasiado atrevido, me otorgaba una elegancia inesperada. Las sandalias negras me elevaban lo justo. No solo en altura, sino en ánimo.

Sofía me miró desde el umbral de la puerta del baño, con una sonrisa orgullosa.

—Estás de escándalo.

—¿Demasiado?

—No. Exactamente lo que ese hombre querrá sentir cuando te vea, cuando todos te vean entrar allí.

Y tras escucharla, me observé un segundo más. No solo me sentía guapa, me sentía fuerte. Como si llevara una versión amplificada de mí misma. Me giré lentamente y la tela se movió conmigo, abrazándome en cada curva, dejando al descubierto mi espalda, mi cuello, mi piel erizada por una emoción que no sabía describir.

—Gracias por esto, Sofía.

—Siempre, pero prométeme algo.

—Lo que quieras.

—No te enamores esta noche solo porque te hizo sentir especial. Sé tú la especial.

Asentí despacio, aunque en mi interior, ya sabía que algo se estaba moviendo. No era amor, no aún, pero sí una vibración peligrosa, que nacía justo donde el deseo y la ternura se cruzaban.

Nos tomamos una copa de vino para hacer tiempo mientras esperaba y para calmarme los nervios, según Sofía, y acabamos canturreando una canción de las que había en esa última *playlist* suya que nos acabó haciendo reír.

Sofía me hizo una foto y dijo que esperaba que me hiciera muchas más para subirlas a su *Instagram* y que todo el mundo viera lo sensual, guapa y elegante que estaba esta noche. Yo solo pude sonreír.

A las siete y veintiocho, recibí una notificación en el móvil, un mensaje de Alejandro.

—Ha llegado —dijo Sofía con una sonrisita, espiando por la ventana—. De negro, traje perfecto. Maldito Alejandro y su cara de anuncio de perfume.

Me acerqué con cuidado, sosteniendo el bajo del vestido con una mano. No lo vi de inmediato, pero mi corazón reaccionó antes incluso que mi vista. Un latido más fuerte. Un calor súbito en el pecho.

—¿Estoy bien? —pregunté, y me sentí algo tonta por hacerlo.

Sofía me acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja, como haría una hermana mayor.

—Estás increíble, y lo sabes —contestó con una sonrisa y me dio un beso en la mejilla.

Cerré los ojos un segundo, como quien se preparaba para salir al escenario. Cogí aire, lo solté con calma, Sofía me abrazó con fuerza pidiéndome que me divirtiera, y me despedí de ella con un beso en la mejilla, quedando en que hablaríamos el lunes en el gimnasio sobre esta noche, mi noche en una gala benéfica rodeada de glamur y gente de mucho poder de la ciudad.

Y entonces salí de casa, paso a paso, caminando despacio hasta el ascensor, donde entré y me miré de nuevo en el espejo. Apenas me reconocía, pero era yo, envuelta en un vestido largo, precioso, elegante y maravilloso, pero era yo.

Respiré despacio mientras bajaba, con el corazón en alerta, latiendo a mil por hora y una sonrisa contenida. Porque esta noche, todo podía pasar.

Y aunque tenía miedo, también sentía algo más fuerte que el temor.

Sentía curiosidad, deseo y una certeza que crecía dentro de mí sin permiso.

Estaba segura de que esta noche iba a ser inolvidable.

Salí del ascensor y caminé hacia la puerta del edificio, esa que, como siempre, se abrió con un pequeño chirrido, y entonces lo vi.

Alejandro estaba apoyado contra el lateral del coche, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sosteniendo el móvil. Traje negro impecable, camisa blanca abierta justo lo suficiente para parecer natural, no calculado, y sin corbata. Ese detalle me desarmó por completo. Estaba increíble, sí, pero no solo por el traje. Había algo en su postura, en la forma en que levantó la cabeza al sentirme, que me hizo perder el equilibrio interior.

Me vio y se quedó quieto, completamente quieto. Como si necesitara un segundo para asimilar lo que veía. Incluso juraría que lo vi tragar saliva con fuerza.

Yo, por mi parte, sentí el calor subirme desde el pecho hasta la nuca. Una parte de mí quería bajar la mirada. La otra quería quedarse ahí, firme, bebiéndose la reacción de él como si fuera vino añejo.

—Vaya —dijo Alejandro, finalmente, caminando hacia mí—. Estás… impresionante.

Sonreí intentando mantener la compostura, algo difícil porque este hombre me ponía más nerviosa que ningún otro en toda mi vida. Alejandro tenía un aura, un magnetismo, que daban esa sensación de poder y dominación a partes iguales.

—Tú tampoco estás mal —conseguí decir tras encontrar mi voz.

—¿Te gustó el vestido?

—Me encantó —dije, y lo dije de verdad—. Aunque no sé si me gusta más por cómo me queda o por el detalle que fue recibirlo.

Alejandro me ofreció el brazo con una media sonrisa.

—Me gustaba imaginarte abriendo la caja.

—¿Y qué imaginaste?

—Justo esto —respondió—. Esa sonrisa que tienes ahora.

Lo miré de reojo mientras caminábamos hacia el coche. Estaba claro que este hombre sabía coquetear, pero no lo hacía con frases vacías, lo hacía con pausa, con exactitud; como quien disparaba solo cuando estaba seguro de acertar.

El coche era negro, de líneas elegantes. Alejandro me abrió la puerta y esperó a que me acomodara. Cuando se sentó a mi lado, sentí el cambio en el aire. No había música. Solo el silencio cómodo entre nosotros y el ronroneo suave del motor.

Durante los primeros minutos del trayecto, ninguno habló.

Observaba la ciudad pasar por la ventana, pero no estaba viendo nada. Estaba demasiado consciente de la cercanía de Alejandro, de su perfume, ese aroma amaderado que parecía haber nacido para su piel, de la forma en que apoyaba el codo en la puerta del coche, o cómo me miraba de reojo cuando creía que yo no me daba cuenta.

Entonces habló, sin mirarme.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco —admití—. No por la gala. Por ti —confesé, porque no veía razones para no decírselo.

Él giró la cabeza hacia mí, como si no creyera lo que acababa de escuchar.

—¿Por mí?

—No estoy acostumbrada a que alguien me lea tan bien. Me hace sentir vulnerable.

Ya está, lo había dicho en voz alta, no solo lo pensaba, y posiblemente Sofía me dijera que no debería habérselo dicho, pero tenía la sensación de que con Alejandro podía ser yo misma.

Alejandro no respondió de inmediato. Bajó un poco la ventanilla, como si necesitara aire, y luego me miró con una expresión más seria.

—No quiero que te sientas vulnerable, quiero que te sientas poderosa.

Bajé la mirada un instante, procesando la frase. No era un cumplido al uso, era una intención.

—Entonces vas bien encaminado —dije, sin poder evitar el sonrojo en mis mejillas, y Alejandro sonrió.

—¿Te cuento un secreto?

—¿De los que uno no debería decir en voz alta?

—Justo esos.

—Dime, soy toda oídos —sonreí, al igual que él.

—Desde la primera vez que te vi —dijo, dedicándome una mirada rápida antes de seguir—, en esa clase de zumba, he pensado en ti más de lo que debería.

Eso sí que no me lo esperaba, y lo miré con sorpresa.

—Y no solo eso, la otra noche soñé contigo —confesó, bajando la voz, y tragué saliva.

El coche dobló por una avenida iluminada, y en el reflejo del cristal, pude ver mi propio rostro, más suave y más expuesto que nunca.

—Yo también he soñado contigo —dije sin pensar demasiado—. Anoche.

—¿Y qué pasaba? —curioseó.

—No lo recuerdo —contesté, aunque algo me decía que ese sueño había sido algo que, si recordara, me haría fantasear más de la cuenta con él.

Alejandro asintió con un leve gesto, como si entendiera más de lo que decía.

El coche nos llevó a través de una ciudad que comenzaba a encenderse, como si acompañara el brillo que ya irradiaba la noche. Durante el resto del trayecto hablamos poco, pero no hizo falta más. Alejandro me seguía mirando de reojo de vez en cuando, con una mezcla de admiración y algo más que yo aún no sabía cómo nombrar.

Y no le había mentido, estaba nerviosa por él, sí, pero también por la gala. Porque yo no solía asistir a ese tipo de eventos, no me relacionaba con la gente importante o influyente, y tampoco con empresarios, salvo mis primos de Madrid, y solo si Saúl venía de visita o si yo había ido por allí para ver a Marina, antes de que tuviera novio.

El coche empezó a reducir la velocidad, señal de que nos acercábamos al lugar donde sería la gala. Las luces doradas del edificio se reflejaban en las ventanas. El murmullo de la multitud ya se oía desde dentro.

Y yo solo pude comenzar a respirar hondo.

—¿Lista? —preguntó Alejandro, antes de salir del coche.

—Nunca estoy lista —respondí—, pero eso no me ha detenido antes — me encogí de hombros, y él sonrió.

Alejandro bajó del coche, vino hacia mi puerta y, tras abrirla, me ofreció la mano para ayudarme a bajar.

Cuando nuestros dedos se entrelazaron, sentí que algo en mí, algo que había estado dormido mucho tiempo, comenzaba a despertar.

No sabía qué iba a pasar esta noche, pero sabía, con una certeza tan clara como el cielo de un día soleado, que ya no podía mirar a Alejandro solo como un alumno de mis clases de zumba.

Lo estaba empezando a mirar como alguien capaz de romper mis defensas más cuidadosamente construidas.

Y no estaba segura de querer detenerlo.

Capítulo 11



Alejandro

La gala estaba en pleno auge cuando cruzamos la entrada. Los flashes de los fotógrafos estallaban como relámpagos, congelando momentos que serían reproducidos en revistas y redes sociales al día siguiente. El murmullo del público formaba una corriente sutil de palabras que fluían por el salón como un río subterráneo.

El sonido suave del cuarteto de cuerdas en la esquina llenaba el espacio de una calma artificial, como si se esforzara por imponer serenidad en medio del brillo y la tensión.

Pero para mí, todo sonaba como ruido blanco comparado con la presencia de Valeria a mi lado.

Desde que la vi tras salir de su edificio, supe que esa noche iba a perder el control. La imagen aún me perseguía: el roce del vestido acariciando sus piernas, el eco suave de sus tacones en cada peldaño, y esa expresión suya, mezcla de certeza y misterio, que hacía que el mundo se redujera a una única coordenada: ella.

Estaba preciosa. No solo por el vestido, aunque verlo puesto en ella fue como presenciar un sueño hacerse realidad. Era de un tono rojo vivo, satinado, con una caída impecable y una abertura lateral que dejaba adivinar el ritmo de su andar. Pero no era la tela ni el diseño lo que me tenía sin aliento, sino la forma en que lo llevaba: serena, firme, segura de sí misma… Caminaba como si el mundo le perteneciera, y yo… yo caminaba a su lado sabiendo que no iba a poder resistirme mucho tiempo.

Ella tenía ese tipo de belleza que no pedía permiso. Que no suplicaba atención. Era magnética por naturaleza. No necesitaba luces tenues ni música suave para destacar; su sola presencia reconfiguraba el espacio, como si obligara a las leyes físicas a ajustarse a su ritmo. Su paso dejaba estelas invisibles, como ondas tras una piedra lanzada a un lago en calma. Y cada uno de esos pasos me recordaba que estaba en peligro.

—Vamos —le dije, tocándole el brazo con suavidad—. Quiero que conozcas a alguien.

Nos abrimos paso entre los invitados con gestos medidos, saludos rápidos, alguna que otra mirada inquisitiva. Hasta que llegamos a una figura alta, elegante, con el cabello recogido en un moño perfecto: mi madre.

—Valeria —dije, tocando su espalda con delicadeza—, te presento a mi madre, Isabel.

Mi madre sonrió como solo ella sabía hacerlo, con esa mezcla de dulzura y firmeza que siempre la había caracterizado. Era la clase de mujer que no necesitaba levantar la voz para hacerse oír. Su sola presencia bastaba. Observó a Valeria de arriba abajo, no con juicio, sino con curiosidad genuina.

—Encantada —dijo Valeria, tendiéndole la mano.

—El gusto es mío —respondió mi madre, estrechándosela con calidez—. Te sigo en *Instagram*, por cierto.

Valeria se rio, sorprendida, sus mejillas tiñéndose apenas de un rubor sincero.

—¿En serio?

—Claro. Me encanta cómo bailas. Tus clases de zumba son una maravilla. Y tú, eres un encanto.

—Gracias… eso no me lo esperaba —dijo Valeria, halagada, sonriendo con ese brillo que reservaba para los elogios que no buscaba.

Comenzaron a charlar animadamente, de modo que la conversación fluía entre ellas como si se conocieran desde hacía tiempo. Me quedé unos pasos atrás, observándolas. Eran mundos distintos y, sin embargo, la conexión entre ellas era evidente. Valeria, con su energía vibrante, esa espontaneidad que rozaba la irreverencia, y mi madre, precisa y elegante, con un dominio absoluto de los silencios y las pausas. Encajaban de una forma que no había previsto, y que no supe si me tranquilizaba o me inquietaba.

Mis ojos volvieron a ella. Los hombros desnudos, la espalda perfecta, la forma en que se inclinaba ligeramente al escuchar. El escote que sugería sin robar protagonismo. Y esos labios. Maldita sea, esos labios. Llevaban toda la noche tentándome. Cada palabra que decía era una caricia indirecta. Cada vez que se reía, cada vez que humedecía ligeramente el labio inferior con la lengua, era como si apretara un gatillo que llevaba demasiado tiempo cargado. No lo hacía a propósito, no era una provocación consciente y eso lo hacía peor.

Porque lo volvía real.

—Tienes buen gusto —dijo una voz detrás de mí, y sonreí sabiendo que era Carlos.

Me giré y ahí estaba. Traje azul, camisa gris con el primer botón desabrochado, sonrisa ladeada. Una presencia familiar en mi vida, tan constante como ambigua. A veces un aliado, otras un testigo incómodo de mis contradicciones.

—Está impresionante. Sin duda, Elie Stewart ha sido todo un acierto para que ella luzca. Y creo que tú estás deseando quitárselo. Siendo sincero, hasta yo querría que se lo quitáramos.

—Carlos, te lo advierto. No la asustes, y, sobre todo, no hables de más delante de mi madre.

—Tranquilo, que no mencionaré delante de mamá a qué te gusta jugar con las mujeres en la cama.

—Eres imposible —reí, negando.

—Y tú eres consciente de que no le quitan la vista de encima, ¿verdad?

—Sí —respondí antes de dar el último sorbo a mi copa de vino.

Eché un vistazo rápido y comprobé que todas las miradas estaban puestas en ella, sobre todo las de los hombres, esos que la miraban con curiosidad y deseo a partes iguales.

—Valeria —dije, llamándola con un gesto cuando me miró, y ella se acercó—. Él es, Carlos, mi mejor amigo, además de uno de los empleados más eficaces de mi empresa. Carlos, ella es Valeria.

Carlos la miró con descaro. No el tipo de descaro vulgar, sino uno estudiado, casi teatral. Como si supiera exactamente cómo moverse en cada escena.

—Eres más guapa en persona que en las fotos —dijo.

Su frase me cruzó el estómago como una daga. Vi la forma en que Valeria sonreía, educada, sin entusiasmo.

—También bailas muy bien. Eso sí, dudo mucho que este de aquí —me señaló— llegue a bailar alguna vez como tú.

—Gracias… Eso suena a cumplido con trampa, pero me lo tomaré bien.

Carlos soltó una risa breve. Yo no.

Le lancé una mirada seca. Carlos la captó enseguida, levantó las manos como quien se rendía en una guerra que nunca quiso pelear, y se fue a buscar una copa.

Valeria me miró divertida, con una ceja levantada.

—¿Estás celoso?

—Estoy conteniéndome de no tirarle una copa encima —dije con media sonrisa.

Ella rio, y en ese momento, su risa era lo único que importaba en la sala. Se acercó un poco más y el roce de su brazo contra el mío fue eléctrico. No poético. Real. Como un cortocircuito.

—Tranquilo —dijo en un susurro que me pareció de lo más sensual, seductor incluso—, no tienes competencia.

Ese comentario me atravesó como un disparo limpio. La miré a los ojos y vi que tenían ese brillo que solo aparecía cuando alguien estaba justo al borde de algo. Algo que podría cambiarlo todo.

—¿Quieres un poco de vino? —pregunté, buscando una salida, o tal vez una excusa.

—Solo si tú me lo ofreces.

Fui por las copas sin perder de vista a mi amigo, que charlaba con mi madre y algunas otras personas. Cuando volví, la vi en uno de los balcones interiores. La ciudad se desplegaba más allá como una joya distante. Ella estaba de espaldas, pero su silueta se recortaba contra la noche como una figura tallada en sombra y deseo.

Cuando le entregué la copa, nuestros dedos se rozaron.

—¿Te estás divirtiendo? —pregunté.

—Sí, y eso que este no es el mundo en el que me muevo —sonrió—. Aunque creo que la mejor parte aún no ha llegado.

La miré. Su sonrisa. Esos labios. El mundo se redujo a un punto fijo entre nosotros.

Me acerqué un paso y ella no se apartó. Mi mano encontró su cintura. El contacto fue leve, pero definitivo. Ella se inclinó ligeramente hacia mí sentí que en ese momento me quedaba sin aliento. Valeria era preciosa, la clase de mujer que cualquier hombre desearía, como había comprobado esta noche por las miradas que le dedicaban.

La vi humedecerse de nuevo los labios, y eso me hizo perderme por completo, rendirme a lo que deseaba. Y entonces, la besé.

Al principio con cuidado, como quien probaba el agua antes de sumergirse, pero apenas sentí el calor de sus labios, se acabó el autocontrol. Mi otra mano fue a su rostro, a la curva de su mandíbula. Ella respondió como si lo hubiera estado esperando desde que nos conocimos. Sus labios se abrieron con precisión, y en ese beso breve, contenido e intenso, se condensaron días de tensión.

Cuando nos separamos, sus mejillas estaban encendidas y respiraba más rápido. No dijo nada, solo me miró, y supe que había cruzado el punto de no retorno.

La deseaba, pero por alguna razón que no llegaba a entender, no como una aventura más. La deseaba para algo más que unas pocas noches de sexo y placer. Y eso me asustaba más que cualquier otra cosa.

—¿Eso era parte del protocolo de la gala? —susurró ella.

—No —dije—. Eso fue culpa de tus labios.

Antes de que pudiera besarla otra vez, una voz familiar nos interrumpió.

—¡Van a empezar con la subasta! —dijo mi madre, asomándose por el balcón—. Vamos, que han traído las piezas más impresionantes este año.

Nos miramos. Ella bajó la vista, aún sonrojada, y yo respiré hondo, intentando recomponerme. Desde luego que mi madre podía ser de un inoportuno…

Capítulo 12



Alejandro

Entramos de nuevo al salón. La subasta fue un desfile de exageraciones exquisitas. Obras de arte, experiencias exclusivas, objetos firmados, viajes impensables. Valeria no dejaba de sorprenderse con los precios. Yo no dejaba de mirarla a ella.

Cada vez que alguien hacía una oferta absurda, ella se giraba hacia mí, con una expresión entre escéptica y divertida. Y ese gesto, tan suyo, me parecía más valioso que cualquier cuadro en el catálogo.

La recaudación final superó todas las expectativas, pero lo único que me importaba esa noche, ya lo había conseguido.

Había probado sus labios y ahora no podía pensar en otra cosa.

Valeria se disculpó un momento para ir al baño y fue cuando se acercó mi madre con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿No me digas que no te alegras de haberla invitado? —preguntó mientras se colgaba de mi brazo, y vi que se acercaba Carlos— Todos los hombres la miran, ¿te has dado cuenta de eso?

—Sí, mamá.

—Es que es preciosa, y ese vestido…

—Elie Stewart, Isabel —dijo Carlos—, se lo envió tu hijo para que lo llevara esta noche.

—¿Y desde cuándo tú tienes tan buen gusto para los vestidos de las mujeres? —curioseó mi madre, con una ceja levantada.

—Solo vi el vestido y quise tener un detalle; ya te dije que me comentó que no sabía qué ponerse.

—¿Y no será que quieres quitárselo también, hijo? —soltó aquello sin anestesia mi madre, mi propia madre, haciendo que yo la mirara con los ojos más abiertos que nunca, y que Carlos acabara escupiendo un poco del vino que acababa de beber.

—Mamá, por Dios —protesté.

—Alejandro, mi amor, que no soy tonta y sé que tú no eres célibe después de que se acabara tu relación con la innombrable.

—No, no, ya te digo yo que célibe no es, Isabel —dijo Carlos, que se ganó otra mirada asesina por mi parte.

—Hijo, me parece bien que tengas tus aventuras, pero ya sabes que yo quiero que sientes cabeza, que te enamores.

—Y que te dé nietos, Isabel, díselo —rio el muy traidor.

—Eso también, que me haría ilusión. Ay, hijo, una niña, tan bonita como Valeria, ¿te imaginas? —preguntó con voz soñadora, y hasta la mirada se le iluminó.

¿Lo jodido de todo? Que me estaba imaginando una niña como Valeria, que se convertiría en una mujer, como ella, y que yo sería capaz de amenazar de muerte al hombre que la mirara y le hiciera daño.

—¡Valeria, querida! —gritó mi madre al verla volver— Ven, que tengo que presentarte a algunas de mis amistades —le dijo, colgándose de su brazo, y Valeria sonrió encantada, dedicándome un leve encogimiento de hombros antes de irse con ella.

—Sabes que estás jodido, ¿verdad? —dijo Carlos.

—Dime algo que no sepa —suspiré.

—Yo me refería a tu madre, pero, por cómo miras de embobado a Valeria… me atrevería a decir que es por ella.

No dije nada, simplemente me quedé allí, bebiendo vino con mi amigo, hablando con algunos de los conocidos de mi madre y esperando a que Valeria volviera a mi lado.

El salón fue quedando más silencioso a medida que la noche avanzaba. Las conversaciones perdían volumen y las risas se volvían más íntimas. Los camareros se movían con una eficiencia casi invisible, recogiendo copas vacías con la misma elegancia con la que las habían servido. Los músicos,

liberados ya de su partitura oficial, improvisaban un jazz suave que serpenteaba entre las mesas como una niebla melancólica.

Valeria y yo encontramos un rincón más apartado, como si nuestros cuerpos lo buscaran de forma inconsciente, guiados por un instinto que no necesitaba palabras. El pequeño jardín interior, con su luz dorada y sus sombras largas, parecía un decorado montado solo para nosotros. Nos sentamos en un banco de hierro forjado. El metal crujió ligeramente bajo nuestro peso, como si saludara nuestro cansancio.

Ella se quitó las sandalias de tacón con un suspiro contenido, como si soltara no solo el dolor físico, sino también parte de la tensión del protocolo social. Sus pies descansaron descalzos sobre el césped, y por un instante pareció parte del jardín: natural, silvestre, luminosa.

—No puedo más —dijo, masajeándose los pies—, estos tacones son armas de tortura con diseño.

—Dignas de la Inquisición —comenté, sonriendo.

—Totalmente, pero valió la pena, ¿no?

—No me atrevería a negarlo —dije, y mi mirada habló por mí.

Ella lo entendió, lo vi en sus ojos, en la forma en que se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja, como si intentara disimular que la estaba observando con hambre contenida. Y, sin embargo, no había tensión, no la del deseo impaciente, al menos. Lo que había era algo más raro: una calma cargada. Como el silencio que precedía a una tormenta.

—¿Sabes? —dijo, después de un largo silencio— No suelo hacer esto.

—¿Quitarte los zapatos en medio de un evento elegante?

—No —rio negando, y esa risa… me desarmaba por completo—. Dejarme llevar tan rápido.

—¿Te arrepientes de haberme besado?

—No —contestó mirándome fijamente.

—Me alegro de escuchar eso, porque no me voy a conformar con un beso. No quiero parar esto, Valeria.

Ella bajó la mirada por un momento. Luego la levantó y me atravesó con esos ojos que podían desarmar cualquier argumento.

—Yo tampoco.

Y entonces pasó algo que pocas veces ocurría: el tiempo se detuvo.

No de manera poética, sino literal. En ese rincón del mundo, entre las hojas que susurraban y los faroles cálidos que lanzaban sombras danzantes,

el universo nos concedió una tregua. Una burbuja suspendida entre lo que éramos y lo que estábamos a punto de ser.

Nos quedamos ahí, sin hablar, sin necesidad de llenar el espacio con nada más, respirando el mismo aire y escuchando la música lejana, los murmullos del salón, el leve sonido de nuestras respiraciones.

Y la besé otra vez.

No con urgencia, ni con deseo contenido, sino con la certeza de quien sabía lo que hacía y lo que quería seguir haciendo el resto de la noche. Sus labios eran suaves, cálidos.

Mi mano acarició su mejilla mientras que la suya se apoyaba en mi pecho. Y allí estuvimos, sin importar nada más que ese instante en el que nos besábamos.

No pude contenerme más y la senté sobre mis piernas, a horcajadas, sin importarme nada lo que pudieran decir si alguien nos veía, porque nunca me había importado.

Ella enredó sus dedos en mi cabello y de manera sutil se movió sobre mí, dejando que sintiera el roce de su sexo en mi entrepierna, y eso… eso sí que era un peligro para mi autocontrol.

—¿Siempre es así contigo? —preguntó en voz baja cuando nos separamos.

—Así, ¿cómo?

—Como si todo lo que no eres tú se desdibujara.

Tragué saliva pues no tenía una respuesta preparada para eso, porque no era una pregunta, era una declaración de guerra emocional. Y yo ya había perdido.

Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente, mis manos deslizándose por su espalda suave y sedosa, mientras la música de fondo seguía sonando.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora te invito a que vengas conmigo, adonde quieras, hasta que se nos acabe la noche.

Ella me miró con una leve sonrisa y asintió.

No hizo falta nada más, nos pusimos de pie y entramos de nuevo a ese salón lleno de gente. Mi madre nos vio y se le dibujó una sonrisa. Carlos, en la distancia, me hizo un guiño. Él sabía que nos marchábamos, me conocía bien y sabía lo que iba a pasar esta noche entre Valeria y yo.

Lo malo era que no podía llevarla a casa de mi madre, que era donde me estaba alojando; no quería que ella la sometiera a un interrogatorio por la mañana o que me dijera algo a mí.

Así que, cuando entramos en el coche y me disponía a decirle que íbamos al hotel, ella me sorprendió con sus palabras.

—Vamos a mi casa.

No necesité más, no me negué y no pensaba hacerlo. Puse el coche en marcha y conduje por la ciudad hasta el lugar del que habíamos salido esa noche.

Capítulo 13



Valeria

La puerta del coche se cerró con un suave “clic” y, ahí, a solas, supe dónde quería ir con él.

—Vamos a mi casa —dije, y los ojos de Alejandro brillaron de un modo que me dejó claro lo que estaba pasando por su cabeza en ese momento.

No contestó, simplemente puso el coche en marcha. El silencio que se hizo dentro fue distinto al de antes, al que nos envolvió cuando veníamos hacia la gala. Ya no era incómodo. Tampoco ligero. Era denso. Cargado de algo que ninguno de los dos nombraba, pero que nos rodeaba como una niebla invisible.

En sus ojos, sin duda, había una decisión absoluta a lo que él quería, esa misma que yo estaba asumiendo que deseaba en este instante. No, no en este instante, desde que lo vi cuando me recogió, desde que su mano tocó mi espalda, desde que me besó y volvió a hacerlo por segunda vez.

El trayecto fue corto, apenas lo suficiente para que mi respiración encontrara un ritmo, para que mis manos dejaran de apretarse en el regazo y para que mi cabeza se preguntara si aquello que estaba a punto de hacer era una locura.

Claro que lo era, pero esa noche ya no había espacio para la cordura.

Deseaba a Alejandro y todo lo que me pudiera entregar esa noche, y no pensaba dejar pasar la oportunidad de vivirlo, aunque solo fuera una vez. Porque sí, era consciente de que yo no era la clase de mujer con la que él solía salir.

Cuando entramos en el ascensor, me rodeó por la cintura con un brazo, acercándome a él, apoderándose de mis labios de un modo más urgente que las dos veces anteriores que lo había hecho.

El sonido que anunciaba que habíamos llegado hizo que nos separáramos, pero no se apartó de mi lado. Me llevó hasta la puerta con la mano en mi cintura, abrí, y Alejandro entró tras de mí.

Me quité los zapatos apenas crucé el umbral. Las sandalias eran preciosas, sí, pero mis pies pedían clemencia. Él se acercó por detrás, rodeándome con ambos brazos, respirando en mi cuello, dejando que el leve roce de su aliento me hiciera estremecer, y lo hice aún más cuando sentí sus labios en esa zona sensible de mi cuerpo.

—¿Quieres beber algo? —pregunté, en apenas un hilo de voz, nerviosa por lo que iba a ocurrir esta noche, a pesar de que yo ya no era ninguna adolescente inexperta.

—Sí.

—¿Qué quieres? Tengo… vino —recordé la botella que Sofía y yo habíamos dejado a medias esa tarde—. ¿Agua, un refresco…?

—Te prefiero a ti, pequeña —susurró, con un tono grave y sensual, que hizo que toda mi piel se erizara por completo.

Sus manos fueron a mi cintura mientras sus labios seguían rozándome el cuello, despacio, como tentándome. Un suspiro escapó de mi boca antes de que pudiera detenerlo. Me giré hacia él, y ese beso fue incluso más profundo, más hambriento y más certero que los anteriores.

Lo sentí mucho más que los otros, no solo en la boca. En la piel. En los dedos que me rodeaban como si buscaran memorizarme. En la forma en que mi cuerpo respondía, como si ya lo conociera desde antes.

No hubo palabras. No hacían falta.

Lo llevé hasta mi habitación sin romper aquel beso hambriento, sin permitir que la sed que nos invadía a los dos en ese momento se desvaneciera.

Una vez junto a la cama, Alejandro no dudó en coger una de mis piernas, flexionarla y hacer que le rodeara por la cadera con ella. Llevó la mano hasta mi entrepierna y noté un escalofrío cuando sus dedos comenzaron a deslizarse por encima de la tela de mi tanga, acariciándome el clítoris muy despacio.

Gemí en su boca y sentí como hacía a un lado la tela para llevar los dedos hacia mi zona íntima, esa que notaba húmeda mientras me imaginaba todo lo que ese hombre estuviera a punto de hacer.

Sus dedos comenzaron a moverse despacio entre mis pliegues; mi cuerpo se estremecía y pedía más, pero estaba claro que Alejandro no tenía prisa.

Jugaba con el clítoris entre sus dedos, pellizcándolo, moviéndolos sin parar y cada vez un poco más deprisa, hasta que tan solo el pulgar quedó haciendo fricción en ese pequeño botón de mi anatomía, mientras los otros dos se adentraban en mi vagina.

Se me escapó un grito y mi cabeza cayó hacia atrás ante aquel placer cuando me penetró. Alejandro llevó sus labios a mi cuello y entre besos y pequeños mordiscos, me fue llevando a un punto de mayor excitación.

No detenía sus dedos, seguía con el pulgar friccionando el clítoris y con los otros dos penetrándome cada vez más rápido, hasta que comencé a moverme mientras él me tocaba.

Estaba excitada, mucho, y quería llegar a ese momento final donde liberar toda la tensión que Alejandro me provocaba.

—Alejandro —jadeé cuando sus labios rozaron los míos antes de besarme.

No me dejó hablar más, pero estaba claro que entendía lo que, sin hablar, le estaba pidiendo en ese momento. Comenzó a penetrarme más rápido y me corrí allí, entre sus brazos, gimiendo mientras todo mi cuerpo se sacudía ante la oleada de placer que me recorría en ese instante.

Cuando el clímax llegó a su fin, Alejandro bajó mi pierna con cuidado y se quitó la chaqueta y la camisa sin apartar la mirada de la mía, esa que yo tenía completamente nublada por el deseo y la excitación.

Me recostó en la cama, se arrodilló ante mí y, sin apartar la mirada de mis ojos, me quitó el tanga con una lentitud que me pareció terriblemente tortuosa. Sentí las yemas de sus dedos en el tobillo y le vi levantar mi pierna, esa que comenzó a besar despacio, haciendo que me estremeciera, hasta el interior del muslo, y me miró con deseo mientras la colocaba flexionada sobre su hombro.

No pude evitar morderme el labio ante esa mirada que me dedicó, llena de hambre y deseo a partes iguales, antes de coger mi otra pierna y, tras besarla de igual modo, colocarla sobre su otro hombro.

Cogí aire al ver cómo Alejandro se inclinaba sin dejar de mirarme, y no tardé en notar una primera lamida en mi sexo. Jadeé ante el contacto con su lengua, uno breve y rápido, pero que volvió a repetir, consiguiendo que me estremeciera y mi clítoris palpitara.

Fue entonces cuando noté que movía los brazos y pronto sentí sus pulgares en mis labios vaginales, esos que separó mientras me miraba y sonreía. Volvió a acercarse a mi sexo y su lengua comenzó a lamer sin parar, rápido y seguido, sin piedad alguna. Alejandro era consciente de lo que quería conseguir, de dónde quería llevarme de nuevo.

Estaba tan excitada que no pude evitar moverme, acercando mi sexo aún más a su boca, y él lo recibía con gusto, lamiendo más rápido, penetrándome con la lengua y haciéndome gemir y gritar mientras sentía que mi cuerpo se preparaba de nuevo para el orgasmo.

—Ale…

—¿Sí?

—No voy a aguantar, no puedo más… —gemí

—Perfecto —murmuró antes de volver a lamer mi clítoris.

Alejandro se dedicó con afán a la tarea que él mismo se había encomendado en ese momento, y todo para conseguir que yo perdiera el control, ese que estaba a un paso de perder, siendo sincera.

Y eso a él le satisfacía, podía notarlo en el modo en el que me miraba, sin dejar de lamer mi sexo, provocando aún mayor humedad en esa zona. Parecía deleitarse con mis sofocos, con mis momentos de quedarme apenas sin aire mientras gemía y gritaba moviendo las caderas para sentir aún más placer.

No tardó en torturarme más, añadiendo sus dedos a ese juego que se traía conmigo, penetrándome con dos de ellos, fuerte y rápido, llegando a lo más profundo de mi ser. En ese momento, arqueé la espalda y los movimientos de mis caderas pasaron a ser más rápidos también, casi como sacudidas mientras su lengua seguía lamiendo mi clítoris.

Sentí los dientes de Alejandro en mi clítoris, un leve roce, sutil, delicado, antes de que me mordisqueara un poco más fuerte. Grité y lamió de nuevo, una y otra vez, hasta que sus labios se hicieron con el control de la situación, cubriendo mi clítoris y succionando con intensidad mientras todo mi cuerpo era recorrido por un escalofrío, por una corriente que no dejaba lugar a dudas.

Él siguió jugando su juego para excitarme; yo me moví más rápido entregándole mi sexo y acabé siendo atravesada por una oleada de placer que me hizo gritar a todo pulmón mientras mi clímax se liberaba.

Me corrí con intensidad, con el cuerpo sacudiéndose entre leves convulsiones sobre la cama, y con la mirada de Alejandro fija en la mía.

Cuando el momento llegó a su fin, me dio un breve beso en el interior del muslo y se incorporó mientras yo recobraba el aliento.

Lo vi desabrocharse el pantalón y, tras quitárselo junto con el bóxer, quedar completamente desnudo ante mí.

Me incorporé y llevé la mano a su miembro, lo envolví con ella y comencé a tocarlo, despacio, con la mirada fija en la suya. Alejandro me observaba con atención, esperando cuál sería mi siguiente movimiento. Y yo no dudé en cuál iba a ser.

Me apetecía su sexo, me apetecía sentirlo en mi boca, devolverle el placer que él me había dado. Así que, sin pudor ni vergüenza, porque donde yo me movía eso no existía, lo atraje hacia mí, separé mis labios y deslicé la lengua por toda su longitud, desde la base hasta el glande, haciendo que Alejandro soltara el aire.

Repetí ese movimiento varias veces, como él había hecho, hasta que finalmente lo llevé a mi boca y él hizo un sonido casi gutural al sentir el calor con el que lo envolvía.

Comencé a moverme, a saborearlo, a hacer que su enorme y gruesa erección entrara y saliera de mi boca, disfrutando del modo en el que Alejandro jadeaba y se movía ante mí. Noté su mano en mi cabello, recogiéndolo con una de ellas solo para comprobar con mis propios ojos que lo que quería era dejar mi rostro despejado para verme mejor.

El deseo en sus ojos era tan evidente como en los míos, y por ello empecé a moverme más y más rápido, añadiendo a mi juego la otra mano. Eso fue la gota que colmó el vaso para él, pues lo vi cerrar los ojos y abandonarse por completo al placer y al momento.

Me estaba excitando verlo excitarse, disfrutar de lo que le hacía sentir, y eso me hacía disfrutar a mí también.

Unos minutos después se apartó con el glande cubierto de algunas gotas; estaba claro que no quería acabar aún.

Me ayudó a levantarme y, tras hacerme girar hasta quedar de espaldas a él, me quitó el vestido, esa delicada prenda que cayó a mis pies.

—Llevaba toda la noche queriendo hacer esto —murmuró en mi oído cuando me tuvo completamente desnuda, y me besó el cuello.

Sus labios trazaron caminos sobre mi cuello, mis clavículas, mi espalda, y yo me dejé hacer. Me permití ser yo misma, porque en ese momento sentía que me estaba viendo. Como si Alejandro, de alguna manera, entendiera lo que había debajo de todas mis capas.

Lo siguiente que sentí fue su mano sosteniendo mi pierna, esa que flexionó hasta que me llevó a la cama, haciendo que apoyara el pie en ella. Despacio y desde atrás, comenzó a moverse haciendo fricción con su miembro en mi sexo. Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás mientras Alejandro me sostenía con una mano sobre el vientre, y la otra masajeaba mi pecho.

La pasión fue creciendo como una ola lenta, que se elevaba sin ruido hasta cubrirlo todo. Cada caricia, cada beso, cada roce tenía un peso diferente. Como si nuestras pieles hablaran un idioma secreto.

Gemí al notar que me pellizcaba el pezón mientras seguía moviéndose despacio a mi espalda, rozando nuestros sexos húmedos y excitados. Subió la mano por mi vientre despacio hasta alcanzar el otro pecho y también masajeó y pellizcó el pezón mientras yo gemía y sentí sus besos en mi cuello.

Si seguía así iba a conseguir que volviera a correrme, pero por suerte se detuvo.

Me hizo girar de nuevo y se inclinó para lamer mis pezones, morderlos y tirar con suavidad de ellos, arrancándome un grito cada vez que lo hacía. Bajó con besos breves por mi vientre y me separó las piernas para lamer de nuevo mi clítoris.

Cada segundo que pasaba me excitaba un poco más de lo que ya estaba, pero eso era lo que Alejandro quería, eso era lo que quería conseguir esta noche, excitarme, hacerme perder el control y que enloqueciera de placer.

Se incorporó poco después llevando un preservativo en la mano, ese que se puso antes de cogerme en brazos y llevarme hasta la pared de mi habitación, donde me penetró con una fuerte y profunda embestida que provocó que gritara con más fuerza que antes.

Sus labios se adueñaron de los míos en ese momento, y mientras me besaba y penetraba con fuerza, mis gemidos y el sonido ronco de sus jadeos se mezclaban con el choque de mi cuerpo contra la pared.

Llevé ambas manos a su espalda y acabé clavando los dedos en su carne, estremecida ante el placer que me envolvía en ese momento.

Había estado con varios hombres, había hecho esto muchas veces, de maneras que pocos entenderían, pero lo que estaba sintiendo con Alejandro en este momento no era comparable a nada que hubiera sentido antes.

Siguió embistiendo con fuerza, una, dos, cinco, seis veces; gemí en su boca, clavé mis uñas en su dura espalda, noté que gruñía ante ese gesto y aumentó el ritmo de sus penetraciones mientras me seguía sosteniendo con ambas manos en mis nalgas.

Unos instantes después llegamos juntos al clímax, gritando y jadeando mientras él seguía penetrándome sin parar, haciendo que mi orgasmo se prolongara tanto como el suyo.

Cuando acabamos, me quedé abrazada a él, tratando de recobrar el aliento mientras sentía el suyo en mi cuello, mientras lo escuchaba respirar en mi oído con la misma dificultad que yo tenía en ese momento.

Dejó un beso rápido en mi hombro cuando nuestra respiración se normalizó y se retiró de mi interior, haciendo que notara ese vacío que quedaba sin tenerlo dentro.

Caminó llevándome en brazos hasta el cuarto de baño, se deshizo del preservativo y abrió el agua de la ducha para entrar juntos en ella. Una vez allí, me dejó en el suelo y se encargó de enjabonarnos a ambos. Eso sí, entre roces que nos volvieron a excitar y a llevarnos a una segunda ronda de sexo sin límites.

Y fue justo en ese momento cuando supe que nada después de esto sería igual. Que había una línea invisible que habíamos cruzado.

Tras un beso suave en los labios después de secarnos, me llevó de nuevo a la cama. Pasó el brazo por mis hombros, me acomodé en su pecho y noté las yemas de sus dedos acariciándome la espalda.

Cerré los ojos, con la respiración tranquila, a pesar de que el corazón me latía un poco más rápido de lo normal, y que mi cabeza seguía dando vueltas a esa línea que habíamos traspasado.

No sabría decir en qué momento me quedé dormida, pero finalmente lo hice entre los brazos de un hombre al que casi no conocía, pero que me atraía y me había hecho sentir mucho más que cualquiera de los otros con los que había compartido una o varias noches de sexo.

Capítulo 14



Alejandro

El primer rayo de sol se coló entre las rendijas de las persianas como una línea fina de oro sobre la pared. Me desperté con esa luz y con el inconfundible peso de un cuerpo junto al mío.

Valeria.

Dormía de lado, de espaldas a mí, con las sábanas enredadas en la cintura y la respiración lenta. El cabello suelto caía sobre la almohada. La curva de su espalda, la línea suave de sus hombros, el movimiento apenas perceptible de su pecho… todo en ella parecía hecho para la quietud de ese instante.

Y, aun así, me sacudía por dentro.

La noche anterior había sido… intensa. No solo por el deseo, aunque eso era innegable, voraz, sino por la forma en que se había entregado. Sin reservas. Como si confiar en mí no le costara, cuando podía intuir que sí.

Eso era lo que más me desconcertaba.

No me pasaba a menudo. Quiero decir: había estado con mujeres hermosas, interesantes e incluso brillantes, pero siempre había una distancia que yo agradecía, un margen seguro. Una especie de barrera invisible que mantenía todo bajo control.

Con Valeria, esa barrera se había evaporado desde el primer momento.

Y ahora estaba ahí, en la cama, dormida entre mis brazos como si no hubiera otro lugar en el mundo donde quisiera estar.

Me incorporé con cuidado, apoyado sobre un codo, sin despertarla, y la observé durante unos minutos, en silencio.

No podía dejar de hacerlo.

No por lujuria, esa ya la había sentido y satisfecho, aunque aún me quemaba bajo la piel. Era otra cosa, algo que no sabía nombrar y que no me gustaba no poder controlar.

Valeria era un caos envuelto en una calma aparente.

Y yo, que siempre había sido bueno para mantener el rumbo, empezaba a dudar de todo.

Me levanté sin hacer ruido, me puse el bóxer y fui a la cocina. Preparar café fue casi terapéutico. El sonido de la cafetera y el aroma que se fue extendiendo por el aire, me ayudaron a centrarme.

Cogí una taza, me apoyé en la encimera y volví a pensar en ella.

En cómo había llegado a este punto, en cómo la había visto por primera vez, en esa clase de zumba donde fingí interés por el gimnasio solo para mirarla moverse y en cómo no pude sacármela de la cabeza desde entonces. En cómo su risa había empezado a colarse en mis pensamientos con una familiaridad incómoda.

Y ahora estaba en su casa.

Ella estaba en mi vida, en mi mundo, en cada segundo del día por más que no quisiera pensar en ella.

Y lo peor de todo es que yo quería que se quedara ahí.

No como un capricho y tampoco como una aventura, sino como algo que me quitaba el aire, sí, pero que me hacía sentir más vivo de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Escuché pasos suaves detrás de mí y me giré.

Ahí estaba, con mi camisa puesta, que le llegaba a medio muslo, el pelo algo revuelto y los ojos entornados por el sueño. Se apoyó en el marco de la puerta, con una media sonrisa que me desarmó.

—Veo que te has desenvuelto bien en mi pequeño pisito.

—Es una cocina, no es muy diferente a la mía.

—¿Me sirves un café o tengo que ganármelo? —preguntó, y solté una risa leve.

—Depende de cómo pienses ganártelo.

Se acercó despacio, descalza, y cogió la taza de mis manos, bebió un sorbo y cerró los ojos.

—Dios… esto sí es amor.

—No digas esa palabra —dije en broma, aunque no del todo.

Ella me miró por encima del borde de la taza.

—¿Cuál? ¿Café?

—Esa también.

Nos miramos un segundo. Largo. Sincero. Cargado de todo lo que no queríamos decir aún.

Luego bajó la mirada y se sentó en uno de los taburetes de la cocina.

—¿Siempre haces esto? —curioseó.

—¿El qué?

—Dormir con alguien y luego hacer café como si nada.

—No, pero normalmente tampoco me despierto queriendo volver a la cama con esa persona.

Valeria me sostuvo la mirada, pero no dijo nada. No tenía que hacerlo, en realidad. El silencio entre nosotros no era incómodo, era la confirmación de que algo se había roto. O nacido. O ambos.

Y aunque una parte de mí seguía gritando que tuviera cuidado, que no me dejara arrastrar, que no confundiera deseo con otra cosa… había otra parte, más callada, más honesta, que simplemente quería quedarse con ella ahí.

Sin explicaciones. Sin promesas.

—¿Qué te apetece desayunar? —preguntó volviendo a darme el café.

—Yo lo preparo, tú quédate aquí y disfruta de tu café —le di un beso en los labios y me giré para hacer un café para ella.

Tras ponerlo en la encimera y que me dedicara una sonrisa, fui hacia la nevera para ver qué podía preparar para nuestro desayuno.

Y no, eso tampoco lo hacía nunca porque, para empezar, las mujeres jamás entraban en mi casa, nunca las metía en mi cama, y yo no iba a las suyas.

Mis encuentros en cuestiones de sexo eran en hoteles o en ese lugar donde todo estaba permitido siempre que fuera consensuado por todas las partes implicadas.

Saqué unas fresas que vi de lo más apetecibles, además de pan que tosté mientras cortaba tomate para cubrirlo con unas lonchas de pavo.

Tras trocear las fresas y hacer otros dos cafés, me senté a su lado y comenzamos a desayunar mientras charlábamos.

Ella me contó algo sobre su amiga Sofía, sobre lo que mi madre y ella hablaron en la gala y todas las personas que le presentó. Yo le hablé de

Carlos, evitando cuidadosamente repetir su frase desafortunada y del dinero recaudado para la fundación.

Valeria rio, se burló e incluso me desafió de un modo en el que nunca antes ninguna mujer lo había hecho.

Y yo me dejé.

Cada gesto suyo me arrastraba un poco más. Cada risa era una grieta nueva en mi defensa.

—Mmmm… —gimió al llevarse un trozo de fresa a la boca— Están buenísimas.

—Como sigas así, corres peligro —le advertí.

—Así, ¿cómo?

—Gimiendo y poniendo esa cara de orgasmo.

—Es que esto es un orgasmo culinario, como dice Sofía, y hay que hacerle caso que ella es la nutricionista —contestó, y me eché a reír—. Mmmm —gimió de nuevo, y ese sonido, junto con el modo en el que cerraba los ojos y se pasaba la lengua por los labios, fue directo a mi entrepierna.

—Pequeña, estás jugando con fuego.

—Solo estoy disfrutando del desayuno.

—En ese caso, ahora me toca disfrutar a mí.

Me levanté y, tras sentarla en la encimera, le quité mi camisa, dejándola completamente desnuda ante mí. Arqueé la ceja al ver que no llevaba bragas.

—No encontré el tanga, y el olor del café ha podido conmigo, así que tampoco he cogido unas bragas del cajón —se encogió de hombros.

—Me alegra que me hayas puesto las cosas fáciles —contesté, lanzándome a sus labios.

La besé con esas ganas que tenía desde que había entrado en la cocina, con esa misma urgencia con la que la besé la noche anterior, porque no me cansaba de probar sus labios una y otra vez.

Me coloqué entre sus piernas y la atraje hacia mí, llevé las manos a su espalda desnuda y comencé a acariciarla despacio, sintiendo la suavidad de su piel y el modo en el que se estremecía ante el contacto.

Cuando me aparté, la hice recostarse en ella y cogí las fresas. Fui colocando los pequeños trozos sobre su cuerpo desnudo, en cada uno de esos lugares que quería besar, lamer y saborear, y ella me observaba

mientras se mordisqueaba el labio y se estremecía de pies a cabeza, anticipándose a lo que estaba por venir.

Cuando acabé, volví a besarla mientras le estiraba sus brazos por encima de la cabeza.

—Quiero que te agarres a la encimera —le pedí—. No los muevas de ahí.

—Qué exigente —sonrió.

—No sabes cuánto, pequeña.

Bajé besando su cuello, sus hombros, y llegué hasta uno de sus pechos; separé los labios y deslicé la lengua por el pezón para atrapar el pequeño trozo de fresa sin dejar de mirarla. Valeria se mordió el labio y cerró los ojos mientras jadeaba al sentir mi lengua lamiendo el pezón.

Fui al otro pecho e hice lo mismo. Ella se estremecía y me miraba con deseo contenido mientras con la punta de mi lengua seguía lamiendo su suave piel hasta que atrapaba de nuevo un pequeño trozo de fresa que llevarme a la boca.

Entonces cogí un trozo del plato y se lo llevé a los labios; ella lo saboreó y me miró con más deseo todavía. Volví a darle otro y la besé, porque esos labios se habían vuelto una especie de adicción para mí.

Continué lamiendo todo su cuerpo desnudo y comiéndome las fresas que le había colocado, hasta que me situé entre sus piernas, donde estaba el último trozo.

Lo cogí de su sexo con mi lengua y comencé a lamer su clítoris con afán, rápido y sin detenerme ni un solo instante. La penetraba con la lengua y veía cómo se retorcía sobre la encimera por el placer, agarrada a ella como le había exigido, moviendo las caderas, esas que elevaba para ofrecerme su sexo desnudo, húmedo y excitado y que yo lo degustara sin pudor.

Lamí, mordisqueé, succioné y la penetré con dos dedos mientras ella seguía allí agarrada, obediente, gimiendo, gritando, y pidiendo más.

No me detuve hasta que alcanzó el orgasmo y terminó en mi boca, mientras yo seguía lamiendo y saboreando la esencia de ese placer que le había provocado.

La cogí en brazos y mientras la besaba, haciendo que se saboreara a sí misma, la llevé de nuevo a su cama. Porque, como le había dicho cuando entró en la cocina, nunca había pensado en volver a la cama donde me estaban esperando.

Después de dejarla en el suelo, cogí un preservativo de mi cartera, me lo puse y la recosté en la cama, bocabajo, con las piernas separadas y los brazos a su espalda. Sostuve sus muñecas con una mano y la penetré con fuerza de una certera embestida.

Valeria comenzó a gemir y gritar, mirándome por encima del hombro con el deseo instalado en sus ojos, con una lujuria que no esperaba ver en ella, y me sorprendió que se dejara manejar de ese modo.

No había hablado con ella de lo que me gustaba, de cómo me comportaba en cuestiones de sexo, pero si se lo mostraba y no huía o no veía temor en su mirada, eso significaría que se fiaba de mí.

Seguí penetrándola una y otra vez, rápido, fuerte, sin parar ni bajar el ritmo, y ella me recibía entre temblores, al mismo tiempo que movía las caderas para que la penetrara mejor.

Me detuve para retirarme y me miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Hice que se levantara de la cama, la incliné sobre ella dejando sus caderas a mi disposición, y me agarré a ellas para volver a penetrarla con fuerza, rápido y profundo.

Valeria gemía, gritaba y se dejaba hacer, moviéndose para ir al encuentro de mis embestidas. Esta mujer me volvía loco, más de lo que cualquier otra había conseguido nunca.

Volví a retirarme, me incliné y la besé con rudeza mientras sostenía su cabello con mi mano; ella me devolvió el beso y no dudó en llevar una mano hacia mi miembro y comenzar a masturbarme.

Escuché un gruñido saliendo de mi garganta y ella pareció disfrutar al saber que me había gustado su sorpresa, pero no se quedó en eso, no.

Vi que se movía, me aparté y la dejé hacer lo que fuera que tenía pensado. No tardé en ver cómo me quitaba el preservativo y engullía mi miembro. Jadeé al ver sus labios envolviéndolo, lamiendo y saboreando mientras me miraba con los ojos vidriosos. Deseo, lujuria y hambre de mí, eso vi en aquellos ojos color miel.

—Valeria, para —le pedí, porque entre lo que me provocaba verla y cómo lo hacía, estaba a punto de explotar.

Se apartó jadeante y no me contuve más.

La cogí en brazos y, tras recostarla en la cama, la penetré con fuerza. Ambos gemimos ante el contacto, perdidos en la neblina del deseo y la

lujuria, y comencé a moverme, entrando y saliendo de ella con fuerza, cada vez más rápido, hasta que fue inevitable.

Dejé que Valeria se corriera entre gritos y sacudidas de su pequeño cuerpo bajo el mío, y cuando ella acabó, tras usar todo mi autocontrol para no derramarme dentro de ella, me retiré liberando el clímax en su vientre, porque juro que no pude contenerme más.

Nos quedamos en la cama jadeantes y exhaustos recobrando el aliento; la besé en los labios cuando conseguimos recuperarnos y la cogí en brazos para llevarla a la ducha donde, al igual que la noche anterior, y como hacía con todas, me encargué de enjabonarla y limpiarla bien.

Pero no pude evitar que el deseo se apoderara de mí de nuevo, y como ella tampoco lo evitó, volvimos a caer cediendo al placer.

Después de la ducha me vestí, ella se puso una camiseta y las braguitas y, tras besarla una última vez, me acompañó a la puerta.

Cuando llegamos a ella, hubo una breve pausa. Esa clase de pausa en la que uno esperaba que el otro dijera algo que no se atrevía a pedir.

Ella me miró con una ceja levantada.

—¿Te veré en clase de zumba? —preguntó.

—Lamento decir que no —le coloqué un mechón de cabello tras la oreja —. Lo primero: porque voy a tener bastante trabajo a distancia esta semana. Y lo segundo: porque esas mujeres pueden conmigo —ella se rio.

—Entonces imagino que hasta aquí llegamos.

—¿Por qué dices eso? —Fruncí el ceño.

—Ya hemos follado, Alejandro, no pasa nada si no volvemos a saber del otro —se encogió del hombro.

Y sí, eso era lo que ocurría conmigo, lo que pasaba en mi mundo, que me acostaba con una mujer y no volvía a repetir con ella, y si lo hacía, era solo sexo, juegos y placer, sin más.

—Eso el tiempo lo dirá, pequeña —me incliné y volví a besarla, porque Valeria era pura adicción, en todos los sentidos—. Por lo pronto, cuando menos lo esperes, te llegará un mensaje mío.

—¿Eso significa que te gusto? —preguntó entrecerrando los ojos mientras se cruzaba de brazos, y me reí con ganas.

Me acerqué y besé la comisura de sus labios. Un beso intencionadamente lento.

—Eso significa que ya estás demasiado dentro de mi mundo como para salir fácilmente.

Valeria no respondió, solo sonrió. Y me fui.

Entré en el ascensor y ella se quedó allí hasta que las puertas se cerraron.

En cuanto me quedé solo en ese cubículo, apoyé la cabeza en el espejo que tenía detrás, respirando hondo.

Estaba jodido, lo sabía, porque esa mujer tenía algo que las demás no habían tenido; me atraía como ninguna otra lo había hecho antes, y se había colado tan dentro de mi mente que sacarla era imposible.

Y por primera vez en mucho tiempo, no me importaba.

Capítulo 15



Valeria

Me senté en el sofá, envuelta en una manta suave con el teléfono en mis manos. Todavía podía sentir la presión de las sábanas sobre mi piel, la forma en que Alejandro había dejado su huella en cada rincón de mi cuerpo. No solo físico. Era algo más. Algo que no podía definir, pero que definitivamente estaba allí, como una sombra que me seguía.

Después de que se despidiera de mí, había pasado el día como en una nube, sonriendo por cualquier cosa, pensando en él incluso más de lo que debería pensar y sintiendo que habíamos cruzado una línea que en verdad no debimos cruzar.

¿Qué estaba pasando entre nosotros?

Me pasé una mano por el cabello, recorriendo las fibras de mi mente que trataban de encajar las piezas de todo lo vivido. No era la primera vez que pasaba una noche con alguien, pero había algo diferente en Alejandro. Algo que me descolocaba. Algo que me dejaba esa sensación en el pecho, como si de repente fuera consciente de que había cruzado una línea que no sabía si era buena o mala.

El teléfono vibró en mi mano y vi que era Sofía.

—Hola —saludé al descolgar.

—¿Hola? No, cariño. A mí me cuentas qué tal fue anoche la gala, porque, déjame decirte, que he visto fotos en la prensa —me contestó enseguida, como siempre, con su energía habitual—. ¿Cómo te fue anoche con ese hombre que tanto te hace suspirar?

Suspiré y supe que no podía ocultarlo. No podía dejar de sonreír de solo pensarlo. Y sí, yo también había estado viendo esas fotos de las que me hablaba.

—Fue… complicado —empecé, sonriendo para mí misma—. No, en realidad, fue genial. Aunque no sé qué pensar de todo esto.

Sofía rio al otro lado de la línea.

—Ah, no me digas que estás dudando. Con todo lo que has hablado de él desde que lo conociste, ¿me vas a decir que ahora te asustas? Vamos, Valeria, yo te conozco. ¿Qué pasó? ¿Hubo momento beso?

—Sí —respondí con una risa que salió sin querer—, sí lo hubo. Y créeme, fue mucho más que un simple beso. Fue como si me hubiese desconectado de todo lo que estaba alrededor. Solo existíamos él y yo —y al terminar de hablar, pude escuchar cómo Sofía suspiraba con entusiasmo.

—La clase de beso que hace que se te erice la piel, vamos —reímos—. ¿Lo vas a volver a ver? Me refiero a fuera de las clases.

—No lo sé —dije, un poco vacilante—. En clase no, ya me ha dicho que tiene trabajo, y fuera… Pues no estoy segura, Sofía. Ya sabes cómo soy, no repito.

—Salvo con Nando, lo sé.

—Sí, y porque él… bueno, le conozco desde hace mucho.

Sofía guardó un breve silencio antes de hablar, con un tono más suave.

—Valeria, a veces hay que dejar que las cosas fluyan. No todo tiene que tener una etiqueta. Pero también tienes que ser honesta contigo misma. Si te está haciendo sentir así, es porque algo está pasando. No te apresures a ponerle límites, pero tampoco te olvides de ti misma en el proceso. Ya sabes que yo no soy de dar consejos, pero esta vez te voy a dar uno, y sin que lo hayas pedido. Vive, deja que sea lo que tenga que ser, y si este es el hombre que de verdad hace que tiembles y se caigan tus barreras, pues deja que lo haga.

—Tienes razón. Solo… estoy sorprendida por lo que siento. Pero no me arrepiento. Y no sé si debería decir eso en voz alta, porque puede sonar imprudente, pero es la verdad.

—Bien. Esa es la actitud —respondió Sofía con una sonrisa que pude escuchar en su voz—. Cariño, a veces, el hombre correcto llega cuando menos lo esperas.

—Eso espero —susurré, más para mí misma que para Sofía—. Eso espero de verdad.

Me quedé pensando, suspiré y cerré los ojos, viendo de nuevo a Alejandro en mi mente.

—¿Y esa cara de embobada? —volvió la voz de Sofía por el altavoz, rompiendo el silencio.

Me había olvidado por un segundo que seguíamos hablando.

—Estás sonriendo, ¿verdad? —insistió— Te lo juro, puedo escuchar esa sonrisa idiota desde aquí.

—No es idiota… —protesté, pero incluso para mí sonaba débil.

—Valeria —me dijo con ese tono de hermana mayor que adoptaba cuando quería que dejara de hacerme la fuerte—. No te hagas la dura. Sé que te gusta y mucho.

—Sí, me gusta —admití finalmente, dejando que las palabras salieran con la gravedad de una confesión. Me quedé en silencio un momento, sopesando lo que venía después—. Me gusta más de lo que debería.

Sofía se quedó callada. Ese tipo de declaraciones no eran habituales en mí, y ambas lo sabíamos.

—¿Y eso qué significa? —preguntó con suavidad, y yo me mordí el labio. Miré al techo. Como si ahí pudiera encontrar la respuesta.

—Significa que estoy en problemas —dije con una risa nerviosa—. No debería sentirme así. No quiero. No puedo.

—¿Por qué no? —insistió ella, más seria ahora— ¿Qué te da tanto miedo?

Cerré los ojos y, por un instante, volví a ese otro sofá. Otra época. Otra yo.

—Sofía… tú sabes lo que pasó con Diego —susurré, sintiendo cómo el peso de su nombre se asentaba en mi pecho como una piedra.

—Sí… —respondió ella, bajando la voz—. Por eso tu vida es como es. Pero eso fue hace ya…

—No importa cuánto tiempo haya pasado —la interrumpí—. No se va. No se va nunca del todo. Es como… una sombra que camina detrás de mí. Cada vez que alguien se me acerca demasiado, siento que va a volver a pasar. Que voy a volver a convertirme en esa versión rota de mí misma.

Me limpié una lágrima antes de que cayera. No quería llorar otra vez por él, porque no se merecía mis lágrimas.

—Val, nunca me hablaste mucho de eso —me dijo Sofía, con un tono delicado, casi temiendo empujar demasiado—. Solo que lo pasaste mal en esa relación.

—No lo contaba, porque no quería revivirlo —confesé. Tomé aire y, por primera vez en mucho tiempo, lo solté todo—. Diego era encantador al principio. Dulce, atento, todo lo que pensé que era amor. Y luego… cambió, poco a poco, casi sin darme cuenta. Me decía qué ponerme, quién ver, dónde ir. Siempre había una excusa. Siempre tenía una justificación. Y yo, estúpida, pensaba que era porque me quería.

Sofía no dijo nada, solo escuchaba. Y eso me dio fuerzas para seguir.

—Un día, discutimos por una tontería. Creo que era porque fui a tomar un café con una compañera de universidad sin avisarle. Gritó, me tiró el teléfono y luego lloró, como un niño. Me juró que no volvería a pasar y durante un tiempo, no pasó, pero volvió. Siempre volvía. Más fuerte. Más oscuro. Más cruel.

—Valeria… —susurró Sofía.

—Una noche, me encerró en el baño durante dos horas, solo porque pensaba que le había mentido. No lo hice. Pero eso no importaba. La verdad nunca importaba. Solo su versión de las cosas.

Me cubrí el rostro con las manos. Recordar era como rascar una herida que nunca terminó de sanar.

—Tuve suerte de salir de ahí. Mucha. Porque hubo un momento en que pensé que no lo lograría. Y desde entonces, Sofía, no me permití sentir por nadie. No de verdad. Me blindé. Me juré que nunca más.

Sofía suspiró al otro lado.

—Tenías veinte años, eras prácticamente una niña, y él un cabrón, por lo que me cuentas. Me da miedo preguntar, pero…

—Sí, en un par de ocasiones, y la última fue la que me hizo decidirme a acabar con la relación —contesté, sabiendo que se refería a que si alguna vez me había golpeado—. Desde entonces no me enamoro, no siento, no doy nada de mí, más que mi cuerpo y un poco de sexo.

—Y entonces apareció Alejandro —dijo, y asentí, aunque sabía que no podía verme.

—Y entonces apareció él —repetí—. Con esa forma suya de mirarme, de hablarme como si de verdad quisiera entender quién soy. No solo acostarse conmigo. Como si quisiera descubrirme desde adentro.

—¿Y tú no quieres que lo haga? —preguntó.

—Sí. Y eso es lo peor. Que quiero. Que me asusta cuánto quiero.

Sofía rio, pero su risa era suave, casi triste.

—Valeria, no tienes que castigarte por querer sentir. Lo que viviste fue horrible, pero eso no define tu capacidad de amar. Y si Alejandro está despertando algo en ti… quizás es porque es momento de dejar entrar algo nuevo.

—¿Y si me equivoco otra vez?

—Entonces te levantarás otra vez —respondió sin dudar—. Pero esta vez no estarás sola. No como antes.

Me limpié una lágrima. Otra. La manta ya no me protegía de nada, pero no la solté.

—¿Y si él no es lo que parece?

—Entonces no lo es, pero si no le das una oportunidad, nunca lo sabrás.

Me quedé en silencio, dejando que sus palabras se filtraran en mi piel como lluvia lenta. Alejandro. Su sonrisa. La forma en que me acarició la espalda después. El beso antes de irse. El silencio después de su partida. Todo eso me decía que era diferente. Que no era Diego.

Pero mi miedo… ese no se iba tan fácil.

—¿Quieres saber qué fue lo peor con Diego? —dije de repente— No fueron los gritos. Ni los golpes. Fue cuando empecé a pensar que me lo merecía. Que algo en mí debía estar roto para que me tratara así.

Sofía maldijo en voz baja, y después dijo con una firmeza que me sacudió.

—Tú no estabas rota, Valeria, era él el que lo estaba. Y se aprovechó de ti. Nunca más vas a pensar así. ¿Me oyes?

Asentí, tragando el nudo en la garganta.

—Alejandro no tiene nada que ver con él —admití al fin—, y creo que eso me desarma más que cualquier otra cosa. Porque no tengo excusas para huir.

—Entonces no huyas —me dijo, y por primera vez desde que empezó la llamada, su voz tembló un poco—. Porque quiero verte feliz. Y tú también lo mereces.

Nos quedamos en silencio. Una pausa larga, llena de lo no dicho. Y luego, ella rompió el hielo con su estilo habitual.

—Bueno, ahora que hemos tenido nuestro momento de terapia intensiva… —bromeó—, dime algo importante. ¿El sexo fue bueno o no?

Solté una carcajada, agradecida por el cambio de tono.

—Sofía… fue increíble. Pero no solo eso. Fue como si… no sé, como si por primera vez en mucho tiempo, mi cuerpo y mi mente se hubieran puesto de acuerdo.

—¡Ajá! Confirmado: estás enamorada.

—No estoy enamorada —me apresuré a decir.

—Claro que no —replicó con sarcasmo—. Solo sonríes como idiota, te emocionas esperando un mensaje y te aterra perderlo. Nada grave —dijo, y volteé los ojos, pero no pude evitar reír.

—Solo… voy a ir despacio —dije, más para convencerme a mí misma que a ella.

—Hazlo, pero no cierres la puerta, Val. Ni a él, ni a ti misma.

Me quedé con eso cuando nos despedimos. Mientras la noche avanzaba y las luces comenzaban a iluminar la ciudad, sentí que algo dentro de mí se había movido. Como si una parte dormida hubiera despertado al fin.

En ese momento volvió a sonar mi móvil y vi que era mi prima Marina.

—¡Valeria! —su voz me hizo sonreír al instante— ¡Ya tengo los vuelos! —gritó con entusiasmo.

—¿En serio? Pues perfecto, te va a sentar bien dejar Madrid, aunque sean dos días —sonreí—. ¿Cuándo vienes al final?

—El próximo fin de semana —respondió con entusiasmo—. He conseguido unos billetes perfectos; llego el viernes y me voy el lunes. Si no fuera porque tengo trabajo, me habría ido mañana mismo.

Solté una carcajada. La idea de ver a Marina de nuevo me llenaba de emoción. La última vez que nos vimos hacía tanto que no se podía hacer una idea de las ganas que tenía de ese encuentro. Desde que se echó novio, sus visitas, y también las mías, se habían acabado.

—¡Va a ser genial! —le dije—. Te echo muchísimo de menos. Vamos a hacer todo lo que no hemos hecho en estos años. ¡Te lo prometo!

Escuché cómo suspiraba con felicidad desde el otro lado.

—Yo también te echo de menos, Val. Tengo mucho que contarte —dijo con un tono que me preocupó, pero no se lo dije.

Ella siguió hablando y por mucho que yo quería escuchar, no podía; apenas prestaba atención a lo que me decía que podríamos hacer cuando

viniera, porque mi mente se fue hacia Alejandro de nuevo.

Pensaba en él constantemente, y sobre todo en lo que dijo, que de cuando menos lo esperase, me llegaría un mensaje suyo.

Bueno, pues sin haber querido, por ese comentario, llevaba todo el día con el móvil en la mano.

Me acurruqué aún más bajo la manta, como si pudiera protegerme de mis propios pensamientos. ¿Qué estaba haciendo este hombre conmigo?

Capítulo 16



Valeria

No sabía que el lunes podía pesar tanto.

Ni el aire del gimnasio, con esa mezcla de olor a desinfectante, perfume y humanidad, lograba sacarme de esta especie de nube donde el tiempo avanzaba raro, como si estuviera mal calibrado.

Estaba en mi último turno de la mañana; solo faltaban quince minutos para empezar la clase de zumba y, aunque intentaba distraerme ordenando colchonetas y encendiendo el equipo de música, mi mente seguía en el mismo punto desde ayer por la mañana.

Desde que Alejandro cerró la puerta de mi casa sin mirar atrás. Desde que dijo que esta semana no vendría a las clases porque tenía mucho trabajo. Desde que dijo que me llegaría un mensaje suyo cuando menos lo esperara. Y de momento no había llegado.

No sabía nada de él, ni un mensaje, ni una llamada, nada.

A estas alturas, me gustaría poder decir que no me importaba. Que estaba demasiado ocupada para pensar en alguien que, evidentemente, no tenía intenciones de volver a verme. Pero la verdad es que, mientras apoyaba el móvil sobre el soporte del equipo de sonido y revisaba la lista de reproducción de esta semana, mis ojos se iban a la puerta cada vez que se movía con el vaivén de alguien entrando.

Lo sabía, Alejandro no iba a venir, me lo dijo él mismo. Y, aun así, aquí estaba, escaneando con la mirada cada rostro que aparecía por la entrada.

Como si, por arte de magia, decidiera hacer una aparición sorpresa. Como si no supiera perfectamente que no lo hará.

—¡Valeria! —la voz cantarina de Nuria, la más joven y alegre de todas las alumnas, me sacó de mi ensimismamiento. Entró con sus leggins azules con bandas blancas, una coleta perfecta y el móvil en la mano como una prolongación de su cuerpo— ¡Estás en todas las revistas! ¿Has visto? Saliste guapísima en la gala del sábado.

No me dio tiempo de contestar antes de que entraran detrás Loli y Paqui, el tándem imbatible: la jubilada que llevaba más marcha que todas juntas y la recién divorciada que había redescubierto la vida en las últimas semanas.

—¡Pero qué elegancia, hija! —exclamó Loli, mientras se acomodaba la toalla al cuello— Esa foto en la que estás con ese chico, ¿cómo se llamaba? Alejandro, ¿no?

—Sí, Alejandro —respondí, sonriendo con esfuerzo, esperando que no notasen el leve temblor que me subía por la garganta.

—Pues parecía un actor —añadió Paqui, que se había sentado ya en su sitio favorito, la esquina izquierda del salón—. Alto, trajeado, con esa sonrisa… ¿Qué hay entre vosotros? Además de ser profesora y alumno.

—Nada, no hay nada entre nosotros de verdad —dije, levantando las manos—. Me pidió que lo acompañara como favor, solo eso. Al parecer, la madre me sigue; es una fan de mis clases gracias a los vídeos que sube Nuria.

—Ay, hija, pero qué favor más bien hecho —comentó Loli con picardía, y todas se rieron.

—Además —comentó Nuria mientras dejaba el móvil en el banco—, una de las historias que subieron esa noche, donde estás tú con Alejandro, ya tiene como… ¡No sé cuántos miles de visualizaciones! Todo el mundo comenta lo guapa que estabas. “Pura diosa”, te han puesto. Lo he leído.

—Qué exageración —respondí, pero no pude evitar sonreír un poco. Tal vez necesitaba escuchar eso. Un “te veías bien” dicho sin esperar nada a cambio.

—No, no lo es —insistió ella—. Ese vestido, tu pelo, esa sonrisa... Valeria, parecías una *celebrity*.

Sus palabras sin duda hicieron que aumentara un poquito mi ego, pero mi pecho seguía lleno de ese hueco incómodo. Porque ninguna visualización

borraba la realidad: que Alejandro no había dado señales, después de la noche y la mañana siguiente que habíamos pasado juntos.

Y eso, siendo sincera conmigo misma, dolía más de lo que debería.

Respiré hondo, diciéndome que no estaba aquí para pensar en él.

Pulsé el *play* en la lista y comenzó a sonar el primer acorde de "Bailando" de Enrique Iglesias. Un clásico de mis lunes, porque levantaba el ánimo hasta de las más dormidas.

—¡Arriba, chicas! —grité con entusiasmo forzado— ¡Qué se note esa energía!

Y lo dimos todo.

Loli meneaba las caderas con un ritmo que desafiaba su edad. Nuria se movía con una gracia casi profesional. Paqui, aunque se perdía los pasos a veces, lo compensaba con actitud, y el resto de aquellas mujeres que venían a mis clases para desconectar, para desestresarse, para liberar energía y divertirse además de ponerse un poquito en forma, seguían aquellos pasos entre risas y bromas.

—*Ya no puedo más* —cantaba Paqui, a coro con Enrique Iglesias.

—Vamos, Paqui, que sí puedes —dije.

—Ni que fuera como Loli, vamos —dijo con un jadeo.

—No, no, como Loli no hay nadie —rio Nuria, y las demás la seguimos.

—En serio, Loli, no puedo seguirte el ritmo —confesó Paqui.

—Ni yo —dijeron al unísono algunas más.

Es que nuestra Loli era mucha Loli.

—Hay que practicar más en casa, niñas, y los sábados por la noche mover mucho las caderas, y no solo fuera de la cama.

—Encima, eso, esta mujer tiene más vida sexual que todas nosotras juntas —rio Nuria.

Yo marcaba el ritmo, contaba los pasos, giraba, sonreía, saltaba…

Y así, durante cincuenta minutos, me olvidaba de todo: de Alejandro, del móvil, del silencio…

Acabamos la clase con estiramientos suaves y les agradecí como siempre su energía y constancia. Ellas fueron saliendo poco a poco, entre risas y comentarios sobre sus planes del día, y mientras recogía escuché una voz familiar detrás de mí.

—¿Valeria?

Me giré y ahí estaba Isabel, la madre de Alejandro. Con su elegancia natural, sus gafas de sol en la cabeza como si acabara de salir de una sesión de fotos, y esa sonrisa que no me cabía la menor duda que había heredado su hijo.

—Isabel, ¡qué sorpresa! —me acerqué a saludarla, dándole un beso en la mejilla— ¿Todo bien?

—Sí, sí. He pasado por aquí porque quería invitarte a comer. ¿Tienes tiempo?

Dudé un segundo. Podría decir que tenía que preparar otra clase, o que estaba muy cansada, o que tenía que ayudar a Sofía, pero no quería decirle que no.

—Claro, me encantaría.

—Perfecto. ¿Te parece en el restaurante del puerto? Hace sol y tienen terraza.

Asentí y, tras recoger mis cosas, fui a cambiarme rápido y salimos juntas hacia su coche. Durante el trayecto, hablamos de cosas triviales, del tráfico, del clima…nada serio.

Ya en el restaurante, pedimos ensalada de burrata y una fideuá de marisco. Isabel se quitó las gafas y se relajó, mirando al mar.

—La gala fue un éxito, ¿verdad?

—Muchísimo —le respondí, y era verdad. A pesar de todo, lo fue—. Lo pasé muy bien. Y se recaudó muchísimo dinero.

—Sí —asintió con una sonrisa de satisfacción—. A veces, cuando veo que la gente todavía responde así por una buena causa, me reconcilio un poco con el mundo.

Brindamos con agua con gas. Me sentía bien con ella, desde la noche de la gala era como si Isabel y yo nos conociéramos desde hacía tiempo, a pesar de que esta era la segunda vez que nos veíamos.

—Estoy pensando en organizar otro evento —continuó—. Algo más cercano, quizá más enfocado en los niños del hospital. ¿Te animarías a ayudarme?

—Por supuesto. Cuenta conmigo, y si necesitas más ayuda, se lo diré a mi amiga Sofía.

—Gracias, de verdad —dijo, cogiéndome la mano con afecto—. No sabes lo feliz que me hizo verte con Alejandro en la gala. Parecíais… tan naturales juntos. Fue idea mía que te invitara —sonrió.

—¿En serio?

—Oh, sí, le dije que yo te invitaría a ir, porque, como te dije, te sigo por redes, y al final acabó invitándote él para que no lo hiciera yo —se encogió de hombros con una sonrisilla de lo más pícara—. Es que ese hijo mío… —suspiró— Vive para el trabajo. Yo ya no sé qué hacer para que disfrute un poco más de la vida. Gracias por haber aceptado. Sé que no era lo tuyo.

—No fue ningún sacrificio, Isabel —respondí, con una sonrisa nostálgica —. Lo pasé muy bien, en serio.

Seguimos comiendo y me dijo que pensaría en qué hacer para recaudar fondos para los niños del hospital; quería que fuera algo grande y que tuviera una gran afluencia de gente como la de la otra noche.

Cuando acabamos, nos despedimos con un abrazo tierno. Antes de irse, me miró con una mezcla de gratitud y complicidad.

—Gracias, Valeria, por ir la otra noche con mi hijo, por intentar que fuera un poquito más humano y menos… robot y empresario.

No dije nada, tan solo asentí.

La tarde empezaba a desvanecerse cuando llegué a casa. Las sombras en la acera se veían más largas, el aire olía a sal y jazmín, y la ciudad parecía haber bajado una marcha. Aparqué el coche, pues había ido hasta el gimnasio para recogerlo después de comer con Isabel, y subí con el bolso colgado en el hombro, todavía pensando en las palabras de Isabel.

"Gracias por ir la otra noche con mi hijo, por intentar que fuera un poquito más humano".

No sabía por qué, pero se me habían quedado grabadas.

Tal vez porque yo también me esforzaba por “intentar” cosas. Por no dejarme arrastrar por lo que no quería en mi vida. Por mantenerme abierta a lo que la vida quisiera ofrecerme. Aunque a veces doliera.

Cuando abrí la puerta, ahí estaba esperándome como siempre, Calcetines.

Mi gato blanco con manchas negras en las patas, de ahí el nombre, me recibió con un maullido ronco. El típico quejido teatral de quien había pasado unas horas solo y sentía que el mundo había sido injusto con él.

Se me acercó con esa dignidad felina que me hacía sonreír incluso en los días más torcidos. Se estiró, arqueó el lomo y se subió sobre mis zapatillas antes de dejarse caer con todo su peso sobre mi pie izquierdo.

—Hola, mi niño. Ya estoy aquí —le dije, agachándome para cogerlo en brazos.

Ronroneó en cuanto lo toqué, pegando su cabeza contra mi barbilla. Era increíble cómo los animales sabían cuándo necesitábamos algo de ellos. No hablaban, no preguntaban, pero sabían con solo vernos.

Y él sabía que hoy estaba un poco rota por dentro, aunque intentara disimularlo.

Lo acaricié un rato mientras dejaba las llaves en la bandeja, y el bolso sobre el mueble de la entrada, y tras dejarle en el suelo, fui directa al dormitorio. Calcetines me seguía, frotándose contra los marcos de las puertas.

No era muy amistoso con las visitas a las que no conocía, por lo que cuando Alejandro estuvo aquí, se quedó en su rincón favorito.

Me metí en la ducha y suspiré con alivio al sentir cómo el agua caliente me resbalaba por la espalda llevándose parte del cansancio. Me froté con fuerza como si pudiera quitarme también el silencio de Alejandro, las miradas de esta mañana, las palabras de Isabel.

Salí envuelta en una toalla grande, me puse el pijama de algodón gris con lunares blancos, el favorito para los lunes perezosos, y me dejé caer en el sofá con un suspiro largo.

Encima de la mesa de centro, dejé el móvil después de mirarlo una última vez y comprobar que no había notificaciones.

Ni mensajes, ni llamadas, nada de Alejandro, y yo seguía esperando y pensando en ese mensaje que dijo que llegaría cuando lo menos esperara.

Odiaba sentirme así, porque hacía mucho tiempo que no era una mujer dependiente de ese modo tan… sentimental.

—Déjalo ya, Valeria —me dije en voz alta, como si pudiera imponerle orden a mi cabeza.

Encendí la televisión y busqué qué poner, necesitaba tener algo de fondo, algo que no fuera silencio, y mantener la mente ocupada. Un programa de reformas de casas. Gente sonriente que tiraba paredes, elegía cojines a juego con las cortinas y al final abrazaban a los presentadores. Nada que requiriera pensar demasiado por mi parte.

Calcetines se acomodó sobre mis piernas y unos segundos después comenzó a roncar muy bajito. Yo acariciaba su lomo con una mano, mientras con la otra cogía el móvil de nuevo. Lo desbloqueé y abrí

Instagram. Las notificaciones eran una locura: *likes*, comentarios, mensajes privados. La foto de la gala, la de Alejandro y yo riendo en la escalinata, estaba por todas partes.

Me veía guapa. Feliz incluso. Pero no lo estaba tanto. Lo parecía, y eso era distinto. Abrí uno de los comentarios, y después vi más, y me quedé sorprendida por lo que veía.

"¡Pareja perfecta!"

"¿Son novios? ¡Muero de amor!"

"Qué suerte tiene ese hombre..."

Solté un bufido entre divertida y cansada. Si ellos supieran… Y volví al WhatsApp. No debería, pero lo hice.

¿Y si le escribía? ¿Si le preguntaba si está bien? ¿O sería rendirme?

Volví a bloquear la pantalla.

—No va a escribir —me dije, en voz baja—. Hoy no.

Y por primera vez desde ayer, lo acepté de verdad. Alejandro no era muy distinto a otras personas, no era muy distinto a mí, en realidad, pues yo tampoco quería nada serio, no quería compromisos con nadie.

Apagué la tele y, a pesar de ser pronto aún, decidí irme a la cama. Calcetines protestó solo un momento para después bostezar y seguirme hasta la habitación.

Dejé el móvil bocabajo en la mesita de noche, me metí en la cama y él se acurrucó a mi lado; sonreí al verle y le acaricié la cabecita.

Mañana sería otro día.

Capítulo 17



Alejandro

El café estaba frío, como casi siempre.

Apoyé la taza en el borde del escritorio y miré la pantalla del portátil con el ceño fruncido. La ventana de la videollamada parpadeó un segundo y se estabilizó justo cuando Carlos apareció, desde su despacho en Madrid, con ese fondo de estanterías perfectamente ordenadas que parecía sacado de un catálogo.

—¿Dormiste algo o has estado revisando informes toda la noche otra vez? —preguntó, sin saludo previo.

—Buenos días a ti también —respondí, quitándome las gafas de lectura y apoyándolas sobre el teclado—. Dormí lo justo. Lo de siempre.

Carlos me estudió un segundo a través de la cámara.

Somos socios desde hace diez años y amigos desde la universidad. Me conocía mejor que nadie, lo que era una ventaja en los negocios, pero un inconveniente cuando quería que alguien no se metiera en mi vida personal.

—¿Y qué tal los mercados esta madrugada? —preguntó, ya en modo trabajo.

—Volátiles, algunos han subido, otros han caído. Hay incertidumbre por donde sea que mires. Pero lo más importante es que el informe de Beltrán está listo.

—¿Lo revisaste?

Asentí, abrí el documento en otra pestaña y empezamos a hablar de estrategias, de cifras, de inversión a medio plazo. Veinte minutos de

tecnicismos, de gráficas, de decisiones que podían mover millones.

Hasta que Carlos, cómo no, cambió de tono. Se recostó en su silla, cruzó los brazos y me miró con esa sonrisa suya, la de: "ahora voy a tocarte las narices".

—Y bueno… ¿Qué tal Valeria?

El nombre cayó en el aire como una piedra en el agua.

—Bien —dije escueto, mientras me frotaba la sien—. No la he visto desde el domingo por la mañana.

—¿Desde que te fuiste de su casa? —preguntó, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Sí —respondí, y Carlos frunció el ceño.

—Tío… de verdad. No entiendo cómo puedes ser tan idiota.

—Gracias por el apoyo —respondí con sarcasmo.

—No, en serio. Esa mujer es una maravilla: inteligente, divertida y encima está buenísima. ¿Y tú qué haces? Desaparecer.

—Tengo trabajo.

—Todos tenemos trabajo, Alejandro, pero también tenemos vida. Tú parece que la has dejado en algún armario con el esmoquin.

No respondí, me recosté en el sillón de cuero y miré por la ventana. Desde el despacho se veía media ciudad, los tejados limpios, el cielo azul. Y aun así sentía que algo pesaba. Algo no encajaba.

—Sal con ella —dijo Carlos, más serio ahora—, invítala a cenar. Haz algo. No puedes seguir esquivando lo que sientes.

—¿Y qué crees que siento?

—Yo qué sé, pero te lo noté en la gala, en la forma en que la mirabas, en cómo sonreías. No te veía así desde… desde antes de Clara.

Ese nombre… La punzada fue automática. Clara. Esa herida ya estaba cerrada, pero la cicatriz aún picaba.

—Esto no es lo mismo —murmuré.

—Claro que no lo es, por eso deberías darte una oportunidad distinta. No todas las mujeres son Clara. Algunas son Valeria. Y Valeria vale la pena, joder.

Y tras sus últimas palabras, se hizo un silencio breve. Él suspiró, y yo también.

—¿Algo más del informe? —pregunté, zanjando la conversación.

—No. Te mando el resumen final esta tarde, pero piénsate lo que te he dicho.

—Lo pensaré.

—Haz algo más que pensarlo, Alejandro, hazlo.

Y colgamos.

Cerré el portátil con más fuerza de la necesaria. Me quedé en silencio, apoyado en el respaldo, mirando el techo del despacho: era amplio, sobrio, madera oscura, estanterías llenas de libros jurídicos, títulos enmarcados… Aún olía a cuero y a silencio.

Y entonces, como si el universo hubiera decidido seguir jodiéndome la paz, sonó un golpecito en la puerta.

—¿Se puede? —escuché la voz de mi madre.

—Pasa.

Ella entró con ese andar elegante que no había perdido con los años. Llevaba gafas de sol sobre la cabeza y una blusa blanca impecable. Olía a perfume caro y a jardín recién regado.

—Voy a comer con unas amigas —anunció, como si tuviera quince años y necesitara mi permiso—. Vamos a hablar de una idea que tenemos en mente. Algo para los niños del hospital.

—Me parece bien —respondí, sin levantarme—. Que lo disfrutéis.

—¿Quieres acompañarme? —sugirió.

—Tengo cosas que revisar. Reuniones.

Mi madre me observó con los ojos entrecerrados. Siempre había tenido esa habilidad de leerme sin esfuerzo.

—¿Y Valeria? —preguntó de pronto.

—¿Qué pasa con Valeria?

—¿La has vuelto a ver desde la gala?

—No.

—¿Por qué?

—Porque… simplemente no.

Mi madre avanzó un poco por el despacho, dejando el bolso sobre el sofá que había a un lado.

—Alejandro, esa chica es un sol. Tiene alegría, tiene luz. ¿Sabes hace cuánto no te veía sonreír como lo hiciste esa noche?

—Mamá…

—¡No! —me interrumpió, levantando la mano— Escúchame. Tú eres un hombre hecho y derecho, sí. Y llevas tu empresa, tus asuntos, tus papeles. Pero también tienes un corazón. Uno que necesita más que cifras y balances.

—Ya empezamos… —resoplé, superado por completo, mientras me pasaba las manos por el pelo.

—No empiezo nada. Solo te digo lo que todo el mundo piensa. Esa mujer te hace bien. Se os veía radiantes. ¿Sabes cuántas revistas han hablado de vosotros?

—La mitad de eso son tonterías —respondí, evitando su mirada.

—¿Y la otra mitad?

No contesté, porque ni siquiera yo sabía qué decir.

—Mira —dijo ella, ablandando el tono—, yo no te quiero emparejar con nadie. Ya no tengo edad para jugar a Celestina. Solo quiero verte feliz. De verdad. Y Valeria… ella podría darte esa oportunidad.

—Tú no sabes si yo quiero tener una oportunidad —respondí, levantándome, caminando hacia el ventanal—. Estoy bien así.

—¿De verdad lo estás?

Me giré despacio. Su mirada era tan firme como cálida. Esa mezcla que solo las madres sabían manejar.

—No lo sé —terminé confesando.

Ella simplemente se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Piénsalo, hijo, no dejes pasar a alguien así. No todas las personas llegan para quedarse… pero algunas, si las dejas, podrían quedarse para siempre.

Cogió su bolso, me dedicó una sonrisa leve y se marchó, cerrando la puerta tras ella.

El silencio volvió, pero esta vez era distinto.

Me senté de nuevo, apoyando los codos en el escritorio, y en mi mente, otra vez ella. Valeria.

Su risa, su mirada esa noche, cómo se movía en la gala, con ese vestido que parecía hecho para ella. Cómo me apoyó toda la noche, cómo me acompañó sin exigirme nada.

Cómo se deshacía entre mis brazos, cómo el deseo la envolvió igual que a mí, cómo se entregó, cómo dio todo de sí misma al tiempo que recibía.

Y cómo no había podido quitármela de la cabeza desde entonces.

Me pasé una mano por el rostro. El corazón latía lento, pero firme. Y tenía que admitir que sí, quería verla. Y a la vez… tenía cierto temor.

No al rechazo, no. A algo peor: a sentir demasiado.

¿Y si esto iba más allá de lo que podía manejar? ¿Y si lo que necesitaba para sacarla de mi cabeza era acostarme con otra? Sí. Tal vez eso.

Algo rápido. Físico. Un recuerdo nuevo para anular el suyo. Una distracción. Un antídoto.

Me recosté otra vez, exhalando, pero la idea no me convenció. Porque ni siquiera en mi mente conseguía imaginar a otra mujer que no fuera ella. Valeria.

El reloj marcaba la una y cuarto. Podría ponerme a revisar el contrato con los italianos, pero mi atención estaba en cualquier parte menos en el trabajo, en las cifras o en la maldita expansión internacional.

Seguía sentado en el despacho, pero mi cabeza estaba lejos. Estaba con ella, con Valeria.

Mi cabeza iba y venía hasta ese domingo por la mañana. Ella aún dormía cuando me levanté. La luz se filtraba por la persiana, y su gato, Calcetines, un nombre absurdo, por cierto, me miraba desde la alfombra como si supiera algo, como si me juzgara.

Me quedé mirándola un rato. Valeria dormía de lado, con una pierna asomando por la sábana y el pelo revuelto. Estaba tan tranquila, tan en paz. Y yo, en cambio, ya estaba pensando en el correo sin leer, en las cuentas del fondo inmobiliario, en el informe trimestral.

Pero lejos de hacer lo de siempre, irme sin más, me limité a tomarme un café y después desayunar con ella en su casa, volver a hacerla gemir y gritar de placer allí mismo, degustándola, ducharme con ella y tener una segunda ronda, la cuarta en apenas unas horas desde que llegamos a su casa.

Intenté concentrarme en el monitor. Abrí la hoja de cálculo. Leí dos líneas y acabé olvidándolas. Cerré el portátil con frustración, me levanté, y comencé a dar vueltas por el despacho como un león enjaulado.

Y entonces lo pensé. ¿Y si la llamo?

Cogí el móvil, dudando unos segundos, y abrí su contacto. Ahí está: Valeria Zumba. Nunca cambié su nombre después de que me lo dictara así, con una sonrisa burlona, cuando los intercambiamos el día antes de llevarla a la gala.

Me pasé una mano por la nuca mirando el número otra vez, pero no marqué. Y no sabía si por cobardía, por respeto, o las dos.

Cerré los ojos y me obligué a sentarme, pero no conseguía borrar su imagen, ni su voz.

"No seas idiota y sal con ella."

Las palabras de Carlos volvieron como un eco molesto. Y también las de mi madre: *"No todas las personas llegan para quedarse… pero algunas, si las dejas, podrían quedarse para siempre."*

¿Y si me lo permitía? ¿Y si dejaba de buscar excusas para protegerme? Respiré hondo. Me levanté otra vez y salí del despacho, crucé el pasillo y fui a la cocina. Me serví un vaso de agua y me di cuenta de que el silencio en la casa era tan denso que cada paso sonaba como si lo diera en una iglesia vacía.

Apoyé los codos en la encimera y miré el móvil otra vez. Esta vez, desbloqueado, en el chat de Valeria.

"¿Estás en casa?"

Escribí, miré las palabras y las borré para volver a escribir.

"¿Estás bien?"

También lo borré. Resoplé, dejé el móvil en la encimera y me serví otro vaso, pero lo dejé sin tocar.

En ese momento me obligué a pensar con frialdad, como cuando valoraba una inversión de alto riesgo. Pros. Contras.

Ella me gustaba. Mucho. Me atraía, claro, eso era evidente, pero además me inquietaba. Me movía cosas que no sabía que aún podía sentir y ahí estaba el problema.

Valeria podría romper algo en mí, podría quitarme ese control que llevaba años perfeccionando y no sabía si quería eso. Tal vez debería hacer lo que pensé antes, salir esta noche y encontrar a alguien, una mujer cualquiera. Desahogarme. Quitarme a Valeria de la cabeza, olvidarla.

Pero el solo pensamiento me resultaba… vacío. ¿Y si no quería olvidarla?

La idea me sacudió.

Nunca había sido un hombre de impulsos. Siempre había pensado cada paso. Pero había una parte de mí, una parte que casi nunca escuchaba, que ahora me estaba gritando algo claro.

Haz algo o la vas a perder.

Volví al despacho y miré mi calendario. Podría reorganizar la tarde. Podría llevarla a ese restaurante italiano del que me había hablado mi madre que había en el centro. Podría llamarla.

No, llamarla no, mejor un mensaje. Cogí el móvil y empecé a teclear.

"¿Te apetecería cenar conmigo esta noche?"

A diferencia de los demás, este no lo borré. Miré el mensaje durante treinta segundos, pensando si enviarlo o no, si eso sería una línea más que traspasar y cagarla como lo hice en el pasado.

Las letras estaban ahí, la pregunta me miraba y mi cabeza volvía a pensar en ella una y otra vez.

Respiré hondo, pensé y pensé, miré el mensaje y… Lo borré.

Dejé el móvil de nuevo sobre el escritorio y traté de concentrarme en el trabajo, no en la mujer que me volvía loco y no salía de mi cabeza.

Tenía que poner remedio a esto, tenía que buscar otra mujer con la que desquitarme, con la que olvidarme de ella.

Escribí un mensaje, sí, pero a Carlos para pedirle que viniera este fin de semana para salir, cenar, olvidarnos del trabajo, beber e irnos con un par de mujeres a divertirnos como a los dos nos gustaba hacerlo.

Capítulo 18



Valeria

Los días comiendo en casa de mis padres eran como un episodio repetido de una comedia de sobremesa: siempre igual, siempre reconfortante… y siempre con algún comentario que me acababa haciendo rodar los ojos. Pero, aun así, no los cambiaría por nada.

—¡Valeria, cariño, pasa, que ya está la mesa puesta! —gritó mi madre desde la cocina nada más escucharme abrir la puerta.

—¡Hola, mamá! —respondí, cerrando detrás de mí, mientras el aroma a asado y patatas al horno me golpeaba con la intensidad de una ola de nostalgia— Huele que alimenta —dije al entrar en la cocina, ese lugar donde tantas veces había desayunado con ella antes de que me llevara al colegio.

—Eso espero —contestó, sacando la bandeja del horno con el delantal de cuadros verdes que tenía desde que tengo uso de razón—. Y si no, haz como tu padre y no te quejes. ¡A ver si va a resultar que soy la única cocinera no criticada de toda la familia!

Mi padre apareció por el pasillo con una copa de vino ya en la mano y una sonrisa indiscutiblemente traviesa.

—Yo no he dicho nada, solo me limito a disfrutar del banquete sin abrir la boca. Bueno, casi.

—¡Mentira! —dijo ella entre risas— Siempre dice que la salsa le gusta "como la hacía su madre". ¡Como si yo no supiera hacer salsa!

—Mi madre tenía una mano divina para la cocina —replicó él, con teatralidad.

—Tu madre hervía la carne. No tenía mano, tenía agua caliente.

Y me reí, porque de verdad que era imposible no hacerlo, mientras dejaba mi bolso sobre la silla del comedor.

—Estáis como siempre, ¿eh?

—Y tú como siempre, llegando tarde —contestó mi padre, besándome la frente—. Venga, siéntate, que se enfría todo.

Nos sentamos los tres a la mesa. El asado estaba perfecto, aunque jamás lo admitiría en voz alta, solo para mantener vivo el pique entre ellos, y las patatas tenían ese toque crujiente que solo mi madre conseguía. Y como siempre, comimos entre bromas, comentarios sobre el vecindario y los cotilleos del día.

—Mañana llega Marina, ¿no? —preguntó mi padre, mientras se servía otra copa de vino.

—Sí, a las once de la mañana. Ya tengo el cuarto preparado. Hace algo más de dos años que no nos vemos. ¡Estoy deseando abrazarla! —respondí, con una sonrisa que no pude contener.

—Pues mi prima Isabel me ha llamado —comentó mi madre—. Me ha dicho que no se preocupa por Marina porque "la vais a cuidar tan bien como siempre". Lo ha dicho así, literalmente.

—Y tiene razón —dije—. Sofía y yo ya tenemos plan para el sábado por la noche: cena, unas copas y de vuelta a casa. Plan de chicas civilizado. Nada de locuras.

—Bueno, bueno… —carraspeó mi padre, con esa ceja levantada de padre escéptico— Si necesitáis chofer, me aviséis. Ya sabéis que el coche de tu padre también hace de taxi nocturno cuando toca.

—Gracias, papá —respondí entre risas—, pero no será necesario. Vamos al centro y seguro que volvemos pronto. Marina no es de las que se desmadran. Bueno… no mucho.

—Como tú, entonces, ¿no? —dijo mi madre, alzando una ceja con esa media sonrisa que me ponía nerviosa.

—¡Yo nunca me desmadro! —protesté, indignada, aunque los dos se estaban riendo con ganas.

—Claro, claro —contestó mi padre—. Ni tú, ni Sofía. ¡Unas santas las dos!

El resto de la comida transcurrió entre recuerdos de veranos familiares, historias de cuando Marina venía a pasar semanas enteras con nosotros de pequeñas y el clásico debate sobre si las croquetas de mi madre eran mejores con pollo o con jamón.

Cuando acabó la hora del café, ya estaba en modo siesta, pero me obligué a levantarme.

—Bueno, me voy —anuncié—, tengo que pasar por el súper antes de que cierren y todavía tengo que poner un par de lavadoras.

—Te voy a preparar un táper —dijo mi madre, ya de camino a la cocina.

—No hace falta, mamá, en serio…

—Calla y coge el táper, que luego me llamas el martes diciendo que no tienes nada para comer.

—Te tiene calada —dijo mi padre, guiñándome un ojo, y me reí, porque era verdad.

Solía venir a comer con ellos sin avisar algunas veces porque mi madre siempre hacía comida como si aún viviera con ellos, y me guardaba algún que otro túper para darme congelado.

Me despedí de ellos entre besos, abrazos y la inevitable bolsa con tres táperes, pan casero y unas manzanas "que están buenísimas, llévatelas, hija", tal como dijo mi madre.

El supermercado quedaba de camino a casa. Era pequeño, de barrio, con los pasillos estrechos y música de los años ochenta sonando de fondo. Me paseé por la sección de fruta sin prisa, cogiendo algunas piezas, y después por el resto de pasillos eligiendo lo mínimo: leche, yogures, un paquete de pasta, atún… y helado. Porque, aunque estábamos en primavera, emocionalmente hoy necesitaba helado.

Cuando llegué a casa, Calcetines estaba apostado en la ventana como un centinela. En cuanto escuchó la llave, corrió a la puerta, maullando como si llevara meses sin verme.

—Hola, rey del drama —le dije, agachándome para acariciarlo—. No me he ido más de tres horas; tranquilízate.

Me siguió por toda la casa mientras dejaba las bolsas, guardaba la compra y me cambiaba de ropa. Me di una ducha rápida, dejándome el pelo suelto y húmedo, y me puse mi pijama de dibujos de aguacates haciendo yoga. Porque sí, era ridículo, pero también era cómodo y hacía reír a Sofía.

Era pensar en mi mejor amiga y, como si ella lo supiera o tuviera algún tipo de conexión telepática conmigo, mi móvil empezaba a abrir con un mensaje suyo.

Sofía: *Mañana no te olvides que voy a tu casa a cenar contigo y Marina. Llevo vino, llevo pizzas, y vamos a tener una noche de chicas épica. No acepto excusas ni pijamas feos.*

Sonreí, y le contesté con un selfi en el que se vía parte del pijama de aguacates.

Valeria: *Demasiado tarde. Ya estoy mentalizada para la ridiculez.*

Sofía: *Perfecto. Pide perdón por adelantado a Marina. Va a alucinar contigo.*

Me reí sola, dejando el móvil en el sofá, y me dejé caer al lado de Calcetines, que ya había tomado posesión de mi manta favorita.

Encendí la tele y busqué una película ligera. Nada con demasiados dramas ni historias de amor demasiado intensas. Acabé eligiendo una comedia con Sandra Bullock. Perfecta.

Pero conforme pasaban los minutos, mi mente empezó a divagar.

A recorrer caminos que no quería recorrer. Él. Alejandro.

No debería pensar en él. No después de su silencio. No después de que se fuera de mi casa como si yo fuera una estación más en su ruta de trabajo.

Pero lo hice, porque no podía evitarlo.

Me acordé de cómo me miraba en la gala. De cómo me ofreció el brazo. De cómo me acarició la espalda mientras saludábamos a los invitados. Y de cómo se fue, como si todo aquello no hubiese significado nada.

Cerré los ojos con un largo y profundo suspiro.

—Déjalo ya —me dije en voz baja.

Pero no lo dejé. Porque si pudiera, lo haría.

Me prometí no volver a pensar en él, pero aquí estaba. Abrazada a un gato con cara de sabio zen, viendo a Sandra Bullock intentar salvar un desastre amoroso ficticio, mientras yo no conseguía resolver el mío real.

Calcetines roncaba con la tranquilidad de quien no tenía ni un ex, ni hombres guapos, que te dejaban con la palabra en el corazón.

—Ojalá fuera como tú —le murmuré, pasándole la mano por el lomo.

El gato me contestó con un bostezo que parecía un "tú te lo has buscado". Sonreí y pensé que sí, que el sabio de Calcetines tenía razón.

Intenté concentrarme en la peli, pero mi cabeza no cooperaba. Y ahí empezó el desfile: sus ojos, su voz, cómo olía su cuello cuando se inclinó a decirme algo al oído durante la gala. Cómo sonreía. Cómo me miraba cuando creía que yo no lo veía. Y cómo me tocó durante la noche y la mañana siguiente. Ese modo tan sensual, erótico e incluso ligeramente dominante con el que me hizo alcanzar las estrellas, orgasmo tras orgasmo.

Lo peor es que no lo busqué. Ni lo esperaba. Alejandro simplemente se metió en mi vida como se metía la lluvia en los zapatos, cuando no llevabas paraguas. Y ahora no sabía cómo sacarlo.

La peli terminó y no recordaba ni la mitad. Calcetines se había movido a mi tripa como si yo fuera su cojín personal. Sentía el peso cálido de su cuerpo y no tenía valor para levantarme. Así que me quedé ahí, abrazada a él, con el mando en una mano y el móvil en la otra.

Suspiré cerrando los ojos, concentrada en mi respiración y en la de mi gato. Y todas las imágenes de la noche que pasamos en mi cama, de la ducha de después, el momento erótico que viví en la encimera de mi cocina, el modo en el que Alejandro me hacía vibrar, estremecer con cada roce y caricia, cada beso.

Volví a abrir los ojos y me levanté con cuidado, dejando a Calcetines en el sofá, para ir al baño. Me lavé la cara y me cepillé los dientes. Como si hacer todo eso en automático me alejara de cualquier pensamiento, de recordar a Alejandro. Pero no lo hizo.

Regresé al salón y Calcetines seguía ahí, acurrucado en el sofá. La pantalla del televisor reflejaba mi cara y era el mismo reflejo del cuarto de baño, el de una persona que, con tan solo una noche, comenzaba a sentir que esas barreras que había levantado durante años comenzaban a querer agrietarse.

Miré a Calcetines, que me observaba desde su sitio como si lo supiera todo. Como si fuera el oráculo de los sentimientos no resueltos.

—¿Qué opinas tú, maestro? —pregunté, y él me contestó con un parpadeo lento y un estirón—. Ya. Eso me pasa por preguntar —suspiré.

El día estaba terminando, un jueves más que tachar de mi calendario, y la ciudad se apagaba. Calcetines ya había vuelto a mi regazo, esta vez más

tranquilo. Puse otra película, algo viejo, seguro, algo que ya había visto veinte veces. Necesitaba eso. Lo conocido. Lo predecible.

Y mientras los primeros compases sonaban, me acurruqué en el sofá, entre la manta y el cuerpo cálido de mi gato. Y pensé, sí. Todavía pensaba en Alejandro.

Pero también pensaba en Marina. Y en Sofía. Y en las pizzas, y en el vino. Y en que había días en los que estaba bien no tenerlo todo claro. Estaba bien no decidirlo todo aún.

Y con ese pensamiento, poco a poco, me fui quedando dormida. Y por primera vez en días, dormí sin esperar un mensaje.

Capítulo 19



Valeria

El sol brillaba fuerte cuando llegué al aeropuerto; el sonido constante de las maletas y el murmullo de la multitud envolvían el ambiente. El corazón me latía con fuerza mientras caminaba por la terminal, buscando con la mirada entre las personas que pasaban a mi lado. Y ahí estaba ella, Marina, con esa sonrisa que siempre me había contagiado. Sus ojos brillaban como siempre, llenos de vida, y su cabello negro como la noche caía en ondas suaves sobre sus hombros.

Cuando me vio, su rostro se iluminó y no pudo evitar correr hacia mí, con esos ojos azules brillantes de emoción. La abracé con todas mis fuerzas, dejándome llevar por el cariño que siempre nos habíamos tenido, a pesar de la distancia.

—¡Valeria! —exclamó con su voz llena de emoción— ¡Qué feliz estoy de verte!

Nos separamos un poco, para mirarnos a los ojos.

—Marina, estás guapísima —le dije, sin poder evitar sonreír. Había algo en su rostro que reflejaba la serenidad de haber encontrado su propio camino, algo que no había notado antes.

—Ay, tú también. Estás increíble, prima —respondió, acariciándome la cara como si los años de ausencia no hubieran existido.

Nos abrazamos de nuevo y, durante ese breve momento, el bullicio del aeropuerto desapareció. Solo estábamos nosotras, y todo parecía estar en su lugar.

Salimos de la terminal y nos dirigimos al coche. Mientras conducía hacia la casa de mis padres, no parábamos de hablar. Marina y yo siempre habíamos tenido esa conexión especial, como si no importara el tiempo o la distancia; a pesar de que era seis años mayor que yo, siempre podíamos reírnos de cualquier cosa. Las anécdotas de los últimos años, nuestras vivencias, las pequeñas locuras que cada una había hecho, se sucedían sin descanso.

Al llegar a casa de mis padres, la emoción era palpable. Marina estaba feliz de verlos, y ellos de verla a ella. Mi madre, como siempre, se apresuró a abrazarla y besarla, como si nunca se hubiera ido.

—¡Marina, hija! ¿Cómo estás? Además de guapísima, claro —dijo mi madre, con su tono maternal, mientras le ofrecía una taza de café. Mi padre, con su eterna sonrisa, la saludó con un apretón de manos y un abrazo cálido.

—Qué alegría verte —dijo mi padre—. Te ves fantástica, como siempre. ¿Y Saúl? ¿Cómo está?

Marina sonrió, esa sonrisa que te dejaba sin palabras. La sonrisa de quien tenía la vida resuelta, o al menos parecía tenerla.

—Saúl está igual de raro que siempre —contestó, encogiéndose de hombros—. No sé qué le pasa, pero me temo que va a ser el eterno soltero de la familia.

Mi madre suspiró, como si supiera que su prima, la madre de Marina y Saúl, ya se hubiera resignado a la idea de que su hijo mayor nunca encontraría a la chica adecuada.

—Lo quiero mucho, pero a veces me desespera —dijo mi madre—. Pero no te preocupes por él, que cuando se vuelva a dejar caer por aquí, le daré yo una charla como seguro que se la da tu madre —aseguró, y Marina se echó a reír.

La conversación siguió fluyendo con naturalidad. La comida estuvo deliciosa, como siempre en casa de mis padres. El café llegó al final de la comida, y Marina y yo nos quedamos sentadas en la mesa, charlando, mientras mis padres recogían los platos y se retiraban a la sala de estar.

—Así que… ¿Has decidido sentar cabeza, Marina? —le pregunté con una sonrisa traviesa, mientras la miraba desde el otro lado de la mesa.

Marina hizo una pequeña mueca y dejó la taza de café en la mesa. Su mirada se volvió pensativa por un segundo, pero luego volvió a sonreír.

—No, no tengo planes de "sentar cabeza" todavía —dijo con un tono de voz que dejaba claro que no quería hablar mucho más sobre el tema—. Lo que sí te puedo decir es que por fin estoy en paz conmigo misma. Y eso es lo más importante, ¿no?

Asentí. Sabía a qué se refería. Todos pasábamos por etapas en las que necesitábamos estar solas para entendernos, para sanarnos, antes de permitir que alguien más entrara en nuestra vida. Yo misma llevaba años en esa misma etapa, aunque nunca me había atrevido a admitirlo en voz alta.

Cuando el café estuvo terminado y después de un par de risas más con mis padres, decidimos irnos a casa. El trayecto fue corto, y cuando llegamos, Marina y yo subimos juntas a mi habitación, nos cambiamos y nos preparamos para una noche tranquila, como siempre lo hacíamos en nuestros reencuentros.

Me duché rápidamente, dejando que el agua caliente relajara mis músculos, mientras pensaba en todo lo que había sucedido últimamente. Me sentía extraña, como si mi vida estuviera en una encrucijada. Al salir de la ducha, me puse el pijama y me acomodé en la cama, donde Marina ya estaba sentada, con el móvil en las manos.

Ella me miró y, antes de que pudiera decir algo, me preguntó.

—Entonces, ¿quién es ese hombre por el que no dejas de suspirar? —Me miró por el rabillo del ojo— Y no lo niegues, porque te he estado escuchando mientras te duchabas.

Me eché a reír, un poco nerviosa. No sabía por qué, pero algo en la forma en que me había preguntado me hacía sentir vulnerable, como si mi corazón estuviera al descubierto.

—Alejandro —respondí, mirando hacia la ventana mientras me acomodaba en la almohada—. Es... complicado. Es muy atractivo, sí. Y me gusta, pero también me hace sentir cosas que no quiero sentir. Cosas que… que no estoy preparada para sentir.

Marina me observó en silencio, con esa expresión de "te entiendo" que tenía cuando quería decir algo importante. Finalmente, rompió el silencio.

—Desde ese novio que tuviste cuando tenías veinte años, no había visto ese brillo en tus ojos —dijo, sonriendo con dulzura—. Pero, Valeria, la verdad es que desde hace seis años te niegas a dejar que alguien entre en tu vida.

Me quedé callada un momento, digiriendo sus palabras. Sabía que tenía razón. Había construido un muro alrededor de mí misma, uno tan alto que ni yo misma me atrevía a derribar.

—Lo sé —susurré—. No es fácil. Y la verdad es que no sé si quiero arriesgarme otra vez —confesé, y Marina me miró con una expresión seria, pero cálida.

—A veces las personas entran sin que se lo permitamos —dijo, como si fuera la clave de un misterio que yo aún no entendía del todo.

Sonreí y asentí, dándole la razón, porque sí, tal vez tenía razón. Tal vez había algo más grande esperando fuera de mi zona de confort.

Justo en ese momento, escuchamos el sonido de la puerta y unos gritos estruendosos provenientes de la entrada.

—¡Chicas! ¡Ya he llegado! —gritó Sofía a todo pulmón.

La puerta de mi habitación se abrió de golpe y Sofía entró como un torbellino; ya debía haber dejado la pizza y el vino en la mesa, y se lanzó a la cama para abrazar a Marina con todo su entusiasmo.

—¡Qué alegría verte, Marina! —exclamó Sofía, abrazándola con todas sus fuerzas.

Marina, riendo, la abrazó también. Yo observé la escena con cariño, sabiendo que esa era una de las razones por las que nos queríamos tanto. Nuestra amistad era algo más que palabras. Era complicidad, alegría y mucha diversión.

—Ay, cómo te he echado de menos —dijo Sofía, sin dejar de sonreír.

Salimos de mi habitación y fuimos al salón, donde nos sentamos todas juntas en la mesa, listas para cenar. La noche prometía ser divertida, llena de risas e historias. Como siempre lo habíamos hecho, las tres nos pusimos al día mientras degustábamos la pizza y brindábamos con el vino.

A pesar de que la conversación giraba en torno a cosas livianas, mi mente seguía en Alejandro. Pero por una vez, en lugar de angustiarme, dejé que las risas de mi mejor amiga y mi prima llenaran el espacio vacío en mi pecho. Al final, tal vez esa era la respuesta. Rodearme de gente que me amaba y que me hacía reír. Al menos por ahora, eso era lo que necesitaba.

El reencuentro con Marina había sido perfecto. Y lo que fuera que sucediera con Alejandro, ya lo vería. Por ahora, lo único que importaba era disfrutar de este momento.

La luz cálida de la lámpara del salón iluminaba nuestras caras mientras seguíamos alrededor de la mesa, dispuestas a disfrutar de una noche de chicas que prometía risas, confidencias y ese buen rollo que había entre nosotras. Sin olvidarnos del vino, que ya estábamos abriendo la segunda botella.

—Entonces, Marina —empezó Sofía, sirviendo una copa de vino—, ¿cómo va todo? ¿Qué tal con Mauro?

Marina dejó el trozo de pizza en el plato y levantó la vista, sorprendida por la pregunta directa. Sus ojos, normalmente brillantes y llenos de vida, se oscurecieron por un instante, como si una nube pasajera hubiera cubierto el sol.

—Hace tres meses que rompí con él —dijo finalmente, con una voz que intentaba sonar casual, pero que traicionaba una pizca de tristeza contenida.

Sofía y yo nos miramos en silencio, procesando la información. No era necesario que Marina entrara en detalles; su tono y su expresión lo decían todo. La ruptura había sido importante, significativa, y aún dejaba huellas.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Habría ido yo a Madrid un fin de semana a verte —le dije, y ella negó.

—No quería molestarte, sé que tienes trabajo algunos fines de semana también.

—Eres tonta, tendría que haber ido y lo sabes. ¿Por eso necesitabas venir? ¿Desconectar de todo? —pregunté, y asintió.

—¿Hubo cuernos? —preguntó Sofía, con la franqueza que la caracterizaba.

Marina frunció el ceño y desvió la mirada, claramente incómoda con la pregunta. Esa reacción fue suficiente para que ambas asumiéramos la respuesta sin necesidad de palabras.

—Vaya, lo siento mucho —dije, intentando suavizar el ambiente—. Pero lo importante es que estás aquí con nosotras, y eso es lo que cuenta.

Marina asintió, agradecida por el apoyo implícito. Tomó un sorbo de vino y cambió de tema, como si quisiera dejar atrás el pasado reciente.

—Bueno, cambiando de tema... ¿Qué vamos a hacer mañana por la noche? —preguntó, con una sonrisa traviesa en los labios.

Sofía y yo intercambiamos una mirada cómplice antes de responder.

—Ya sabes lo que vamos a hacer —dije—. Vamos a cenar, a bailar y a tomar una copa. Una noche de chicas, como siempre.

—Eso para empezar, que después de la copa y el baile… tenemos otro sitio en mente —añadió Sofía.

—No, no tenemos otro sitio en mente —le reñí.

—Yo sí lo tengo, y ahora, después de saber que Marina es una mujer adulta, soltera e independiente, más razón para llevarla.

—¿Y qué lugar es exactamente? —preguntó Marina, alzando una ceja con curiosidad, momento en el que Sofía sonrió enigmáticamente.

—Eso es una sorpresa —respondió—. Pero primero tienes que ver el lugar y luego decides si es para ti o no.

Marina se cruzó de brazos, fingiendo indignación.

—No me gustan las sorpresas —dijo—. Necesito saber a dónde voy.

—Si es que no es para ella, Sofía, ya te lo dije.

—Tranquila, Marina. Será divertido. Y si no te gusta, siempre podemos ir a otro sitio después —le dijo Sofía, y Marina suspiró, resignada.

—Está bien, está bien.

—¿Ves? —Sofía me miró con esa cara de "yo tenía razón"— Seguro que le gusta.

—Aunque no lo tengo yo tan claro como tú —le dije—, si vamos a ir, voy a avisar a alguien de que estaré por allí.

—¿A quién vas a avisar? —me preguntó Marina con curiosidad.

—A alguien que podría estar interesado en saber que estoy por allí —respondí, sin más.

Sofía me miró a sabiendas de a quién me estaba refiriendo, y tras dejar el tema, seguimos cenando y bebiendo.

La noche continuó entre risas, anécdotas y planes para el día siguiente. La conversación fluyó con naturalidad, como siempre lo hacía entre nosotras. A pesar de las sombras que a veces se cernían sobre nuestras vidas, sabíamos que nos teníamos las unas a las otras, y eso era lo que realmente importaba.

Cuando la cena terminó, nos acomodamos en el salón con esa botella de vino empezaba y una gran tarrina de helado, dispuestas a disfrutar del resto de la noche. Sofía, como siempre, mantenía el ritmo de la conversación, saltando de un tema a otro con su energía inagotable. Y yo, observándolas a ambas, me sentí agradecida por tenerlas en mi vida.

La noche avanzó sin que nos diéramos cuenta, y antes de que fuéramos conscientes, el reloj marcaba la medianoche. Sofía se despidió de nosotras

con besos y abrazos, quedando en vernos al día siguiente para nuestra noche de chicas.

Marina me dio las buenas noches y se metió en la habitación de invitados; Calcetines me siguió hasta la mía y sonreí dejando la puerta entreabierta, como siempre, por si él tenía que salir.

Mientras me cepillaba los dientes, mi mente volvió a Alejandro, porque siempre volvía a él. Suspiré y dejé el cepillo de dientes en el vaso. Salí del baño y me dirigí a la cama, donde Calcetines ya se había acomodado en su lugar habitual. Me metí bajo las sábanas, apagando la luz y dejando que la oscuridad me envolviera.

Antes de cerrar los ojos, pensé en lo que me esperaba al día siguiente: una noche de chicas, risas, baile y, tal vez, un encuentro inesperado con alguien que podría cambiarlo todo.

Con ese pensamiento, finalmente me dejé llevar por el sueño, sin saber qué depararía el futuro, pero confiando en que si veía a quien quería, tal vez podría olvidarme de Alejandro.

Capítulo 20



Alejandro

La luz de la mañana se filtraba con pereza por las cortinas del hotel. Un sábado tibio, sin prisas, de esos que no apuraban el reloj. El aire estaba cargado de sal y promesas vagas que flotaban entre las palmeras del puerto. A lo lejos, las gaviotas rasgaban el cielo con su grito agudo, como si también quisieran decir algo que nadie escuchaba.

Estábamos sentados en la terraza del restaurante del hotel, frente al puerto. Carlos revolvía su café con gesto ausente, mientras yo me dedicaba a mirar el mar, como si esperara que entre las olas apareciera alguna respuesta. La brisa movía su cabello con ligereza, y por un momento, supe que él también estaba pensando en cosas que no diría en voz alta.

—¿Sabes qué me molesta de este lugar? —dijo Carlos de pronto, sin dejar de mirar su taza.

—¿El café? —aventuré.

—No. Que todo está igual que hace años. Las mismas sillas, la misma música de fondo, la misma vista... —Se encogió de hombros— Pero nosotros ya no somos los mismos.

Me quedé un momento callado. No sabía si responder con una broma o con la verdad. Al final opté por lo segundo.

—A veces desearía ser el de antes. El que no pensaba tanto.

Carlos se me quedó mirando, y su mirada era más seria de lo habitual.

—¿Y qué piensas ahora?

—Que la vida no se arregla como uno quiere. Pero igual lo voy a intentar —dije, con una sonrisa irónica.

—¿Y por qué me llamaste a mí para venir este fin de semana? —preguntó de pronto, con la cucharilla aun girando en el café— ¿Por qué no invitar a Valeria a cenar contigo?

No lo miré de inmediato. Me llevé la taza a los labios, di un sorbo y dejé que el amargor me despertara por dentro. El café tenía ese regusto metálico de las decisiones postergadas. Cuando al fin hablé, mi voz sonó más firme de lo que me sentía.

—Porque he decidido que lo mejor es olvidarme de Valeria.

Carlos alzó una ceja, sin sorpresa, pero con cierta incredulidad contenida.

—¿Olvidarte? ¿Así de simple?

—Simple, no. Pero necesario.

—¿Y no será que estás huyendo? Que temes sentir algo de verdad por una mujer —dijo, y me molestó su tono. Lo miré con frialdad.

—No huyo, Carlos. Solo quiero que sea como siempre. Una mujer, una noche de sexo y nada más.

—Esa mujer te ha tocado y lo sabes, yo lo sé, yo lo vi —dijo, y solté el aire.

—Esta noche quiero salir contigo, cenar bien, tomar una copa en algún local de moda y, después, si se da, irme con alguna mujer que conozcamos.

Carlos frunció el ceño. Se quitó las gafas de sol y me miró directamente a los ojos.

—¿En serio? —Me miró con la ceja arqueada.

—No es diferente a otras noches —me encogí de hombros.

—Mira, si realmente quieres desconectar, pulsar el interruptor de apagado durante unas horas y olvidarte de ella, mejor vamos a ese lugar donde hemos ido otras veces, cuando venimos a ver a tu madre. ¿Te acuerdas?

No hizo falta que explicara más. Sabía exactamente a qué se refería. A ese sitio discreto, donde las luces siempre eran tenues, el ambiente era cálido y el juicio se quedaba en la entrada. Un lugar donde nadie hacía preguntas, nadie prometía nada y cada cual iba a lo suyo. Mujeres hermosas. Cuerpos cálidos. Placer sin condiciones.

—Vale —respondí, y asentí como si esa fuera la decisión más racional del día. Pero en mi interior algo se movió. Una punzada, no de culpa, sino

de un deseo más profundo de perderme por completo—. Nos vemos esta noche en el puerto. Cenamos ahí y luego vamos.

Mi mejor amigo me miró de ese modo en el que parecía estudiarme; luego asintió.

—No te estoy juzgando, Alejandro. Es solo que no quiero verte hundido otra vez. Ya pasamos por esa fase.

—Lo sé —asentí.

Carlos sonrió, se terminó el café y nos despedimos sin mucha ceremonia. Él se fue a su habitación y yo, después de pagar, volví a casa.

Mi madre estaba frente al espejo del recibidor, ajustando un collar de perlas y con el bolso colgado en el brazo. Se giró al oírme entrar.

—¿Cómo está Carlos? —preguntó sin mirarme, mientras se retocaba los labios con un tono suave.

—Bien. Ya tuvimos la reunión de trabajo —mentí, porque era la excusa que le di a mi madre para que no me hiciera preguntas—. Esta noche salimos a cenar.

—¿Y Valeria? —me miró, al fin. Sus ojos eran inquisitivos, como los de una madre que ve más allá de las palabras.

—No, mamá, solo saldremos Carlos y yo. Por trabajo. Por eso ha venido otra vez desde Madrid —le recordé, y ella suspiró. Cerró el pintalabios con un clic seco y se volvió hacia mí.

—¿Otra vez esa excusa? ¿En serio es necesario que trabajes también los fines de semana?

—Mamá…

—Alejandro —me interrumpió—. ¿Qué estás haciendo con tu vida? ¿No te das cuenta de que mereces vivir y ser feliz?

—Lo soy.

—No, hijo, no lo eres. Lo que pasa es que no quieres abrirte otra vez, por el miedo a que todas las mujeres de este mundo sean como Clara.

No dije nada, tampoco me dio esa opción a poder contestar, pues se acercó a mí sin apartar la mirada de la mía.

—Nunca cambiarás. Siempre serás ese hombre adicto al trabajo que has sido desde hace años.

Me besó en la mejilla, perfumada, impecable, y salió antes de que pudiera contestar.

Me quedé solo en el recibidor, viendo la puerta cerrarse. Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como humo espeso. "Siempre serás ese hombre". ¿Y si era verdad? ¿Y si no sabía ser otra cosa?

Saqué el móvil. Lo desbloqueé casi sin pensarlo y busqué a Valeria en sus redes. Ahí estaba. Sonriendo en una foto reciente. Rodeada de amigas. Radiante. Ajena a mis batallas internas. Como si yo no existiera. O como si hubiera aprendido a vivir sin mí.

Suspiré. Y me quedé mirando su sonrisa. Esa curva perfecta que tanto me gustaba ver cuando la tenía delante. Guardé el móvil y me quedé un momento más en el recibidor, como si el silencio pudiera decirme algo que no quería escuchar.

No iba a escribirla, tampoco iba a ir a buscarla. Me repetía eso como un mantra, aunque las imágenes de Valeria seguían ahí, en mi mente, como diapositivas pasando una tras otra.

Estaba claro que Valeria no era como las demás; ella no era una mujer de la que uno se pudiera olvidar fácilmente. Ella estaba instalada en cada rincón de mi mente como si de una canción se tratara, de esas que alguien escuchaba una y otra vez y se reproducía sola en su mente.

Quería olvidarla, quería dejar de sentir lo que fuera que sentía, dejar de desearla como la había deseado, y no había mejor manera que borrar su recuerdo con el cuerpo de otra mujer. No era la primera vez que lo hacía, pero sabía que tampoco sería la última.

Me hice un café y acabé encerrándome en el despacho, trabajando, o al menos intentándolo, para mantener la cabeza ocupada y lejos de la mujer que tantas veces se me presentaba en sueños.

Porque sí había soñado con ella, y no eran solo fantasías con tenerla en mi cama. La había visto en sus clases de zumba, bailando, dando órdenes a sus alumnas y a mí mismo, y el simple contoneo de sus caderas me hacía desearla.

Estaba jodido, y tenía que poner remedio a esta situación: meterme en la cama con otra mujer y olvidarme de los besos y las caricias que me dio, y el modo en el que mi cuerpo y el suyo encajaban.

Solo necesitaba una noche, una copa y otra mujer con la que tener un *affaire*, para que Valeria pasara a ser solo una mujer más de las muchas con las que había tenido sexo en los últimos años.

Capítulo 21



Valeria

La noche había empezado con una promesa: reírnos hasta que nos doliera el estómago y bailar como si el mañana no importara. Mientras Marina y yo terminábamos de arreglarnos para ir al restaurante italiano donde Sofía nos esperaba, no podía evitar sentir que la noche tenía algo especial. Quizás era el aire templado de la primavera, el olor a jazmín flotando en las calles, o simplemente la forma en que nuestros tacones sonaban con cada paso, como si marcáramos el ritmo de nuestra propia película.

Una vez estuvimos listas, bajamos para esperar el taxi que había pedido para que nos llevara. Esta noche ni Sofía ni yo íbamos a conducir, ya que queríamos tomarnos unas copas sin preocuparnos por coger el coche después.

Marina iba a mi lado, deslumbrante con un vestido ajustado rojo carmesí que dejaba poco a la imaginación. Su melena caía en ondas perfectas, y cada paso que daba parecía estudiado para provocar miradas. Yo opté por algo diferente: un conjunto de dos piezas negro, con una falda de satén que rozaba apenas la mitad de mis muslos y un top de encaje que dejaba mi espalda al descubierto. Lo combiné con unos tacones altísimos y labios rojo vino. Me sentía poderosa, como si pudiera conquistar el mundo… o al menos, la noche.

Desde que salimos del taxi, Marina y yo íbamos riendo por cada tontería que se nos ocurría. Esa risa suelta, cómplice, que nacía de saberse exactamente donde se quería estar. La ciudad brillaba con esa luz cálida de

las noches de primavera, como si todo estuviera bañado en oro líquido. Caminábamos decididas, como si tuviéramos una cita con el destino... pero en realidad, la cita era con nosotras mismas.

Marina estaba espléndida. Su vestido tenía una abertura lateral que dejaba ver su pierna al andar, y llevaba unos pendientes dorados enormes que tintineaban cuando se reía. Sus labios eran de color rojo cereza y tenía esa mirada luminosa que solo alguien que se sentía bella de verdad podía llevar con tanta naturalidad.

—¿Sabes qué me gusta de esta noche? —me dijo, ajustándose el escote con coquetería mientras cruzábamos la calle.

—¿Qué?

—Que no hay hombres esperándonos. Que no hay expectativas. Solo nosotras, el vino, la comida y las historias que vamos a inventar.

—¡Brindemos por eso cuando lleguemos! —respondí, casi cantando.

Mi conjunto negro me hacía sentir libre. Sexy, sí, pero sobre todo segura. El top de encaje dejaba ver lo justo, y la falda me permitía caminar con sensualidad, sin necesidad de hacer demasiado esfuerzo. Llevaba el pelo suelto, con ondas suaves, y me había perfumado con ese aroma especiado que solo usaba en ocasiones en las que me sentía una diosa.

Sofía ya nos esperaba en la entrada del restaurante. El local tenía un toldo verde oscuro con letras doradas, y dentro se podía ver el brillo de las velas sobre las mesas. Ella se había recostado con una copa de vino blanco en la mano, como si fuera la portada de una revista.

—¡Pero vaya dos diosas! —nos dijo al vernos, con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja— ¡Por fin! Creí que me iba a tener que beber todo el vino sola.

—No nos subestimes —dijo Marina, abrazándola—. ¡Eso sería una tragedia innecesaria!

Nos besamos las mejillas y nos miramos de arriba abajo, como siempre hacíamos, admirándonos sin pudor.

Sofía llevaba un mono ceñido en azul marino, escotado y con la espalda completamente descubierta. Se había recogido el cabello en un moño desordenado con algunos mechones cayendo estratégicamente, dejando claro que esa noche ella iba a dominar cada lugar en el que entrase.

—¿Y ese mono, Sofía? ¿Dónde escondes el látigo? —le dije bromeando mientras Marina y yo nos acomodábamos.

—No lo escondo, cariño. Lo dejé en casa para no asustar al camarero.

Nos sentamos y en segundos ya estábamos pidiendo la carta, riéndonos de cualquier cosa, como si lleváramos horas juntas.

—Yo quiero algo que me haga gemir —dijo Marina, mirando la sección de pastas.

—¿En el restaurante o después? —preguntó Sofía, con una ceja levantada.

—Ojalá en ambos.

—Cómo se nota que llevas tres meses sin sexo —rio Sofía.

—En realidad, cuatro. El último mes de relación con Mauro no fue el mejor —suspiró.

—Bueno, ya se acabó —dije tras llamar al camarero para que nos tomara nota—. Esta noche, nada de penas.

—Eso, mejor, que sean penes —soltó Sofía, justo cuando llegaba el camarero, que sonrió al escucharla.

—En serio, Sofía, no se puede salir contigo de casa —protesté, y ella se encogió de hombros.

Nos costó decidir un poco qué cenar, pero es que estaba todo buenísimo.

La comida llegó y, con ella, una sucesión de momentos perfectos. El *carpaccio* era tan fino que parecía papel de seda. La pasta estaba al dente como nos gustaba, y el *prosecco*, frío y chispeante. Brindamos al menos cinco veces por cosas diferentes.

—Por las mujeres que fuimos, las que somos y las que vamos a ser —empezó Sofía, solemne.

—Por los idiotas que nos pierden y los inteligentes que no se atreven —añadió Marina.

—Y por nosotras, que sabemos cómo escribir nuestras propias historias —terminé, sintiendo un pequeño nudo en el pecho, pero sin dejar de sonreír.

Nos reímos con la boca llena. Marina imitó al camarero cuando intentaba pronunciar "tagliatelle al tartufo", y Sofía empezó a contarnos que una de sus clientas quería emparejarla con su hermano.

Llorábamos de la risa. La gente en las mesas cercanas nos miraba con una mezcla de envidia y fascinación. Éramos un huracán de vida. Y sabíamos que eso se notaba.

Entre plato y plato, empezamos a hacernos fotos.

—Esta es para Tinder, Sofía. Pon cara de "sí, me gusta leer poesía en la ducha" —le decía Marina, mientras le tomaba una foto con el móvil.

—¿Para Tinder? Por Dios, no necesito eso —rio mi amiga—. Y no me digas que tú te has apuntado a alguna de esas aplicaciones para ligar.

—No, no, yo no —contestó mientras hacía otra foto.

—Esta es para Instagram. Mira esto, Valeria —dijo Sofía mientras me enfocaba en modo retrato—. Diva italiana. Fatal, pero accesible.

—¿Accesible a qué? ¿Al vino o al pecado? —pregunté mientras posaba, sintiendo que el *prosecco* ya me soltaba el filtro mental.

Marina subió una historia donde salíamos las tres brindando, con el título: *"Las brujas están sueltas".*

Sofía publicó una en la que nos etiquetó a todas con emojis de fuego, copas y estrellas. Yo solo escribí: *"Si esta noche fuera una película, quiero los créditos finales con vosotras".*

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Marina con una mirada pícara cuando los postres llegaron.

—Ahora viene la segunda parte del plan —dijo Sofía—. Copas, música y, si el universo quiere, un poco de escándalo. Hay un local nuevo que me han recomendado, y vamos a ir esa noche.

—Dime que hay buena música, por lo menos —pidió mi prima.

—Y cero imbéciles —respondió Sofía.

Pagamos la cuenta dejando una generosa propina. El camarero, que ya nos adoraba, nos guiñó un ojo y nos deseó "una noche legendaria". Y las tres estábamos más que dispuestas a que así fuera.

El local tenía algo de clandestino. Una entrada discreta, sin letrero. Apenas una puerta negra con un portero vestido de negro. Nos miró, sonrió y, sin pedir nada, nos abrió como si fuéramos celebridades.

Dentro, todo era luces tenues, paredes con arte moderno y una pista amplia donde la gente ya se movía con libertad. El DJ estaba en lo suyo, mezclando pop con reggaetón y electrónica suave. Un sitio perfecto para soltarse.

—¡Esto me encanta! —gritó Marina, moviendo ya las caderas.

—Voy por las copas —dijo Sofía, desapareciendo entre la gente.

Yo me quedé en medio de la pista, sintiendo la vibración en los pies. La música, el ambiente, mi cuerpo... todo parecía en sintonía. Cuando Sofía volvió con las copas, brindamos y dimos el primer sorbo.

Desde luego que esta noche prometía ser perfecta, y las tres estábamos listas para divertirnos. La música hizo que nos dejáramos llevar y las tres comenzamos a movernos al ritmo de bachata y salsa, mientras Sofía se encargaba de ir a por una ronda de copas cuando estas se quedaban vacías.

Y entonces, empezó a sonar *"Maniaca"* de Abraham Mateo.

Algo en mi interior se activó. Me solté el cabello, cerré los ojos y dejé que la canción me poseyera.

Salí a la pista y mis caderas empezaron a moverse solas, mis brazos arriba, mi pelo cayendo por la espalda. Cerré los ojos. Me dejé arrastrar por la música, por el calor del lugar, por la energía que me recorría como un fuego dulce. No pensaba en nada. No me importaba nada. Solo el movimiento, la música, mi cuerpo sintiéndose vivo.

Bailé como si no tuviera memoria. Como si nadie me hubiera hecho daño. Como si no existiera el mañana.

Sentía las miradas, los cuerpos acercándose, las luces parpadeando. Un tipo con camisa blanca me ofreció su copa; otro me dijo algo al oído que no entendí, o no quise entender. Yo solo quería bailar. Disfrutar del momento, de mí misma y de mi noche de chicas.

Y entonces… lo sentí.

Un escalofrío me subió por la espalda. Abrí los ojos, miré hacia la barra y ahí estaba.

Alejandro.

Estaba en la barra, parcialmente oculto por la sombra. Cabello revuelto, traje oscuro, camisa blanca ligeramente abierta en el cuello. Esa manera de estar de pie, de observarlo todo. Me congelé por un segundo. Volví a mirar. Y ahí estaban sus ojos clavados en mí.

Un escalofrío me recorrió la columna. No lo había visto en casi una semana. Cero mensajes. Cero llamadas. Un silencio que había empezado a doler como una espina clavada bajo la piel. Y ahora, ahí estaba. Viéndome bailar. Viéndome como si nunca me hubiera dejado de mirar.

Me mordí el labio, consciente de la electricidad que zumbaba entre nosotros incluso a esa distancia. En ese momento no supe si quería correr hacia él o seguir bailando como si nada. Pero mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Me quedé quieta. Respirando hondo.

Alejandro no pestañeaba, tampoco sonreía. Solo me miraba como si el tiempo se hubiera detenido.

—¿Qué pasa? —la voz de Sofía rompió la estática. Me giré hacia ella.

—Está ahí —susurré—. Alejandro.

Ella miró hacia la barra y, en cuanto lo vio, suspiró.

—¿Hace cuánto no sabías nada de él? —preguntó.

—Casi una semana.

—Entonces es momento de irnos.

—¿Qué?

—Marina quiere ver ese otro lugar del que le hablamos —dijo, y eso sí que no me lo esperaba—. No le digas nada, no vayas hasta él. Solo… Vámonos.

Yo no podía dejar de mirar. Alejandro me mantenía anclada, como si el mundo entero fuera un hilo que iba de sus ojos a los míos.

Marina se nos unió en ese momento, risueña, sin saber nada.

—¡Vamos! Me muero por ver ese otro sitio. ¿Nos vamos ya? —preguntó mi prima, y Sofía me miró. Yo asentí.

Una última mirada a la barra. A él. A sus ojos, aún clavados en mí.

Y nos fuimos. Las tres juntas. Como habíamos empezado la noche.

Las tres salimos del local como habíamos entrado: dueñas de la noche, vestidas de diosas, listas para lo que viniera. Pero mientras caminábamos hacia el próximo destino, yo sabía que algo había cambiado. Lo sentí en la piel, en el corazón acelerado, en ese hilo invisible que aún me ataba a él.

Pero la noche debía seguir. Y yo también.

El aire de la noche nos acarició como un bálsamo, frío y limpio, como si el universo supiera que necesitábamos respirar. Sofía tomó la delantera, marcando el rumbo con paso firme. Marina iba a su lado, riendo todavía, comentando algo sobre un chico que había confundido su perfume con un cóctel.

Yo iba un poco más atrás. En silencio. Con ese nudo en el estómago que aparecía cuando algo o alguien irrumpía en tu paz como un relámpago inesperado.

En mi caso, Alejandro.

Había algo en esa mirada suya que me había desarmado. Ni furia, ni alegría. Solo intensidad. Un “te veo” silencioso que me sacudió desde dentro. No sabía si era deseo, arrepentimiento, reproche o todo eso junto. Pero me hizo temblar.

—¿Estás bien? —preguntó Sofía, sin girarse.

—Sí —mentí.

—Lo viste. Y él te vio. Pero no se acercó. Eso dice más de él que de ti.

Asentí, sin poder decir nada. Marina nos miró de reojo, curiosa, pero no dijo nada. Supo, como solo saben las amigas de verdad, que no era momento de preguntar.

—¿Quieres hablar de él? —preguntó Sofía, sin presión.

—No sé qué quiero.

—Te entiendo —dijo Marina, mirándome con dulzura—. A veces una parte tuya quiere correr hacia él y otra salir corriendo en la dirección contraria. Porque imagino que esto es por ese hombre por el que ayer no dejabas de suspirar —Asentí.

—Te voy a decir una cosa —añadió Sofía—. Que os hayáis visto esta noche ha sido una casualidad necesaria. Tal vez solo necesitabas saber que sigue ahí, haciendo su vida, para seguir adelante tú.

—¿Y si no puedo? —pregunté, por fin dejando caer la máscara.

Ninguna respondió, y en la noche, mientras caminábamos hacia la parada de taxis, tan solo se escuchaba el repiqueteo de nuestros tacones. Entonces Marina me cogió de la mano.

—Entonces te esperamos. El tiempo que necesites. Porque nadie se saca a alguien del pecho por decreto. Pero, mientras tanto, nos pedimos otro trago, y cuando estés lista, volvemos a bailar.

Nos reímos, ahora con esa mezcla de alivio y dolor que solo llegaba después de llorar por dentro. Y por suerte para mí, ellas estaban y siempre estarían conmigo.

Capítulo 22



Alejandro

Pasé el resto de la tarde en casa, sin rumbo fijo. Me duché sin apuro, me afeité con cuidado, como si importara. Elegí una camisa azul marino, elegante pero no demasiado formal, y un pantalón claro. Algo que dijera: "estoy disponible", pero también: "no me importa".

A las ocho salí rumbo al puerto. Carlos ya me esperaba en la terraza de uno de nuestros restaurantes de siempre, con una copa de vino blanco en la mano y el mar detrás, tranquilo, como si el mundo estuviera en pausa.

—Puntual por una vez —dijo con media sonrisa.

—No te acostumbres —respondí, y nos dimos un apretón de manos breve pero firme. Como los de antes, cuando éramos otros.

La cena empezó con un silencio cómodo, de esos que sólo se daban entre amigos de muchos años. Carlos hojeaba la carta mientras yo fingía interés por los vinos. El restaurante, uno de esos que bordeaban el puerto con terrazas de madera y lámparas de luz cálida, estaba medio lleno. Parejas, grupos pequeños de turistas, alguna familia con niños que cenaban tarde. Todo el mundo parecía ajeno a nuestras batallas internas.

—¿Te apetece el pescado o te animas con algo más contundente? —preguntó Carlos, cerrando la carta.

—Pescado. Ligero. No quiero sentirme como si me hubiera tragado una piedra antes de salir.

Carlos sonrió y levantó una mano para llamar al camarero. Pedimos lubina al horno, ensalada templada de queso de cabra y una botella de vino

bien frío. La conversación empezó, como siempre, con temas seguros: trabajo, política, alguna que otra broma sobre antiguos compañeros de universidad.

Pero yo sabía que Carlos no dejaría pasar el tema por mucho más tiempo.

—Lo decías en serio esta mañana —dijo mientras servía vino en nuestras copas—. Lo de olvidarte de Valeria. ¿Vas a hacerlo así, sin más?

Suspiré. Me llevé la copa a los labios, pero no bebí.

—No es "sin más". Te lo he dicho, es lo que tengo que hacer, lo que siempre he hecho.

Carlos me observó. Tenía esa mirada suya, medio analítica, medio fraternal. Como si quisiera juzgarme y protegerme al mismo tiempo.

—¿Y crees que yéndote con otras mujeres vas a dejar de pensar en ella?

—Es lo que pretendo, sí —contesté, y Carlos se recostó en la silla, cruzando los brazos.

—Valeria es la única mujer que te ha hecho bajar la guardia en años. ¿Eso no significa algo?

—Sí. Significa que no tengo defensas con ella. Y eso, en mi caso, es peligroso —confesé.

Cuando nos trajeron la cena, comenzamos a comer en silencio durante un rato. El pescado estaba perfecto: tierno, jugoso, con ese toque de limón que lo elevaba todo. Pero a mí no me sabía a nada.

—¿Y si ella siente lo mismo? —insistió Carlos— ¿Si también te piensa cada noche, aunque no te lo diga?

—No lo sé. Quizás lo haga. Pero eso no cambia nada. Sabes que no quiero volver a pasar por lo que pasé.

—Y tú sabes de sobra que no todas las mujeres del jodido planeta son como Clara.

—Gracias a Dios, por eso —dije, levantando mi copa de vino a modo de brindis.

Carlos no replicó. Nos terminamos el vino y el postre, una tarta de manzana tibia con helado de vainilla que apenas probé, y salimos del restaurante. El aire del puerto estaba impregnado de sal y promesas de verano. Los barcos se mecían suavemente en la oscuridad.

—¿Una copa antes del club? —propuso Carlos.

Asentí. Me apetecía estirar el tiempo, alargar esa transición entre el mundo real y ese otro mundo donde nadie exigía explicaciones.

Fuimos a uno de los locales nuevos y de moda en la ciudad. Estaba lleno y la música resonaba por cada rincón mientras la gente se movía de un lado a otro, charlaba, reía y disfrutaba de la noche. Al entrar, sentí cómo el cuerpo se me aflojaba un poco. Pedimos dos gin-tonics y nos quedamos allí en la barra.

Y entonces la vi. Valeria.

Estaba con otras dos mujeres. Las tres reían, con copas en la mano. Valeria llevaba un conjunto de falda y top negro que le quedaba como una segunda piel. Sus labios pintados de rojo se veían de lo más sensuales y apetecibles. Su melena suelta, libre, cayendo como una cascada sobre sus hombros.

Y bailaba. Lo hacía sola. Con la música. Con su propio deseo de sentirse viva. Y yo me quedé paralizado.

Carlos me siguió con la mirada y soltó un suspiro.

—Mierda.

—Sí —dije—. Mierda.

Ella no me había visto. O, si lo había hecho, no lo demostró. Giraba lentamente sobre sus talones, moviendo las caderas con esa sensualidad natural que nunca era forzada, y sonreía. Como si nada en el mundo le doliera. Como si yo nunca hubiera existido.

En el centro de la pista, bailando como si el mundo le perteneciera. Dios, cómo se movía. Con ese fuego controlado que tenía cuando se sentía viva. Con la espalda descubierta, la falda bailando al ritmo de sus caderas. Sentí celos.

No de los hombres que la miraban o se acercaban, aunque los odié a todos. Sino de esa libertad que ahora tenía. Esa forma en que había soltado algo. Tal vez a mí.

Quise acercarme. Decirle algo, cualquier cosa. Pero me quedé quieto, como un cobarde. O quizás demasiado consciente de que no era momento.

Y en ese instante, sentí algo que no había sentido en mucho tiempo.

Deseo. Crudo. Instintivo. Doloroso.

El deseo no solo de poseerla, sino de pertenecerle. De que esa sonrisa fuera para mí. De que ese cuerpo se moviera al ritmo de la música sólo por mí. Era una mezcla de lujuria y desesperación, un veneno dulce.

Entonces me vio.

Nuestros ojos se encontraron. Y por un instante, todo el ruido del lugar desapareció. Nada más existía. Solo ella y yo. Y todo lo no dicho entre nosotros.

Quise ir hacia ella. Decirle que había pensado mucho en ella. Que la odiaba por hacerme sentir tan jodidamente vivo.

Pero ella no se movió. Y yo tampoco.

Entonces vi a sus amigas acercarse. Una dijo algo y Valeria asintió. Me miró una última vez y se fue. Como si ese cruce de miradas hubiera sido un punto final. Pero para mí fue un punto suspensivo.

Porque, aunque no lo sabía entonces, esa noche no era el fin. Era el principio de algo más difícil. Más real. Más verdadero.

Y ahora, apoyado en la barra, con su imagen aun temblando en mi mente, entendí que el juego había cambiado.

Y que tal vez aún estaba a tiempo de jugarlo bien.

—¿Vamos al club? —preguntó Carlos, haciendo que mi mente volviera al lugar en el que estaba.

Asentí. No podía quedarme un segundo más allí. Caminamos rápido hasta el coche. Al cerrar la puerta, dejé escapar un suspiro largo, contenido. Como si al salir de ese local también dejara atrás una parte de mí.

El camino hacia el club fue en silencio. El mismo silencio que precedía a una tormenta. Yo miraba por la ventana como si pudiera entenderme a través del paisaje nocturno. Pero lo único que veía eran reflejos. Carlos, por su parte, no dijo nada, cosa que yo agradecí porque no quería hablar del tema.

Estaba a punto de ir a ese lugar en el que esperaba olvidarme de ella, de esa mujer que se había colado en mi mente sin permiso, esa que había despertado un deseo en mí que nunca antes había sentido por ninguna otra mujer.

Y de verdad que esperaba que esta noche pudiera hacer desaparecer el recuerdo de todo lo que había hecho con ella, que el tacto de otra mujer borrara el suyo para siempre.

Según nos acercábamos a las afueras de la ciudad, mi mente se despejaba un poco, recordando aquellas veces que, viniendo con Carlos para visitar a mi madre, acabábamos en este lugar donde la regla más importante era la discreción, y lo más importante era que todas las partes involucradas estuvieran de acuerdo en lo que ocurriría esa noche entre ellos.

Capítulo 23



Alejandro

El club no tenía nombre visible. Solo una puerta de madera oscura y un timbre discreto. Como siempre.

Entramos y el ambiente era el mismo de siempre. Luz baja, música suave, rostros que no buscaban más que una noche de escape. Mujeres hermosas, solas o en compañía, que miraban con esa mezcla de cálculo y deseo. Y nosotros, dos hombres que no querían explicaciones, solo perderse un rato.

Una de las anfitrionas se acercó, reconoció a Carlos y nos acompañó a una mesa privada. Pedimos whisky, del bueno, obviamente. Hablamos poco. Observamos. Yo dejé que mis ojos se deslizaran por los cuerpos, por las curvas, por las promesas silenciosas que cada mujer ofrecía.

Y, sin embargo, en algún rincón de mi cabeza, seguía ella. Valeria.

Su forma de sonreír con la mirada antes que con la boca. Su risa sincera. Su manera de acariciarse el cabello cuando pensaba. Todo eso aparecía como un eco molesto, como una sombra que no quería irse.

Carlos se acomodó a mi lado, cruzando una pierna con indolencia.

—¿Quieres hablar de lo que acabas de ver?

—No —dije—. No quiero hablar de ella. No ahora.

Él asintió y no insistió; sabía cuándo callar. Se levantó primero, cruzó la sala y comenzó a hablar con una mujer rubia, alta, vestida de rojo. Parecía segura, como si supiera exactamente a quién había venido a buscar. Yo lo observé desde la mesa, bebiendo con calma.

Luego, otra mujer se me acercó. Morena, de ojos oscuros, vestido negro. Me preguntó si podía sentarse. Asentí.

Y mientras hablábamos, si a eso podía llamarse hablar, yo pensaba en Valeria. En cómo se movía. En cómo me miraba cuando estaba desnuda. En el sonido exacto de su voz cuando decía mi nombre. Todo eso era veneno ahora. Un veneno que yo mismo me inyectaba con gusto.

Y, aun así, no podía detenerme.

La mujer morena, de ojos oscuros y vestido ajustado, estaba sentada frente a mí, aunque yo no lograba concentrarme en ella. Su risa era suave, melodiosa, pero se desvanecía rápidamente ante el ruido que me invadía por dentro. Cada palabra que salía de su boca parecía lejana, como un murmullo que solo el cuerpo entendía.

No podía dejar de pensar en la pista de baile que había dejado atrás, en el modo en que ella sentía la música en su cuerpo.

Y mientras daba un buen trago a mi whisky, miré a mi alrededor y, de repente, entre la multitud, la vi.

Valeria.

Estaba parada cerca de la barra, con esas dos mujeres del local de antes a su lado. Su cabello caía libremente sobre sus hombros, como una cascada que pedía ser acariciada. Y cuando giró la cabeza, el brillo de sus ojos me atravesó como una flecha afilada. Esos ojos, los mismos que me habían cautivado tantas veces, brillaban con algo que nunca había visto antes. Algo que no era mío. Algo que no me pertenecía.

El tiempo pareció detenerse. La mujer morena en mi mesa no dejó de hablar, pero no la escuchaba. Mis ojos estaban fijos en Valeria, que reía junto a sus amigas, con una libertad tan natural, tan... salvaje. No la había visto nunca así. Siempre tan distante, tan en su mundo, tan cautelosa. Pero ahora... ahora era diferente. Estaba sonriendo, con esa sonrisa que desarmaba cualquier resistencia, sin preocupaciones, sin ningún tipo de máscara.

Era como si hubiera caído en una trampa que no me pertenecía, una trampa de deseo y frustración.

La mujer morena me tocó ligeramente en el brazo, una caricia sutil, pero no reaccioné. Mi mente estaba atrapada entre esas imágenes de Valeria y la pulsión que me oprimía el pecho. Sentí que la respiración se me hacía más difícil.

—¿Puedes dejarme solo un momento? —le pedí a la morena, con la voz ronca, sin apenas darme cuenta de lo que estaba diciendo.

Ella me miró un instante, sorprendida, pero al ver mi expresión algo distante, asintió sin pronunciar palabra. Se levantó y se alejó, dejándome a solas con mis pensamientos y, ahora, con Valeria.

Me quedé allí, inmóvil, observando. Valeria no me había visto. Estaba completamente absorbida en su conversación con sus amigas. Pero yo podía sentir cómo se movía, cómo su cuerpo se deslizaba con esa confianza que a mí siempre me había costado encontrar.

Y fue entonces cuando sucedió. Un hombre se acercó a ella, uno de esos tipos que tiene todo el aire de saber lo que quiere. Alto, bien vestido, con una mirada arrogante, pero que, por alguna razón, a Valeria le pareció atractiva. Se paró a su lado, y sin pedir permiso, rodeó su cintura con una mano firme, como si fuera algo natural, como si llevara tiempo haciéndolo.

Valeria no se apartó. No lo rechazó. Más bien, sonrió. Sonrió con ese brillo en los ojos que yo tanto había deseado ver en ella, y que ahora le brillaba con la misma intensidad que a él. Un destello. Un deseo que no tenía nada que ver conmigo.

Ella se dejó besar el hombro. Yo vi todo. Vi cómo sus labios se separaban, como si el aire entre ellos fuera un secreto. Vi cómo sus ojos se cerraban ligeramente con una satisfacción, con una promesa. Y el hombre, como si conociera el lenguaje de esos ojos, le besó el cuello con esa mezcla de posesión y deseo que no dejaba espacio para dudas.

"Eso lo está disfrutando", pensé, sintiéndome atrapado entre una mezcla de celos y atracción. Mi garganta se apretó.

De repente, me di cuenta de que Carlos me estaba mirando. No con curiosidad, sino con esa mirada que sólo un amigo cercano podía tener, una mezcla de comprensión y análisis.

Me bebí el whisky de un trago, intentando calmar lo que se agitaba dentro de mí. Mi mente quería hacer una cosa, pero mi cuerpo estaba atrapado en otra.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Carlos, cuando se acercó hasta mí, con la voz grave rompiendo el silencio entre nosotros.

—No lo sé —respondí, aunque sentía que la respuesta estaba justo frente a mí. Pero no quería admitirlo en voz alta. No aún. No de esa manera.

Carlos me miró durante unos segundos, como evaluando mis palabras. La mujer de la barra, todavía con su copa en la mano, se había acercado a nosotros un poco más, y yo seguía sin verla. Mi foco estaba en Valeria. En cómo se movía, en cómo parecía tan libre, tan feliz, tan… diferente a como había sido conmigo.

—Voy a averiguarlo —dije finalmente, mis palabras como un impulso. Como si al hacerlo pudiera reescribir la historia, cambiar el curso de los eventos, hacer que todo volviera a ser como antes, o al menos, saber la razón por la que ella estaba allí.

Carlos me miró, pero no dijo nada. No tenía que decir nada. Sabía que yo no podía quedarme allí sentado sin saber. Sabía que, de alguna manera, no podía dejar que esa imagen se quedara grabada en mi cabeza.

Dejé el vaso vacío sobre la mesa y me levanté, sin mirar atrás. Sin pensar demasiado en lo que dejaba atrás. Caminar hacia la barra fue un acto de pura determinación. Pasé entre las mesas, evitando las miradas, concentrado en la figura de Valeria, que ahora se reía de algo que decía una de sus amigas, y en el hombre que aún no había dejado de rodearla por la cintura.

Cuando llegué lo suficientemente cerca, noté que Valeria estaba mirando al frente, como si supiera que alguien la observaba. Sentí su mirada sobre mí, un roce, como una caricia invisible. No podía mirarla directamente, no aún, no hasta saber qué era lo que quería.

Puedo decir que en ese momento no estaba pensando en lo que significaba verla con otro hombre, o si debía dar un paso atrás, o si era la oportunidad de confrontarla. Solo pensaba en la posibilidad de una respuesta, una explicación, algo que me dejara tranquilo.

De repente, Valeria giró hacia mí. Sus ojos brillaban, sí, pero no era la misma luz de antes. Ahora era una luz más profunda, algo que yo no podía descifrar.

Mi corazón dio un vuelco. Carlos apareció a mi lado. Sabía que no había vuelta atrás.

—¿Vas a hablar con ella? —preguntó, con tono calmado, como si ya supiera la respuesta.

—Sí —mi voz sonó más firme de lo que me sentía.

Porque a este club se venía solo a una cosa, y necesitaba saber si ella entendía mi mundo, mi modo de ver la vida, el sexo y el placer. Porque a

juzgar por cómo la seguía teniendo ese hombre, algo en lo más profundo de mi ser me decía que entre ellos había algo.

Capítulo 24



Valeria

El club estaba oscuro, y el aire espeso de humo y música. El tipo de lugar donde te sentías libre, donde todo se diluía en las luces tenues y en las risas que se confundían con el sonido de las copas chocando. A veces no sabía por qué seguía viniendo. Bueno, en realidad sí lo sabía. Era el único lugar donde me sentía completamente yo misma, sin nadie que me juzgara. Sin nadie que me pidiera algo más de lo que estaba dispuesta a dar.

Marina y Sofía se acomodaron junto a mí en la barra. Sofía, siempre tan relajada, siempre tan segura de sí misma. Marina, por otro lado, parecía un poco fuera de lugar, como si no entendiera del todo cómo podía disfrutar del ambiente de este sitio, que para mí ya era casi familiar.

—¿Y cómo conocisteis vosotras este sitio? —preguntó Marina, dando un sorbo a su copa.

—La primera en conocerlo fue ella —contestó Sofía, señalándome—. A mí me trajo una vez y ahora venimos de vez en cuando juntas. Aquí es fácil disfrutar de un buen ambiente y gente interesante sin compromisos. No tienes que hacer nada que no quieras —respondió Sofía, con una sonrisa tranquila.

Marina miró a Sofía y después a mí con los ojos muy abiertos, claramente sorprendida. A mí también me sorprendió un poco, la verdad. Pero Sofía y yo teníamos esa manera de ver las cosas que no era tan común, la de vivir el momento sin ataduras. Un concepto que, si bien nunca había sido tan claro para mí, poco a poco empecé a abrazar. Al fin y al cabo, ¿por

qué complicarse con promesas, con expectativas, con alguien que te quería "poner en su vida"?

Miré a Marina y no pude evitar soltar una risa baja. Ella, tan perfecta en su mundo organizado y ordenado, tan alejada de lo que este lugar representaba, parecía estar asimilando la idea de una forma más lenta.

—Este sitio lo conozco desde hace unos tres años —le dije, mirando alrededor—. Cuando Saúl, tu hermano, me invitó a venir aquí por primera vez, me pareció una locura. Yo nunca había estado en un lugar así, pero al final… fue como una revelación —suspiré. No es que me avergonzara de venir aquí, pero a veces me parecía raro pensar que alguien ajeno al ambiente pudiera entenderlo. Al menos, no sin vivirlo.

Marina me miró, sorprendida.

—¿Saúl? ¿Mi hermano? —preguntó, sin mucha convicción.

—Sí, tu hermano. Uno de esos fines de semana que vino por aquel entonces, y sabiendo que yo llevaba un tiempo sin pareja, me dijo que no tenía que quedarme en casa haciendo vida de celibato. Me trajo con él, me dijo lo que se podía hacer, vivir y experimentar en ese sitio, y a partir de ahí, cuando me apetecía, venía sola. Es el tipo de lugar donde no tienes que dar explicaciones a nadie. Aquí, la gente no espera que te quedes para siempre o que vayas a enamorarte. Si lo que buscas es sexo sin complicaciones, lo encuentras fácilmente. Si no es eso, simplemente te tomas una copa y disfrutas del ambiente —respondí, como si fuera una simple regla que había aceptado.

Sofía levantó una ceja.

—Interesante. Yo, la verdad, lo único que busco aquí es buena compañía y una copa que me haga olvidar todo por un rato —dijo mi mejor amiga, y sonreí.

Marina, todavía un poco desconcertada, bajó la mirada hacia su copa.

—Eso de tener sexo sin compromisos… nunca lo entendí del todo —murmuró, y reí suavemente.

—A veces, Marina, no necesitas entenderlo. Solo sentirlo. O simplemente dejarlo ser.

Antes de que pudiera decir más, sentí que una presencia se acercaba por detrás, con la familiaridad de alguien que ya sabía cómo moverse en el lugar. Me giré ligeramente, y ahí estaba: Nando.

Me rodeó por la cintura, como si no hubiera pasado ni un día desde la última vez que nos vimos. Su contacto, tan firme, tan seguro, me hizo sonreír sin poder evitarlo. No le dije nada, solo me dejé caer en la comodidad de su proximidad. Su aliento cálido rozó mi hombro, y me besó ahí, cerca de mi cuello. La sensación de su boca me electrizó, y en ese instante supe que algo dentro de mí se encendía.

Me giré un poco para mirarlo, y al hacerlo vi en sus ojos lo que siempre había sabido que estaba allí: deseo, deseo sin filtros ni reservas.

—¿Vamos a alguna de las habitaciones? —me preguntó, su voz grave y baja, llenando el espacio entre nosotros.

Sonreí, y antes de que pudiera responder, sentí una presencia que me heló la sangre un poco. Una mirada que no podía confundir. Era Alejandro. Me quedé inmóvil por un momento, mirándolo mientras se acercaba. Sus ojos, tan intensos, tan perturbadores, clavándose en los míos.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me dijo, sin ningún preámbulo. Su tono era directo, casi urgente.

Nando, al notar mi distracción, levantó una ceja, pero no dijo nada. Solo me miró con una sonrisa ligera, como si supiera lo que pasaba. Como si no le importara.

Me separé de Nando con una leve sonrisa y me volví hacia Alejandro. No entendía qué quería, pero algo en mi interior me decía que debía prestarle atención. Caminamos juntos hacia una de las mesas vacías y apartadas, lejos de la multitud.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Alejandro, una pregunta simple, pero cargada de significado, y lo miré fijamente, tomándome un momento para pensar antes de responder.

—Parece que lo mismo que tú —dije, con la ironía flotando en mis palabras.

Alejandro frunció el ceño, pero no dijo nada. Miró a su alrededor y luego, sin perder detalle, miró hacia la barra, donde Nando seguía observándonos con una ligera sonrisa. Algo pasó en sus ojos, una chispa de curiosidad.

—¿Eres asidua a este lugar? —preguntó, como si intentara saber más de mí de una manera que no era directa, pero sí inquisitiva. Yo asentí, sin pensarlo demasiado.

—Sí —respondí—. Vengo de vez en cuando. Aquí no tienes que dar explicaciones. No tienes que ser nada para nadie.

Su mirada se suavizó un poco, pero no pude leer bien lo que pensaba. Entonces miré hacia la barra y vi a Nando, que no dejaba de mirarnos. Un nudo se formó en mi estómago, pero no pude evitar sentirme provocada por su mirada. Era como si me retara, como si esperara que tomara una decisión.

—¿Tienes algo serio con él? —preguntó Alejandro, de nuevo, rompiendo el silencio.

Me quedé callada durante un segundo, observando a Nando, antes de girarme para mirar a Alejandro.

—No. No tengo nada serio con él. Igual que no lo tengo con nadie —contesté, y antes de que pudiera añadir algo más, me levanté de la silla, dispuesta a irme.

Pero en ese momento, Alejandro me detuvo cogiéndome de la mano con firmeza. Me sorprendió, y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Antes de que pudiera reaccionar, sentí que caía sentada sobre sus piernas, su cuerpo pegado al mío. Su cercanía me descolocó, y mi respiración se aceleró al instante.

Alejandro me miró fijamente, como si quisiera leer cada rincón de mi alma, y entonces me acarició suavemente la pierna. Me estremecí, sin poder evitarlo, y me mordí el labio. Mis pensamientos se desvanecieron por completo.

No dije nada. Solo me dejé llevar, sintiendo cómo su mirada me deseaba tanto como yo a él. No había necesidad de palabras. Solo había un deseo mutuo, crudo y directo.

—¿Vienes conmigo a una de las habitaciones? —me susurró al oído, con esa voz baja y llena de promesas.

Asentí, sin pensarlo. No había ninguna razón para decir que no. Ya había tomado mi decisión.

Alejandro me levantó con suavidad y entrelazó su mano con la mía. Me sentí arrastrada por esa atracción irresistible, mientras caminábamos hacia las habitaciones del fondo.

Al pasar junto a la barra, vi a Nando. Su sonrisa era la misma, confiada, divertida. Me guiñó un ojo, y en ese instante, un ligero sonrojo se apoderó de mis mejillas. Sabía lo que él pensaba. Sabía lo que él esperaba. Y yo…

yo pensaba exactamente lo mismo. Esa noche, solo importaba disfrutar. Y eso era lo que pensaba hacer.

El pasillo hacia las habitaciones estaba casi en penumbra, con luces cálidas que apenas rozaban las paredes. El sonido del club quedaba atrás, amortiguado, como si el mundo real comenzara a desvanecerse a cada paso. Alejandro caminaba delante de mí, con paso decidido, sin mirar atrás, pero sin soltar mi mano. Sus dedos entrelazados con los míos eran firmes, pero no forzaban; me guiaban, sí, pero no imponían. Y eso, por alguna razón, me estremecía más que cualquier roce físico.

Entramos en una habitación al fondo del pasillo. La luz era tenue, la música casi inexistente, y el olor a incienso y madera envejecida lo envolvía todo.

Capítulo 25



Valeria

La puerta se cerró tras nosotros con un suave golpe, dejando atrás la música del club, la gente, el ruido que había llenado el aire hasta ese momento. En ese espacio reducido, el aire se sentía denso, como si toda la tensión que había acumulado durante la noche finalmente se concentrara entre las paredes de esa habitación. Era como si el tiempo, por un instante, se hubiera detenido.

Me quedé un momento quieta, observando a mi alrededor. La habitación no tenía mucha decoración, solo un par de muebles simples y una cama amplia, de sábanas blancas que parecían llamarme a descansar, a relajarme, a dejarme llevar, como siempre. Pero mi mente seguía agitada, dándome vueltas las mismas preguntas. Y mis pensamientos seguían regresando a las mismas conclusiones.

¿Por qué estaba aquí? ¿Por qué seguía viniendo a este tipo de lugar?

La respuesta era tan simple como incómoda. No buscaba encontrar a alguien, no buscaba amor, ni siquiera complicarme la vida. Sólo quería sentirme libre. Sentir que controlaba algo, que podía dejar de pensar en el peso del pasado y las expectativas de los demás. Y esta habitación era lo único que me ofrecía eso.

—No me imaginaba encontrarte aquí —dijo por fin, Alejandro, apoyándose contra la puerta cerrada, con los brazos cruzados. Su voz tenía ese tono de incredulidad. O tal vez eran celos. O tristeza. No sabía, y tampoco estaba segura de querer saber.

—¿Y tú qué hacías en este sitio? —pregunté, desafiándolo con la mirada.

—Buscando algo que no sabía que estaba buscando… hasta que te vi.

Nos miramos durante unos segundos que parecieron más largos de lo que deberían. Luego me senté en el borde de la cama, sin dejar de observarlo.

—¿Por qué estás aquí, Valeria? —me preguntó con voz suave, pero firme. No era una pregunta cualquiera. Sabía que quería saber la verdad.

Tomé aire y lo miré por un momento. Sabía que no podía mentirle. Sabía que, de alguna forma, en este pequeño espacio, en la intimidad de esta habitación, las palabras que dijera serían más reales que nunca.

—¿Por qué no? —respondí, con un tono que intentaba ser casual, pero que no lograba ocultar la carga emocional que llevaba dentro— ¿Por qué no venir a este lugar si es lo único que me permite no pensar en lo que pasó antes? Aquí no tengo que dar explicaciones. No tengo que cargar con historias que no quiero contar. Es solo sexo, es solo… disfrutar sin compromiso.

Me quedé un momento en silencio, esperando su reacción. Pero él no parecía juzgarme. En su lugar, se acercó un paso más. Sus ojos no se apartaban de mí, como si estuviera esperando algo más.

—¿Y no tienes miedo de que, después de todo, te quedes vacía? —preguntó él, con una suavidad que me desconcertó, y una ligera risa escapó de mis labios, algo amarga.

—Hace mucho tiempo que dejé de preocuparme por eso. No sé si es miedo, o si simplemente es más fácil no permitir que nadie se acerque lo suficiente. A veces pienso que, si no dejo que nadie entre, no tengo que preocuparme de que me hieran, de que me decepcionen. ¿Este es tu ambiente, también? —pregunté— Porque no pensé que fueras del tipo de hombre al que le gustaría frecuentar estos sitios.

—Es mi ambiente, sí. Y lo que no me ha gustado ha sido verte con ese tipo —replicó, sin rodeos, y yo sonreí, sin alegría.

—No tienes derecho a decir eso.

—Lo sé, pero aun así lo siento.

—¿Y qué sientes exactamente, Alejandro? ¿Celos? ¿Rabia? ¿O simplemente miedo de que pudiera ir a la cama con él, habiendo estado contigo?

—Siento mil cosas, Valeria, y te juro que yo sí que nunca pensé que tú vieras el sexo como lo veo yo. No pensé que tuvieras esta versión, pero me

gusta.

—Pues esta versión también soy yo —dije, poniéndome de pie lentamente—. Una parte que pocos conocen, y que no creí que tú fueras a conocer.

Nos quedamos frente a frente. Ya no había ira en nuestras palabras. Solo verdad. Cruda. Dolorosa. Ineludible.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, dando un paso más cerca— ¿Qué buscabas esta noche?

—Lo mismo que tú —contestó—. Escapar. Olvidar.

—Olvidarme a mí, supongo —arqué la ceja.

—¿No es lo que tú ibas a hacer con él?

—A él lo conozco desde hace años; siempre que vengo, estoy con él.

—Entonces tenéis algo serio, no lo niegues.

—Sexo, Alejandro, es lo único que tenemos. Además de una amistad, pero nada más allá de eso.

Nos miramos, y algo en su expresión se quebró. Una grieta se abrió en su habitual contención. Me rodeó por la cintura, esta vez con lentitud, con respeto, como si tuviera miedo de asustarme. Pero yo no retrocedí, al contrario, me acerqué más. Sentí un pequeño estremecimiento recorrerme. Había algo en él que no podía ignorar, algo que me hacía querer bajar las barreras, pero al mismo tiempo, algo que me aterraba.

—¿Y si te digo que yo tampoco dejo que nadie se acerque? —dijo, con una media sonrisa en sus labios. —Que, en el fondo, hago lo mismo que tú.

Levanté la vista, observando sus ojos con más detenimiento. Por un momento, el aire entre nosotros pareció volverse más denso, más cargado de algo que no podía definir.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, bajando la mirada hacia mis manos, insegura por el cambio en la dinámica entre nosotros.

Durante un par de segundos, no dijo nada. Parecía estar buscando las palabras adecuadas. Finalmente, suspiró y comenzó a hablar con una honestidad cruda que me sorprendió.

—Clara… —dijo, y su voz se tornó más grave, más seria— Fue alguien con quien creí que iba a estar siempre. Nos conocimos hace años, y fue intenso. Fue… todo lo que pensaba que quería. Pero, cuando todo se desmoronó, me dejó tan destrozado, que no pude volver a creer en nada parecido. En nadie.

Lo miré fijamente, notando cómo sus ojos, tan fríos por fuera, se habían suavizado por un momento. Como si la herida de su pasado lo tuviera prisionero.

—¿Qué pasó con Clara? —pregunté, apenas entendiendo lo que había dicho, pero sintiendo que algo dentro de mí me pedía saber más.

Alejandro cerró los ojos brevemente, como si las palabras le costaran. Su respiración se volvió un poco más profunda, y luego continuó.

—Ella me engañó durante meses con otro tipo. Y, cuando lo descubrí… me destrozó. Porque no fue solo una traición. Fue todo lo que pensé que significaba nuestra relación. Todo lo que creí que éramos… se fue a la mierda en un segundo. Y desde entonces, no he podido dejar que nadie se acerque lo suficiente. Ni para algo serio, ni para nada más.

Me quedé sin palabras. Había algo en su confesión que me tocó de una manera que no esperaba. Algo que hizo que todo lo que había pensado sobre él, sobre su indiferencia y su deseo de no comprometerse, se desmoronara un poco. Alejandro, en su aparente frialdad, también había sido herido.

—Es… jodido —dije en un susurro, sintiendo que había un lazo que se estaba formando entre nosotros. Algo más allá de lo que ambos veníamos buscando esa noche.

Él me miró, con una mezcla de vulnerabilidad y dolor en los ojos.

—Lo fue —respondió, y me cogió la mano con suavidad, como si temiera que pudiera romperse si apretaba demasiado.

Sin previo aviso, se inclinó hacia mí y me besó. Su beso era suave, pero cargado de una necesidad contenida, como si todo lo que había compartido en esos momentos estuviera fluyendo a través de él, a través de nosotros. Me dejé llevar, cerrando los ojos, sintiendo cómo todo lo demás se desvanecía, cómo el mundo exterior se disolvía en la intensidad de ese momento.

Cuando se separó, sus labios aún se rozaban levemente con los míos, y me miró fijamente.

—Quiero que pases esta noche conmigo. Aquí. Sin preguntas, sin expectativas, solo tú y yo.

Sus palabras no sonaban como una propuesta cualquiera. Sonaban como una invitación a compartir algo más, algo profundo, algo que ninguno de los dos había permitido antes.

—No quiero promesas, Alejandro. No esta noche. No quiero que esto sea un intento de algo. Tuvimos sexo, eso fue todo, vamos a tenerlo, y ya.

—Tampoco busco eso —murmuró—. Solo… quiero sentirte. Una última vez, si tiene que ser así. O la primera vez de muchas otras, si es posible. Porque te deseo, Valeria, porque no he podido olvidarte por más que lo he intentado, y porque, aunque he venido buscando que otra borre tu recuerdo, sabía que no iba a ser posible.

Asentí lentamente, mis pensamientos dispersos, pero mi cuerpo reaccionando a esa necesidad que, en el fondo, ambos compartíamos.

Alejandro sonrió, y me levantó con suavidad, entrelazando su mano con la mía. En ese momento, me di cuenta de que, a veces, las heridas compartidas podían unir a las personas de maneras inesperadas. Y aunque no sabíamos lo que el futuro nos depararía, esa noche, al menos, no habría más preguntas.

No dije nada, y él tampoco. Mis dedos buscaron su cuello, acariciándolo con suavidad, y su aliento se hizo más pesado. Me besó, primero con cautela, luego con una intensidad contenida que me hizo temblar.

Capítulo 26



Alejandro

La habitación estaba tranquila, más silenciosa de lo que había esperado. La música del club se había desvanecido en un murmullo lejano, y el ambiente estaba cargado de una energía sutil, como si el mundo entero hubiera desaparecido fuera de estas paredes. Lo que había comenzado como una noche común, con sus charlas, sus bromas y sus deseos dispersos, ahora se sentía diferente. Como si, por fin, después de tanto tiempo de evitarlo, algo de verdad estuviera pasando entre nosotros. Algo que no podía ignorar.

Valeria estaba frente a mí, con sus ojos brillando bajo la tenue luz de la lámpara, y en ese instante me di cuenta de que no era solo el deseo lo que me había impulsado a acercarme a ella. No era solo el simple deseo de olvidarme de mis problemas por un rato. No, había algo más profundo que se estaba formando entre nosotros. Algo que me desarmaba poco a poco.

No la miraba como a una mujer más, como alguien con quien compartir una noche sin más. La miraba como a alguien que había tocado una parte de mí que ya no creía que existiera. Una parte que, incluso después de Clara, había permanecido dormida, enterrada bajo una capa de indiferencia. Pero Valeria no era Clara. Y aunque en mi mente la voz de la razón me decía que no debía involucrarme, mi cuerpo y mi mente no parecían querer escuchar.

Le había contado parte de mi historia, pero no toda, porque había heridas tan profundas que nos podía hacer otra persona, que no solo eran difíciles de sanar y olvidar, sino que también costaba mucho hablar de ellas.

Le acaricié la mejilla sin apartar la mirada de sus ojos. La fragancia de su perfume envolvía la habitación, y me sentí atraído por la cercanía. Valeria estaba allí, al alcance de mi mano, pero algo en su mirada me decía que, aunque el deseo estaba presente, había algo más que no podía pasar por alto. Una herida compartida, una historia no contada, una fragilidad escondida detrás de la fachada de seguridad que tanto mostraba.

Ella tenía heridas también; podía verlo en sus ojos, podía sentirlo en el modo en el que su rostro había cambiado, pero no quería hablar de ello, y estaba bien, lo respetaba, así que simplemente quise que ella lo supiera.

—No tienes que decirme nada, Valeria. No tienes que contarme nada —le dije, con voz suave, pero cargada de intención—. Entiendo lo que sientes. Yo también llevo tiempo sin permitir que nadie entre. Sin darme a nadie completamente. Es más fácil mantener las cosas superficiales, ¿no? Sin expectativas, sin ataduras, solo lo que queremos en el momento.

Ella me miró con sus bonitos ojos fijos en los míos, pero había algo en su expresión que no lograba descifrar. Era como si sus pensamientos estuvieran a medio camino entre lo que sentía y lo que no quería sentir.

—Es más fácil, sí —respondió, con una sonrisa triste que me rompió un poco por dentro—. Es lo único que sé hacer. Es lo único que me ha servido para no caer de nuevo, para no volver a sentirme vulnerable. Después de lo que pasó… no quiero que nadie más entre.

Un dolor profundo se instaló en mi pecho. Lo entendía perfectamente. No podía evitar recordar lo que había pasado con Clara. Cómo había sido tan fácil dejarme envolver por lo que ella me ofrecía, por la idea de un amor perfecto, y cómo todo se desmoronó cuando menos lo esperaba. Después de eso, todo lo que quería era huir. Huir del amor, huir del compromiso, huir de cualquier cosa que me hiciera volver a sentir lo mismo.

—Lo sé —dije, y la observé con una intensidad que no había mostrado en años—. Yo también lo sé.

La luz tenue de la habitación parecía envolvernos en un abrazo cálido, mientras la tensión entre nosotros se convertía en algo palpable, algo real. Cada respiración, cada pequeño movimiento, parecía aumentar la intensidad de lo que ya no podíamos ignorar. Los ojos de Valeria brillaban con un destello de desafío y deseo, y no pude evitar mirarla, embriagado por la suavidad de su piel, por la forma en que se movía, por la promesa de lo que estaba a punto de suceder.

Sin pensarlo, Valeria levantó una mano y la apoyó en mi pecho, los dedos rozando mi cuerpo por encima de la tela de la camisa con suavidad, como si se estuviera tomándose su tiempo para estudiar cada detalle. Y por un instante, cerré los ojos disfrutando del toque ligero, pero sabiendo que no tardaría en perder el control. Mi cuerpo reaccionaba a cada contacto suyo, y el deseo que había estado acumulando estos días, ya no podía contenerlo.

Con un gesto lento, pero firme, sostuve su rostro entre mis manos sin dejar de mirarla, acercándola a mí hasta que nuestros labios se encontraron en un beso suave al principio, pero cargado de una necesidad que crecía a cada segundo. Era un beso que no solo hablaba de atracción física, sino de una conexión que ninguno de los dos quería dejar ir.

Sus labios, sus besos, eran esa adicción que me llamaba desde que la vi por primera vez. Valeria llevó sus dedos a mi cabello, jugando con ellos entre las hebras de un modo tan suave y sensual que hizo que me estremeciera como ninguna mujer antes lo había conseguido.

Me atrajo hacia ella y profundicé aún más el beso; la escuché gemir en mi boca y eso me hizo pegarla más a mí. En un movimiento decidido y que me pilló por sorpresa, Valeria desabrochó el botón de mi pantalón, deslizando la cremallera con un toque delicado, pero firme, como si fuera a quitarme no solo la ropa, sino también las barreras que quedaban entre nosotros. Se apartó para mirarme, la vi morderse ligeramente el labio de ese modo tan jodidamente sensual, y el deseo en sus ojos me hizo respirar con dificultad por primera vez en toda mi vida. Cada roce de sus manos sobre mí, cada pequeño movimiento, me acercaba más al límite de lo inevitable.

La observé con intensidad, con la mirada fija en la suya como si estuviera buscando una confirmación, pero ella me ofreció solo una sonrisa cómplice, una que me decía todo lo que necesitaba saber. Sin decir una sola palabra, Valeria se acercó de nuevo hacia mí de modo que el roce de su cuerpo enviaba oleadas de calor a través de su piel, y me besó de nuevo, esta vez con una pasión feroz.

Mis manos recorrieron su espalda, trazando caminos ansiosos, con la urgencia de alguien que sabía que no había vuelta atrás. Ella se dejó llevar por la sensación, por la forma en que cada toque encendía algo en su interior, como si las caricias fueran una cadena invisible que nos unía aún más. En cada beso, en cada roce, nos sentíamos más unidos, más perdidos en el deseo que nos consumía.

Jadeé al notar la mano de Valeria envolviendo mi miembro, y cuando comenzó a moverla despacio, masturbándome, supe que estaba perdido y que esa noche los dos perderíamos el control.

No estábamos en su casa, esto no era su habitación y tampoco su cocina. Aquí no me contendría de todo lo que quería hacer con ella. Y aunque cuando estuvimos juntos esa vez ella se dejó llevar sin miedos, y ahora entendía por qué, necesitaba aclarar lo que iba a pasar en este lugar, hasta dónde estaba ella dispuesta a llegar conmigo.

Pero estaba tan metido en su beso, y en el modo en el que su mano se movía sobre mi miembro duro y excitado, que dejé las preguntas para después.

Llevé mi mano bajo su falda, ordenándole sin palabras, tan solo con un gesto entre sus piernas, que las separara, y ella lo hizo. Se abrió un poco más para mí, para darme espacio y libertad de movimientos. Aparté a un lado el encaje de su tanga y deslicé los dedos entre sus pliegues, encontrando la humedad que ya cubría su clítoris.

Volvió a gemir ante el contacto, y quise escuchar ese sonido muchas veces más, por lo que comencé a tocarla despacio, deslizando el dedo lentamente con roces sutiles de mis dedos por todo su sexo, ese que podía sentir palpitando bajo las yemas de mis dedos.

Mientras ella seguía masturbándome, yo la penetré con dos dedos, dejando mi pulgar al cargo de darle placer con movimientos circulares y muy rápidos en su clítoris. Ella gimió de nuevo, y comenzó a mover las caderas al compás de mi mano, sin dejar de mover la suya para hacerme excitar aún más.

Seguíamos allí de pie, en medio de la habitación, con nuestras respiraciones entrecortadas y el sonido de nuestros besos como música de fondo. Con el fuerte latido de nuestros corazones por lo que este momento nos estaba haciendo sentir, y noté cómo mi preciosa Valeria se estremecía y se deshacía entre mis manos mientras le llegaba el orgasmo.

No me detuve, quería que se corriera y que gritara, quería ver el placer en sus ojos y en su rostro, y rompí el beso para dar una orden muy clara.

—Mírame, Valeria —dije con la voz ronca por el deseo y el placer que me invadían—. Mírame mientras te corres.

Ella lo hizo. Clavó sus ojos en los míos y se mordió el labio mientras me miraba, mientras la mano que tenía libre se agarraba con fuerza al cuello de

mi chaqueta. Mientras se movía dejando que mis dedos se adentraran en ella una y otra vez, rápido y fuerte, haciendo que todo su cuerpo temblara de anticipación.

Gimió, siguió masturbándome un poco más rápido y, cuando yo aumenté el ritmo de mis dedos dentro de su vagina, gritó mientras se corría llenando mi mano con sus fluidos.

Solo cuando estaba a punto de acabar le permití que apoyara la frente en mi pecho y siguiera disfrutando de esa oleada de placer que la recorría mientras ella seguía moviendo su mano sobre mi miembro.

Retiré la mano de su sexo húmedo y caliente; ella se apartó para mirarme y llevé mis dedos a sus labios, deslizándolos despacio por ellos en una lenta caricia, y me sorprendió separándolos para llevárselos a la boca y lamerlos sin dejar de mirarme. Tragué saliva porque ver ese gesto tan sensual, me llevó a la otra vez, cuando esos labios envolvieron mi miembro.

Aparté su mano de mi entrepierna porque no quería acabar, no quería que esta noche acabara antes de tiempo.

Volví a besarla mientras desabrochaba la cremallera de su falda y la dejaba caer al suelo; después le quité el top, comprobando que debajo no llevaba sujetador, y me incliné para lamer y morder sus pechos y pezones, esos que me recibieron erectos y duros. Valeria gimió y llevó sus manos a mi cabello, acercándome más a ella para que me deleitara con el placer de saborear sus exquisitos pechos.

Bajé con mis labios por su cuerpo, le quité el tanga y comencé a lamer su sexo, saboreando la humedad que yo había provocado. Valeria se dejó hacer, moviendo las caderas mientras yo lamía su clítoris y la penetraba con la lengua, moviéndome cada vez más rápido hasta llevarla a un segundo orgasmo.

Gritó mientras me regalaba ese segundo orgasmo. Mientras me permitía el inmenso placer de verla disfrutar, y cuando acabó, hizo que me incorporara para desnudarme ella a mí.

Mientras me desabrochaba los botones de la camisa, vi que era mi oportunidad de preguntar.

—¿Hasta dónde quieres que lleguemos esta noche, pequeña?

—Cuando vengo aquí, estoy solo con un hombre la mayoría de las veces. Otras, hay alguno que se une solo para mirar —contestó sin mirarme, siguiendo con su tarea de desabrocharme los botones—. En ocasiones dejo

que se una, que me toque, que juegue con nosotros. Y otras… somos tres los que jugamos —me miró con un brillo en los ojos que hizo que mi miembro diera un brinco en mis pantalones.

Valeria era perfecta para mí, perfecta para esos juegos que yo también compartía con otras personas. Pero durante un segundo me pregunté si sería capaz de compartirla a ella, de ver a otro tocándola, haciéndola gemir, correrse.

—¿Hasta dónde quieres que lleguemos, Alejandro? —preguntó con sensualidad.

—Esta noche, solos tú y yo —dije con seguridad.

—Vale —sonrió, se puso de puntillas y me besó en los labios mientras me quitaba la camisa, dejándola caer al suelo—. ¿Otra noche querrás que haya alguien más? —curioseó, y dudé, pero ella pertenecía a esta parte de mi mundo también; le gustaba disfrutar del sexo sin pudor ni vergüenza.

—Sí, pero con alguien de mi confianza.

—¿Con Carlos? —interrogó, y asentí— Me parece bien, tiene su punto —hizo un guiño y tragué saliva, celoso de mi mejor amigo por un breve instante.

Hasta que Valeria se arrodilló mientras me bajaba los pantalones y el bóxer, y deslizó la lengua para lamer mi miembro.

Tras varias lamidas suaves más, separó los labios y lo acogió en su boca, haciendo que un gemido casi gutural saliera de mi garganta, que cerrara los ojos y me dejara hacer.

Ella me engullía con avidez, sentía el golpe de mi glande en su garganta y no se quejaba. La miré y vi sus ojos brillantes, cubiertos por el deseo y la lujuria.

Le agarré el cabello con una mano y comencé a guiarla; ella se dejó y siguió moviéndose y devorándome centímetro a centímetro mientras sus manos se anclaban en mis caderas con fuerza.

Me excitaba a mí y se excitaba a sí misma por lo que me hacía, por cómo me veía, jadeando y con la respiración entrecortada, controlándome todo lo que podía para no acabar.

Hasta que supe que no podía más y ella, en vez de permitir que me retirara, negó agarrándome aún más por las caderas en una clara invitación a terminar así mismo.

Y lo hice, me dejé ir por completo y liberé el clímax dejando caer la cabeza ligeramente hacia atrás, con los ojos cerrados, gimiendo ante tanto placer.

Cuando acabé y volví a mirarla, ella retiró sus labios de mi miembro con una lentitud casi tortuosa, saboreando cada gota, y se lamió los labios al retirarse por completo.

Había estado con muchas mujeres a lo largo de estos últimos años, y muy pocas, esas que contaba con los dedos de una mano, habían permitido o pedido algo así.

Capítulo 27



Alejandro

Después de ese momento la vi caminar hacia el mueble que había junto a la cama. Sabía lo que había allí, y no tardé en ver lo que había cogido.

Cuando me miró, arqueé la ceja y ella sonrió.

Normalmente era yo quien escogía lo que quería usar en estos juegos, pero estaba claro que esta mujer se había propuesto sorprenderme.

—¿Por qué me miras así? —preguntó mientras lo dejaba todo en la cama.

—¿De verdad quieres que usemos todo eso?

—¿Hay algo de lo que ves que no te guste?

—No, pequeña —reí mientras me acercaba a ella—. Me gusta todo, y lo voy a usar todo contigo —susurré mientras me inclinaba y besaba su cuello.

—Pues empieza por vendarme los ojos —dijo mientras me entregaba aquella cinta de raso rojo que tenía en la mano.

—Suelo ser yo quien da las órdenes, pequeña.

—Tranquilo, que no voy a quitarte ese poder —sonrió con lujuria.

Cogí la cinta, cubrí sus ojos y, tras asegurarme de que no veía absolutamente nada, la besé mientras ella me rodeaba con ambos brazos por los hombros.

Tras el beso, y con una mezcla de desesperación y ansia, la cogí en brazos para recostarla en la cama con una rapidez que solo el deseo podía explicar. Nuestros cuerpos se encontraron de nuevo, esta vez sin barreras, sin freno. Solo la pasión desbordada, la entrega total de dos personas que

sabían que, en ese momento, no había nada más que los uniera más que lo que estaban compartiendo.

Volví a besarla y me deleité con su cuerpo, acariciando cada centímetro de esa suave y sedosa piel que se estremecía ante mi contacto. Dejé suaves besos en cada rincón de su cuerpo y separé sus piernas para lamer esa zona que me recibió húmeda y caliente.

Valeria jadeó, vi cómo arqueaba la espalda ante el placer que sentía, y seguí lamiendo, mordisqueando y succionando su clítoris hasta que comencé a penetrarla con la lengua, haciendo que se dejara llevar y gimiera aún más.

Antes de que se corriera, cogí la pluma que ella había dejado sobre la cama y se la pasé por el cuerpo. La vi retorcerse de placer al sentir el roce suave por cada zona por la que se la pasaba, y cuando la deslicé muy despacio sobre su clítoris, se agarró con fuerza a las sábanas. Esa parte de su anatomía estaba muy sensible, y sonreí al saber que así era.

Solo que aún no habíamos hecho más que empezar, pues esa zona iba a quedar completamente sensible y saciada.

Deslicé la punta de mi lengua por su vientre, lamiendo despacio mientras subía con esa suave la mida por su cuerpo al mismo tiempo que lo hacía con la pluma.

Me detuve a jugar en sus pezones, en uno rozándolo con la pluma y el otro lamiéndolo, mordisqueándolo y tirando de él hasta hacerla gritar de placer.

La besé de nuevo y cogí el vibrador que tenía a su lado. Lo puse en funcionamiento y bajé con él por su cuerpo, despacio, mientras ella gemía y se mordía el labio ante la sensación que ese juguete le daba.

Me detuve pasándolo de arriba abajo por todo su sexo, muy despacio, vibrando y haciéndola gemir y retorcerse, hasta que comencé a penetrarla con él.

Valeria gritó arqueando la espalda y comenzó a mover las caderas rítmicamente, de arriba abajo, como si me tuviera a mí dentro de ella, como si fuera yo quien la follaba en ese momento.

Y la llevé de nuevo al orgasmo y gritó con todas sus fuerzas, haciendo que una sacudida de placer me golpeara de lleno y mi miembro diera un brinco, deseoso de estar dentro de ella, de sentirla una vez más.

Pero me contuve, porque también era placer ver a la mujer que tenía entre mis brazos entregada por completo, dejándose hacer y disfrutando de su propio placer.

Dejé el vibrador y cogí el dilatador anal y el gel lubricante, puse un poco en mis manos y comencé a masajear su sexo, acariciándolo y estimulándola un poco más.

Pasé los pulgares por su ano y ella se mordió el labio inferior. Cogí el dilatador y lo fui introduciendo poco a poco, disfrutando del modo en el que ella gemía al sentir cómo la penetraba con él, disfrutando al verla estremecerse y sintiéndome el hombre más afortunado de la noche por lo que esa mujer era, por cómo vivía el sexo sin reservas ni prejuicios, sin miedos, sin pudor.

Gimió cuando lo tuvo completamente dentro y me incliné para volver a lamer su sexo mientras la penetraba con el vibrador de nuevo. Eso la hizo enloquecer de tal manera, que comenzó a moverse y gritar pidiéndome más, pidiéndome que no parara, y yo obedecí.

En cuanto se corrió con una intensidad que me sorprendió, la besé con urgencia, necesitando sentir el contacto de sus labios, porque esos labios eran pura adicción para mí.

Me situé a su lado y le acaricié los labios; ella lamió mis dedos, los mordisqueó y le separé los labios mientras me deleitaba observándola, viendo cómo seguía moviéndose, queriendo más.

Valeria había resultado ser una mujer sensual, caliente y apetitosa, una mujer a la que le gustaba el morbo y no le daba pudor ni miedo demostrarlo. Yo, excitado como estaba, miré esos labios y no pude evitar acercar mi miembro a ellos, despacio, pero con una clara orden de lo que quería que ella hiciera.

—Dime que lo quieres, pequeña —dije, y ella asintió—. Dímelo.

—Lo quiero, Alejandro, lo quiero ahora —susurró, y por un momento tuve una breve sensación de *dejá vù*.

Pero claro, había vivido algo así con tantas mujeres en los últimos años, que no era raro tener esa sensación.

Cuando Valeria separó los labios y me ofreció su boca, encantada de hacerlo, llevé mi miembro hacia ella, siendo recibido por esa calidez de antes, y lo disfruté. Cerré los ojos, dejando caer la cabeza hacia atrás, sintiendo un placer inmenso. Qué boca tenía Valeria…

Mientras ella me saboreaba, no pude evitar moverme, y mis movimientos ante ese placer que Valeria me proporcionaba fueron en aumento; se volvieron secos y certeros. Ella seguía, lamía, succionaba y devoraba mi miembro con gusto, gimiendo al saborear esas pequeñas gotas que se escapaban sin que pudiera evitarlo.

No tardé en notar que me iba acercando al clímax otra vez, pero no quería terminar como antes, ahora no. Esta vez quería prolongar mi momento y acabar con ella, tras algunos orgasmos más que estaba más que dispuesto a darle a mi preciosa Valeria.

Me retiré y la besé con urgencia; me rodeó por los hombros con ambos brazos y acabó consiguiendo que me colocara entre sus piernas.

—Alejandro… —murmuró, y sabía lo que me estaba pidiendo sin palabras, pero yo quería oírlo.

—Pídemelo, Valeria —dije en un susurro ronco, besándola, mientras mi miembro se deslizaba despacio, rozando su húmedo, excitado y caliente sexo—. Pídeme lo que quieres en este momento, pequeña.

—Quiero sentirte.

—Pídeme de verdad lo que quieres —insistí en mi orden; ella se mordió el labio, se estremeció bajo mi cuerpo y por fin me lo pidió.

—Fóllame.

Embestí con todas mis fuerzas y la penetré de una sola vez, rápido y hasta lo más hondo de su ser. Valeria gritó al sentirlo y se agarró con fuerza a mis hombros. En ese momento estaba siendo penetrada por las dos zonas, y ese placer era indescriptible; yo mismo podía sentir el dilatador.

Comencé a moverme de manera rápida y frenética, ese ritmo que ella misma me pedía. La besaba, mordía, lamía y ordenaba que se moviera al mismo ritmo que yo, que gimiera, que gritara y dijera mi nombre, porque quería que se olvidara de ese hombre con el que la había visto antes, ese con el que estaba claro que se veía en este lugar cuando venía.

Por un momento me asaltaron los celos, esos que no pensé que tendría nunca, pero imaginarla en brazos de otro me mortificaba, y quería que se olvidara de ese hombre, que me sintiera a mí, que siempre me sintiera a mí.

Aumenté el ritmo, moviéndome más y más rápido, hasta que la hice volver a correrse entre gemidos y gritos de puro placer.

Me retiré, la hice girar y quedarse de rodillas en la cama, y tras retirar el dilatador anal, acerqué mi miembro con un poco de lubricante hacia su

entrada y me fui introduciendo despacio.

Había hecho esto con muchas mujeres, pero con ella… Por algún motivo que desconocía, con ella iba más despacio que de costumbre en este momento.

Cuando ambos sentimos que estábamos unidos por completo, Valeria me cogió la mano y la entrelazó con la suya. Comencé a moverme, a penetrarla por detrás, sintiendo ese estrecho canal que me acogía, ese lugar que ella me había ofrecido esta noche, como si de ese modo me dijera que conmigo estaba dispuesta a llegar a donde yo quisiera llevarla.

No era su primera vez, eso estaba claro; alguien la había penetrado por el ano antes que yo, pero estaba dispuesto a pedirle que no permitiera que nadie más lo hiciera, que me dejara ser el único al que se entregaba por completo.

Escuchaba sus gemidos, sus jadeos, la sentía estremecerse entre mis brazos, el modo en el que se movía al mismo ritmo que yo lo hacía con cada penetración, y llevé mi mano a su sexo para ayudarla a llegar al clímax con mis dedos.

Jugué con su clítoris, lo pellizqué y la penetré por la vagina con dos dedos mientras seguía hundiéndome en ella por detrás, y así, en unos minutos, mi pequeña y preciosa Valeria se corrió con todas sus fuerzas.

Antes de que su clímax se desvaneciera, me retiré y la penetré por la vagina. Gritó al sentirme y comencé a moverme de una manera más fuerte y frenética, hasta que los dos nos dejamos ir.

Ella se volvió a correr con intensidad, y yo liberé mi clímax de un modo que pocas veces había experimentado; solo me pasaba con ella.

Nos dejamos caer jadeantes y exhaustos en la cama, con los cuerpos ardiendo y cubiertos de esas gotas de sudor que resbalaban por cada rincón de nuestra piel.

La abracé y, mientras le quitaba la venda de los ojos, volví a besarla. Cuando nos apartamos, ella me miró con esos ojos brillantes y llenos de deseo, lujuria y satisfacción, y la besé una vez más.

—¿Todo bien? —pregunté acariciándole el cabello.

—Mejor que bien —sonrió—. Y siento como si… Como si esto ya lo hubiera vivido antes —dijo, y no contesté, pero yo tenía esa misma sensación—. Creo que es porque he tenido algunos sueños húmedos contigo.

—¿Has tenido sueños húmedos conmigo? —pregunté, arqueando la ceja.

—Sí, desde antes de la primera noche en mi casa —rio.

—¿Y te has tocado pensando en mí? —curioseé.

—También, antes de esa noche.

—Entonces, lo confieso. Un día me desperté de un sueño bastante real contigo, y me masturbé en la ducha. Pero te aseguro que cada vez que estoy contigo, la realidad es mucho mejor que los sueños.

—Coincido. Y si estás de acuerdo, esto hay que repetirlo, pero no aquí —me dijo, acariciándome la mejilla.

—Estoy deseando repetirlo, pequeña —la besé una última vez y me levanté llevándola conmigo, para entrar en el cuarto de baño y ducharnos.

Lo hicimos entre besos y caricias, entre miradas y sonrisas cómplices, sabiendo que este era el principio de algo más, algo real.

Capítulo 28



Valeria

El sonido bajo de la música retumbaba en mi pecho mientras salía de la habitación, la piel aún marcada por las huellas de lo que acabábamos de vivir. La noche había sido todo lo que había esperado y más, pero al mismo tiempo, algo me decía que aún había mucho más por descubrir, algo que me mantenía alerta, como si el destino, de alguna forma, estuviera trazando caminos en mi vida que yo no podía prever.

Cerré la puerta detrás de mí con suavidad y me dejé llevar por la luz tenue del pasillo mientras Alejandro caminaba a mi lado, con su mano entrelazada a la mía.

El aire fresco de la zona de bar del club me golpeó en la cara, despejándome de cualquier atisbo de cansancio. Necesitaba un respiro, no de lo que había vivido con él, sino del torbellino que se había desatado en mi mente. Alejandro… había sido como un sueño, como esos sueños de los que no podías despertar, que sentías reales, palpables, pero sabías que no lo eran. O tal vez sí lo eran. Quizás era él quien se había grabado en mi piel, igual que yo me había quedado marcada por cada uno de sus gestos, cada una de sus caricias.

Al llegar al bar, vi a Sofía y a Marina charlando animadas. Ambas estaban sentadas en la barra, bebiendo una copa y riendo como si no existiera un mañana. Marina, con su risa contagiosa, y Sofía, siempre con esa chispa traviesa en los ojos que solo las personas que la conocían bien

podían ver. No podía evitar sonreír al verlas, como si sus risas fueran el refugio perfecto para cualquier inquietud que tuviera.

—¡Valeria! —dijo Sofía al verme acercarme. Su rostro se iluminó y levantó la mano en señal de saludo.

Marina me miró y asintió, con una sonrisa cómplice. Yo me aproximé con pasos ligeros, notando cómo el ambiente del club me envolvía de nuevo, la energía vibrante y caótica de la noche. Me acerqué a ellas con Alejandro a mi lado, y ambas se fijaron en nuestras manos entrelazadas.

—Te presento a mi prima Marina —le dije, señalando a la mujer a mi izquierda—. Marina, él es Alejandro.

Marina sonrió de forma cálida, extendiendo la mano hacia él. Él la aceptó con una sonrisa elegante, ese tipo de sonrisa que dejaba entrever que era un hombre acostumbrado a los espacios sociales. Mi prima, que a veces era más directa de lo que me gustaría, no tardó en lanzar un comentario que me hizo sonrojar.

—Mucho gusto, Alejandro —dijo, guiñando el ojo con descaro—. Espero que estés tratando bien a nuestra Valeria, que no todo el mundo puede seguirle el ritmo.

Sofía se rio suavemente, pero su mirada era tan observadora como siempre, atenta a cada pequeño detalle. Yo solo sonreí, un poco incómoda, pero al mismo tiempo contenta de verlas a ellas tan despreocupadas.

Alejandro, como siempre tan seguro de sí mismo, sonrió ante el comentario de Marina y, con una actitud relajada, asintió.

—No te preocupes, Marina. La he tratado muy bien —dijo, con una mirada que se cruzó con la mía y que hizo que mi corazón diera un vuelco. Como si, de alguna manera, nos estuviéramos entendiendo sin necesidad de palabras.

Sin embargo, en ese momento, la conversación dio un giro hacia lo práctico.

—¿Te llevo a casa? —me preguntó Alejandro con una sonrisa, como si fuera la pregunta más natural del mundo.

No pude evitar sentir un ligero malestar en mi interior. No quería que la noche terminara de esa manera. No quería que se desvaneciera como un sueño que se olvidaba al despertar. Algo en mí no quería que se acabara, pero no era con él con quien había venido, y debía irme con mi prima a casa.

—No, gracias —dije, sacudiendo la cabeza mientras me giraba hacia Sofía y Marina—. Me voy con ellas. Además, Marina está alojada en mi casa.

Alejandro pareció entender, asintió con calma y no dijo nada más. Se apartó y pidió un whisky en la barra, un gesto que me hizo sonreír, porque parecía tan simple, pero tan característico de él. Sabía exactamente lo que quería. Se lo bebió de un trago y, sin decir más, se dirigió hacia la mesa donde Carlos se encontraba hablando con un par de hombres más, mientras yo veía cómo se alejaba, con esa seguridad innata que lo envolvía.

Desde la mesa, Carlos me lanzó una sonrisa, un guiño cómplice, y me saludó con la mano. No pude evitar devolverle el gesto, aunque en mi mente aún resonaba todo lo que había vivido con Alejandro. Algo había cambiado. No solo entre nosotros, sino en mí. Y lo vi marcharse, sintiendo un cierto vacío con su ausencia.

En ese instante, Nando se acercó a mí con una sonrisa divertida en el rostro. Sabía que lo haría. Él siempre aparecía en los momentos exactos, como si pudiera leer mi mente.

—¿Qué tal tu noche? —preguntó, sin rodeos.

Yo sonreí, recordando lo que acababa de vivir y la sensación de estar flotando, aún atrapada en una nube de placer y deseo.

—Muy bien —respondí, con una sonrisa ladeada—. Mejor de lo que esperaba.

Nando me observó con atención, como si estuviera analizando cada palabra, cada gesto. Luego, dio un paso más cerca y, en voz baja, volvió a hablar.

—Te he visto con ese hombre, Valeria. No volveré a estar contigo si no lo deseas, pero tengo que decirte algo. He visto su mirada. Y esa mirada… marcaba territorio.

Me reí, algo incrédula, pero al mismo tiempo agradecida de que Nando no estuviera haciéndolo desde un lugar de celos o posesividad, sino de una especie de comprensión. Siempre había sido así, protector, pero sin ser controlador. Una buena persona.

—Te agradezco que te hagas a un lado, Nando —respondí, dándole un abrazo rápido y amistoso. Luego le besé en la mejilla.

—Si te hace daño, me encargaré yo mismo de partirle esa bonita cara que tiene y las dos piernas.

—Lo sé —sonreí—, pero puedes estar tranquilo, no tendrás que llegar a eso.

Cuando se fue, me giré hacia Sofía y Marina, que me miraban expectantes, como si también ellas esperaran saber cómo me había ido la noche.

—¿Vas a contarnos qué tal? —me preguntó Sofía, con una mirada astuta.

—Ha sido como un sueño —respondí, sin pensarlo demasiado—. Un sueño que he tenido muchas veces, algunas veces con él, otras con alguien a quien no podía ver, pero siempre muy real—. Y vosotras qué, ¿algo que contarme?

—Pues mira, aunque me supo mal dejarla sola, me he dado una alegría para el cuerpo, que Marina me ha dicho que no me quedara haciendo de niñera para ella —contestó Sofía, y me reí.

Marina, que había estado escuchando en silencio, decidió intervenir.

—Yo también he tenido una experiencia… increíble —dijo, con los ojos brillando de emoción—. Me fui con un hombre que parecía atractivo, educado, simpático. Y no sé, creo que ha sido el mejor sexo de mi vida.

Las tres nos echamos a reír, y Sofía le dio un codazo juguetón a Marina.

—Entonces, mi pequeña discípula, ya sabes lo que tienes que hacer a partir de ahora —dijo Sofía, guiñándole el ojo—. Disfrutar más de la vida de soltera y del sexo sin compromisos.

Marina asintió con una sonrisa traviesa, como si acabara de descubrir un secreto que cambiaría su vida para siempre.

Salimos del club con el aire nocturno golpeándonos la cara como una ola de frescura. La ciudad vibraba, las luces brillaban y las calles parecían contar historias de lo que había sucedido dentro. Yo caminaba cerca de Sofía y Marina, escuchando sus risas y las historias que compartían entre ellas. Sin embargo, mi mente no dejaba de regresar a la misma imagen: Alejandro, sus ojos, su sonrisa, la manera en que su cuerpo había respondido al mío con una precisión casi perfecta. Era como si hubiéramos sido uno solo, fusionados en algo más allá de las palabras.

Mientras caminábamos, sentí cómo el peso de la noche se desvanecía poco a poco, pero algo dentro de mí no podía olvidar lo que había sucedido, como si me estuviera impregnando de su esencia.

Como le dije a Alejandro, soñé una noche con él, un sueño que había parecido real, como esos recurrentes que tenía desde hacía poco más de dos años. Pero no fueron más que sueños, esta noche quedaba más que comprobado, porque todo aquello que había vivido con él había sido demasiado real. Demasiado perfecto.

De repente, Sofía me miró, dándome una sonrisa llena de complicidad.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó con suavidad, como si ya supiera la respuesta, como si no esperara más que una afirmación de mi parte.

—No lo sé —respondí, sin poder evitar una sonrisa, al mismo tiempo que observaba las luces de la ciudad, como si me ofrecieran una respuesta. Porque ella preguntaba si Alejandro y yo nos íbamos a volver a ver, dado que había estado sin saber nada de él casi una semana.

—Lo mejor que puedes hacer es disfrutarlo, Valeria —dijo mi prima, poniéndose a mi lado y dándome un pequeño empujón juguetón—. Ya sabes, vivir el momento y que pase lo que tenga que pasar.

Suspiré, pensando en sus palabras. Yo siempre había sido alguien que controlaba, que planificaba, pero con Alejandro, había dejado de hacerlo. Por un instante, la idea de seguir el flujo de la noche me resultaba tentadora. Pero algo en mi interior me decía que debía tener cuidado.

Nos dirigimos hacia un taxi, Marina y Sofía todavía hablando animadamente sobre lo que había pasado esa noche. Yo las escuchaba, pero mi mente no podía dejar de centrarse en lo que había vivido con Alejandro. La duda me invadía. ¿Esto sería algo que se desvanecería con el tiempo, como una aventura fugaz, o era el inicio de algo más grande?

Cuando subimos, Sofía le dio su dirección al taxista; después nos llevaría a Marina y a mí.

—¿Te has divertido? —le preguntó Sofía a mi prima con una sonrisilla en los labios.

—Sí —respondió—. Ha sido una buena noche de chicas, una perfecta para olvidarme de mi ex.

Sofía sonrió con suavidad, y yo también; me alegraba que mi prima hubiera podido desconectar por unas horas de todo.

El resto del camino fue tranquilo y en silencio; dejamos a Sofía en su casa y nos despedimos, quedando en hablar al día siguiente para hacer algo juntas. Le di al taxista mi dirección y nos llevó a Marina y a mí.

Una vez allí, entramos en casa y fuimos directas a la cocina a beber agua antes de irnos a la cama. Nos despedimos en el pasillo frente a su habitación, y me fui a la mía.

Mientras me desnudaba y buscaba un pijama que ponerme, mi mente se fue a aquel momento en que me había entregado por completo a Alejandro, ese momento en el que todo había desaparecido y solo existíamos nosotros dos. No era solo el sexo lo que me había dejado tan marcada; era la conexión que había sentido, esa sensación de estar unida a alguien de una manera tan profunda. Todo había sido tan… diferente. Tan único.

Estaba acostumbrada a Nando, pero con Alejandro había sido un momento perfecto. Y sí, tuve la sensación de que ya había vivido eso mismo con él, pero tan solo habían sido sueños.

Tal vez por eso cuando tenía sexo con Alejandro, mi cuerpo reaccionaba de ese modo, como si realmente pudiera reconocerle de lo que sentía en mis sueños.

Me metí en la cama pensando en él, pensando en sí, esta vez, sería diferente. Si esta vez sí me llegara un mensaje suyo cuando menos lo esperara, o tal vez una llamada. O si sería igual, si habría sido solo una noche de sexo y deseo compartidos, a pesar de que los dos nos habíamos abierto un poco más con los motivos que nos habían llevado a no abrir nuestros corazones a nadie, a no dejar entrar en nuestra vida de nuevo el amor, a levantar esas barreras que creíamos infranqueables, hasta que nos encontramos.

Capítulo 29



Alejandro

Entré al comedor del hotel con paso relajado, casi al ritmo de la música suave que resonaba por los altavoces. Era temprano, pero el sol ya comenzaba a calentar la ciudad, filtrándose a través de los ventanales altos y proyectando destellos dorados sobre las mesas. El ambiente olía a café recién hecho, pan tostado y tranquilidad.

Carlos estaba sentado en una mesa cerca de la ventana, con una taza de café en una mano y el móvil en la otra. Vestía una camisa ligera de lino que parecía salida de un catálogo veraniego, con las mangas remangadas hasta los codos. Cuando me vio entrar, levantó la mano a modo de saludo y sonrió de inmediato, con un brillo cómplice en sus ojos.

—Buenos días, alteza. ¿Cómo ha dormido esta noche? —preguntó Carlos, con ese tono bromista que le caracterizaba mientras señalaba con la cabeza la silla vacía frente a él.

Sonreí mientras me sentaba. Sabía por qué lo preguntaba, y es que la noche anterior se quedó con las ganas de preguntar cómo me fue la noche; lo conocía muy bien.

—He dormido bien, gracias por tu interés. Aunque sé que quieres saber si la noche fue intensa —respondí, mientras me acomodaba en la silla y levantaba la mano para llamar al camarero—. Un café, por favor. Solo y sin azúcar —le pedí cuando se acercó.

Carlos soltó una risa suave, algo burlona, mientras me observaba con gesto divertido.

—¿Te refieres a lo que pasó en el club? Pues sí, tengo curiosidad, y mucha, por saber qué hacía tu preciosa y encantadora monitora de zumba en ese lugar.

Suspiré reclinándome hacia atrás y dejé escapar una sonrisa leve mientras me sentaba más cómodamente.

—Te juro que fui el primer sorprendido. Y más cuando me dijo que ella era asidua del club.

—¿Qué dices? ¿Te estás quedando conmigo?

—No, para nada. Ella no esperaba verme allí tampoco. Gracias —dije cuando el camarero dejó el café en la mesa.

—¿Y le preguntaste?

—Sí —contesté tras dar un sorbo al café.

Durante los siguientes minutos le conté lo que hablamos Valeria y yo, que me sinceré con ella por los motivos que me habían llevado a ser de ese modo en cuanto al sexo, y que, aunque ella no me dijo los suyos, sabía que había una historia detrás.

—Pues el tipo con el que estaba en la barra se quedó mirando cómo te la llevabas a la habitación.

—Es con el que se ve allí.

—¿Algo serio? Ya sabes que muchos de los hombres que van allí son territoriales y tienen a sus mujeres habituales.

—Nada serio, por lo que dijo. ¿Y tú qué? ¿Me esperaste allí sentado toda la noche?

—No, yo también me divertí —sonrió de medio lado—. La rubia con la que hablé. Ya sabes, juegos y sexo, placer asegurado.

Me reí, porque Carlos lo tenía incluso más claro que yo en lo que al sexo respectaba.

—Oye, te vi anoche, así que no tienes que mentirme. Valeria se veía cómoda con ese tipo, y eso tuvo que tocarte la fibra —dijo de pronto.

Lo miré de reojo, sintiendo cómo las palabras de Carlos despertaban algo más que una simple incomodidad. Celos, tal vez. Pero no lo admitiría.

—Valeria es... especial —dije unos segundos después, con una sonrisa que estaba seguro que insinuaba más de lo que revelaba. Moví la taza entre mis manos, como si el calor del café me mantuviera anclado al momento.

Carlos me miró intrigado.

—¿Especial? —repitió, alzando una ceja— ¿Qué significa eso exactamente?

Respiré hondo. Las imágenes de Valeria se mezclaban en mi memoria, pequeños flashes de cada momento que había vivido con ella. Una carcajada en la noche de la gala, la forma en que me tocaba el brazo cuando se emocionaba hablando de algo, esa mirada en la que cabían todas las posibilidades.

—A Valeria la veía una mujer discreta. No me la imaginaba en ese tipo de ambientes —dijo Carlos, y era lo que yo pensaba también, hasta que la vi anoche en el club.

—Es una mujer libre —respondí, encogiéndome de hombros—. Y, sinceramente, yo también me sorprendí cuando lo supe, pero no voy a juzgarla por eso. Ella sabe lo que quiere. Y ya sabes cómo son las cosas, cada quien tiene su manera de vivir la vida.

Carlos sonrió, pero no con burla, sino con una pizca de comprensión.

—Parece que no es tan solo tu monitora de zumba y una posible amiga —sonrió—. ¿Me estoy perdiendo algo de lo que hay en esa cabecita tuya, Alejandro?

Lo miré con una media sonrisa, pero no dije nada. Internamente pensé en lo que no iba a decirle a él, pero que sabía a ciencia cierta. Valeria me hacía sentir cosas que no quería dejar de sentir. Y a ella la veía la mujer perfecta, en todos los sentidos.

Había una tensión innegable entre nosotros, una corriente invisible que me mantenía atento a cada gesto de ella. Podríamos decirle al mundo que éramos amigos, sí, pero había momentos en los que todo lo que ocurría entre ella y yo parecía querer ser algo más. ¿Lo sentiría ella también? ¿O era solo algo que yo creía ver en sus ojos?

—¿Y en qué habéis quedado? ¿Vais a volver a veros? —preguntó.

—No quedamos en nada.

—Alejandro, no me jodas. Espero que no estés pensando en hacer como la otra vez, despedirte y no volver a verla.

—No, esta vez sí pensaba llamarla o escribirle.

—¿Por qué no la invitas a comer con nosotros, a pasar el día los tres?

—Podría invitarla, sí —contesté, pensando en que la propia Valeria me había dicho la noche anterior que estaría dispuesta a incluir a una tercera

persona en nuestros juegos—. Aunque la cosa es que Valeria tiene a su prima quedándose en su casa. Tal vez no quiera dejarla sola.

Carlos levantó una ceja con una sonrisa maliciosa.

—Invítalas a las dos, ¿qué problema hay? Y a la otra mujer con la que estaban anoche, llama a Valeria y que vengan las tres. Alquila un barco, vámonos al mar, pasamos el día juntos. Un domingo en alta mar en buena compañía, ¿qué más se puede pedir? —sonrió.

Me quedé en silencio mirando a Carlos. En mi mente acabé viendo a Valeria en un vestido veraniego, con el pelo moviéndose al viento y su risa flotando sobre las olas. Tal vez sería una buena oportunidad para observarla desde otra perspectiva, lejos de las clases de zumba, del club, de las luces artificiales.

—La voy a llamar —dije, sacando el móvil del bolsillo, y Carlos sonrió satisfecho, como si hubiera ganado una pequeña batalla.

Marqué el número de Valeria y esperé mientras el tono sonaba en mi oído con un ritmo que me parecía más lento de lo habitual. Me pregunté si estaría dormida o si ignoraría mi llamada. Finalmente, la voz de Valeria apareció al otro lado de la línea.

—Hola, Alejandro —dijo, con un tono cálido, pero ligeramente distante.

—Hola, Valeria. ¿Cómo estás? —intenté sonar casual.

—Todo bien, ¿y tú?

—Bien. Escucha, Carlos y yo estábamos pensando en pasar el día en el mar. ¿Qué te parece? Pensábamos alquilar un barco. Por supuesto, la invitación es extensible a tu prima y tu amiga.

Hubo un silencio breve al otro lado, y luego una risa suave de lo más familiar para mí.

—Me parece una idea estupenda. Le voy a decir a Sofía que se prepare. ¿Dónde nos encontramos?

—En el puerto, a las doce. ¿Está bien?

—Perfecto. Nos vemos allí. ¡Chao!

Y colgué con una sonrisa que se negó a abandonar mi rostro. Carlos me miró expectante.

—¿Ha dicho que sí?

—Sí. A las doce estarán las tres en el puerto —contesté, y Carlos levantó su taza de café en un brindis simbólico.

—¡Eso es! Este día va a ser épico, amigo.

Sonreí negando mientras me recostaba en la silla. Pero pensaba en lo mucho que me apetecía volver a ver a Valeria, tenerla cerca, poder besarla y tocarla, disfrutar de su sonrisa y de su sola presencia.

Porque en el fondo, yo sabía que Valeria me importaba más de lo que estaba dispuesto a admitir ante nadie.

Capítulo 30



Valeria

El sol brillaba alto en el cielo, reflejando su luz sobre las aguas del mar que se extendían hasta donde la vista podía alcanzar. Conducía hacia el puerto mientras escuchaba el ruido de las olas rompiendo suavemente contra los barcos, añadiendo una capa de tranquilidad al bullicio de la ciudad cercana. A mi lado, Marina y Sofía charlaban animadas sobre cualquier cosa de la que acababan riéndose, mientras yo me mantenía pensativa, observando la carretera y mirando de reojo a mis dos locas favoritas.

—Me encanta este lugar —dijo Marina, mirando por la ventana—. El mar, el sol, todo. Es como estar en otro mundo, ¿no?

Sonreí aliviada por la naturalidad con la que mi prima estaba llevando todo. Yo sabía que Marina se había sentido un poco fuera de lugar la noche anterior, pero se dejó llevar y disfrutó, que era lo importante. Y para mí, su presencia ligera y despreocupada conseguía quitarles peso a las situaciones más tensas.

—Es perfecto para desconectar, ya te lo dije —respondí, mientras giraba hacia el aparcamiento cercano a la entrada—. Y te aseguro que hoy va a ser un día muy divertido. Ya lo verás —le hice un guiño y ella sonrió.

Sofía, que venía en el asiento trasero, asintió enérgicamente.

—Por supuesto que sí, chicas. Yo ya estoy lista para pasarlo bien —dijo con una sonrisa pícara.

Eché un vistazo al reloj y vi que faltaban solo unos minutos para las doce del mediodía, la hora en que había acordado encontrarme con Alejandro y Carlos. El puerto estaba bastante concurrido, con turistas y locales disfrutando del día, y entre todos los rostros, lo vi a él. Alejandro. Estaba de pie junto a Carlos, charlando y mirando el horizonte, mientras esperaban pacientemente.

—Allí están —dije, señalando a Alejandro y Carlos, que ya nos habían visto llegar—. Vamos, chicas, que se nos va a ir el barco.

Marina y Sofía asintieron, alzando las cejas con entusiasmo, y caminando hacia donde estaban los chicos. Los dos hombres parecían más que relajados, disfrutando del aire fresco del mar, pero cuando Alejandro me vio acercarme, una sonrisa genuina se dibujó en su rostro. La química entre nosotros era innegable, como si el universo se hubiera alineado para nosotros en ese preciso instante.

—¡Hola! —saludé mientras me acercaba, sin poder evitar sonrojarme un poco al ver la sonrisa de Alejandro. Carlos, siempre rápido con las bromas, se adelantó y me dio un abrazo.

—Vaya, pero, ¡qué guapísima estás hoy! —comentó con una sonrisa pícara, dejando claro que su amabilidad siempre tenía ese toque bromista.

Alejandro avanzó para saludarme y antes de que pudiera decir algo, me rodeó por la cintura y, sin previo aviso, me besó en los labios. Un beso breve, pero cargado de tensión, un gesto que hizo que todo a mi alrededor pareciera detenerse por un momento. Me había pillado tan de sorpresa que no pude evitar sonreír y responder al beso, disfrutando la calidez de su contacto.

Cuando nos separamos, Alejandro me miró a los ojos, y no dijo nada más, simplemente dejó que nuestras miradas hablaran.

—Carlos, ellas son mi prima Marina y Sofía, mi mejor amiga y compañera de trabajo —dije señalándolas para romper el pequeño silencio que se había formado entre todos.

Carlos sonrió de oreja a oreja.

—Encantado de conocerte, Marina —le estrechó la mano y la atrajo hacia él para darle un beso en la mejilla—. Yo soy Carlos.

Marina estrechó la mano de Carlos con una sonrisa encantadora.

—Un placer conocerte, y que sepas que mi prima ya me ha advertido sobre tus bromas —respondió con una risa.

Sofía, sin perder tiempo, también se presentó con el mismo entusiasmo.

—Y yo soy Sofía. La más loca y atrevida de las tres —dijo, lanzando una mirada a Carlos y luego a Alejandro, dejando claro que su carácter extrovertido siempre estaba a la orden del día.

Carlos soltó una carcajada ante la respuesta de mi alocada amiga.

—Eso me gusta —comentó con una sonrisa. Luego, mirando a Alejandro, bromeó—. Hoy la fiesta no tiene freno, amigo.

Sin duda tenía claro que ellas dos se iban a llevar bien con Carlos, además de que él se lo pondría fácil para que se sintieran cómodas, al igual que Alejandro.

Después de las presentaciones, los chicos nos guiaron hacia el barco, un elegante yate de tamaño medio, que Alejandro había alquilado para pasar el día. El barco estaba perfectamente equipado: una amplia zona para tomar el sol, un pequeño bar y, por supuesto, una gran plataforma para nadar.

—¿Estáis todos listos para zarpar? —preguntó Carlos, mientras subía a bordo y nos ayudaba a las tres a embarcar.

—Cielo, nací lista para lo que la vida me tuviera preparado —contestó Sofía, dedicándole una miradita de lo más pícara, y Carlos arqueó la ceja.

Yo me reí bajito mientras Alejandro a mi lado sonreía. Conociendo a mi amiga, y sabiendo que Carlos también era de los que vivía la vida y el sexo como le daba la gana, tenía la sensación de que entre esos podrían pasar… cositas.

El mar estaba perfectamente calmado, y el sol resplandecía mientras el barco comenzaba a moverse. Yo me acomodé junto a Alejandro en la parte delantera, sintiendo cómo la brisa marina despejaba cualquier tensión que quedaba entre nosotros. Marina y Sofía estaban hablando y riendo al fondo, claramente encantadas con la idea de pasar el día en alta mar.

La tripulación salió con bandejas con zumos fresquitos y fruta troceada, algo dulce para picar que nos sentó a todos genial, mientras Sofía nos hacía fotos a todos y subía algunas a sus redes. Mi prima también aprovechó para que le hiciéramos alguna que otra foto que subió donde ponía que no había nada mejor que el sol y la buena compañía para desconectar y olvidarse del mundo.

Alejandro y yo no dejábamos de lanzarnos miradas cargadas de complicidad, y cada vez que nuestras manos se rozaban, la chispa entre nosotros se hacía más evidente. Marina y Sofía, por otro lado, se dejaron

llevar por las bromas y el ambiente desenfadado de Carlos, quien no paraba de hacerles comentarios y chistes mientras les ofrecía una nueva bebida.

Cuando llegamos a la zona donde pasaríamos el día, Carlos se quitó la camiseta, dejando al descubierto un torso fibroso y trabajado en el gimnasio.

—Ave María Purísima —dijo Sofía al verlo, con los ojos muy abiertos.

—Preciosa, si estás dispuesta a pecar, yo te ayudo. —Carlos le hizo un guiño acompañado de una sonrisilla, y ella lo miró con la ceja arqueada.

—No juegues con fuego si no quieres quemarte, cielo —contestó.

—Se acabarán quemando los dos —murmuró Marina a mi lado, y me eché a reír.

Alejandro también se quitó la camiseta, y Sofía, que no se callaba una, soltó un silbido.

—Por Dios, ¿qué coméis vosotros dos en Madrid? Esos cuerpos no son normales.

—Si me dejas, te como a ti —le dijo Carlos.

—Se deja, se deja —dijimos Marina y yo al unísono, muertas de risa.

Carlos sonrió y se zambulló de un salto, riendo mientras nos pedía que le siguiéramos. Alejandro también se zambulló, al igual que yo. Marina y Sofía, más cautelosas, entraron poco a poco, y acabamos los cinco nadando en las aguas cristalinas.

No pude evitar reírme a carcajadas mientras Alejandro me empujaba de manera juguetona hacia el agua. El ambiente era ligero, sin preocupaciones, solo risas y bromas flotando por encima de las olas.

—¿Estás bien? —me preguntó Alejandro, con el cabello mojado cayéndole sobre la frente, y asentí, flotando a su lado, moviendo apenas los pies bajo el agua, y me dio un suave beso.

—Sí. Solo estaba pensando... cuánto necesitaba esto —dije, mirando hacia el cielo sin nubes.

—¿Y qué es “esto”? ¿El mar? ¿La compañía? ¿El beso? —bromeó él, con un tono suave, pero insinuante.

Lo miré, y en sus ojos se dibujó esa chispa entre travesura y deseo que tanto me desarmaba.

—Todo eso. Aunque el beso... podríamos repetirlo, solo para estar seguros de que fue real.

Entonces me agarró por la cintura haciendo que lo rodeara con mis piernas, y comenzó a besarme. Sus manos se deslizaban por mi espalda en caricias lentas mientras me sostenía y nos mantenía a los dos a flote.

—Gracias por invitarme a pasar el día contigo —dije cuando nos separamos, aún abrazados, disfrutando del contacto con la piel del otro.

—A ti por aceptar —me dio un beso rápido.

—Si te soy sincera…

—Pensaste que no ibas a saber nada de mí —me cortó, y asentí.

—Sí —desvié la mirada, aun rodeándolo con los brazos por sus hombros.

—Valeria, mírame —dijo en un tono de orden que no dejaba lugar a dudas, y lo hice—. Fui un idiota, pero esta vez no va a ser igual. Quiero que sigamos viéndonos —me dio un leve mordisquito en el labio.

—¡Ey, tortolitos! —gritó Sofía— Que ya huele a marisco y carne a la brasa. Hora de comer.

Alejandro y yo nos reímos mirándola, y asentí.

—Quiero follarte en ese yate y en el agua —murmuró Alejandro en mi oído, haciendo que me estremeciera y tragara saliva.

—Y yo quiero que lo hagas —respondí con seguridad, y en sus ojos vi deseo, lujuria y la promesa de que así sería.

Cuando finalmente salimos del agua, nos secamos un poco al sol antes de ir a comer. Alejandro y yo nos sentamos juntos en una esquina del barco.

La comida la pasamos entre risas, historias y chistes de todo tipo. En un momento, la música comenzó a sonar, primero suave, pero luego aumentando en volumen. Era una bachata sensual, perfecta para la ocasión.

—¡Vamos, a bailar! —gritó Carlos, con una sonrisa traviesa, mientras cogía la mano de Sofía y la de Marina para sacarlas al centro del barco, donde los tres empezaron a moverse al ritmo de la música.

Al final acabamos nosotros allí también y, mientras miraba a Alejandro, no pude evitar sentirme atraída por la forma en la que él movía su cuerpo al compás de la canción. Algo en su energía, en su manera de disfrutar del momento, me volvía loca.

Carlos, como siempre, se encargaba de lanzar bromas mientras bailaba, haciendo que Sofía y mi prima rieran a carcajadas, mientras yo me movía con más soltura, desinhibida por completo, disfrutando del sol, del sonido del mar y del cuerpo cálido de Alejandro.

Capítulo 31



Alejandro

Después del baile, las chicas decidieron ir a tomar un poco el sol en las tumbonas, y Carlos y yo fuimos a preparar unas bebidas para después acompañarlas.

—¿Qué te dije, Alejandro? —dijo Carlos, entregándome un vaso mientras la música seguía sonando de fondo, suave, pero con ritmo— Este día iba a ser legendario. Y creo que tu historia con Valeria también.

Cogí el vaso y se me dibujó una sonrisa leve, torcida, a sabiendas de que estaba a punto de escuchar algo que prefería evitar.

—No empieces —le respondí, agitando el hielo dentro del vaso—. No arruines el momento.

Carlos levantó una ceja, divertido, como si supiera más de lo que decía. Se apoyó contra la baranda del balcón, mirando hacia donde estaban las chicas.

—No voy a arruinar nada. Solo digo que a veces uno tiene que dejarse llevar. Lo que sientes por ella se te nota hasta en los silencios, hermano.

Bajé la mirada y me quedé pensativo. Di un trago corto y me dejé llevar por el ardor suave del licor. Había algo en esas palabras que me resonaba demasiado.

¿Qué sentía exactamente por Valeria?

No era fácil ponerlo en palabras. Lo sabía desde el principio, desde la primera vez que cruzamos miradas en su clase de zumba. Tenía una forma

de observar las cosas que no era de este mundo. Como si estuviera en otro plano, uno más alto, más tranquilo, más suyo.

Valeria no era una mujer cualquiera. Ella era un poco más distante, un poco más misteriosa. Como si escondiera partes de sí misma para que nadie pudiera hacerle daño. Como si ya la hubieran herido antes... y demasiado.

Y sabía que así era, aunque ella no se hubiera abierto a mí en el club la noche anterior, podía ver en sus ojos que, al igual que yo, había tenido una relación que no fue como esperaba y por eso le costaba dejar entrar a la gente en su vida.

—Hoy se le notaba distinta, ¿no? —dijo Carlos, interrumpiendo su corriente de pensamientos— Está más desconectada de todo, ¿no crees? —preguntó, y asentí sin mirarle.

—Sí, creo que hoy ha bajado un poco más la guardia.

—¿Y eso qué significa para ti?

No respondí al instante, pensando en la respuesta. Me froté el puente de la nariz, luego bajé la mano y apoyé el vaso en la baranda. La brisa me revolvía el cabello, y por un instante me sentí menos pesado, como si pudiese flotar.

—No lo sé —murmuré al fin—. Valeria no es como las demás. No puedo decir que sé en qué está pensando. Y eso me asusta.

Carlos soltó una carcajada suave.

—Te asusta porque te importa. Porque sabes que, si te entrega una parte de ella, y la pierdes, no te vas a recuperar tan fácil.

Fruncí el ceño y me giré para mirar a mi amigo. En sus ojos había algo más que simple burla. Había verdad. Carlos podía ser imprudente, pero cuando se trataba de emociones ajenas, rara vez se equivocaba.

—¿Sabes qué fue lo que me atrapó de ella? —dije, volviendo la vista a las chicas, que hablaban y reían animadas— No fue su belleza, aunque claro, es imposible ignorarla. Fue... esa forma suya de hablar como si siempre supiera algo más. Como si viera el mundo desde una distancia segura, como si todo lo analizara desde un punto donde no puede ser alcanzada. Me dio curiosidad. Me dio... ganas de entenderla. De acercarme, aunque ella no pareciera quererlo.

Y a pesar de que no lo miraba, sabía que Carlos me observaba con atención, sin interrumpirme.

—Pero cuando hablas con ella —continué—, te das cuenta de que no es desinterés. Es defensa. Es... miedo. O tal vez costumbre. Quizás no espera que nadie se quede el tiempo suficiente para descubrir lo que hay detrás de esa armadura —suspiré—. Y, sin embargo, hoy, por primera vez, he sentido que estaba ahí. Realmente ahí. No solo como presencia física. Me ha mirado de manera diferente. Como si, por un segundo, hubiera bajado el muro y me dejara entrar.

Carlos asintió lentamente tras dar un sorbo a su copa.

—Y eso es lo que te tiene así, ¿verdad?

—Sí —respondí mirándole—. Porque no sé si fue real o si fue un accidente. No sé si mañana volverá a levantar el muro como si nada hubiera pasado. Si yo mismo levantaré mi propio muro y evitaré que entre, porque es lo que estoy haciendo también, Carlos, dejarla entrar a ella.

Carlos tomó su vaso y brindó en el aire.

—Bienvenido al mundo de los que se enamoran de mujeres imposibles —dijo y me reí.

—¿Quién ha hablado de enamorarse? Sabes que eso nunca volverá a pasar.

—Hermano —me dio una palmada en el hombro—. Ya sabes lo que dicen: "Nunca digas de esta agua no beberé".

Escuché de nuevo la risa de Valeria, la miré y estaba riendo a carcajadas con su prima y su amiga. Me miró y la vi sonreír, una sonrisa que me desarmaba por completo y que solo tenía para mí.

—Mira, Alejandro, sé que desde Clara piensas que, si dejas entrar a alguien, te volverá a romper como lo hizo ella. Que un día puede desaparecer y te quedes jodido como entonces, pero también puede que seas tú quien le demuestre a ella que vale la pena quedarse. Que no todo el mundo está esperando a que ella baje la guardia para hacerle daño, y comprobar que ella tampoco te lo hará a ti.

Cerré los ojos y pensé en las palabras de mi amigo. Él me había visto en mis peores momentos; él vivió toda la historia con Clara, todo el amor que sentí por ella y el dolor que sentí después.

No había vuelto a dejar entrar a nadie de ese modo en mi vida desde hacía cinco años; no me encariñaba, no entregaba cariño ni ternura, solo sexo. Pero entonces apareció Valeria y comenzó a romper todos mis esquemas.

Porque desde que solo tenía sexo con las mujeres, jamás me había planteado tener una en exclusiva para esos momentos de juegos y placer. Y a ella estaba dispuesto a pedirle esa exclusividad.

—No pienses tanto, hermano. A veces hay que lanzarse y ya. Si te vas a romper, que sea porque valió la pena —me dijo Carlos, y asentí sin abrir los ojos.

—Sí, pero, con ella, siento que romperme no sería solo una herida. Sería como perder una parte que ni siquiera sabía que tenía.

Y en el silencio que siguió, mientras el viento jugaba con el cabello de las chicas y sus risas se apagaban al fondo, supe que de algún modo ya estaba perdido.

No porque Valeria fuera inalcanzable. Sino porque, por primera vez, había encontrado a alguien que me hacía querer alcanzar más allá de mí mismo.

El sol seguía brillando en lo alto de un cielo de lo más despejado, cubriendo el cuerpo de las chicas que seguían charlando mientras disfrutaban de las bebidas que Carlos, les había llevado, haciéndose algunos selfis para sus redes, y el yate se mecía suavemente en el mar, con la música sonando de fondo.

Cuando volví de hacer una llamada por trabajo, vi que Valeria estaba sentada en la proa, con las piernas cruzadas y el cabello ondeando ligeramente con la brisa marina. Me acerqué con dos cócteles y sonreí al verla con los ojos cerrados, disfrutando de la brisa.

—¿Te estás escondiendo o planeando una fuga estratégica? —pregunté, tendiéndole una copa.

Ella me miró de reojo, ese gesto felino tan suyo, antes de aceptar la copa con una media sonrisa.

—Estoy considerando un motín, pero necesito al menos un cómplice decente. ¿Te interesa el puesto? —dijo antes de dar un sorbo, y sonreí levemente, mientras me sentaba a su lado, fingiendo que lo pensaba.

—Depende. ¿El motín incluye postres robados y un escape dramático bajo las estrellas esta noche?

—Incluye eso y quizás... —Valeria me rozó el brazo con los dedos— una conversación sin interrupciones.

Y me reí, más relajado que nunca en toda mi vida. Me sentía ligero cerca de ella. Como si la tensión habitual del mundo desapareciera por un rato

cuando ella estaba ahí.

—Estoy dentro —dije, chocando suavemente las copas, y dimos un trago.

—¿Sabes? —comentó, mirando hacia el horizonte— Contigo siento que todo es distinto.

Giré la cabeza para mirarla y vi que sus ojos tenían ese brillo suave que aparecía cuando bajaba la guardia.

—¿Distinto cómo? —pregunté con curiosidad y la vi jugando con el borde de su copa.

—Como si el ruido bajara. Como si mi mente dejara de correr por un rato. Y eso es raro en mí.

—A mí me pasa lo mismo contigo —dije, un poco más serio—. Solo que yo no me escondo tanto.

Valeria se rio, una carcajada limpia que rompió el aire cargado de tensión. Luego se inclinó un poco hacia mí, con un gesto juguetón.

—¿Insinúas que me escondo?

—Lo afirmo categóricamente. Eres como un castillo medieval con puente levadizo. Elegante, impenetrable y lleno de misterios tras la muralla —contesté, y ella se mordió el labio inferior, divertida.

—Y tú eres una especie de explorador torpe, pero insistente.

—Torpe, pero encantador —corregí.

—Insistente, pero... dulce —añadió ella, con una voz más baja, más cercana.

Nuestras miradas se encontraron, y por un momento el juego pareció detenerse. Nuestros rostros estaban a solo unos centímetros. La brisa acariciando los mechones sueltos del cabello de Valeria. Y mis dedos rozando suavemente su mano.

—¿Sabes que te ves peligrosa con ese vestido? —susurré.

—¿Y tú crees que tú no lo eres con esa camisa medio abierta?

—Tal vez lo soy —dije, acercándome aún más, deseando volver a besarla. Deseando hacer eso que habíamos hablado en el agua, y que sabía que ella también quería que ocurriera—, pero lo peligroso no siempre es malo.

Valeria entrecerró los ojos sin dejar de mirarme antes de hablar.

—No, si sabes manejarlo.

En ese instante, me incliné y la besé. Fue un beso lento, suave al principio, como si le pidiera permiso. Ella respondió sin palabras, profundizando el contacto, deslizando los dedos por mi cuello. No había apuro, solo ese ritmo acompasado de dos personas que se habían esperado el tiempo suficiente.

Y cuando nos separamos, ella aún mantenía los ojos cerrados, respirando despacio.

—Mejor que el cóctel —murmuró.

—Definitivamente —respondí.

Valeria se incorporó, sin soltarme la mano, y me miró con esa mezcla suya de certeza y travesura.

—¿Sabes lo que estoy pensando?

—Espero que no sea saltar al agua.

—No. Es peor —dijo con una sonrisa cómplice—. Estoy pensando en explorar el yate.

—Explorar, ¿eh? —sonreí, al tiempo que arqueaba la ceja.

—En especial ese camarote que vi antes... el del fondo, con la cama gigante y sin ventanas.

Me quedé quieto por un momento. Luego volví a sonreír, esa sonrisa lenta que me nacía cuando algo realmente me emocionaba. O, mejor dicho y para ser sincero, esa que solo nacía con y para ella, para Valeria.

—¿Estás segura de lo que quieres, pequeña?

—Absolutamente —respondió, ya de pie—. ¿O no recuerdas lo que hablamos antes en el agua?

Solté una carcajada, me levanté y, sin decir más, cogí su mano para ir hacia ese camarote que mi pequeña y sensual monitora de zumba quería explorar.

—Me encantas —susurré en su oído mientras nos dirigíamos por el pasillo hasta la puerta, rodeándola por la cintura y pegándola a mi cuerpo—. Me encanta que pidas lo que quieres, pero también que cojas las riendas y simplemente me guíes donde quieres tenerme.

—Me alegra saber que no es un problema para alguien como tú.

—¿Y cómo soy, pequeña? —pregunté, aún en susurros, mientras le besaba el cuello, notando cómo mi cuerpo reaccionaba al suyo, y viceversa.

—Dominante, Alejandro, en el sexo eres un hombre dominante que siempre quiere tenerlo todo bajo control.

—Y tú eres la única mujer a la que le permito tenerlo, aunque sea solo un poco.

Capítulo 32



Alejandro

Abrió la puerta y encontramos que el camarote estaba en penumbra, iluminado solo por una lámpara de pared que lanzaba una luz cálida y tenue, bañando el espacio en dorado. La habitación era más grande de lo que había imaginado: madera pulida, sábanas blancas impecables y el leve vaivén del yate, dándole a todo, una sensación de irrealidad. Como si el tiempo se hubiese detenido justo para nosotros.

Valeria entró primero, sin soltar mi mano, y se detuvo en medio del camarote; yo cerré la puerta tras de mí. Por un segundo, ninguno habló. El silencio era suave, casi reverente.

Ella se volvió hacia mí, y algo en su mirada había cambiado. No era juego, no era provocación. Era entrega. Cautelosa, sí, pero real.

—Si en algún momento quieres que me detenga, que no haga algo de lo que no quieras… —empecé a decirle con voz baja, como hacía siempre con las mujeres con las que iba a tener un momento de juegos y placer.

—No lo haré —me interrumpió, dando un paso hacia mí—. Aquí no creo que haya juguetes, pero… quiero disfrutar del sexo contigo, de todo lo que quieras que hagamos —confesó deslizando una mano por mi pecho.

Sentí cómo la tensión se deslizaba por mi espalda como una ola cálida. Valeria me rodeó el cuello con los brazos, y la rodeé por la cintura con una delicadeza que contrastaba con lo que mi cuerpo realmente quería. Nos besamos, más profundo esta vez. Ya no había exploración: había certeza.

Nuestras bocas se reconocían como si hubieran estado esperando este momento desde siempre.

Valeria deslizó los dedos por los botones de mi camisa, uno a uno, sin prisa, y yo simplemente la dejé hacer, observándola, sintiendo cada caricia en mi piel, su aliento cálido en mi pecho y disfrutando del modo en el que se mordía el labio, un gesto que hacía cuando se excitaba y cuando se anticipaba a lo que iba a pasar.

Cuando me quitó la camisa, me miró a los ojos y luego posó las palmas de las manos sobre mi pecho desnudo, como si necesitara sentir que era real.

—Tu respiración es rápida —susurró, con una sonrisa leve.

—La culpa es tuya —respondí, y ella se rio suavemente, y esa risa, tan íntima, fue como una caricia más.

Con la misma lentitud reverente que ella había empleado, deslicé los tirantes del vestido de Valeria por sus hombros. El tejido cayó sin resistencia, acariciando su piel como una brisa tibia antes de aterrizar en el suelo con un susurro. Ella no se cubrió. No se escondió. Solo me miró, firme y vulnerable a la vez.

Llevaba aún el bikini puesto y se lo quité también, igual de despacio que el vestido, dejándolo caer al suelo.

—Eres preciosa —dije con esa franqueza que a veces solo aparecía cuando el deseo se mezclaba con respeto.

—No digas eso como si fuera un descubrimiento —respondió, pero había ternura en sus palabras. Una especie de aceptación silenciosa.

Valeria me quitó los pantalones, llevando con ellos también el bóxer, y volvimos a besarnos mientras nos abrazábamos, sintiendo el calor de nuestra piel.

La cogí en brazos y nos recostamos en la cama con calma, porque no tenía prisa y quería disfrutar del momento, de ella, como lo había hecho la noche anterior.

Comencé a besarle el cuello, luego la clavícula, el hombro, y ella mientras enredaba los dedos en mi cabello y soltaba algún que otro jadeo apenas audible. Nos movíamos en sincronía, guiados por algo más profundo que el instinto: era conexión. Era deseo mezclado con ternura. Era complicidad silenciosa.

Y como si los dos pensáramos en lo mismo en ese momento, mi mano fue hacia su entrepierna y la suya, a la mía.

Gemimos al sentirlas, al contacto de nuestros dedos en nuestro sexo, necesitado y caliente, y comenzamos a tocarnos.

Valeria subía y bajaba su mano envolviendo mi miembro despacio, masturbándome con calma y sin prisa, mientras yo movía mis dedos entre sus pliegues, notando la humedad que manaba de su sexo.

Gimió cuando la penetré con dos dedos y se agarró a mi hombro con la mano libre, mientras con la otra seguía haciendo que me excitara más a cada segundo que pasaba.

Comenzó a moverse despacio, recibiendo mis dedos en su interior, y la conocía tan bien que supe cómo hacer para que se corriera en un tiempo récord.

Rompió el beso y gritó mientras alcanzaba el clímax con el cuerpo tembloroso.

Me miró de un modo intenso, con los ojos llenos de deseo y lujuria, y me sorprendió dándome un suave empujón en el pecho para que me recostara en la cama, bocarriba.

La vi moverse con lentitud y gracia felinas, observándome, y se acomodó sobre mí para lamer mi torso con la punta de su lengua. Sentí una punzada en la entrepierna o los dos notamos cómo mi miembro palpitaba. Ella sonrió con cierta malicia, y sus ojos me dijeron lo que estaba pensando en ese momento.

Siguió bajando sin apartar la punta de la lengua, lamiendo mis pezones; incluso los mordisqueó tirando de ellos como yo hacía, y sentí esa mezcla de dolor y placer que yo infringía.

No apartaba la mirada de la mía, bajaba con su sensual y juguetona lengua por mi cuerpo hasta que lamió mi miembro varias veces, como quien lamía un helado, hasta que se lo llevó a la boca y comenzó a succionar con avidez.

Jadeé al sentir el glande golpeando en su garganta, y no pude evitar agarrarle el pelo unos instantes para guiarla. Ella se dejaba hacer y mantenía ese ritmo suave pero excitante que me volvía loco.

Valeria era una mujer desinhibida por completo, sin pudor ni vergüenza para hacer lo que quisiera en lo que a sexo respectaba.

Cerré los ojos y me dejé llevar por lo que esa mujer me hacía sentir, por el modo en el que sus labios envolvían mi miembro erecto y ella gemía al saborearlo.

Cuando no pude más, hice que se apartara y la cogí para colocarla sobre mí, excitado y queriendo lamerla como ella me lamía a mí. Hicimos un sesenta y nueve que nos llevó a los dos al borde de nuestro autocontrol, o al menos a mí, porque ella se corrió entre gemidos y esos movimientos de cadera que me volvían loco mientras su sexo húmedo y caliente se posaba en mi boca.

Tras esa oleada de placer que la recorrió por completo, la senté sobre mi miembro y la penetré, agarrando sus caderas con fuerza, sintiendo el calor que me recibía. Valeria comenzó a moverse como lo haría un jinete a caballo. Subía y bajaba rápido, con ambas manos apoyadas en mi torso, con el cabello cayendo sobre nosotros y el vaivén de sus pechos turgentes contoneándose sobre mi boca.

Los lamí, mordí sus pezones, tiré de ellos y Valeria gemía y gritaba presa del placer que le daba. Comenzó a moverse de adelante hacia atrás, fuerte y sin parar; cerraba los ojos, dejaba caer la cabeza hacia atrás y mis manos se movían por todo su cuerpo, acariciándola y excitándolo.

Nuestros jadeos y gemidos se mezclaban en aquel camarote, así como el sonido de mis suaves azotes en sus nalgas, esos con los que ella gritaba un poco más y me miraba con el deseo y el morbo en sus ojos y su rostro.

El ritmo entre nosotros fue creciendo. No había palabras, solo respiraciones entrecortadas, caricias prolongadas y miradas que decían lo que nuestras bocas callaban por miedo.

Giré con ella y quedó bajo mi cuerpo; la miré y la besé con urgencia mientras me enterraba una y otra vez, mientras me movía, entrando y saliendo de su vagina húmeda y caliente que me apretaba con fuerza, como si no quisiera que esto acabara nunca.

Y unos segundos después me detuve para mirarla. Ella tenía los ojos entrecerrados, pero los abrió al notar que me paraba. Le acaricié el rostro con la yema de los dedos, despacio, sin apartar la mirada de esos ojos color miel que brillaban cubiertos de deseo.

—¿Qué? —me preguntó, con voz suave.

—Nada —dije—. Solo quiero recordar exactamente cómo te ves en este momento.

Ella me atrajo hacia sus labios y me besó, lenta y profundamente. Una respuesta sin necesidad de palabras.

Y entonces el mundo dejó de importar. El vaivén del yate se volvió una cuna, y nuestras respiraciones se acompasaron.

En ese momento nuestros cuerpos se reconocían, se compenetraban y encajaban a la perfección el uno con el otro.

Me retiré y Valeria se arrodilló en la cama, sentada sobre mis muslos, y así volví a penetrarla. Llevé mis manos a sus pechos y comencé a masajearlos, a pellizcarle los pezones y tirar de ellos mientras ella se movía al unísono conmigo, gimiendo y gritando, mordiéndose el labio inferior y buscando mi barbilla con su mano mientras me miraba por encima del hombro y buscaba mis labios para besarme de nuevo.

Sin dejar de jugar con su pezón, bajé la otra mano muy despacio por su cuerpo, acariciándole el vientre y alcanzando su sexo. Deslicé los dedos entre sus pliegues y comencé a jugar con su clítoris al mismo tiempo que le pellizcaba el pezón y la penetraba.

Poco después los dos nos dejamos ir, alcanzando el clímax al unísono, gimiendo y gritando mientras sentíamos nuestros cuerpos temblorosos.

Esa mujer me volvía loco, me encendía de un modo del que ni ella misma era consciente, y no quería dejarla ir.

Cuando todo terminó, no nos separamos.

Valeria apoyó la cabeza en mi pecho y yo le acaricié los brazos con la yema de los dedos mientras la mantenía abrazada.

—No suelo hacer esto —dijo, sin mirarme.

—¿Hacer qué?

—Repetir varias veces con un hombre, quedarme en… exclusiva, por así decirlo.

Y en ese momento la abracé más fuerte, porque yo tampoco lo hacía, pero con ella quería que fuera así.

—Yo tampoco, pero quiero que te quedes. Quiero que seamos exclusivos, como tú dices.

Ella no respondió, pero se aferró a mí con una fuerza que no necesitaba palabras.

Y en ese instante, en la penumbra cálida del camarote, mientras las olas seguían meciendo el yate, sentí que algo entre nosotros comenzaba a cambiar.

Ya no se trataba solo de deseo, era algo más. Algo a lo que aún no sabía ponerle nombre, o tal vez… Tal vez no quería ponérselo.

Capítulo 33



Valeria

La brisa marina era fresca y relajante, pero no podía evitar notar que algo había cambiado en mí, algo que no estaba acostumbrada a sentir. Y allí, rodeada de esa calma, el simple hecho de estar cerca de Alejandro me hacía cuestionar todo lo que había conocido hasta ese momento.

¿Cómo podía ser tan fácil dejarme llevar por él? Pero, al mismo tiempo, ¿por qué me sentía tan tranquila cuando estaba cerca de él? Era como si la constante tensión que había cargado durante años se desvaneciera en un suspiro.

La suavidad de sus respiraciones, el calor de su piel junto a la mía, todo parecía entrar en un ritmo lento, casi suspendido en el tiempo. Por un momento, desee quedarme allí, sin moverme, sin pensar, solo sintiendo esa conexión.

Pero el sonido del mar y la inevitabilidad de la vida cotidiana me devolvieron al presente. Sabía que no podía quedarme en esa burbuja todo el día.

Nos levantamos, por fin, y decidimos ir a la cubierta, donde la energía de esos tres locos que nos acompañaban ya se había apoderado del ambiente.

Carlos, con su eterna actitud juguetona, nos recibió con una bandeja de frutas tropicales y unas gafas de sol enormes, de esas que solo él podía llevar sin parecer ridículo. Aún con el cabello algo alborotado y la sonrisa de niño travieso en su rostro, hizo su entrada triunfal.

—¡Por fin! Pensé que os habíais caído por la borda… o que habíais decidido vivir en el camarote para siempre —bromeó, con su tono exagerado.

Yo levanté una ceja y, sin perder la oportunidad, le respondí mientras mordía una rodaja de piña fresca.

—Muy tentador, en realidad. Tiene buena acústica.

Alejandro soltó una pequeña risa y se encogió de hombros, mirándome de reojo, pero sin decir nada. Su mirada, esa mirada que me recorría como un suave tacto, no hacía más que confirmarme lo que ya sabía. Algo en el aire entre nosotros había cambiado, y no solo por el sol o por las olas que balanceaban suavemente el yate. Él estaba ahí, presente, y de alguna manera, me sentía profundamente conectada con él.

Carlos, siempre observador, nos miró como si acabara de descubrir un secreto.

—Vaya, vaya. La dama de hielo se derritió.

—No te emociones —respondí, con una sonrisa juguetona—. Sigue habiendo cuchillas debajo de la superficie.

Carlos, sin perder su tono dramático, levantó la mano como si estuviera en un escenario.

—Y yo, feliz de cortarme —dijo, provocando otra ronda de risas entre todos.

Fue en ese momento cuando Sofía y Marina se unieron a nosotros, y la atmósfera se volvió aún más alegre. Sofía, con su elegancia natural, llegó con una botella de vino blanco, mientras Marina traía una bolsa de papel que goteaba un poco por una esquina. El aroma a marisco y brisa fresca flotaba en el aire.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Carlos, señalando la bolsa con su barbilla.

Marina, con su actitud de chica misteriosa, sonrió mientras respondía.

—Cigalas frescas, langostinos, un par de doradas y una lubina para la brasa. Todo capturado esta mañana. A uno de los marineros del puerto le caí bien, aparentemente.

Sofía, siempre rápida para captar los matices, no pudo evitar lanzar una sonrisa cómplice.

—O le gustaste —dijo, arqueando una ceja. Marina le dio un vistazo y respondió con un aire enigmático.

—Todo es posible.

En cuestión de minutos, el yate se convirtió en un escenario de camaradería, risas y bromas. Carlos se hizo con las riendas de la parrilla, luciendo un delantal con la frase: “Besos gratis si está rico”. Yo, mientras tanto, me encargué de preparar una ensalada con Marina, mientras Sofía se ocupaba de traer platos y pan fresco.

La mesa improvisada que montamos sobre la cubierta trasera para cenar esa noche de domingo era todo lo que necesitábamos. Todos estábamos relajados, disfrutando de la compañía, del mar y de ese ambiente único que solo la primavera en un lugar como este podía ofrecer. El sol comenzaba a ocultarse, la brisa era fresca y constante, y la comida, como no podía ser de otra manera, estaba deliciosa.

—Esto sabe a vacaciones de verdad —dijo Sofía, con la boca llena—. ¿Por qué no hacemos esto más a menudo?

Miré a mi alrededor y me sentí afortunada. Con ellos, me sentía en casa. Todo era tan sencillo, tan natural, a pesar de que en mi vida anterior las cosas rara vez sucedían de esa forma.

—Porque somos adultos con agendas —respondí, con un tono juguetón —. O al menos, eso intentamos.

Carlos no perdió la oportunidad de hacer uno de esos comentarios que siempre provocaban un giro inesperado en la conversación.

—Tú finges muy bien, Valeria —dijo, sirviéndose más vino—, pero cuando te relajas, eres otra.

—¿Mejor? ¿Peor? —le pregunté, divertida.

Marina no perdió tiempo para sumarse a la conversación.

—¿Más peligrosa? —interrumpió.

Carlos se inclinó hacia el centro de la mesa, como si fuera a contar un gran secreto.

—Más deseable —dijo, y alzó la copa en un brindis improvisado—. Y hablando de deseos…

De inmediato, su tono cambió a uno más travieso, y todos nos miramos entre nosotros, pero fue Alejandro, que le conocía bien, quien habló sabiendo lo que venía.

—No —le dijo rápidamente, anticipando lo que estaba a punto de decir, y Carlos soltó una risa, disfrutando de cada segundo.

—Déjame terminar —pidió—. Solo quiero decir que, viéndolas así, a las tres, riendo, tan guapas, tan brillantes… me dan ganas de probarlas a todas.

—Ya empezamos —Alejandro suspiró, pero con una leve sonrisilla.

Sofía no pudo evitar reírse, tragándose un poco de vino en el proceso.

—¿Probarnos? —preguntó mi amiga con la ceja arqueada.

Carlos, con su estilo único, levantó las manos con un gesto teatral.

—Con respeto, por supuesto —añadió, como si estuviera en una obra de teatro—. Por separado o juntas. Me adapto.

Yo lo miré, entre sorprendida y divertida, mientras negaba con la cabeza.

—Estás completamente loco —dije.

—Sí, pero es encantador —respondió Sofía, guiñándole un ojo—. Yo me apunto.

Nos quedamos todos mirando a Sofía, sorprendidos por su respuesta tan directa.

—¿Qué? —preguntó, sin inmutarse— Sí —continuó, con naturalidad—. Con Carlos me apunto a unos juegos, ya sea sola o… con Marina, si se deja. Que siempre me ha parecido muy sensual y sexy.

Mi prima, que en ese momento tomaba un sorbo de vino, comenzó a toser violentamente, golpeándose el pecho.

—Sofía, por Dios. ¡Qué me ahogo, joder! —dijo entre risas— ¿Yo con dos personas a la vez? ¿En una cama? Necesito muchísimo vino para eso.

Carlos, muy serio, la miró y levantó una copa imaginaria.

—No te preocupes, tengo varias cajas.

La risa fue inevitable. Alejandro casi escupió el vino, y Sofía no podía dejar de reír, mientras Marina nos miraba entre la risa y el terror.

—Lo están diciendo en broma, ¿verdad? —me preguntó, y me encogí de hombros, pero fue Alejandro quien respondió.

—A Carlos lo conozco, y habla en serio. Sofía… —La miró con los ojos entrecerrados— Sí, ella también habla en serio.

—Madre mía —mi prima se bebió la copa de vino de golpe, y todos reímos.

—Esto está derivando en una orgía verbal —dije, tratando de recuperar la compostura.

—Y aún no hemos llegado al postre —añadió Carlos, con una sonrisa pícara.

La conversación siguió siendo un juego de palabras, bromas y confesiones que, de alguna manera, nos acercaban más como grupo. Todos, en el fondo, sabíamos que estábamos en una etapa transitoria, donde la diversión era el motor, pero las emociones estaban más cerca de lo que queríamos admitir.

Alejandro, recostado en su silla, se dejó llevar por el ambiente relajado y, con una sonrisa cómplice, dijo algo que no esperaba que contara.

—Lo divertido es que Valeria me comentó anoche que no le importaría que Carlos se uniera a nosotros, en uno de esos… juegos.

Me salió un gritito de sorpresa mientras le miraba, y escuché la risa de Sofía.

—Esa es mi chica —dijo la loca de mi mejor amiga.

Carlos, con la postura erguida de quien acababa de recibir un cumplido, se quedó en silencio, esperando mi reacción.

—¿En serio? —preguntó poco después, muy serio.

Y yo miré de nuevo a Alejandro, entre risueña y sorprendida.

—¿Perdona? ¿Cuándo he dicho eso?

Alejandro se encogió de hombros, con esa sonrisa de quien sabía que estaba causando algo más que una sorpresa.

—Cuando entramos en la habitación y confesamos que los dos somos asiduos a ese lugar.

Lo recordaba bien, pero no pensé que fuera a tener el descaro de contarlo delante de su mejor amigo, de mi mejor amiga y de mi prima.

Carlos, levantando la copa hacia mí, dijo con gran teatralidad:

—Cuando vosotros queráis, yo estaré encantado de recibiros en la suite del hotel. Sábanas limpias, jacuzzi y cero juicios —hizo un guiño mirándome, ese que acompañó con una media sonrisa.

—Sigue soñando, Carlos —dije, riendo, aunque sentí un calor extraño subir por mi cuello. Algo dentro de mí se agitó con la idea.

Porque sí, Carlos me parecía atractivo y estaba dentro del tipo de hombre al que permitía en el club unirse a Nando y a mí, solo para mirar o incluso para jugar conmigo.

Sofía le guiñó un ojo y dijo, con su tono habitual de sarcasmo:

—Nunca subestimes el poder del vino blanco.

Terminamos la noche entre más risas, bocados de marisco y una atmósfera llena de confianza. La luna brillaba en lo alto del cielo oscuro y

su reflejo se mecía con las olas, dejando una sensación de paz en el aire.

Regresamos al puerto poco después y, una vez allí, el silencio del mar abierto se transformó en el murmullo urbano que nos rodeaba.

Nos despedimos con abrazos largos. Carlos besó a Marina en ambas mejillas y luego hizo lo mismo con Sofía, pero a ella la abrazó con una mano en la cintura, más de la cuenta. Ella no se quejó.

—¿Y si quedamos para desayunar mañana? —propuso Sofía.

—Yo vuelvo a Madrid mañana por la mañana —dijo Marina, mirando el móvil.

—¿A qué hora? —preguntó Carlos.

—A las ocho y media. Mi vuelo sale a las diez.

—Yo también me voy mañana. ¿Te recojo y vamos juntos? —se ofreció.

—Vale, pero si llegas tarde, me voy sin ti —respondió Marina, y Carlos hizo una reverencia exagerada.

—Jamás haría esperar a una reina.

Sofía rio y lo empujó juguetonamente.

—Ni en tus mejores sueños, Carlos —le dijo, y es que las dos conocíamos a mi prima.

Y vale que Marina se había dejado llevar la noche anterior y se fue a la cama con alguien al que acababa de conocer, pero por muy atractivo que fuera Carlos, ella no buscaba una nueva relación, y tampoco una aventura de sexo porque sí. Sabía que mi prima estaba abierta a seguir viviendo la vida y experimentando en el sexo, pero ella sí creía en el amor de verdad, y esperaba encontrar al hombre de su vida en algún momento.

Alejandro y yo nos quedamos atrás, solos un momento más. El viento, ahora fresco, jugaba con mi cabello mientras nos mirábamos sin decir nada. Él me cogió de la mano, y sentí el calor familiar de su piel.

—¿Te ha gustado el día? —me preguntó, y asentí sin dejar de mirarlo.

—Mucho —sonreí.

Y antes de que pudiera decir algo más, se inclinó hacia mí, besándome de una manera lenta, suave y profunda. El beso, aunque sin urgencia, me hizo estremecer. Mi cuerpo reaccionaba a cada movimiento suyo. Todo lo que había querido en ese momento era perderme en ese roce, en esa sensación. Pero no podía, no debía.

Cuando nos separamos, su mirada me decía todo lo que necesitaba saber. Había algo más aquí. Algo que iba más allá de la diversión o la adrenalina

del momento. Algo más peligroso y, a la vez, más real.

—Te llamaré pronto —me dijo, tocando suavemente mi rostro.

Asentí, incapaz de decir otra cosa. Solo sonreí, caminando lentamente hacia mi coche. Pero mientras avanzaba hacia él por el puerto, algo en mi interior se retorcía. ¿Qué estaba pasando? Estaba entrando en un terreno peligroso, y no estaba segura de querer salir.

Porque Alejandro estaba rompiendo mis barreras, sin prisa, sin forzar nada.

Y yo, por primera vez, no quería detenerlo.

Capítulo 34



Valeria

Nunca imaginé que un simple "buenos días" escrito en una pantalla pudiera provocarme esa especie de cosquilleo suave en el pecho. Habían pasado apenas dos días desde que estuvimos en el yate y, sin embargo, cada mensaje de Alejandro parecía acercarlo un poco más.

Alejandro: *Buenos días, preciosa. Que vaya bien tu día.*

No pude evitar sonreír. No le respondí de inmediato porque me gustaba saborear ese momento, ese breve espacio de intimidad construida a distancia.

Pero, al igual que él, le acababa deseando que le fuera bien.

Me gustaba saber que esta no sería como la otra vez, que ahora sí estaríamos en contacto.

Era martes, ya casi mediodía, y mientras salía del gimnasio con la cara aún algo enrojecida del esfuerzo, revisé el móvil por reflejo. Ahí estaba. Su nombre. Su mensaje.

Caminé calle abajo con mi botella de agua medio vacía y una coleta que había visto días mejores. Mi destino: la peluquería de mi madre. Esa mujer intensa y luminosa que siempre sabía lo que quería. Excepto cuando se trataba de elegir regalos para mi padre.

Al llegar, me recibió el aroma de laca, champú caro y café recién hecho. Mi madre y sus chicas estaban en pleno secado de pelo de algunas clientas cuando me vio entrar.

—¡Hija! —exclamó desde el otro lado del espejo— Estás más delgada, ¿comes bien?

—Me lo preguntas mientras estoy entrando por la puerta para almorzar contigo, después de dar tres clases de zumba —respondí, sonriendo.

Las clientas soltaron una risa y yo aproveché para robarle un beso rápido a mi madre en la mejilla antes de sentarme al fondo, donde siempre olía a café y había revistas viejas que nadie leía, salvo yo.

Veinte minutos después estábamos sentadas en una pequeña mesa redonda en el bar de al lado. Ensalada para compartir y un plato de pasta para cada una acompañado con una botella de vino.

—Necesito tu ayuda —dijo con un suspiro—. No sé qué regalarle a tu padre. Cada año es peor. Tiene de todo y no quiere nada.

—¿Y qué ha dicho que le gustaría?

—Lo de siempre: "con que estemos juntos, me basta".

—Y tú quieres algo que puedas envolver —sonreí mientras pinchaba un poco de ensalada.

—Exacto.

Masticamos en silencio durante unos segundos.

—¿Un reloj nuevo? —sugerí.

—Tiene cinco.

—¿Un libro raro? Una primera edición o algo así.

—No lo va a leer. Ya sabes que ahora le ha dado por los *podcasts.* —Volteó los ojos.

—Un masaje en pareja —me miró con cara de, “ni loca”.

—¿Un finde rural?

—Le aburren.

—Entonces mejor un finde en un yate en alta mar —di un sorbo a mi copa.

—No aguanta más de cuatro horas —suspiró.

—¿Un álbum de fotos? ¿Un cuadro con fotos de la familia?

—Ya le regalé eso en nuestro aniversario.

—¿Entonces qué quieres, mamá? ¿Un unicornio?

Ella suspiró de nuevo y se encogió de hombros.

—Por eso te decía, vamos al centro comercial después de comer, a ver si se me enciende la bombilla.

Y acepté, por supuesto, porque no había nada como un plan madre-hija paseando entre tiendas buscando el regalo imposible para un hombre que siempre parecía tenerlo todo.

Después del café salimos hacia el centro comercial más cercano. Aún hacía calor, y yo agradecía que fuera martes, porque estaba relativamente vacío.

Nos paramos en tiendas de ropa, librerías, artículos de colección, artículos de cocina premium. Y nada. Mi madre fruncía el ceño como si tuviera entre manos un sudoku imposible.

—Y si le compro algo simbólico. ¿Un colgante con una inscripción? —preguntó, mirando una joyería.

—¿Papá usaría un colgante?

—No. Tienes razón. Dios mío, qué difícil es esto. —Volteó los ojos.

Nos reímos juntas y entramos a una tienda de decoración. Mientras ella inspeccionaba unas esculturas africanas, yo me quedé mirando por el escaparate de una tienda de ropa que había al lado, y entonces lo vi. O creí verlo.

Una figura. El perfil inconfundible. Alto, moreno, postura erguida. Me detuve en seco y sentí que el corazón se me aceleraba de forma casi absurda.

Diego. Mi ex.

Parpadeé, avanzando unos pasos, intentando confirmar que era a quien veía. Pero no. Cuando me acerqué lo suficiente, ya no había nadie. O quizás solo lo imaginé.

Él se fue a Madrid poco después de que lo dejara; iba a trabajar en la empresa de su tío, y daba por hecho que seguía allí después de seis años.

—¿Qué pasa? —Mi madre se había acercado sin que me diera cuenta.

—Nada, nada. Me pareció ver a alguien.

—¿Alguien malo?

—No, mamá —sonreí—. Solo un fantasma.

Ella me miró con esa mezcla de ternura y alerta que solo una madre podía tener, pero no dijo nada más. Solo me apretó la mano y seguimos caminando.

Decidimos entrar a una tienda de pijamas y lencería, como quien se tomaba un respiro del mundo. El ambiente era suave, con luces cálidas, y los tejidos tan suaves como una caricia. Mi madre, siempre coqueta, eligió

un par de conjuntos delicados. Yo dudé frente a un camisón negro con encaje.

—Ese te lo tienes que probar —dijo ella, con una mirada cómplice.

—¿Por qué?

—Por si te apetece una noche especial —contestó, y la miré levantando una ceja.

—¿Una noche especial? ¿Con quién? —reí.

—No sé, hija, con alguien, supongo. Y mira, esos conjuntos son monísimos también —señaló un par de ellos a mi espalda.

—Mamá. ¿Y si te compras tú un conjunto sexy y te lo pones para recibir a papá en casa el día de su cumpleaños? Seguro que ese regalo lo recordará toda su vida.

—O le da un infarto y me deja viuda —se santiguó, y acabamos las dos riendo.

Al final nos decidimos a probarnos algunas prendas. El camisón me quedaba perfecto. Me miré en el espejo y pensé en Alejandro. En su mano en mi cintura. En su forma de mirarme.

Salimos de la tienda con varias bolsas. Ropa cómoda, lencería y un pijama de algodón para mí. Mi madre, que finalmente se atrevió a sorprender a mi padre, acabó comprando un conjunto de encaje rojo.

Nos despedimos en la calle con un beso y un abrazo largo.

—Llámame si se te ocurre algo para papá —me dijo, antes de subirse al coche.

—Lo haré —sonreí.

Y volví caminando a casa mientras me dejaba envolver por la quietud de la ciudad a esa hora de la tarde.

Cuando abrí la puerta, escuché el maullido inconfundible de Calcetines, mi peluche blanco, que me recibió como si llevara días abandonado.

—Hola, mi vida —le dije, agachándome para acariciarle la cabeza—. ¿Has estado solo mucho rato?

Y como siempre hacía, me siguió hasta la habitación, donde dejé las bolsas sobre la cama. Me quité los zapatos y me estiré un poco. Calcetines saltó al colchón y se acomodó junto a mis cosas, como si pudiera custodiar mis secretos.

Fui al baño y me di una ducha caliente, me puse el pijama nuevo, de algodón gris con pequeños lunares blancos, y caminé descalza hasta la

cocina. Puse comida en el cuenco de Calcetines, que maulló satisfecho, y me preparé un sándwich rápido con aguacate, tomate y queso.

El teléfono vibra sobre la mesa y, al mirarlo, sonreí.

Alejandro: *Buenas noches, pequeña. Estoy deseando verte.*

Mi corazón dio un vuelco y sentí que mi sonrisa se ampliaba mientras apoyaba el móvil en el pecho, como una adolescente. Quién me viera en ese momento…

Valeria: *Yo también. Tengo una sorpresa para ti. Espero que te guste.*

Y él tardó menos de un minuto en contestar.

Alejandro: *¿Qué es?*

Volví a sonreír mientras tecleaba, pensando en esas prendas que esperaba que le gustaran.

Valeria: *Ya lo verás.*

Dejé el móvil sobre la mesa y me acurruqué en el sofá. Calcetines ya se había acomodado entre mis brazos, como una bola de pelo tibia y ronroneante. Puse una película cualquiera, pero no la estaba viendo realmente. Se me cerraban los ojos a ratos, y acabé dejando que el sonido me arrullara.

Y en ese espacio suave, en ese intermedio entre la vigilia y el sueño, pensé en Alejandro. En su voz. En sus manos. En cómo había conseguido meterse en mi vida sin que me diera cuenta, sin exigencias, solo estando ahí. Mensaje a mensaje. Mirada a mirada.

Y eso significaba que estaba en un terreno peligroso, lo sabía.

Pero esta vez, no quería correr ni huir de él.

La película seguía avanzando, pero mi atención ya no estaba puesta en la pantalla. Me encontré acariciando inconscientemente la cabeza de Calcetines, que ronroneaba con un ritmo casi hipnótico, mientras mi mente daba vueltas alrededor de Alejandro, de sus mensajes, de la calidez que me dejaban sus palabras.

Era curioso cómo alguien podía hacerse un lugar en tu rutina sin invadirla. Sin exigencias. Solo con su presencia. Y Alejandro lo estaba haciendo.

Me despertaba con sus mensajes de buenos días y me acostaba con sus buenas noches. Y ahora, mientras me iba quedando dormida con una taza de té a medio tomar y el calor del gato en el regazo, pensé que, tal vez… tal vez esta vez no hacía falta correr.

Pero entonces, la imagen fugaz de Diego, esta tarde en el centro comercial, regresó a mi mente como una brisa helada que me erizaba la piel. No era él, no podía ser él. Pero algo dentro de mí se había removido. No fue miedo. Fue... un eco.

Diego fue importante al principio. Y también fue complicado, fue el primer amor que tuve y quien me destrozó por completo.

No dejé que los recuerdos me atrapasen demasiado, pero durante unos segundos me permití abrir esa caja: su mirada intensa, su forma de reír, su impulso por controlarlo todo. Cuando se fue a Madrid, sentí alivio. Y culpa. Pero ahora…

Ahora Alejandro había reemplazado esa energía con algo distinto. Algo menos abrasivo. Más honesto.

Y agradecía que hubiera aparecido en mi vida en este momento, porque quizás era el momento justo, quizás ahora ya estaba completamente sanada de aquellas heridas y me podía permitir dejar entrar a alguien.

Apagué la televisión y me fui a la habitación. En cuanto me metí en la cama y me acomodé, dejé que el sueño me venciera poco a poco. Calcetines se acomodó en mis piernas como un guardaespaldas perezoso.

Antes de cerrar los ojos del todo, repasé el día. El gimnasio. Mi madre. La risa en la tienda de lencería. El pequeño sobresalto en el centro comercial. Y Alejandro, flotando entre todos esos momentos como una música de fondo que me acompañaba incluso cuando no estaba a mi lado.

Amanecí con la luz del sol colándose entre las cortinas y el cuerpo de Calcetines aún tibio sobre mis piernas. El móvil vibró en la mesita de noche y no pude evitar sonreír incluso antes de mirar.

Alejandro: *Buenos días. Anoche soñé contigo y no voy a decirte qué. Aquí el misterio lo sabemos mantener los dos.*

Mi sonrisa se volvió carcajada, porque el humor de Alejandro aún me seguía sorprendiendo.

Valeria: *Espero que haya sido un sueño decente…*

Alejandro: *No. Salías con lencería negra. ¿Casualidad?*

Cerré los ojos y apoyé la frente contra la almohada, riéndome en silencio.

Valeria: *Tal vez no tanto. ¿Eso quiere decir que te gusta la lencería negra?*

Alejandro: *Sí. Y si no es casualidad, quiero verte esta noche. ¿Puedes?*

Mi corazón dio un pequeño vuelco. Rápido. Eficiente. Como si mi cuerpo hubiera estado esperando esa pregunta.

Valeria: *Sí, claro que puedo.*

Alejandro: *¿Cena en tu casa? Prometo vino blanco y postre. Yo.*

Valeria: *Perfecto. Yo elijo la música.*

Alejandro: *Hecho.*

Me senté en la cama y estiré los brazos mientras miraba por la ventana con una sonrisa de lo más bobalicona. El día comenzaba, pero de una forma distinta. Con planes. Con deseo. Con las ganas de ver a ese hombre que se estaba abriendo paso en mi vida de un modo que jamás pensé que pudiera pasar.

Y no se lo había dicho, pero yo también había soñado con él, ese sueño tan vívido y real que me acompañaba desde hacía tiempo, aunque antes el hombre de mis sueños no tenía rostro y ahora no solo tenía, sino que además tenía nombre y apellido. Alejandro Santamaría.

Calcetines bostezó ruidosamente y se estiró, como siempre. Sonreí y le acaricié entre las orejas.

—Hoy es un buen día, gordito.

Y sí, lo era.

Capítulo 35



Alejandro

Cuando Valeria me respondió al mensaje, dejándome con esa intriga de lo que ella esperaba que me gustase, no pude evitar sonreír, pero cuando le dije esta mañana que había soñado con ella y quise dejarla con la duda, me encantó que aceptara cenar conmigo esta noche tras nuestro pequeño juego.

Esa mujer me tenía completamente cautivado, y pasaba las horas deseando volver a verla, a sentirla, a besarla.

Compré una botella de vino blanco en la tienda que había cerca de casa de mi madre. Me lo recomendaron como afrutado y equilibrado. Como si eso importara. La realidad es que, desde que supe que la iba a ver, el vino, el postre, todo se volvió secundario.

El plan era simple: llegar, respirar hondo y no joderlo.

Cuando me abrió la puerta, llevaba un vestido sencillo, uno de esos que no buscaban atención, pero terminaban acaparándola igual. Su cabello recogido de forma descuidada y unos labios desnudos, sin pintura. Pero su sonrisa… joder, su sonrisa era otra historia.

—¿Hueles eso? —me dijo en cuanto entré.

—¿Has cocinado tú, o has pedido comida? —pregunté tras darle un beso suave en los labios.

—¿Me estás subestimando?

—Un poco —bromeé—. Pero en mi defensa, das más impresión de pedir sushi que de cocinar tú misma.

Ella sonrió mientras cerraba la puerta y me guiaba a la cocina. Olía a ajo, vino, especias suaves. Algo estaba hirviendo lentamente en una olla. Todo estaba limpio, acogedor, con ese desorden bonito que indicaba que alguien vivía ahí de verdad. No como en mi piso de Madrid, que, si no fuera por la mujer que se encargaba de limpiar y cocinar para toda la semana, yo subsistiría a base de comida de encargo.

Y entonces apareció él. Calcetines.

Ese gato blanco con patas negras y una expresión de completo desprecio hacia mí. Se plantó en la entrada de la cocina y me examinó como si tuviera que decidir si merecía estar allí.

—A mi otro machito ya lo conoces —dijo Valeria, divertida, y asentí.

—¿Y es celoso?

—Mucho —volteó los ojos.

Nos reímos, y sentí que la tensión, esa que a veces se escondía incluso cuando estabas cómodo con alguien, empezaba a evaporarse. Abrí la botella de vino que había llevado y serví dos copas, disfrutando del sabor mientras ella removía la comida en la olla.

Aquella era una escena tan natural y cotidiana, que por un momento me vi así en mi propia casa.

—¿Qué estás cocinando, chef?

—Un risotto. No garantizo que esté al dente, pero tiene cariño.

—Con cariño es suficiente.

La miré mientras cocinaba. Había una calma en ella esa noche. Algo distinto. Como si bajara las defensas sin necesidad de ponerlo en palabras. Y me sentí agradecido. Porque no había nada más sincero y real que alguien que elegía confiar en ti sin necesidad de decirlo con palabras.

Después de servir la cena, comimos entre risas y bromas. Ella me contó una anécdota de su madre en la tienda de lencería y yo casi me atraganto con el vino. Hablamos de música, de libros que empezamos y nunca terminamos, de sueños cumplidos y otros que aún daban miedo.

—¿Y tú? —me preguntó en un momento— ¿De qué tienes miedo, Alejandro?

La pregunta me cogió por sorpresa. No porque no supiera la respuesta, sino porque nunca nadie me la había hecho así, tan directa y suave al mismo tiempo.

—Tengo miedo de decepcionar. De que la gente me vea mejor de lo que soy, y que algún día descubran que no valgo tanto.

Ella me miró sin pestañear. Luego se sirvió un poco más de vino y dijo:

—Te entiendo más de lo que imaginas.

El resto de la cena se deslizó con la misma fluidez. Cuando terminamos, recogimos los platos juntos, en una especie de coreografía silenciosa que no habíamos ensayado pero que funcionaba. Como si ya supiéramos cómo movernos en el espacio del otro.

—¿Y tu sorpresa? —le pregunté mientras secaba un vaso.

—¿Ahora? —me dijo con una ceja levantada.

—Ahora o nunca. No me gusta dormir con curiosidad.

Ella se fue al dormitorio y volvió con una pequeña caja envuelta en papel de seda. Me la tendió con cierto rubor.

—No es gran cosa —dijo—, pero lo vi y pensé en ti.

Dentro había una libreta de tapas negras, con un bolígrafo grabado con mi nombre.

—Como sé que eres un hombre ordenado y meticuloso que todo lo tiene bajo control… —añadió— Me pareció que necesitarías una para organizar todas tus reuniones.

Me quedé en silencio unos segundos. Sosteniendo el cuaderno como si fuera algo frágil. Porque lo era. No por lo que costaba. Sino por lo que significaba.

—Gracias —dije—. De verdad.

—Es solo una tontería, Alejandro —se encogió de hombros.

—No. No lo es.

Quise besarla entonces, pero no de esos besos que buscaban desnudar. Sino uno que agradecía. Que reconocía. Que abrazaba.

Y así lo hice.

La besé con los ojos cerrados, con una mano en su mejilla y la otra aun sosteniendo su regalo. Ella suspiró en mi boca y me perdí en ese sonido.

—Mi madre te agradecerá este regalo, porque estos días la he tenido un poco estresada cogiendo un papel de cualquier sitio donde me pillaba para tener que apuntar —dije, y ella se echó a reír.

—No es lo único que compré pensando en que te gustaría —murmuró.

—¿Algo relacionado con mi sueño, quizás? —curioseé, mientras la miraba fijamente a esos ojos color miel que brillaban con ese deseo

contenido que exigía ser liberado.

—Puede —contestó con una leve sonrisa, y cuando se mordió el labio inferior… ese gesto me confirmó que sí, que tenía que ver con mi sueño.

El resto de la noche se movió lento, sin prisa. Nos sentamos en su sofá; Calcetines volvió a exigir su lugar y se metió entre nosotros. Vimos una película, la cual no recordaba porque me centré más en abrazarla y robarle algún que otro beso. Y cuando acabó, no me fui.

Ella tampoco me pidió que me fuera.

Nos quedamos allí, con las luces bajas, los pies rozándose debajo de la manta y nuestras respiraciones cada vez más acompasadas.

En un momento, Valeria apoyó la cabeza en mi pecho y dijo algo apenas audible.

—No rompas esto, por favor —susurró con un tono de voz que me desarmó por completo. Y la abracé más fuerte.

—No pienso hacerlo.

Y entonces supe que estaba jodido. Porque empezaba a necesitarla. Y eso, en mi mundo, siempre había sido sinónimo de peligro.

Valeria se levantó del sofá para apagar la luz del salón. Se movía con esa elegancia suya que no parecía ensayada, como si llevara la sensualidad puesta sin querer. Su silueta recortada contra la penumbra me dejó por un instante sin palabras.

—¿Vienes? —propuso desde la puerta del pasillo, mirándome por encima del hombro.

No pregunté a dónde. No hacía falta. Sabía dónde quería tenerme esta noche, y yo también lo quería.

Me levanté despacio. Calcetines nos observó alejarnos desde el sofá con ese aire de gato indiferente que no se creía nada. El pasillo era corto, pero el pulso me latía en las sienes como si fuera una maratón. Y cuando ella abrió la puerta de su dormitorio, solté el aire. No encendió la luz; tan solo una lámpara tenue en la esquina lanzaba una luz dorada sobre las sábanas revueltas y los cojines desordenados.

Cuando se volvió hacia mí, ya no tenía esa sonrisa defensiva que solía usar para disimular lo que siente. Me miraba sin barreras.

—¿Te quedarás a dormir? —preguntó, bajito.

Me acerqué a ella y, sin pensarlo, le sostuve la cara con ambas manos, un gesto suave, con cuidado, como si se me fuera a romper entre los dedos.

—No pensaba irme —le respondí, y entonces la besé.

Al principio fue un beso lento, profundo, de esos que no tenían prisa porque sabían que había tiempo. Pero después se convirtió en otra cosa. Algo más primitivo. Más hambriento. Como si todo lo que habíamos contenido durante esos dos días, desde que nos despedimos en el puerto, ahora exigiera su espacio.

Mis manos se deslizaron por su espalda. Sentí cómo su cuerpo respondía, cómo se pegaba al mío, cómo su respiración se aceleraba junto a mi oído. Valeria me quitó la camisa con movimientos precisos, casi calculados, pero con un temblor que la delataba. Yo le bajé el tirante del vestido y besé su clavícula, su cuello, cada centímetro de piel que iba quedando expuesto.

Cuando se quedó en ropa interior, me quedé un segundo quieto.

—Eres increíble —murmuré, sin apartar los ojos de ella—. Estás justo como en mi sueño —tragué saliva, porque así la había visto, pero tenerla delante con ese conjunto de lencería negro era aún mejor que en mi sueño.

Valeria no dijo nada. Solo me besó otra vez, esta vez con una mezcla de deseo y ternura que me rompió por dentro. Nos tumbamos en la cama, entre sábanas que olían a lavanda, entre silencios que decían más que mil palabras.

La desnudé con lentitud. No como quien se apuraba a llegar a algún sitio, sino como quien saboreaba el momento. Cada curva de su cuerpo era un mapa nuevo que quería explorar. Y ella… ella se dejó. Confiaba en mí. Lo sentía en la forma en que cerraba los ojos. En cómo arqueaba la espalda. En cómo se entregaba sin miedo.

Llevé mis manos a su entrepierna y sentí ese calor húmedo que emanaba de su sexo, deslicé los dedos entre sus pliegues y ella gimió en mi boca ante ese primer contacto.

Mientras mis dedos jugaban con su clítoris, mientras la penetraba y la escuchaba gemir, lamí su cuello notando cómo se estremecía entre mis brazos. Seguí lamiendo hasta llegar a uno de sus pechos, rodeé el pezón con la punta de mi lengua y después lo succioné y mordisqueé tirando de él hasta que Valeria gritó de placer.

No me detuve y seguí penetrándola con dos dedos hasta que se deshizo por completo y se corrió, mirándome fijamente a los ojos mientras el deseo y el placer los cubrían y volvían más brillantes.

Volví a besarla mientras me colocaba entre sus piernas, moví las caderas rozando mi miembro duro y palpitante con su sexo húmedo y ella me agarró con fuerza por los hombros, bajando las manos por mi espalda mientras movía las caderas para que ese roce, esa fricción, nos diera más placer a los dos.

Me detuve y fui bajando con besos suaves por su cuerpo hasta dejar el último en su monte de Venus; la miré, vi cómo se mordía el labio anticipando lo que iba a hacerle, y lamí despacio ese clítoris palpitante que reclamaba de nuevo atención.

Lamí, mordí, provoqué que ella gimiera y gritara colmada de placer, la penetré con la lengua y volví a lamer ese pequeño pedazo de su cuerpo con mucha más intensidad hasta que se corrió en mi boca agarrada a las sábanas.

Cuando esa oleada de placer por el orgasmo se fue disipando de su cuerpo y su mente, volví a besarla por todo su cuerpo muy despacio hasta alcanzar su boca, esa que recibió mis labios con ansia, con urgencia y necesidad.

Llevé mi miembro a la entrada de su vagina, nos miramos fijamente y en sus ojos vi que los dos estábamos listos para lo que iba a pasar. Y no, no se trataba de una noche más de juegos, de sexo urgente y frenético.

La penetré despacio, poco a poco, centímetro a centímetro, hasta que quedamos unidos por completo y los dos jadeamos.

Esa noche la hice mía con una delicadeza que no había mostrado en años. Lento al principio, escuchando sus suspiros, adaptándome a su ritmo. Después, más profundo, más intenso, con las manos entrelazadas y los cuerpos hablando ese idioma que solo dos personas que deseaban y sentían de verdad podían entender.

—Alejandro… —susurró mi nombre, casi temblando.

—Estoy aquí —le respondí, acariciando su rostro—. No me voy a ir.

Y no era solo una promesa para esa noche. Era más. Era una declaración.

Estuvimos así mucho tiempo. Haciéndonos el amor como si el mundo fuera de esa habitación no existiera. Como si todo lo que importara estuviera entre esas cuatro paredes, entre nuestras pieles, entre nuestros latidos.

Cuando el placer de ambos, que alcanzamos al unísono, se disipó y el silencio volvió a llenar la habitación, nos quedamos abrazados, sin

necesidad de palabras.

Ella apoyó la cabeza en mi pecho y poco a poco su respiración se fue calmando. Su cuerpo se fue relajando, hasta quedar completamente rendido.

Le acaricié el cabello, la espalda, el hombro. Sentía una mezcla extraña entre paz absoluta y ese vértigo de saber que estaba al borde de algo muy grande.

Estaba jodido. Lo supe ahí, con ella dormida encima de mí.

Porque lo que sentía por Valeria ya no era solo atracción, ni simple conexión. Era algo más profundo. Algo que no había sentido en mucho tiempo.

Y no me asustaba eso. Lo que realmente me asustaba era perderlo. Me asustaba que ella, con todo lo que le había costado derribar sus muros, de pronto los volviera a levantar y me dejara afuera. Me asustaba que pensara que no era lo suficientemente firme como para sostenerla si caía.

Pero también sabía una cosa con total certeza: no pensaba irme. No pensaba retroceder porque ella merecía algo real.

Y si me dejaba, yo estaba dispuesto a serlo.

Capítulo 36



Alejandro

Despertar con Valeria a mi lado fue como descubrir que el mundo, de repente, tenía un botón de pausa. Todo estaba en silencio. Sin notificaciones, sin urgencias, sin esa constante presión de estar en otro sitio. Solo ella, envuelta en una sábana blanca, con un mechón de pelo cubriéndole la mejilla y un brazo extendido hacia mí.

Dormía profundamente. Casi sin moverse. Y yo… yo la miraba como un idiota.

Nunca había entendido del todo esa necesidad que tenían algunas personas de observar a alguien dormir, pero ahora lo hacía. Porque verla así, tan ajena a la armadura que solía llevar cuando estaba despierta, era algo que no podía dejar pasar. Estaba preciosa, vulnerable y jodidamente real.

Mi mano se deslizó con suavidad por su espalda desnuda. Su piel tenía el calor perfecto, ese que te invitaba a quedarte unos minutos más, aunque sabías que el reloj no perdonaba.

No quería moverme, pero el mundo empezaba a girar y moverse incluso cuando uno no lo invitaba. Mi móvil vibró en la mesita. No lo cogí, solo miré el nombre que parpadeó: Martín – Cliente 9:00 h.

Suspiré.

Volví la mirada a Valeria. Estaba empezando a despertar, y sus pestañas temblaban levemente. Me incliné y besé su hombro. Ella se giró un poco, aún medio dormida, y murmuró algo ininteligible.

—Buenos días —susurré.

—¿Qué hora es? —preguntó con la voz ronca, la voz que más me gustaba de todas las suyas.

—Aún ni siquiera son las ocho.

Ella se estiró como una gata y soltó un suspiro largo, satisfecho. Y eso a mí me provocó. Verla allí desnuda, expuesta, lista para mí.

—Tengo café —dijo sin abrir los ojos—. Y pan. Te has ganado un desayuno al estilo Valeria.

Reí por lo bajo. No necesitaba más que eso. Su humor seco, sus ojos entreabiertos, su forma de decir "te dejo quedarte" sin decirlo de frente.

—¿Puedo ayudarte?

—Solo si sabes hacer café sin destruir una cafetera.

—Lo intentaré, pero no prometo nada —y la besé de nuevo.

Pero entre esa preciosa mujer y yo nunca era suficiente con un beso, así que uno llevó a otro, y a una caricia, y finalmente nos volvimos a entregar al deseo y el placer de sentirnos el uno al otro.

La besé una última vez mientras ella me acariciaba la mejilla, y cuando nos miramos, quise no tener que irme, pero el trabajo no podía esperar.

Me levanté y busqué mi ropa por la habitación. Calcetines estaba en el alféizar de la ventana, con cara de "otro día, otro invasor". Le guiñé un ojo, y el cabrón ni pestañeó.

Caminé hasta la cocina con pasos silenciosos. El lugar ya se sentía familiar. Y eso me asustaba un poco.

Preparé el café como aquella mañana después de la gala cuando desperté antes que ella, y cogí el pan para tostarlo. Había una mermelada de higos en la despensa que claramente no era para cualquiera. Preparé la bandeja con mimo, como si llevarle el desayuno fuera parte de un rito mayor.

Cuando regresé al cuarto, ella estaba sentada, envuelta en la sábana, con el cabello revuelto y una mirada que me detuvo en seco.

—¿Sabes lo mal que me vas a caer si además cocinas bien? —preguntó mientras se incorporaba para sentarse apoyada en el cabecero de la cama.

—No es justo, lo sé —dije, dejando la bandeja frente a ella—. Pero vengo con defectos. Tardo en contestar mensajes y a veces dejo la tapa del váter levantada.

—Inaceptable —respondió antes de dar un sorbo al café.

Nos reímos y desayunamos allí mismo, entre besos y mordiscos. Ella me daba trozos de pan con mermelada como si estuviera alimentando a un

pájaro. Yo la miraba como quien quería memorizar algo antes de que se acabara.

Y ahí estaba. En ese cuarto bañado por la luz de la mañana, compartiendo un desayuno que sabía a hogar, sentí algo que no había sentido en mucho tiempo: pertenencia.

—¿Te vas ya? —preguntó, cuando terminé la última gota de café.

—Tengo una reunión en videollamada a las nueve.

—¿Importante?

—No tanto como tú —respondí, sin pensarlo.

Ella bajó la mirada un segundo, momento en el que vi que se sonrojaba levemente. Y esa imagen quedó grabada en mi memoria como algo que quería volver a ver muchas veces.

Me vestí despacio y me acerqué a besarla antes de salir. Ella me cogió del cuello de la camisa y me retuvo un segundo más.

—Alejandro…

—¿Sí?

—No me acostumbro a esto.

—¿A qué?

—A no estar a la defensiva —confesó, y la besé en la frente. Un beso suave y largo.

—Tienes tiempo. Todo el que necesites. Yo no tengo prisa.

Ella cerró los ojos y asintió. Y entonces me fui.

Caminando por la calle hasta mi coche, con el sol apenas alzándose y la sensación de su piel aún pegada a la mía, me di cuenta de que algo había cambiado. No era solo deseo. Era otra cosa. Más profunda. Más peligrosa.

Porque Valeria… Valeria no era una aventura. No era un capítulo sin más.

Es un libro completo.

Y yo estaba empezando a leerlo con una mezcla perfecta de temor y fascinación.

Cuando subí al coche y lo puse en marcha, empezó a sonar el móvil y en la pantalla del coche vi que era Carlos. Que me llamara un jueves a las ocho y cuarto de la mañana no era buena señal.

—Dime —respondí al descolgar.

—Alejandro, buenos días. Perdona la hora, pero necesito que estés en Madrid mañana a primera hora. Hay una reunión crucial con unos

inversores. Tu presencia es imprescindible —dijo, y me quedé en silencio unos segundos.

La llamada me golpeó con una mezcla de realidad y culpa. Había estado tan centrado en Valeria que había olvidado por completo mis compromisos profesionales. Carlos no llamaba a esas horas a menos que fuera verdaderamente importante.

—Entiendo. Voy a organizarme para estar allí.

Colgué y me quedé mirando la pantalla del coche. Una parte de mí quería cancelar. Otra sabía que no podía. Había trabajado demasiado para llegar a este punto como para dar la impresión de que no estaba comprometido con esos inversores, pues no había necesidad de que me dijera quiénes eran; yo ya lo sabía.

Llegué a casa de mi padre con el tiempo justo de darme una ducha, vestirme y coger el café que Celia ya me tenía preparado en la cocina. Entré en el despacho y, cinco minutos antes de la hora, estaba ante el portátil comenzando esa videollamada para la reunión.

Se me fueron dos horas allí hablando con ese cliente, pero finalmente llegamos a un punto que era perfecto para los dos.

Tras un poco más de trabajo, busqué los vuelos para conseguir el que antes me llevara a Madrid y encontré uno que salía esta misma tarde, lo que me permitiría hacer noche en mi piso y estar en la sede a primera hora, tal como me había pedido Carlos.

Me comí un sándwich rápido después de comprarlos y fui a mi habitación para preparar la bolsa.

No necesitaba llevar ropa porque iba a mi casa, pero así que metí el portátil y varios documentos. Mis movimientos eran automáticos, pero por dentro, mi cabeza era un campo de batalla.

Mi madre entró en la habitación justo cuando cerraba la bolsa.

—¿Te vas? —preguntó, sorprendida al ver que guardaba los billetes que había sacado impresos.

—Sí, mamá. Es solo por una reunión de trabajo. Estaré de vuelta el sábado.

—¿Todo bien? No es habitual que te vayas tan rápido.

—Todo en orden. No te preocupes.

Me observó unos segundos. Tenía esa mirada suya, la que usaba cuando sabía que algo me podía estar pasando.

—¿Qué tal con Valeria? —curioseó.

—Bien —admití con una leve sonrisa.

—¿La quieres?

La pregunta me pilló desprevenido. Abrí los ojos ante aquella sorpresa y la miré.

—Me importa, quédate con eso —contesté.

Mi madre asintió con una especie de resignación dulce.

—Que vaya bien tu reunión, hijo —me dio un beso en la mejilla mientras pasaba por su lado, y sonreí.

—Mamá, solo voy a Madrid y estaré de vuelta pasado mañana. No me voy a alistar en el ejército.

—Mientras vuelvas, porque me hace bien tenerte aquí, me conformo.

Sonreí negando, porque eso de que tenerme con ella le hiciera bien era una excusa. Lo que más quería mi madre era que me relacionara y dejara un poco de lado el trabajo, que buscara alguien con quien compartir mi vida.

Antes de salir, decidí enviarle un mensaje a Valeria. Quería que supiera lo que estaba pasando.

Alejandro: *Hola, pequeña. Tengo que ir a Madrid por trabajo, una reunión importante que no puedo eludir. Pero quiero invitarte a cenar el sábado cuando regrese. ¿Te gustaría?*

Poco después, su respuesta llegó.

Valeria: *¡Claro que sí! Me encantaría. Espero que todo vaya bien. Cuídate mucho.*

Sonreí. No había reproches. No había inseguridad. Solo un “te espero”. Ese tipo de apoyo, silencioso, pero firme, era nuevo para mí.

Ya en el taxi, camino al aeropuerto, revisé mentalmente los puntos de la reunión. El caso de inversión. El informe financiero. Las cifras. Pero todo lo que podía pensar era en ella. En su voz ronca por la mañana. En su risa con el café. En cómo se aferró a mi camisa antes de que me fuera.

Durante el vuelo, lo repasé todo, una vez más, pero incluso entre papeles y cifras, el recuerdo de Valeria persistía como una nota musical que no podía dejar de sonar.

Madrid era mi hogar desde hacía años, pero que últimamente me parecía ajena. Como si todo lo que había sido importante en algún momento ahora

palideciera frente a la posibilidad de lo que estaba construyendo con ella, con Valeria.

Capítulo 37



Alejandro

A las ocho y media de la mañana de ese viernes estaba entrando en la sede de mi empresa. El edificio de cristal reflejaba el amanecer madrileño, aún con la ciudad desperezándose. Me gustaba llegar a esa hora. El silencio entre las paredes de mármol y acero tenía algo casi reverencial. Como si los negocios, antes de activarse, guardaran un minuto de respeto por todo lo que estaba a punto de ocurrir.

Saludé a la recepcionista con un gesto breve mientras consultaba el móvil: un mensaje de Carlos me esperaba en la pantalla.

Carlos: *Ya estoy en tu despacho. Café doble. Espero que lo necesites tanto como yo.*

Sonreí negando y fui directo hasta la última planta, donde los ascensores se abrían a ese mundo pulido de mármol, acero y arte corporativo que siempre me pareció más decorado que vivo. Todo olía a limpieza, éxito y control.

Al salir, vi a Emma, mi secretaria, con una sonrisa mientras atendía una llamada. Me hizo un gesto de saludo con dos dedos y continuó hablando sin perder la compostura. Siempre impecable, siempre un paso por delante. Más que una asistente, era una arquitecta silenciosa del orden de mi día a día.

Empujé la puerta de mi despacho y allí estaba Carlos, de pie, leyendo unos papeles con su chaqueta sobre el respaldo de una silla. El café

humeaba en el escritorio. Dos vasos. Uno, ya casi vacío.

—Buenos días —dije al entrar.

—Buenos días, colega. Siento que haya tenido que ser todo tan rápido, pero ya sabes cómo son muchos de esos inversores. O estás tú, o no negocian —suspiró mientras me entregaba una carpeta.

—Lo sé, tranquilo, para eso están los aviones. —Me senté frente al escritorio y cogí el café. Necesitaba ese primer trago como si fuera oxígeno. La cafeína se instaló rápido en mi sistema, como un general que despertaba a sus tropas.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos repasamos cada punto clave. Proyecciones, argumentos, simulaciones de preguntas incómodas. Carlos tenía esa habilidad de anticiparse a los errores ajenos y presentarlos como oportunidades. Y yo, esa de medir cada pausa como si fuera una inversión en silencio.

No solo era una reunión importante. Era una prueba más de que, aunque emocionalmente estuviera en reconstrucción, mi mente seguía funcionando con precisión quirúrgica. Como un reloj suizo que no entendía de rupturas, recuerdos ni mujeres que olían a coco y a peligro.

Cuando Emma nos avisó de que los inversores habían llegado, recogimos todo y nos dirigimos a la sala de juntas. El pasillo olía a menta y alfombra recién aspirada, como si el edificio entero supiera que era día de decisiones grandes. Y entramos.

La mesa de reuniones era un escenario de poder: madera blanca, gruesa, brillante; rodeada por sillones grises como los trajes de quienes la ocupaban. Diez hombres y seis mujeres. Algunas caras conocidas, otras nuevas. Miradas agudas. Sonrisas frías. Gente que movía más dinero con un correo que lo que muchos ganaban en una década.

Y entonces lo vi.

Entre ellos, sentado como si llevara el control remoto del mundo en el bolsillo, estaba el padre de Clara.

Mi mandíbula se tensó involuntariamente, pero no di señales externas. Él no me miró de inmediato. Fingía observar una hoja de datos, pero yo sabía que su atención estaba puesta en mí desde el segundo en que entré.

Hacía meses que no lo veía. Y desde la ruptura con ella nos relacionábamos exclusivamente en el ámbito laboral. En su momento, incluso simpatizaba con él. Era un tipo duro, pero inteligente. Le gustaba

hablar de arte contemporáneo como quien hablaba de fútbol: con pasión inusual y una pizca de arrogancia. Pero en ese momento, el pasado no importaba. Solo lo que representaba: una historia que aún dolía.

La reunión fue intensa. Carlos y yo habíamos ensayado cada respuesta, cada gráfico. Presentamos el nuevo plan de inversión como una historia, con giros, conflictos y una redención financiera final. Era algo más que cifras; era una narrativa. Y funcionó.

Las preguntas llovieron. Algunas técnicas, otras, sutilmente agresivas. La típica dinámica de tiburones con sonrisa blanca.

Pero al final, la aprobación fue unánime.

El aplauso suave de cierre fue más un gesto de protocolo que de entusiasmo. Como si todos supieran que acababan de cerrar algo grande, pero no quisieran que se notara.

Cuando los inversores comenzaron a levantarse, me preparaba para salir cuando lo vi acercarse. El padre de Clara. Alto, delgado, con ese aire autoritario que no necesita volumen para imponer respeto. Traje azul oscuro. Corbata granate. Reloj suizo. Ninguna arruga en el traje. Ninguna grieta en el gesto.

—Alejandro —dijo, extendiendo la mano.

Le di la mía. Firme. Profesional. Fría.

—Quería hablar contigo un momento —añadió.

—Claro —respondí, intentando mantener la compostura.

Nos apartamos ligeramente hacia una esquina, donde la acústica de la sala ayudaba a que la conversación quedara entre nosotros.

—Mi hija no ha sido la misma desde que... —hizo una pausa, buscando las palabras—. Desde que terminasteis. Sé que las cosas no fueron fáciles. No estoy aquí para justificar nada, pero Clara… no ha podido pasar página.

Mi garganta se tensó. El nombre de Clara aún tenía un peso en mi pecho, aunque quisiera negarlo.

—Lo siento, pero eso no es posible. Nunca podré perdonar lo que hizo.

No había odio en mi voz, pero tampoco nostalgia, solo una certeza sólida, sin grietas.

Él asintió, bajando un poco la mirada. Era un hombre de negocios, acostumbrado a perder y recuperar, pero también sabía cuándo había algo irrecuperable.

—Sabía que dirías eso —murmuró—, pero tenía que intentarlo.

Me dio un apretón en el hombro, casi paternal, y se alejó sin decir más. Dejó tras de sí un silencio denso.

Carlos se acercó justo cuando yo regresaba a recoger mis papeles. Tenía esa sonrisa que reservaba para momentos incómodos.

—No pienses en esa mujer ni en lo que hizo —me dijo con naturalidad, como si hablara del clima—. Piensa en Valeria, esa diosa de la zumba. Tienes suerte de tenerla. Esa mujer es de las que hacen fantasear —dijo con un leve suspiro, y lo miré, medio divertido, medio ofendido.

—¿Fantaseas con Valeria?

Carlos soltó una carcajada que resonó en la sala vacía.

—Si no lo hiciera, sería ciego además de idiota.

Recordé entonces lo que Valeria me había dicho aquella noche en el club, con una mezcla de humor y seriedad: que estaría con los dos a la vez. Carlos y yo. Sonaba a broma, pero también a desafío.

—Voy a cenar con ella el sábado —le dije, recogiendo la Tablet y mi portátil—. Si vienes a Marbella conmigo, puede que te deje unirte a nosotros.

Carlos abrió los ojos y soltó una risa que terminó en un silbido.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Y si lo estuviera?

—Entonces empezaría a buscar un vuelo ahora mismo —dijo, sacando su móvil como si acabara de ganar una apuesta.

Y lo hizo, buscó vuelo a la misma hora que el mío para poder irnos juntos y pasar el fin de semana conmigo en Marbella.

El ascensor nos tragó de nuevo. Bajamos en silencio. Cada uno pensando en su parte de ese fin de semana que se avecinaba. Carlos, con la impaciencia de quien esperaba una aventura. Yo, con la extraña mezcla de deseo y ternura que solo Valeria me provocaba.

De camino a mi piso, sentado en el asiento trasero del taxi, escribí el mensaje que llevaba formulando mentalmente desde que salimos de la reunión.

Alejandro: *¿Decías en serio lo de estar con Carlos y conmigo? ¿Te gustaría que fuera mañana?*

Estuve a punto de borrarlo tres veces antes de enviarlo. No porque dudara de mí, sino porque una parte de mí no estaba acostumbrada a la

libertad con la que Valeria manejaba su deseo.

Los minutos pasaron como si alguien los estirara a propósito. El reloj del taxi parecía burlarse de mi ansiedad. Pero finalmente, la pantalla se iluminó.

Valeria: *Sí. Pero él no va a hacer mucho más que mirar y jugar un poco. El resto es todo para ti.*

Leí el mensaje varias veces. Mi piel se erizó. No solo por lo que decía, sino por lo que insinuaba. Valeria no era una mujer que compartiera fácilmente. Pero tampoco jugaba con reglas comunes. Era, en su forma más cruda, libertad. Con ella no había medias tintas. Era todo o nada.

Y yo… yo quería todo.

Respiré hondo. El taxi giró por la calle y me dejó frente a mi edificio. Subí a mi planta con el pulso agitado. Encendí el portátil para responder algunos correos, pero mi cabeza estaba a kilómetros.

En su voz. En su mensaje. En lo que significaría esa noche.

Una noche en la que nada sería igual.

Una noche donde, quizás, terminaría de perderme.

O de encontrarme.

Carlos era mi mejor amigo y la persona de mayor confianza en mi empresa y en mi propia vida. Él me mostró ese mundo donde el sexo sin promesas me servía para evadirme y habían sido varias las veces que compartimos a alguna de esas mujeres. Por eso confiaba en él para estar con Valeria.

Lo llamé para decirle que ella había dicho que sí y soltó el aire, permaneciendo unos instantes más en silencio antes de hablar.

—¿Tú estás seguro? —me preguntó— A ver, Alejandro, que sé que tú sientes algo por ella y…

—Es solo sexo, un juego, sin más. Ella dijo que lo había hecho otras veces; yo le dije que de hacerlo sería con alguien de confianza y cuando dedujo que eras tú, estuvo de acuerdo.

—Pero, ¿y si un día te casas con ella?

—¿Quién ha hablado de matrimonio? —fruncí el ceño y me reí.

—Bueno, si tú no ves problema, yo tampoco. Pero, oye —se quedó un segundo en silencio—. ¿Y si me enamoro de ella? ¿Qué pasa si después me prefiere a mí?

Juro por Dios que en ese momento me salió una carcajada tan fuerte que estaba seguro de que me habría escuchado más de un vecino. Solo a él podrían ocurrírsele esas cosas para preguntar, a modo de broma, y quitar hierro al asunto.

Porque sí, era mi mejor amigo y quien más me conocía, por lo que sabía que Valeria no era solo una mujer más que meter en mi cama; Carlos sabía que ella me importaba.

—No te rías, que estoy nervioso por primera vez en mi vida. Joder, que esa es tu mujer, colega.

—No lo es, y lo sabes.

—Como si lo fuera, Alejandro.

—Lo que sí tenemos que tener claro es que ella marca el ritmo, ella decide, ¿de acuerdo?

—¿Y tú?

—Yo solo me aseguro de no perder el compás.

Colgamos tras unos minutos más hablando y Carlos dijo que iba a quedarse el resto de la tarde en casa sin trabajar ni pensar en nada más que lo que pasaría el día siguiente para "prepararse mentalmente", según sus palabras.

Yo, por mi parte, trabajé un poco hasta la hora en la que debíamos irnos para el aeropuerto, puesto que el vuelo era nocturno y llegaríamos a Marbella de madrugada.

Y al igual que cuando nos despedimos en el yate, estaba deseando verla de nuevo, y aunque debería estar molesto porque mi mejor amigo iba a tocar y disfrutar de ella, no lo sentía como tal.

Valeria, al igual que yo, vivía el sexo como quería, sin tabúes, sin prejuicios, tan solo disfrutando de todo lo que el otro podía ofrecerte.

Y yo quería ponerme a prueba, sí, saber si ella realmente me importaba tanto como para no querer que nadie más que yo la hiciera excitarse y estremecerse hasta llegar al límite de su resistencia.

Capítulo 38



Valeria

El espejo me devolvía una imagen que apenas reconocía. Era yo, claro, pero no la Valeria de cada día. Esta noche era otra cosa.

El maquillaje aún no estaba terminado, pero ya podía intuir el efecto completo: los ojos delineados con precisión, el toque sutil de sombra dorada que resaltaba mis pupilas oscuras y los labios en un bonito color carmesí, aún sin pintar, esperando ese último detalle que cerraría el conjunto como un broche.

En el tocador, la base y los pinceles estaban organizados como si fuera una sesión fotográfica. Me había tomado mi tiempo para preparar esta noche y, aun así, sentía que el tiempo se me escapaba como arena entre los dedos.

Respiré hondo y miré la cama, donde reposaba el conjunto de lencería que había elegido con una mezcla de determinación y vértigo. Era de encaje negro, con detalles bordados casi imperceptibles y un diseño que sugería mucho más de lo que mostraba. No era solo sexy: era una declaración. Un grito silencioso de deseo, de confianza, de anticipación.

Pensar en Alejandro me provocaba ese nudo en el estómago que llevaba días cultivando. Desde que accedí a vernos esta noche, con él y con Carlos, algo se había encendido dentro de mí. No era miedo, ni exactamente inseguridad. Era ese cosquilleo eléctrico, ese juego peligroso que se encendía cuando sabías que estabas cruzando una línea y, aun así, no podías dejar de avanzar.

Me deslicé dentro del conjunto de lencería y sentí el contraste del encaje frío contra mi piel caliente. Me miré de nuevo y sonreí. Quería gustarme primero a mí, antes de gustarle a él.

El vestido lo colgué del perchero junto al espejo para admirarlo antes de ponérmelo. Rojo oscuro, ceñido en la cintura, con un escote elegante y una espalda descubierta que sugería más que mostraba. No era vulgar, era... letal. Lo había elegido pensando en Alejandro, sí, pero también sabiendo que Carlos estaría. Y que algo entre los tres, aunque no se dijera en voz alta, estaba flotando en el aire.

Me senté a retocar el maquillaje cuando empezó a sonar mi teléfono. Al ver el nombre en la pantalla, se me suavizó la expresión.

—Marina —dije en voz baja, sonriendo, y contesté de inmediato—. Hola, prima. ¿Cómo estás?

—¿Yo? —contestó ella, suspirando— He tenido días mejores. ¿Y tú? ¿Lista para tu noche de película?

Me reí suavemente antes de responder. Cuando me llegó el mensaje de Alejandro, no pude evitar poner a mi prima y a Sofía al tanto. Las dos me conocían, aunque solo mi mejor amiga fuera consciente desde hacía años de cómo vivía mi sexualidad.

Pero Marina, que ahora también era conocedora de ese modo de disfrutar del sexo, era buena para escuchar sobre mis nervios.

—Más o menos. Estoy que me tiemblan las manos, y eso que aún no ha empezado.

—Eso es buena señal —dijo Marina—. Si no te temblaran, sería mala señal. ¿Estás nerviosa por Alejandro… o por Carlos?

—Por los dos —contesté, porque no podía mentirle—. Pero más por mí. Porque no sé cómo voy a reaccionar cuando los tenga delante a los dos. No es la primera vez que hago algo así, pero… ¿Y si esto hace que Alejandro y yo nos distanciemos? A fin de cuentas, Carlos es su mejor amigo.

—Cariño, si no fuera su mejor amigo, no estarías en esta situación. Estoy segura de que Alejandro no querría que hicierais algo así con otra persona. Y dudo mucho que os distancie, la verdad —dijo, con esa sonrisa que siempre podía adivinar en su voz, aunque estuviera a cientos de kilómetros.

—Bueno, pero mejor hablemos de ti. ¿Cómo estás? Y quiero que me digas cómo estás de verdad.

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier respuesta. Luego la oí suspirar.

—Mauro vino a buscarme ayer —contestó, y me incorporé en la silla.

—¿Qué?

—Sí. Apareció en la puerta de casa. Con flores. Como si eso pudiera arreglar algo. Me dijo que lo sentía, que había cometido un error, que todavía me quería…

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que se fuera al diablo —respondió, con un deje de amargura—. Que no puedo perdonarlo. Que me engañó durante meses, Valeria. Con una mujer casada, además. ¿Sabes lo que más me duele? Que ahora que esa mujer se negó a dejar a su marido, él vuelva a mí como si fuera la segunda opción. Como si pudiera conformarme con las sobras.

Me dolió escucharla. Marina siempre había sido fuerte, pero conocía bien esa tristeza que se metía en los huesos. Había estado saliendo con Mauro durante dos años, y sabía cómo se sentía el hecho de estar con alguien durante tanto tiempo para acabar descubriendo que prácticamente era un desconocido para ti.

—No deberías quedarte ahí, Marina, de verdad. Vente a Marbella una temporada. Cambia de aires, desconecta. Te necesito aquí, además.

—Lo he pensado —dijo, y su voz sonaba más animada—. Voy a hablar con Saúl. Quizá me escape unas semanas. Necesito estar con alguien que me entienda.

—Aquí tienes tu habitación esperando —le dije, con una sonrisa que ahora sí fue auténtica.

Colgamos con promesas de llamadas, planes de escapadas y un poco de esa complicidad que siempre nos salvaba en los peores momentos.

Apenas dejé el móvil sobre el tocador, vibró de nuevo. Esta vez era Alejandro.

Alejandro: *Estoy abajo.*

La sonrisa se me escapó antes de poder evitarlo. Cogí el vestido y me lo puse con movimientos rápidos, precisos. Me acomodé el escote, retocando el perfume en el cuello y las muñecas, y salí del apartamento con el corazón latiendo tan rápido que parecía un caballo desbocado.

Cuando abrí la puerta del edificio y lo vi, apoyado en su coche, su figura me cortó la respiración. Tan guapo como siempre, con esa seguridad natural que hacía que todo lo demás desapareciera. Llevaba una camisa blanca, remangada, y el pelo ligeramente alborotado, pero que le quedaba muy sexy.

Levantó la vista y al verme, su sonrisa fue como un impacto eléctrico.

—Valeria… —murmuró, y caminó hacia mí— Estás impresionante.

Antes de que pudiera contestar, me rodeó con un brazo por la cintura y me besó. Un beso de los que no dejaban dudas, de los que marcaban territorio, de los que te hacían olvidar que alguna vez tuviste miedo.

Y entonces supe que la noche apenas comenzaba.

El coche se deslizaba por las calles iluminadas de Marbella como si flotara. Yo iba sentada junto a Alejandro, con la mano apoyada sobre su muslo, sintiendo el calor de su piel a través del pantalón. No hablábamos mucho. Él conducía con una sonrisa medio oculta en los labios, y yo no quería romper el encanto. Esa tensión densa, deliciosa, lo decía todo.

—¿Estás bien? —me preguntó al parar en un semáforo y asentí, mirándolo de reojo.

—Estoy nerviosa.

—¿Por lo de esta noche?

—Sí. —No tenía sentido mentirle.

Él apartó una mano del volante y me acarició la cara con el dorso de los dedos.

—No tienes nada de qué preocuparte. Te lo prometo. Esta noche va a ser… especial.

Sus palabras eran como vino tinto en la boca: intensas, profundas, con ese toque peligroso.

Llegamos al restaurante a las nueve en punto. Era un sitio elegante, con luces tenues y música suave de fondo. Las mesas estaban bien espaciadas, y el ambiente era íntimo sin ser demasiado formal. Al entrar, una chica de melena larga y negra azabache nos saludó con una sonrisa cómplice, como si supiera exactamente lo que íbamos a vivir esa noche.

Carlos ya estaba allí. De pie, junto a la mesa, con un vaso de whisky en la mano. Al vernos, sonrió, y sentí cómo se me apretaba el estómago. Llevaba un traje oscuro, perfectamente entallado, y una camisa azul marino

que realzaba su piel dorada. Era diferente a Alejandro: más discreto, más contenido, pero con una intensidad que se notaba incluso en el silencio.

—No sabía que cenaría con nosotros —dije en un susurro y Alejandro sonrió de medio lado.

—Si no quieres…

—No, no, por Dios, no es eso. Es que pensé que él estaría solo para… ya sabes.

—No le digas que te lo he dicho, pero él también está nervioso. Cree que me voy a enfadar porque te toque o algo —murmuró poco antes de que llegáramos a la mesa.

—Hola, preciosa —dijo Carlos al besarme la mejilla, suave, apenas rozando mi piel—. Estás… guapísima.

—Gracias —sonreí.

Alejandro lo saludó con un apretón de manos, firme, como si ambos estuvieran midiendo sus fuerzas en un juego silencioso. Nos sentamos, y por unos segundos, el silencio nos rodeó. Me acomodé la falda del vestido sobre las piernas, crucé las rodillas con elegancia y forcé una sonrisa.

—¿Vino? —preguntó Carlos, levantando la botella ya abierta.

—Claro —dije, y observé cómo llenaba mi copa con precisión casi ceremoniosa.

Charlamos durante la cena, primero sobre temas superficiales: el trabajo, viajes recientes, anécdotas divertidas. Alejandro contó una historia sobre un cliente imposible y yo me reí, quizá más fuerte de lo necesario. Carlos escuchaba, atento, como si analizara cada palabra, cada gesto. A veces nuestras miradas se cruzaban y sentía ese calor latente, esa corriente que nos conectaba.

Alejandro me cogía la mano con ternura, nos mirábamos y a mí se me dibujaba una sonrisilla en los labios. Había estado con dos hombres en la cama en más de una ocasión en estos años, pero estar con ellos dos me ponía más nerviosa de lo que habría imaginado.

El primer plato fue una burrata con tomate confitado y aceite de trufa. Delicado, perfecto. El segundo, un risotto cremoso con setas salvajes. Yo apenas podía concentrarme en la comida. La conversación comenzaba a tomar un cariz más íntimo.

—¿Y tú, Valeria? —preguntó Carlos de pronto, con una sonrisa ladeada — ¿Estás lista para lo que viene después?

Su pregunta era inocente, en apariencia. Pero su tono me hizo sonrojarme por completo.

—Eso depende —dije, desafiándolo—. ¿De qué estamos hablando exactamente?

Alejandro rio suavemente y me cogió la mano bajo la mesa.

—De que esta noche es para disfrutar —dijo él—. Sin presiones. Solo lo que tú quieras.

Me gustaba ese acuerdo tácito entre ellos, ese equilibrio extraño. No había celos, ni tensión posesiva. Solo deseo compartido. La libertad de explorar, sin etiquetas. Aun así, sentía que caminaba sobre una cuerda floja. Una parte de mí quería correr, otra quedarse. Y una tercera, más atrevida, quería saltar al vacío.

La música cambió y empezó a sonar un tema de jazz suave, casi sensual. Carlos se levantó y me tendió la mano.

—¿Bailas?

Miré a Alejandro por instinto, como si fuera mi pareja o algo así. Él asintió, relajado. Entonces cogí la mano de Carlos y lo seguí hasta ese rincón junto al ventanal donde algunas parejas bailaban, despacio, como si estuvieran solos en el mundo.

Me rodeó la cintura con firmeza, y yo posé mis manos sobre sus hombros. Estábamos tan cerca que podía sentir su respiración en mi cuello.

—Estás preciosa —me susurró al oído—. Este vestido va a matarme esta noche.

—¿Te gusta?

—Mucho, pero lo que más me gusta es lo que sé que hay debajo.

Sus palabras me provocaron un escalofrío. Apreté las piernas inconscientemente y desvié la mirada para disimular.

—Carlos… —susurré, sin saber muy bien qué iba a decir.

—No tienes que decir nada —interrumpió—. Solo quería que lo supieras. Que esta noche no hay expectativas. Ni planes fijos. Solo deseo. Y tú decides. Y sobre todo quiero que sepas que lo que va a pasar es un juego, es sexo. Más allá de eso, y de lo que pueda o no haber entre Alejandro y tú, quiero que seamos amigos.

Eso era lo que me desarmaba, su capacidad para leerme sin exigencias. Me dejó libre, y en esa libertad, me atrapó.

Cuando volvimos a la mesa, Alejandro me miró con esa intensidad suya, como si pudiera oler el cambio en el aire. Me acarició la espalda con una caricia lenta, descendente, y murmuró:

—Quiero bailar contigo también.

Nos levantamos, y esta vez fui yo quien lo abrazó primero. Con Alejandro, el baile era distinto. Más lento, más íntimo. Como si el mundo se hubiera detenido solo para nosotros.

—¿Estás bien? —me preguntó otra vez, en voz baja.

—Sí —y era cierto. Entre ellos, entre miradas, roces, palabras no dichas, había encontrado una seguridad que no esperaba.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto esta noche con nosotros?

Me costó un segundo responder. No por duda, sino por la emoción que me provocaba escucharlo decir “nosotros”.

—Sí —dije con voz firme y una seguridad que no sabía que tenía—. Estoy lista.

Él me besó la sien, un beso suave, y volvimos a la mesa para pagar la cuenta.

Capítulo 39



Valeria

La noche se alargaba como un suspiro, un continuo juego de miradas, risas y palabras susurradas que se perdían en el aire. En el coche de vuelta, la ciudad parecía difusa, como si el mundo fuera más pequeño, más íntimo, más nuestro.

Los tres, envueltos en esa atmósfera eléctrica, viajábamos hacia un destino sin nombre, sin preguntas. El coche se deslizaba con suavidad por las calles iluminadas, pero algo en el ambiente ya estaba cambiando. El aire se volvía más denso, más cargado de lo que estaba por venir.

Cuando llegamos al hotel, entramos juntos y fuimos hacia el ascensor, donde noté la mano de Alejandro en mi cintura dándome un leve apretón como si ese fuera su modo para tranquilizarme.

Al salir en la última planta, Carlos abrió la puerta de la suite con un gesto suave y me invitó a pasar primero, un toque caballeroso que, sin embargo, estaba cargado de intención. El espacio estaba cálido, con luces bajas, y una suave fragancia a vainilla y madera impregnaba el aire. Me quité los tacones y sentí el frío del mármol bajo mis pies, pero no me detuve. No quería detenerme.

Cuando me giré, Alejandro y Carlos estaban ahí parados, observando, en una postura relajada, pero sus ojos no dejaban de recorrerme. Me sentía observada, desnuda en su mirada, pero no me importaba. Sabía que estaba a punto de adentrarme en algo excitante.

Sus miradas eran más que suficientes para hacerme temblar. No necesitaba palabras para entender lo que ambos querían. La música de fondo ya comenzaba a sonar, suave, envolvente, casi como un eco lejano.

—¿Bebemos algo? —preguntó Carlos, rompiendo el silencio que se había formado entre nosotros.

Me giré hacia él y sonreí, aunque el nudo en mi estómago seguía presente, apretándome con cada paso.

—Sí, claro —respondí, intentando mantener la calma. Todo eso me parecía tan real. ¿Era este el momento en que finalmente cruzaba una línea de no retorno?

Alejandro no se movió del sitio, observando cómo Carlos se dirigía a la barra para preparar las copas. Se acercó a mí, despacio, como si quisiera saborear cada segundo de ese instante. Su aliento caliente rozó mi oído, y me estremecí.

—¿Estás segura de que quieres esto? —preguntó, casi en un susurro.

Miré sus ojos, buscando una respuesta. No era solo deseo lo que veía ahí; era algo más profundo, algo que no me atrevía a nombrar. Pero lo sentía, como una promesa inquebrantable en el aire. Asentí, incapaz de articular una palabra. ¿Era este el momento en que todo cambiaría? ¿Dónde acabaría todo esto?

Me cogió la mano y me condujo hacia el sofá. Carlos ya tenía las copas preparadas; la luz tenue resaltaba sus facciones, y la atmósfera se había vuelto más intensa, como si el espacio mismo estuviera cargado de electricidad. Era extraño, todos sabíamos lo que estaba pasando, pero no se decía nada. El deseo se filtraba en cada gesto, en cada mirada, sin prisa.

Nos sentamos juntos, casi a la par, sin que ninguno de los dos pareciera querer invadir el espacio del otro. Pero la tensión estaba allí, palpándose en el aire. Carlos levantó su copa.

—Brindemos —dijo, y sus ojos se encontraron con los míos—. Por esta noche, por lo que somos… por lo que podemos llegar a ser.

Mi corazón dio un brinco, pero no dejé que mi rostro lo mostrara. Sonreí y levanté mi copa. Todos brindamos en silencio, y en ese breve instante, algo cambió. Fue como si el mundo se desvaneciera por completo, y solo quedáramos nosotros tres, suspendidos en esa burbuja de deseo.

El sorbo de vino cayó en mi lengua con su sabor afrutado, mientras la cercanía de Alejandro me hacía vibrar, como si su energía estuviera calando

cada rincón de mi ser. No podía dejar de pensar en lo que me esperaba, en lo que ambos me ofrecían sin palabras, sin explicaciones.

Alejandro se inclinó hacia mí, sus labios apenas rozándome cuando susurró en mi oído:

—¿Estás lista, Valeria?

Su voz era como un eco en mi mente, arrastrándome a un lugar donde ya no había vuelta atrás. Asentí lentamente, sin poder hablar, y en ese mismo instante sentí el calor de su cuerpo a mi lado, el roce de sus dedos deslizándose por mi brazo hasta alcanzar mi mano. Los dos lo sabíamos, esta noche era nuestra. Sin miedo, sin restricciones.

Carlos se acercó entonces, y sin decir nada, empezó a acariciar mi cuello, con delicadeza, como si estuviera explorando cada centímetro de mi piel. La sensación era tan íntima, tan cálida, que cerré los ojos un momento para dejarme llevar. La respiración se me aceleró, y el latido de mi corazón parecía resonar en mis oídos.

—No tienes que hacer nada que no quieras —dijo Carlos, como si leyera mis pensamientos, como si percibiera la lucha interna que aún estaba librando.

Abrí los ojos y lo miré, notando la seriedad en su mirada. Algo había cambiado entre nosotros, ya no era solo un juego de seducción, era algo más profundo, algo que no se podía describir solo con palabras.

Antes de que pudiera responder, Alejandro se inclinó sobre mí, besándome con una pasión contenida, como si estuviera esperando que yo tomara el control de lo que venía, pero no lo hice. Dejé que ambos me llevaran hacia ese lugar oscuro y tentador que estaba por explorar.

Y entonces, por primera vez en toda la noche, todo dejó de ser confuso. Dejó de ser un juego de miradas, de promesas no dichas. En ese preciso momento, entendí que estaba completamente atrapada en su mundo, en este mundo que ellos habían construido para mí, y no quería salir.

Cuando se separó, Alejandro entrelazó nuestras manos, se levantó y me ayudó sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. Tragué saliva con fuerza y noté que Carlos se levantaba también y me rodeaba con un brazo por la cintura, entrelazando mi otra mano con la suya y besando mi hombro desnudo.

Cerré los ojos y sentí que me estremecía ante ese leve contacto. Comenzamos a caminar hacia la habitación y, cuando entramos, Alejandro

nos condujo hasta la cama, donde se detuvo para sostener mi nuca con la mano y besarme con firmeza mientras Carlos, aún a mi espalda, subía la mano que tenía en mi cintura hasta cubrir uno de mis pechos.

Gemí en la boca de Alejandro y él afianzó aún más el beso, uno más urgente y posesivo.

Carlos me besó el cuello y noté que sus manos abandonaban mi cuerpo para comenzar a desabrochar la cremallera del vestido. Cuando la bajó completamente, sentí las yemas de sus dedos subiendo muy despacio por mis brazos y no tardé en notar cómo sostenía los tirantes y los iba deslizando despacio por mis brazos hasta que noté la tela cayendo a mis pies.

—Preciosa —murmuró Carlos a mi espalda, y noté sus manos acariciándome los costados, la espalda y las nalgas desnudas.

Alejandro se apartó y nos miramos fijamente, los dos jadeando, y sus manos recorrieron mi cuerpo al igual que lo hacían las de Carlos.

No tardó en dedicarme una sonrisa al ver mi conjunto negro; me sonrojé y acabé mordiéndome el labio inferior.

—Antes de empezar —dijo Carlos, rodeándome por la cintura, pegándose a mi espalda, y tanto Alejandro como yo le miramos—. Quiero que me aclaréis qué papel juego yo esta noche.

—¿Valeria? —miré a Alejandro y tragué saliva— Tú decides, pequeña —me acarició la mejilla—. Tú dices qué puede o qué no puede hacer Carlos.

—Puede mirarnos, tocarme, besarme —algo cambió en los ojos de Alejandro al decir esto último, pero fue tan fugaz que creí que me lo había imaginado—. Puede…

—¿Lamerte? —preguntó Carlos— ¿Follarte?

—Sí —contesté con un jadeo porque me estaba excitando con solo estar así, en ropa interior entre dos hombres.

—¿Algo que no pueda hacer? —interrogó mientras me acariciaba el costado y besaba mi hombro.

—Las órdenes te las da Alejandro, tú no puedes darle ninguna a él.

—Vaya, hombre, para una vez que pensé que podría ser yo su jefe —protestó, y Alejandro y yo reímos, porque Carlos era así de bromista, y estaba claro que esto lo hacía para quitar hierro al asunto.

Alejandro me dio un beso suave en los labios, una señal de que estaba de acuerdo y agradecido con lo que yo acababa de decir.

Sí, la decisión de lo que podía o no hacer Carlos era mía, pero quería que Alejandro tuviera todo el control esta noche, porque sin que se lo hubiera dicho a él, me sentía suya. Absoluta y completamente suya.

Capítulo 40



Valeria

Tras mis palabras, Alejandro no tardó en pedirme que me quedara allí quieta de pie mientras ellos se desnudaban. A Carlos no lo veía porque seguía a mi espalda, pero a él… A Alejandro lo veía perfectamente y me excitaba con esa manera lenta y sensual con la que se desprendía de la ropa.

En cuanto se quedó completamente desnudo, me quitó el conjunto y comenzó a besarme el interior del muslo, arrodillado ante mí.

Solo una mirada fue suficiente para que Carlos supiera lo que le estaba diciendo y mientras Alejandro me lamía el clítoris despacio y haciéndome jadear y gemir, Carlos masajeó mis pechos y comenzó a pellizcarme los pezones y tirar de ellos.

Me recosté sobre su torso con los ojos cerrados y dejé que ambos me tocaran. No tardé mucho en notar que Carlos se inclinaba por un lado y comenzó a lamer mi pezón.

Aquello era exquisito, un placer que estaba acostumbrada a sentir, pero que con Alejandro era aún más intenso que de costumbre.

Alejandro lamía rápido entre mis pliegues, mordiéndome el clítoris y penetrándome con dos dedos, haciendo que me estremeciera y gritara presa del placer.

Cuando llegué al primer orgasmo de la noche, me agarré con una mano al hombro de Alejandro y con la otra apreté fuerte la mano que Carlos tenía en mi cadera. Ellos dos me habían hecho correrme de ese modo tan intenso.

Vi a Alejandro incorporarse y me miró con los ojos brillantes por el deseo y me acarició la mejilla antes de que Carlos me sostuviera la barbilla, haciendo que lo mirara a él para besarme.

Mientras lo hacía, sentía sus dos manos entre mis piernas, rozando con los dos pulgares mi clítoris mientras me penetraba con dos dedos. Gemí en su boca y noté las manos de Alejandro en mis pechos; después sentí su lengua lamiendo un pezón y luego el otro, para morderlos después y tirar de ellos con sus dientes mientras movía las caderas, sintiendo el miembro duro de Carlos en la parte baja de mi espalda.

Volví a correrme de nuevo y gemí en su boca mientras lo hacía, mientras él seguía penetrándome con dos dedos y jugando con sus pulgares en mi clítoris, haciendo que el orgasmo se intensificara aún más.

Cuando todo acabó, se apartó y me quedé apoyada en su hombro, con los ojos cerrados y jadeando, sintiendo cómo mi pecho subía y bajaba con rapidez.

Alejandro se apartó a un lado, dejando que Carlos me cogiera en brazos y, tras recostarme en la cama, se inclinó para comenzar a lamer mis pezones y morderlos, haciéndome gemir y arquear la espalda mientras Alejandro solo observaba.

Cuando sentí la lengua de Carlos en mi clítoris, grité ante esa rápida lamida y arqueé la espalda cuando noté que volvía a lamer mi sexo, húmedo y excitado, mientras sujetaba mis muslos con ambas manos de modo que Alejandro pudiera ver bien lo que hacía.

El deseo y el morbo bailaban en los ojos de Alejandro; yo me mordí el labio y le pedí con la mano que viniera. Se acomodó a mi lado y tiré de él para besarlo, deseaba hacerlo, deseaba que se bebiera mis gemidos y que disfrutara de ellos mientras su amigo me hacía correr con la lengua.

No tardé en llegar de nuevo mientras movía las caderas, y cuando liberé todo el clímax, Alejandro se apartó.

—¿Todo bien? —pregunté en un susurro, y él asintió.

—¿Y tú?

—Sí, pero quiero lamerte —dije, y vi el fuego en sus ojos.

No tardó en acomodarse de modo que pudiera lamer su miembro y jadeó ante el primer roce. Miré a Carlos y vi que comenzaba a masturbarse, lo que hizo que me excitara aún más.

—Carlos, mastúrbala a ella también —le dijo Alejandro, y Carlos sonrió de medio lado.

Sin dejar de tocarse a sí mismo, comenzó a jugar con sus dedos entre mis pliegues, rozando mi clítoris y penetrándome alternamente mientras yo lamía el miembro de Alejandro desde la base a la punta y me lo llevaba a la boca para saborearlo.

Aquel juego de tres podría ser una locura para cualquiera, pero para nosotros era algo normal, algo íntimo y excitante que nos gustaba disfrutar y compartir.

Cuando volví a correrme, Alejandro me pidió que masturbara a Carlos y comencé a hacerlo, con las dos manos envolviendo su miembro mientras ellos me observaban. Miré a Alejandro al ser consciente de que Carlos deseaba que le acogiera en mi boca también, y él asintió dando ese permiso que no es que yo necesitara, pero que de algún modo quería para saber que todo lo que estábamos haciendo los tres estaba bien.

Lamí el miembro de Carlos y, tras varias lentas pasadas con mi lengua, le acogí en mi boca mientras Alejandro, a mi lado, me masturbaba a mí.

Y me corrí de nuevo, con fuerza y sintiendo que esta noche iba a ser muy diferente a otras que había vivido antes.

Carlos se apartó de mi boca y lo vi ir hacia la mesita, de donde sacó un par de preservativos y le entregó uno a Alejandro. Ambos se lo pusieron y fue Carlos el primero en penetrarme, mientras Alejandro me besaba y acariciaba mis pechos.

En cuanto llegué a un nuevo orgasmo, sentí que Carlos se corría también, y antes de retirarse para dar paso a Alejandro, me dejó un beso suave en el vientre.

Alejandro y yo nos miramos, el deseo en los ojos de ambos, y cuando me penetró, arqueé la espalda mientras me agarraba a sus brazos con fuerza. Carlos seguía con nosotros, tocándome los pechos, lamiendo y mordisqueando mis pezones, pero yo no podía dejar de mirar a Alejandro.

Me estremecí cuando aumentó el ritmo; entonces lo vi en sus ojos y lo sentí: estaba a punto de llegar al clímax, al igual que lo estaba yo.

Y sin apartar la mirada del otro, nos dejamos llevar por esa oleada de placer que nos envolvía y nos corrimos al unísono, entre gemidos y gritos que resonaron en la habitación de aquella suite.

Alejandro me besó una última vez antes de retirarse, y Carlos me dio un beso suave en el hombro.

La madrugada avanzaba con la misma calma que había cubierto la noche. Estábamos allí, en esa habitación, juntos, pero al mismo tiempo, cada uno estaba sumido en sus propios pensamientos.

Alejandro me abrazaba, su pecho cálido contra mi espalda, sus dedos deslizándose suavemente por mi brazo, como si estuviera comprobando que realmente estaba allí. Carlos, a nuestro lado, se había quedado en silencio, su mirada fija en el techo, pero sin perder la tensión que se mantenía entre nosotros.

El tiempo parecía haberse detenido y, sin embargo, había algo en el aire, algo que me hacía sentir que todo estaba a punto de cambiar.

—No sé qué hacer ahora —dije de repente, rompiendo el silencio.

Ambos se movieron, sorprendidos, como si hubieran estado esperando ese momento, pero ninguno dijo nada al principio. Alejandro acarició mi hombro y me giró hacia él, su rostro aún iluminado por la tenue luz que entraba a través de las ventanas.

—Lo único que tienes que hacer, pequeña, es lo que sientas que es lo mejor para ti —dijo, con voz suave, pero llena de una sinceridad que me dejó sin palabras.

Carlos, por su parte, levantó la cabeza lentamente y me miró. Sus ojos, siempre tan calculadores, ahora estaban suaves, casi vulnerables.

—No hay presión, preciosa. No entre nosotros, no contigo misma. Solo disfruta de este momento.

Mi pecho se tensó. Aquellas palabras, tan llenas de comprensión, me hicieron sentir más perdida que nunca. Por un lado, quería quedarme allí, en ese espacio donde todo parecía tan claro, tan placentero. Pero, por otro lado, la realidad me golpeaba en la cara. No podía ignorar que esta situación, por más intensa que fuera, era complicada. El futuro de lo que habíamos compartido esa noche no podía seguir siendo tan ambiguo.

—¿Y qué pasa después de esta noche? —pregunté, casi en un susurro, mirando a ambos, buscando una respuesta que me diera algo de claridad.

Alejandro no dudó ni un segundo en responder.

—Lo que pase después… depende de ti.

Carlos se incorporó lentamente y se acercó a mí. Su mano encontró la mía, y me la apretó con suavidad.

—Nos hemos divertido, hemos disfrutado, y es lo que importa. Te lo dije en el restaurante: pase lo que pase, quiero que seamos amigos.

Sus palabras calaron hondo en mí. Era cierto que esta noche había sacudido algo dentro de mí. Algo que no podía negar, pero que también me aterraba.

Me recosté nuevamente entre ellos, cerrando los ojos y dejándome llevar por el ritmo de sus respiraciones. La calma que seguía al torbellino de emociones y deseos me envolvía y, por un instante, no quise pensar en nada. Solo en la sensación de estar allí, con ellos, sin que el mundo exterior existiera.

La luz de la luna seguía entrando, bañando la habitación en tonos plateados. Sentí la tranquilidad de ese momento y, por un segundo, todo parecía posible.

Finalmente, Alejandro rompió el silencio con un susurro en mi oído.

—Mañana, cuando te despiertes, no tendrás que enfrentarte a nada de esto si no quieres. La decisión será siempre tuya.

Era lo que necesitaba escuchar. No había presiones, no había expectativas más allá de lo que yo decidiera. Y, al fin, entendí que el control sobre lo que sucediera entre los tres estaba en mis manos. No tenía que seguir ningún camino predeterminado. Yo podía escoger lo que quisiera que pasara después.

—Gracias —dije, con la voz temblando un poco—. Gracias por darme ese espacio.

Carlos se inclinó hacia mí y me besó en la frente, como si quisiera asegurarme que todo estaba bien. Alejandro, por su parte, me abrazó con más fuerza, casi como si no quisiera dejarme ir.

En ese abrazo, supe que lo que había vivido esa noche no era solo una aventura pasajera. Había algo más, algo que trascendía el deseo físico, algo que solo se podía descubrir con el tiempo. ¿Qué pasaría después? No lo sabía, pero algo en mi interior me decía que, de alguna manera, este encuentro había marcado el comienzo de algo profundo y complejo.

Me dormí entre ellos, sintiendo la calidez de sus cuerpos y la paz de ese momento suspendido en el tiempo. La incertidumbre seguía ahí, pero por primera vez, no me asustaba. Aquel capítulo estaba cerrado, pero lo que vendría a continuación, lo que esa noche había sembrado, quedaba abierto a

la interpretación. Y era mi decisión explorar lo que quería, lo que realmente quería vivir después.

Capítulo 41



Alejandro

La luz de la mañana comenzaba a filtrarse tímidamente entre las cortinas. Ese resplandor dorado, suave pero implacable, me arrancó del sueño con una calma casi cruel. Abrí los ojos lentamente, sintiendo el calor familiar de los cuerpos junto a mí. A mi izquierda, el cuerpo desnudo de Valeria descansaba plácido, respirando con esa paz serena que sólo llega después de la tormenta. A la derecha, Carlos ya no estaba.

Me incorporé con cuidado, tratando de no despertarla. Estaba preciosa. Su rostro relajado, los labios entreabiertos y una pierna asomando por debajo de las sábanas. Por un instante, me quedé ahí, observándola, sintiéndome extrañamente pleno y, a la vez, con el corazón enredado en pensamientos que no había tenido tiempo de digerir la noche anterior.

Salí de la cama sin hacer ruido. Al cruzar la puerta del dormitorio, encontré a Carlos en la sala, con una taza de café en la mano, apoyado contra el marco de la ventana. El sol le dibujaba sombras en la espalda desnuda, y en su expresión había algo distinto. No había culpa ni confusión. Solo calma. Y quizás una pizca de duda.

—Buenos días —dije, con la voz todavía rasposa del sueño.

Carlos giró apenas el rostro y me ofreció una sonrisa leve.

—Lo son —respondió, haciendo un gesto con la taza—. ¿Café?

Asentí. Caminé hacia él y cogí la taza que me ofrecía. Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Solo bebíamos, mirando al

horizonte, al mar que aún se sentía ajeno, como si el mundo fuera otro desde la noche anterior.

—¿Estás bien? —preguntó Carlos, rompiendo el silencio.

Lo miré de reojo. Su tono era tranquilo, sin juicio, pero lleno de intención.

—Sí... —respondí, después de un breve silencio— Aunque no sé cómo sentirme del todo.

Carlos asintió, como si hubiese estado esperando esa respuesta.

—¿Te sentiste incómodo anoche? —preguntó, sin rodeos— Me refiero a verme... tocándola y todo eso.

Me quedé callado. No por falta de respuesta, sino porque no sabía cómo poner en palabras lo que había sentido. Había deseo, sí. Había morbo, placer. Pero también... algo que me apretó el pecho.

—Disfruté de verla con los dos. De verte a ti con ella. Pero... sí —confesé al fin—. Hubo un momento que me hizo sentir incómodo. Como si... no quisiera compartirla.

Carlos sonrió de medio lado, sin sorpresa.

—Eso se llama celos, hermano, y es hora de que lo admitas. Estás enamorado de esa diosa que tenemos desnuda en la cama.

Me tensé. No porque no lo supiera, sino porque escucharlo en voz alta lo hacía más real, más ineludible.

—Y a ti, ¿te gusta Valeria? ¿Volverías a repetir esto con ella?

Carlos bajó la vista hacia su taza. Su silencio fue breve, pero cargado de peso.

—¿Gustarme? Claro que me gusta —dijo finalmente—. Es preciosa, sexy, libre. Y sabe disfrutar como nadie que haya conocido. Pero es tu mujer, Alejandro. No voy a cruzar más líneas. Lo de anoche fue... algo especial, sí, pero yo no busco quedarme en medio de vosotros dos. Os quiero juntos, como pareja.

Eso me golpeó más de lo que esperaba. No por lo que decía, sino por la claridad con la que lo decía. Él lo tenía claro y yo... todavía me tambaleaba.

—Gracias —murmuré, y Carlos me miró con una ceja arqueada.

—No tienes que agradecerme nada. Solo, no la dejes ir. Porque si tú no lo ves, ella sí. Y no va a esperar eternamente a que te aclares.

Antes de que pudiera responder, la puerta del dormitorio se abrió. Valeria apareció envuelta en mi camisa, que le llegaba hasta medio muslo. El pelo

alborotado, la piel aún marcada por los rastros de la noche y esa sonrisa... esa sonrisa que podía arrasar cualquier duda que me quedara.

—Buenos días —dijo, con voz ronca y divertida, caminando hacia nosotros.

Se puso de puntillas y nos dio un beso rápido a cada uno, en los labios. Ligero. Íntimo. Sin pedir permiso.

Carlos arqueó la ceja y la miró con una media sonrisa.

—¿Te has quedado con ganas de jugar más, o qué?

Valeria soltó una risa suave, pero juguetona.

—Lo que tengo es hambre. Y ganas de ducharme.

Carlos se estiró y dejó la taza en la mesa.

—Pues venga, vosotros dos a la ducha. Yo me encargo del desayuno.

Ella me cogió la mano y me arrastró sin esperar respuesta, mientras yo la seguía como un náufrago que por fin encontraba tierra firme. Y mientras caminábamos hacia el baño, no podía pensar en otra cosa que no fuera esta mujer que tenía delante. Su espalda desnuda, el olor de su piel, la forma en que cada paso parecía desatar un hechizo invisible.

Valeria era perfecta en todos los sentidos y yo no quería alejarme de ella jamás.

El vapor comenzó a llenar el baño en cuanto abrimos el agua caliente. Valeria se desabrochó lentamente los botones de mi camisa, sin prisa, como si cada uno fuera parte de un ritual. La prenda cayó al suelo y, por un momento, me quedé simplemente observándola. Su cuerpo, todavía marcado por la noche, tenía una naturalidad que me desarmaba. No era sólo su belleza lo que me atrapaba, era la manera en que habitaba su cuerpo, sin pedir permiso, sin disculpas.

Entramos juntos a la ducha. El agua caliente golpeó nuestras espaldas y un suspiro se escapó de sus labios. Cerró los ojos, dejando que el chorro le mojara el cabello, y se inclinó un poco hacia atrás, dejando al descubierto su cuello, su clavícula, todo lo que había aprendido a conocer centímetro a centímetro cada noche que había estado con ella.

Pasé mis manos por su cintura, acercándome más a ella, dejando su espalda pegada a mi pecho y nuestras respiraciones volviéndose una sola.

—¿Te arrepientes de lo que pasó anoche? —pregunté, con mi voz amortiguada por el ruido del agua y la cercanía de su piel mojada.

Valeria no respondió de inmediato. Giró un poco el rostro, lo suficiente como para mirarme por encima del hombro.

—No —dijo con firmeza—. No me arrepiento en absoluto. Fue... increíble, pero...

Me tensé ligeramente al oír esa palabra. Siempre había un "pero". Siempre.

—Pero no quiero que lo que pasó anoche os aleje. Ni a ti de Carlos, ni a Carlos de ti. Sé lo mucho que os queréis y lo importante que es esa amistad. Y si estar conmigo complica eso... prefiero que no se repita.

La miré con una mezcla de ternura y algo que no sabía nombrar. Quizá era admiración. Quizá miedo. Quizá amor.

—¿Entonces...?

Valeria se giró completamente hacia mí, el agua resbalando por su rostro, por su pecho, hasta perderse entre nosotros.

—Entonces, te quiero solo a ti, como siempre ha sido.

Mi corazón dio un vuelco, no por sorpresa, sino por la intensidad con la que lo dijo. No había titubeo, no había culpa. Solo una certeza que me golpeó con la fuerza de la verdad.

La abracé con fuerza, pegándola contra mí, como si el agua no pudiera llevarse todo lo que sentía. La besé. Con hambre, con entrega, con ese deseo de quien ya no quería esconderse detrás de dudas.

Cuando nos separamos, apoyé mi frente contra la suya.

—No voy a ir a ningún lado, Valeria. Lo único que quiero ahora es exclusividad contigo. Tú y yo. Lo demás... lo dejo atrás.

Ella me miró a los ojos y, por primera vez, no vi ni un atisbo de duda. Solo esa sonrisa suya, mitad inocente, mitad peligrosa, que me derribaba por dentro.

—Acepto esa exclusividad —susurró, antes de besarme con pasión.

Nos quedamos un largo rato bajo el agua, sin hablar, dejando que el calor exterior reflejara el que se había instalado entre nosotros. No era solo deseo. Era algo más profundo. Algo que la noche anterior había despertado, pero que ahora se consolidaba con la certeza de un futuro distinto.

Yo me sentía distinto. Como si algo en mí se hubiera reordenado. Como si, por fin, supiera hacia dónde quería ir.

Valeria me miraba como si pudiera ver dentro de mí. Sus dedos subieron por mi pecho, dibujando líneas invisibles con la yema, hasta enroscarse

suavemente en mi nuca. Sus labios rozaban los míos sin llegar a besarme del todo, jugando con esa tensión que se instalaba entre nosotros justo antes del deseo.

—Me gustas más así —susurró—. Mojado, serio, un poco celoso... muy mío.

No respondí con palabras. Le sostuve el rostro con mis manos y la besé como si quisiera fundirme con ella. Fue un beso lento al principio, pero cargado de un deseo que ya no tenía miedo. Su cuerpo se pegó al mío, el agua resbalando entre nosotros, calentando aún más el aire denso del baño.

La moví con suavidad, apoyando su espalda contra los azulejos tibios. Mis manos bajaron por su espalda, por sus caderas, aferrándose a ella con urgencia contenida. La besé en el cuello, en los hombros, en el hueco entre sus pechos, escuchando sus suspiros que se mezclaban con el sonido del agua golpeando el suelo.

—Alejandro... —dijo con la voz entrecortada— Nunca nadie me ha tocado así.

La miré y sentí que mi corazón latía con fuerza.

—Nunca nadie me importó así —le confesé, rozando su mejilla con los labios.

Mis manos se deslizaron entre sus muslos, la levanté con facilidad y ella rodeó mi cintura con las piernas. Nos encontramos con urgencia, pero también con un cuidado nuevo. Ya no era sólo placer, era pertenencia. Cada movimiento dentro de ella parecía una promesa, una afirmación de lo que no nos habíamos atrevido a decir en voz alta hasta ahora.

Nos movimos despacio al principio, como si quisiéramos saborearlo todo. Cada gemido, cada caricia, cada mirada cargada de fuego. Luego vino la urgencia, la necesidad de perdernos el uno en el otro, de grabar esa unión en la piel, en la memoria, en el alma.

Cuando finalmente llegamos juntos al clímax, ella me abrazó con fuerza, enterrando el rostro en mi cuello, murmurando mi nombre. Yo solo pude sostenerla, con el corazón latiendo a mil por hora, sabiendo que no había marcha atrás.

Nos quedamos así unos minutos más, respirando juntos, con el agua cayendo ahora como una lluvia suave que lo limpiaba todo.

—Podríamos quedarnos aquí toda la mañana —dijo, acariciando mi espalda con movimientos lentos.

—Podríamos —respondí, besándola en la frente—. Pero te recuerdo que tenías hambre.

Valeria soltó una risa suave y se separó con desgana.

—Espero que Carlos haya pedido algo rico. Después de anoche... y de esto, necesito recargar energías.

—Él entenderá —bromeé—. Es todo un mártir.

Ella sonrió con complicidad, y salimos de la ducha envueltos en toallas, más ligeros, más conectados. Más nosotros.

Carlos estaba en la sala de la suite vestido con un pantalón de algodón y una camiseta, con el móvil en una mano y la mesa con el desayuno preparado. El aroma del café recién hecho, pan tostado y huevos revueltos llenaba el aire, dándole al espacio una calidez familiar.

—¿Ya están limpios y redimidos? —preguntó con tono burlón sin levantar la vista del móvil.

—¿Redimidos? —repitió Valeria, entrando con una sonrisa traviesa— Más bien consagrados.

Carlos levantó la mirada al fin y nos miró a ambos arqueando una ceja.

—Definitivamente habéis usado toda el agua caliente. El calentador debe estar traumatizado.

—No nos juzgues, colega —dije, sentándome en una de las sillas—. La inspiración es un don.

Valeria se acomodó a mi lado, con el cabello aún húmedo cayendo sobre sus hombros. Carlos sirvió tres tazas de café y colocó los platos frente a nosotros.

—Pido desayuno para campeones y os comportáis como si hubierais ganado los juegos olímpicos del sexo —gruñó, aunque con una sonrisa cómplice.

—¿Y si lo hicimos? —preguntó Valeria, divertida, dando un bocado a su tostada— Técnicamente, hubo medalla para todos.

Carlos se echó a reír, de esa manera profunda y sincera que hacía que todo pareciera más ligero.

El desayuno se desarrolló con una naturalidad que sorprendía. No había incomodidad ni tensión. Las bromas iban y venían. Carlos y yo nos lanzábamos miradas que ya no necesitaban traducción. Y Valeria... ella parecía más radiante que nunca. Libre. Cómoda. En casa.

En un momento, se puso seria, aunque sin perder la calidez en la voz.

—Sé que anoche fue algo excepcional. Y también sé que esto —dijo, cogiendo mi mano— es lo que quiero ahora. Pero... gracias a los dos. Por la libertad. Por el respeto. Por no hacerme sentir dividida.

Carlos levantó su taza.

—Por lo que somos. Y por lo que venga —brindó.

Yo asentí, entrelazando los dedos con los de Valeria.

—Por nosotros.

Brindamos. Y el resto del desayuno transcurrió entre risas, anécdotas absurdas y ese silencio cómodo que solo se daba entre personas que se entendían sin necesidad de demasiadas palabras.

Cuando terminamos, el sol ya estaba alto, llenando la suite con una luz limpia. No sabíamos qué traería el día, pero algo era seguro: la noche anterior había cambiado algo para siempre. Y ahora, los tres estábamos listos para empezar a vivir con ese cambio.

Habían pasado apenas unas horas desde que comenzó todo, y, sin embargo, sentía como si algo dentro de mí hubiera envejecido y renacido al mismo tiempo.

El camino de regreso a casa de Valeria fue tranquilo. Ella iba en silencio, mirando por la ventanilla con esa expresión suya tan difícil de leer, como si estuviera en varios lugares a la vez. Mi mano descansaba en su muslo, sus dedos entrelazados con los míos. No necesitábamos hablar. Ya lo habíamos dicho todo, con palabras, con gestos, con el cuerpo.

Mientras conducía, pensé en cómo una sola noche podía cambiarlo todo. No por lo que ocurría, sino por lo que revelaba. A veces hacía falta el vértigo, el riesgo, para entender lo que uno sentía en lo más profundo. Y eso fue lo que pasó. Nos dejamos llevar por el deseo, sí, pero también por la confianza, por una complicidad que no se improvisaba.

Carlos fue más que un testigo de esa transición. Fue el catalizador. El espejo donde se reflejaron mis miedos, mis límites y, al final, mi verdad: estaba enamorado de Valeria. Y no quería compartirla. No por egoísmo. No por posesión. Sino porque, por primera vez, sentía que tenía algo que perder si no la cuidaba.

Aparqué frente a su edificio. No había mucho más que decir, pero ella se giró hacia mí y me acarició la mejilla con ternura.

—Gracias por no irte corriendo esta mañana —dijo con una sonrisa suave—. Pensé que podrías asustarte.

Negué despacio mientras me acercaba su mano a mis labios para besarla.

—Si algo me asusta, es la idea de no seguir contigo.

Nos besamos una vez más, lento, tranquilo, con la promesa silenciosa de lo que estábamos empezando a construir.

Al salir del coche, Carlos bajó de la parte trasera para despedirse de ella. Se acercaron sin palabras, con esa familiaridad que ya no necesitaba permisos. Él la abrazó con fuerza, con ese cariño sincero que no competía ni se medía.

—Cuídate, diosa —murmuró, sonriendo con ese brillo pícaro que siempre llevaba en la mirada—. Nos vemos pronto.

—Nos vemos pronto —repitió ella, besándole en la mejilla.

Y entonces me miró. Como si esperara que entendiera algo más allá de lo evidente. Como si ya supiera que nada volvería a ser como antes. Y yo asentí. Porque lo sabía.

La vi ir hacia el edificio, caminando con paso firme y desaparecer tras la puerta. Carlos y yo volvimos al coche en silencio, tenía que llevarlo al aeropuerto. Ya no necesitábamos discutir nada más. Todo estaba claro.

Mientras arrancaba el motor, miré el retrovisor una última vez.

Una noche. Un instante de entrega sin filtros. Tres personas que se permitieron tocar fondo y salir a flote juntos.

Y yo, finalmente, entendí que el amor no se medía por lo que uno daba, sino por lo que estaba dispuesto a construir. Y con Valeria, quería construirlo todo.

Capítulo 42



Valeria

El jueves amaneció con ese olor inconfundible de los días importantes. No era fiesta, ni había alguna celebración nacional, pero para mí, y para Sofía también, que llevaba semanas hablando de esto como si fuese Navidad, el día de hoy era sagrado. El cumpleaños de mi padre. El hombre que me enseñó a andar en bicicleta, a amar la música y a no tomarme la vida tan en serio. Eso último, por cierto, todavía me costaba.

—¿Estás lista? —Sofía asomó la cabeza en mi habitación con su habitual energía. Llevaba un vestido rojo ajustado, el cabello recogido en una coleta alta y un brillo en los ojos que casi parecía navideño.

—Desde hace media hora —le sonreí, mostrándole la caja envuelta con papel dorado.

Dentro, el perfume que mi padre llevaba usando desde que tenía memoria. Se lo regalaba mi madre casi cada año, pero este le tocaba de mi parte.

—Perfecto. Agarra el vino. Y recuerda que hoy tengo un plan: hacerme con el corazón de tu padre —soltó una carcajada maliciosa.

—Dios mío, Sofía… —negué con la cabeza, sabiendo que no hablaba en serio, pero sí lo suficiente como para provocar carcajadas en casa.

Mi madre la adoraba, aunque decía que era “una tormenta con tacones”. Y mi padre… bueno, él no podía contener la risa cada vez que ella abría la boca.

Salimos rumbo a la casa de mis padres. Mientras conducía, Sofía tarareaba una canción antigua que sonaba en la radio. El tráfico estaba tranquilo, como si hasta la ciudad supiera que mi padre merecía una jornada sin sobresaltos.

Al llegar, mi madre nos esperaba en la puerta con una sonrisa tan cálida que parecía haber horneado ella misma el sol.

—¡Mis niñas! —exclamó, abriendo los brazos para abrazarnos. Ella siempre había tenido la capacidad de hacernos sentir que el mundo era un lugar más seguro cuando estábamos con ella.

Entramos y la casa olía a comida casera, a especias y a cariño. Mi padre apareció desde la cocina, con un delantal manchado de salsa, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Mis mujeres favoritas! —gritó, abriendo los brazos como si quisiera atraparnos a todas de una vez.

—No sabía que eras tú quien cocinaba hoy, papá —dije, entregándole el regalo.

—Es mi cumpleaños. Hoy mando yo. Aunque tu madre me ha estado supervisando con ojos de águila.

Mi madre resopló detrás de él y todos reímos. Él abrió los regalos uno a uno con una emoción casi infantil. El perfume le sacó una sonrisa nostálgica. La camisa y la corbata que le dio Sofía, un comentario irónico.

—¡Justo lo que necesitaba para ir a reuniones imaginarias!

Y el último, el más pequeño, el más delicado, lo abrió con manos temblorosas: un estuche de terciopelo con un solitario de oro y la inicial "L" grabada.

Se quedó mudo unos segundos.

—Luis… —dijo mi madre en voz baja, como si invocara algo sagrado.

Mi padre la miró. Se acercó y, sin decir una sola palabra, la besó. Un beso lento, lleno de historia, de esos que solo se veían en películas o en parejas que habían sobrevivido a la vida juntos.

—Me haces sentir joven —susurró él—. Y eso vale más que cualquier cosa.

La comida fue una fiesta. Un desfile de platos deliciosos, historias viejas y nuevas, anécdotas familiares que se repetían cada año y, sin embargo, siempre provocaban risas. Sofía estaba en su salsa, y nosotros éramos el público perfecto.

—Luis, te lo digo con el corazón en la mano: si estuvieras viudo o al menos divorciado, me emplearía a fondo para conquistarte —dijo con toda la solemnidad del mundo, alzando su copa de vino.

Estallamos todos en carcajadas.

—¡Sofía, por Dios! —dijo mi madre, riendo tan fuerte que casi acaba derramando el vino.

—¿Qué? ¿Acaso no tengo buen gusto? —insistió Sofía— Un hombre que cocina, que huele bien y que además tiene ese trasero… ¡Vamos! ¿Qué más se puede pedir?

—¡Sofía! —grité, tapándome la cara, entre risas.

—Te lo advierto, Valeria: si alguna vez tu padre queda libre, me lo llevo.

—Primero te mato —dijo mi madre, señalándola con el cuchillo del pastel, entre risas.

Nos dolía el estómago de tanto reír. Mi padre se sentía en el centro del universo. Y ese día lo era. Entre brindis, pastel y viejas canciones, las horas volaron. Al atardecer, mi madre recogía los platos canturreando y mi padre se recostaba en su sillón favorito, el que siempre decía que no cambiaría por ningún sofá moderno.

—¿Salimos a tomar café? —me preguntó Sofía.

—Claro. El estómago lo pide.

Salimos caminando, con la luz del atardecer tiñendo las fachadas de naranja. Encontramos una mesa en la terraza de nuestra cafetería de siempre. Esa donde habíamos arreglado y desarreglado el mundo tantas veces.

Sofía no tardó mucho en ir al grano.

—Y bien… ¿Cómo fue la noche con Alejandro y Carlos?

Solté una risa nerviosa. Sabía que esa pregunta vendría.

—Perfecta. Fue... tranquila, divertida, íntima. Conectamos bien, y acabamos durmiendo los tres en la cama de la suite de Carlos.

—Mmmm… me encanta cómo suena eso —dijo, dándole un sorbo a su café.

—Y Alejandro y yo hablamos. Hemos decidido ser exclusivos. Nada de otros por ahora.

Sofía levantó las cejas, satisfecha.

—Vaya, vaya. El guapo ha puesto la bandera. ¿Y tú cómo estás con eso? —curioseó, y bajé la mirada. Revolví el azúcar en mi taza sin razón.

—Estoy bien. Es lo que quería. Pero…

—¿Pero?

—Creo que me estoy enamorando. Y eso me da más miedo que otra cosa.

Ella no dijo nada durante unos segundos. Solo me observó con esa mezcla de ternura y sabiduría que pocas veces mostraba.

—Val, si ese hombre te hace sentir paz, si te mira como si fueras el único lugar al que quiere llegar al final del día… entonces déjalo entrar. O al menos no cierres la puerta antes de que él tenga la oportunidad de quedarse.

Asentí. Y fue ahí, en medio del bullicio de la calle, con el café ya casi frío y el corazón latiendo de una forma distinta, que entendí que lo más difícil no era amar. Era permitirse ser amada.

Sofía me observaba como si intentara descifrar un mapa secreto en mi cara. Se inclinó sobre la mesa, bajando la voz como si estuviéramos compartiendo una conspiración.

—Valeria… ¿Te das cuenta de lo que has dicho?

—¿El qué?

—"Estoy enamorándome". Tú, la mujer que pone peros hasta para elegir un cepillo de dientes nuevo. Tú, que cada vez que un hombre se acerca con intenciones sinceras, construyes un muro tan alto que ni un helicóptero emocional podría cruzarlo.

—Exageras.

—¿Exagero? Por favor. Eres la única persona que alguna vez le dijo a un tipo que "necesitaba una tabla de Excel para evaluar si valía la pena continuar". ¡Excel, Valeria!

Solté una carcajada y me cubrí la cara con las manos.

—Fue una broma…

—No lo fue. Y eso es lo peor. Pero ahora estás aquí, hablándome de una noche perfecta, de un acuerdo de exclusividad y de que te estás enamorando. ¿Sabes qué significa eso?

—Que estoy loca.

—Que estás viva —dijo con una sonrisa—. Y que, si tienes miedo, es porque esta vez podría ser de verdad.

Sus palabras me atravesaron con una dulzura brutal. La quería por eso, porque era la mejor amiga que podría tener y porque me entendía como nadie.

—¿Y tú? ¿Algún romance en el horizonte? —pregunté, intentando desviar un poco el tema.

—¿Yo? —rio con fuerza— El único hombre que me ha tratado con la constancia que merezco es el tipo que me sirve el café todos los lunes. Me llama "reina" y no me cobra el extra por la leche de avena. Eso, cariño, **es** amor verdadero.

—Tú no tienes remedio.

—Y tú, Valeria, tienes una oportunidad. No la dejes pasar.

Suspiré. Tenía razón. Como casi siempre, aunque yo tardara en admitirlo. En el fondo, lo sabía: Alejandro no era un capricho, ni una ilusión pasajera. Era otra cosa. Algo que crecía despacio, pero con firmeza. Como esas plantas que tardaban en florecer, pero cuando lo hacían, no había invierno que las arrancara.

Volvimos a casa de mis padres ya entrada la noche, solo para despedirnos antes de coger el coche e irnos. El salón estaba medio a oscuras, pero la televisión encendida iluminaba el rostro de mi padre, dormido en su sillón. Mi madre lo miraba desde la puerta, con una taza de té entre las manos y una sonrisa en los labios.

—No hay mejor final de cumpleaños —susurró ella cuando nos acercamos.

—Estuvo perfecto —dije, dándole un beso en la mejilla.

—Y Sofía se volvió a declarar —añadió mi madre con una risa bajita—. Creo que a tu padre le encantan esas cosas. Le hace bien al ego.

Sofía se encogió de hombros, sin pizca de arrepentimiento.

—Si no me lo tomo yo, se lo tomará otra. Y ese hombre todavía da guerra.

Nos reímos las tres. Mi padre roncó suavemente desde su rincón, completamente ajeno al culto que se tejía en torno a su persona.

—¿Te veo? —me preguntó mi madre antes de que nos fuéramos.

—Sí. Vendré a comer —le prometí, y ella sonrió antes de darnos un beso a cada una.

Esa noche, al llegar a mi apartamento, todo estaba en silencio, salvo por el maullido de Calcetines que reclamaba mimos y comida. Sonreí mientras le acariciaba y fui a llenarle el cuenco antes de ir a la habitación a cambiarme.

Estaba poniéndome el pijama cuando sonó un mensaje y al cogerlo, sonreí.

Alejandro: *¿Qué tal el cumpleaños de tu padre, pequeña?*

Sonreí. No por el contenido, sino por la sensación. Por la certeza de que estaba pensando en mí, no por compromiso, sino porque realmente quería hacerlo, y me lo demostraba, sin decirlo, con ese simple mensaje.

Valeria: *Fue perfecto. Comida, regalos, muchas risas. Sofía se volvió a declarar a mi padre.*

Alejandro: *¿En serio? ¿Y él qué dijo?*

Valeria: *Nada, pero mi madre sacó un cuchillo de postre.*

Alejandro: *Sabia mujer.*

Me quedé mirando la pantalla, con el pulgar suspendido sobre el teclado. Dudé unos segundos y, al final, escribí:

Valeria: *Tengo miedo.*

No hacía falta decirle por qué; él lo sabía. No tardó mucho en responder.

Alejandro: *Yo también. Pero contigo vale la pena.*

Me quedé en silencio. Era exactamente eso. El miedo no desaparecía, pero en su compañía… se volvía manejable. Como si estuviéramos aprendiendo a caminar juntos en un terreno incierto, pero estable.

Apagué el teléfono. Cerré los ojos y me dormí con una paz nueva. Con una sonrisa y una sensación suave, como si estuviera empezando a abrir las puertas de una casa que había cerrado hacía mucho.

Capítulo 43



Valeria

La cama estaba demasiado grande para mí sola, pero la sensación de su ausencia no era lo que más me inquietaba en ese momento. Mis pensamientos seguían revoloteando alrededor de la imagen de Alejandro, como si su presencia, aunque ausente, hubiera dejado una huella profunda en mi mente.

A veces me preguntaba si lo que habíamos vivido durante las últimas semanas había sido tan intenso para él como lo había sido para mí, o si, simplemente, se había tratado de una de esas noches que él solía dejar atrás sin pensar demasiado en ellas.

Era extraño, porque en otras situaciones, con otros hombres, habría dejado que la duda se disolviera rápidamente. No habría perdido el tiempo pensando en algo que no valía la pena. Pero con Alejandro, todo era diferente.

La forma en que su cuerpo respondía al mío, como si nos conociéramos de toda la vida, como si hubiéramos compartido algo mucho más allá de un simple encuentro físico. Esa conexión no se podía borrar con el paso de las horas.

Me giré en la cama y miré la ventana, la luz de la luna colándose suavemente entre las cortinas. A través del cristal, la ciudad se extendía ante mí, iluminada, vibrante, llena de promesas que aún no se habían revelado. Me preguntaba si él también estaría pensando en mí, si su mente seguiría dando vueltas a lo que habíamos compartido. Sin darme cuenta, mi mano se

desvió hacia mi teléfono móvil, y me sorprendí a mí misma mirando la pantalla, esperando un mensaje que no llegó.

Me reí de mí misma, como si estuviera esperando una señal que probablemente no llegaría. Sin embargo, algo dentro de mí seguía esperando. Quería creer que esto no terminaría. Pero, por otro lado, también sabía que las expectativas podían ser traicioneras.

El sonido de mi teléfono vibrando me sacó de mis pensamientos. Al principio, pensé que era un mensaje de Sofía o Marina, tal vez bromeando sobre algo que habían hecho, o dándome su opinión sobre el asunto con Alejandro. Pero al mirar la pantalla, vi su nombre.

El corazón me dio un vuelco, y mi respiración se detuvo por un segundo. Estaba a punto de abrir el mensaje cuando me detuve. Decidí no apresurarme. Tomé una respiración profunda, dejé el teléfono sobre la mesa de noche y me recosté de nuevo en la almohada.

El tiempo pasó lentamente, y mi mente parecía no parar de dar vueltas. No quería ser la que esperara demasiado, pero no podía evitarlo. En ese momento, me di cuenta de que estaba buscando respuestas cuando, en realidad, no había ninguna necesidad urgente de encontrarlas. Todo lo que importaba ahora era vivir el presente, el momento que aún resonaba en mis sentidos. Y si Alejandro estaba destinado a ser parte de mi vida, lo sabría a su debido tiempo.

Finalmente, mi mano se deslizó nuevamente hacia el teléfono. Lo cogí con una mezcla de ansiedad y curiosidad, y abrí el mensaje.

Alejandro: *¿Nos vemos mañana?*

La simple pregunta, tan directa, tan clara, hizo que una sonrisa se asomara a mis labios. Hacía unos días que estaba muy liado por trabajo y no nos habíamos visto; yo le daba mil vueltas a la cabeza pensando que se había cansado y Sofía y Marina me decían que dejara de pensar tanto, que al final me explotaría la cabeza.

Yo, que siempre había pensado que debía ser cautelosa, que debía esperar para ver cómo se desarrollaban las cosas, ahora sentía que este momento era la oportunidad de tomar las riendas.

No respondí inmediatamente. En lugar de eso, me levanté de la cama, fui hacia la ventana y observé la ciudad desde allí. El aire nocturno que entraba

por la ventana estaba fresco, y el silencio que se había instalado en mi casa me permitió pensar con claridad.

Alejandro no era como los demás hombres con los que había tenido encuentros; no era algo que pudiera clasificar con facilidad. No era un tipo de aventura rápida ni un amor fugaz. No. Lo que compartíamos tenía una carga emocional que no podría ignorar. Pero, al mismo tiempo, no sabía si estaba lista para lanzarme por completo a algo tan impredecible.

Mi dedo se deslizaba lentamente sobre la pantalla del teléfono, y después de un par de segundos, respondí con un simple "Sí, me encantaría".

Poco después, el teléfono vibró otra vez.

Alejandro: *Perfecto. Te recogeré a la una y vamos a comer. Espero que estés lista para otro gran día.*

Una risa suave escapó de mis labios. La incertidumbre seguía estando ahí, pero al menos ahora tenía una respuesta clara. Quizás lo que necesitaba era vivir lo que viniera, sin esperar demasiado ni temer a lo que podría suceder. Si algo había aprendido en estas semanas, era que la vida tenía sus propios ritmos, y yo solo tenía que seguirlos.

Me recosté de nuevo en la cama, apagando la luz de la mesita, notando el cuerpo de Calcetines acomodándose otra vez en mis piernas. La oscuridad me envolvió, pero ya no me sentía perdida. Tenía algo en mente: una posibilidad. Y esa era una sensación que, por primera vez en mucho tiempo, me hacía sentir viva.

La noche pasó rápida, como si el tiempo hubiera decidido acelerar sus pasos para dejarme en el umbral de algo nuevo, de algo incierto.

Me levanté y fui al baño, dejando que el agua fría me despertara por completo. Me miré en el espejo y vi mis ojos aún con rastros de sueño, pero también con algo más: una chispa de anticipación. Quizás era eso lo que sentía, una mezcla de incertidumbre y deseo. No sabía qué pasaría, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

Calcetines estaba ya en modo hambriento, maullando y esperando en la cocina junto al armario donde guardaba su comida. Sonreí al verle y, mientras me preparaba el café, le llené el cuenco de comida y el de agua también.

Desayuné con calma, contemplando ese nuevo día de sábado mientras pensaba en qué me tendría preparado hoy Alejandro. Por lo pronto,

comeríamos juntos, pero, después, estaba aún por ver.

El resto de la mañana lo pasé ordenando un poco la casa y hablando por mensaje con mi prima Marina, quien definitivamente estaba decidida a venir a pasar un tiempo conmigo, lejos de todo.

Me parecía bien, porque el hecho de que su ex la hubiera buscado para volver con ella después de lo que le hizo no era bueno para ella; cuanta más distancia pusiera, mejor.

A las doce ya me estaba preparando, y me vestí eligiendo algo cómodo, pero a la vez atractivo. Sabía que él también podía sentir la tensión en el aire, esa misma que nos unía cada noche que compartíamos, y eso me hacía sentir tanto expectante como vulnerable.

A la una menos diez, miré el reloj con una sonrisa tonta en los labios. No sabía si ya estaba nerviosa o solo emocionada por lo que podría suceder, pero lo único que tenía claro era que esta vez no iba a sobre pensarlo. Simplemente iba a vivirlo.

A la hora acordada, y asomada a la ventana, sonreí al ver aparecer su coche. Bajé con los nervios de volver a verle, porque en esos últimos días tan solo nos habíamos escrito mensajes para desearnos un feliz día.

Cuando salí del edificio, lo vi. Él estaba allí, de pie junto al coche, con esa misma sonrisa que había dejado una marca indeleble en mi mente. Su mirada, penetrante y tranquila a la vez, recorrió mi cuerpo con la suavidad de una caricia, pero también con una intensidad que no podía ignorar.

—Buenos días —dijo, con esa voz grave llenando el espacio entre nosotros.

—Buenos días —respondí, intentando no sonar demasiado nerviosa, aunque mi corazón latía a mil por hora.

Me acerqué a él y me rodeó por la cintura mientras se inclinaba para besarme. Cuando nos separamos, sonreímos sin dejar de mirarnos y él abrió la puerta para mí, un gesto sencillo pero cargado de ese aire de caballerosidad que siempre había admirado en él. Me subí y, en el instante en que la puerta se cerró, sentí que la atmósfera cambiaba. El mundo exterior parecía desvanecerse, y todo lo que existía ahora era esa pequeña burbuja en la que ambos estábamos atrapados.

—¿Qué tal ha ido todo? —me preguntó mientras arrancaba el coche, con la mirada fija en la carretera, pero sus palabras tenían una suavidad que me hizo sonreír.

—Bien, liada con las clases y organizando armarios. Por cierto, las chicas no dejan de preguntar cuándo vas a volver por el gimnasio.

—Creo que hice bastante el ridículo en aquellos días.

—Tonterías, lo hiciste muy bien. Y en el yate, me demostraste que la bachata se te da muy bien.

—Se me dan mejor otras cosas, ¿no crees? —sonrió de medio lado mientras me miraba por el rabillo del ojo, y me sonrojé al tiempo que sonreía también.

El trayecto en coche fue tranquilo, pero la tensión entre nosotros crecía, silenciosa pero palpable. No era algo incómodo, sino un tipo de conexión que se sentía como un roce delicado, como si cada segundo que pasáramos juntos nos acercara más.

Finalmente, llegamos a un restaurante elegante, pero discreto, algo que me sorprendió por su simplicidad y elegancia al mismo tiempo. Alejandro se detuvo frente a la entrada y, antes de que pudiera decir algo, él salió del coche y vino a abrirme la puerta.

—Este es uno de mis lugares favoritos —dijo, cogiendo mi mano y guiándome hacia el interior.

El restaurante estaba iluminado suavemente, con mesas dispuestas de forma que garantizaban intimidad, pero sin perder la elegancia. Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, con una vista espectacular de la ciudad.

El camarero llegó para tomarnos nota, pero no hablábamos mucho. Alejandro me miraba con atención, su mirada fija en mis ojos, como si estuviera buscando algo en mí, algo que quizás solo él podía ver. El silencio entre nosotros no era incómodo, sino lleno de significado. Ninguno de los dos quería apresurarse.

—Valeria, ¿estás lista para lo que viene? —preguntó él de repente, con una voz más profunda de lo que había estado hasta ese momento.

No supe cómo responder. La pregunta estaba cargada de tantas interpretaciones que, por un momento, me sentí atrapada entre la tentación y la incertidumbre. ¿Estaba lista? ¿Realmente podía estarlo? Pero, al mirarlo a los ojos, supe que no tenía más que seguir mi instinto. Porque, al final, eso era lo que nos había traído hasta aquí: la atracción, la curiosidad, el deseo de descubrir algo más.

—Creo que sí —respondí, casi susurrando.

Él sonrió, y esa sonrisa, sencilla pero llena de promesas, hizo que todo fuera claro en mi mente. Quizás, lo único que necesitaba hacer era disfrutar de lo que estábamos construyendo, sin pensar demasiado en lo que vendría después.

Exclusividad, solo él para mí y yo para él, sin nadie más, sin visitas al club con Nando, sin que otros hombres me miraran y disfrutaran de mí.

No era una relación de pareja como tal, no teníamos esa etiqueta, pero ese hombre había ido entrando poco a poco a través de los muros que yo misma levanté seis años atrás, y quería dejarle entrar.

Al igual que él me estaba dejando entrar, traspasar sus propios muros y ver qué pasaba después.

Capítulo 44



Valeria

La conversación entre nosotros fluyó con una naturalidad desconcertante. Mientras nos servían la comida, la atmósfera seguía cargada de una tensión palpable, pero también había algo de tranquilidad. Como si ambos supiéramos que las palabras no eran necesarias, y que había algo más profundo en juego.

Alejandro hablaba de sus viajes, de los lugares que había visitado, de las experiencias que había tenido. Yo escuchaba, fascinada, y me encontraba disfrutando de la conexión que íbamos creando a través de la conversación.

De vez en cuando, nuestros ojos se encontraban, y en esos breves momentos, las palabras sobraban. Bastaba con un leve gesto, una sonrisa, para que todo lo demás quedara en segundo plano. Era como si estuviéramos construyendo una historia con cada mirada, con cada gesto sutil.

—¿Te gusta viajar? —me preguntó de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí —respondí, dándole una sonrisa pequeña—. Aunque no lo haya hecho mucho. Sofía y yo a veces nos hemos escapado unos días, pero hay muchos lugares que me encantaría conocer.

—Quién sabe, quizás pronto puedas conocerlos —respondió con una sonrisa, que yo le devolví.

Nos miramos en silencio por un momento, y pude sentir cómo la conversación iba yendo hacia algo mucho más profundo, sin que apenas nos

diéramos cuenta.

—Sabes que esto es solo el principio, ¿verdad? —dijo, con una voz que parecía susurrar secretos que no podían ser revelados con facilidad.

Algo en su tono me hizo sentir que, efectivamente, todo esto era solo el comienzo de algo más grande. Y aunque mi instinto me decía que debía ir con cautela, algo en mi interior deseaba seguir adelante.

No respondí inmediatamente. No hacía falta. La tensión en el aire ya lo decía todo. La complicidad era tan evidente que no requería de más palabras. Solo un gesto, una mirada. Fue entonces cuando decidí dejar de resistirme, dejar de sobre pensarlo y simplemente dejarme llevar.

Lo que sucedió después fue natural, como si todo hubiera estado planeado desde un principio. Sin previo aviso, la conversación fue reemplazada por algo mucho más visceral, más primitivo. Nuestros cuerpos comenzaron a hablar por sí mismos, impulsados por una atracción que no podíamos ignorar. La comida quedó olvidada, los platos sin terminar, y el tiempo pareció detenerse cuando nos acercamos, sin pensarlo más.

Alejandro levantó la mano, rozó mi mejilla con la punta de los dedos y me inclinó hacia él, sus labios apenas rozando los míos. Fue un beso suave al principio, como un suspiro, pero pronto se convirtió en algo más urgente, más profundo, como si ambos estuviéramos buscando algo más, algo que solo el otro podía ofrecer.

Mis manos se deslizaron por su cuello, buscando acercarlo más, buscando la conexión que habíamos sentido todas esas noches que habíamos compartido, esa que parecía surgir de alguna parte más allá de la lógica. Lo que sentíamos no era solo deseo físico, aunque eso también estaba presente. Era algo más, algo que no podía explicarse, pero que estaba tomando forma en cada beso, en cada caricia.

Nos apartamos solo por un momento, solo para mirarnos a los ojos. Respiramos con fuerza, y lo vi. En su mirada, había una mezcla de deseo y algo más profundo. Algo que me hizo pensar que quizás ambos estábamos buscando algo que no sabíamos cómo definir, pero que sabíamos que existía entre nosotros.

—Valeria, esto no es solo sexo —dijo, con esa voz cargada de una suavidad que me dejó sin palabras.

Lo que pasaba entre nosotros no era algo que pudiera encajar en palabras simples. Era más bien una sensación, un impulso de descubrir qué más

podría surgir de lo que habíamos comenzado. Sin promesas, sin compromisos, solo con la libertad de vivir el momento y ver a dónde nos llevaría.

Y así, el resto de la comida siguió su curso, sin prisas, sin barreras. El mundo exterior dejó de existir, y todo lo que importaba era lo que compartíamos en ese instante. El futuro, con sus dudas y sus preguntas, quedó atrás, porque en ese momento solo existíamos él y yo.

A medida que la tarde avanzaba, las luces suaves del restaurante creaban una atmósfera cálida, envolvente, casi como si el tiempo estuviera suspendido para nosotros. Los murmullos de las otras mesas se desvanecían en el fondo mientras nos sumíamos en una burbuja, un espacio privado que solo compartíamos él y yo.

La tensión que había estado construyéndose entre nosotros, esa energía que habíamos dejado crecer desde el primer encuentro, parecía ahora estallar en cada uno de nuestros gestos.

No necesitábamos decir mucho para entendernos. Cada mirada, cada toque, nos decía lo que las palabras no podían. Nos conocíamos a través de una conexión que desbordaba lo físico. Había algo en él que me llamaba, algo que iba más allá de la atracción, algo que desafiaba mis pensamientos y mis miedos.

Alejandro cogió mi mano nuevamente, sus dedos deslizándose con suavidad entre los míos. No me hizo falta mirar sus ojos para saber que estaba pensando lo mismo que yo. No había prisa, no había urgencia, pero sí había una necesidad mutua de estar más cerca.

El camarero vino a recoger los platos vacíos, pero Alejandro no se apartó. Mantuvo su mano sobre la mía, firme, como si no quisiera que el momento terminara, como si no quisiera que el resto del mundo interfiriera en lo que estábamos construyendo.

—¿Te gustaría salir de aquí? —me preguntó, con una voz tan baja que casi tuve que acercarme a escuchar lo que decía.

Lo miré por un instante, evaluando sus palabras. Aquel "salir de aquí" no era solo un cambio de lugar, sino una invitación a dar un paso más, a continuar lo que habíamos comenzado, pero en un entorno más privado, donde no habría distracciones. Sabía que esa propuesta no era casual. Era él, invitándome a algo más que una salida más.

Sentí cómo mi cuerpo reaccionaba de inmediato; un suspiro escapó de mis labios, pero no dejé que mi indecisión lo interfiriera. No quería pensar demasiado, no quería hacer planes o imaginar futuros posibles. Solo quería disfrutar del ahora.

—Sí, me encantaría —respondí con tono suave, pero decidido.

Con un movimiento fluido, Alejandro pagó la cuenta y me levantó de la silla. Salimos del restaurante juntos, nuestras manos entrelazadas, como si no existiera un lugar al que no quisiéramos ir, un destino que no estuviera marcado por el deseo de estar juntos. Me guio hacia su coche, sin prisa, con una calma que me transmitió seguridad.

El trayecto de vuelta a mi casa fue corto, pero por alguna razón, cada minuto dentro del coche me pareció una eternidad. Los pensamientos me invadían a medida que el paisaje urbano pasaba rápidamente a través de las ventanas. Sentía la misma mezcla de nerviosismo y excitación que había experimentado cuando nos conocimos, esa sensación de estar cruzando un umbral que no sabías si te llevaría hacia algo mejor o algo que pondría en duda todo lo que habías conocido hasta ese momento.

Cuando llegamos, entramos y él cerró la puerta detrás de nosotros con un clic suave. Nos quedamos allí un momento, mirándonos el uno al otro. No hacía falta decir nada. La tensión había crecido hasta ese punto, y ambos sabíamos lo que iba a pasar a continuación.

—¿Quieres beber algo? —pregunté, más por cortesía.

Pero él negó con la cabeza; estaba claro que, al igual que yo, no quería bebidas ni distracciones. Porque yo solo quería estar con él, compartir el silencio que tanto había cargado nuestras interacciones.

—No quiero nada más que a ti —respondió.

Me acerqué a él y mis manos fueron hacia su cuello, deslizándose lentamente por su piel, como si esas pequeñas caricias fueran la forma de explorar lo que aún no habíamos tocado.

La sensación de su piel bajo mis dedos, cálida y suave, hizo que mi corazón latiera más rápido. No necesitaba más palabras. Ambos sabíamos qué queríamos, y no había duda en eso.

Nuestros labios se encontraron en un beso largo, profundo, como si nos estuviéramos descubriendo nuevamente. No era como los besos que habíamos compartido antes, aquellos llenos de deseo inmediato. No, este

era más lento, más consciente, como si quisiéramos saborear cada segundo que pasábamos juntos.

Mientras nuestras bocas se buscaban, mis manos se movían con más decisión. Él también respondió, sus manos rodeando mi cintura, atrayéndome más cerca de su cuerpo. Pude sentir cómo su respiración se volvía más pesada, cómo su pulso se aceleraba al igual que el mío.

De repente, me detuve y lo miré a los ojos. Estaba cerca, lo suficiente como para ver las pequeñas imperfecciones en su rostro, esas que me hacían pensar que no era tan perfecto como parecía, pero eso solo lo hacía más real. Y ahí, en su mirada, vi algo más que deseo. Vi una conexión, algo que no podía negar.

—Vamos a la habitación —dije, y él sonrió suavemente.

—Tus deseos son órdenes para mí —respondió, acariciando mi mejilla.

No necesité decir nada más. Nos movimos de nuevo, el deseo se hizo más palpable entre nosotros, y sin más palabras, seguimos el ritmo de lo que ya habíamos comenzado. La tarde, y la noche que vendría después, estaba llena de promesas no pronunciadas, y esa sensación de estar compartiendo algo único, algo que no se podría explicar con simples palabras, se adueñó de nosotros.

No hubo prisa, pero sí pasión y deseo, así como una ternura que no esperaba por su parte.

Durante horas no solo tuvimos sexo, sino que por primera vez nos hicimos el amor, con los ojos, con las caricias, con esos besos y el modo de susurrar nuestros nombres.

Y así fue como descubrí que el hombre que tenía entre mis brazos no solo era puro fuego en esos juegos que a los dos nos gustaban, sino que también tenía ese lado tierno y cariñoso que me demostraba que yo valía la pena, tanto como la valía él.

Capítulo 45



Alejandro

La mayoría de las personas creen que tenerlo todo es sinónimo de felicidad. Dinero, éxito, respeto. Pero no sabían que cuando lo tienes todo, también tienes más que perder. Y cuando lo habías perdido todo, una vez, aprendías a construir paredes. Altas. Impenetrables.

Yo levanté las mías con precisión quirúrgica.

Desde los treinta años, mi vida se convirtió en una sucesión de rutinas perfectas: entrenar a las siete, reuniones a las nueve, almuerzos controlados, decisiones millonarias tomadas desde un escritorio con vistas a la ciudad y cenas sin conversación ni complicaciones.

No me apegaba a nadie. No dejaba que nadie se acercara demasiado. Excepto por las noches en ese refugio donde me evadía y me olvidaba de todo. En realidad, eran dos refugios, uno en Madrid y otro aquí, en Marbella.

Ese club se convirtió en mi único escape. Un lugar donde todo era limpio y sucio a la vez. Donde no se pedía el pasado y no se prometía el futuro. Solo se ofrecía piel. Y silencio.

Hasta aquella noche. Hasta esa mujer. Justo aquí, en Marbella, un par de años atrás.

No sabía quién era. Y, en teoría, tampoco debería importarme. Pero importó.

Recordaba cómo caminaba entre las luces tenues, con un vestido negro como un presagio. Sus movimientos no eran de quien se exhibía, sino de

quien no tenía nada que probar. Era como una melodía que reconocías, aunque no recordaras de dónde.

La invité a acompañarme con solo una mirada. Y aceptó.

Fue… distinto. Más íntimo de lo que debía. Más crudo. Más real.

Sus manos temblaban al principio, como si dudara, pero no retrocedía. Cuando la besé, respondió con un hambre que no era sexual. Era emocional. Como si me necesitara sin saber por qué.

Y durante una hora, la tuve entre mis brazos. Y sentí que yo también la necesitaba.

No pregunté su nombre. No quise saberlo. Quise conservarla como un misterio perfecto. Aunque en realidad no es que recordara mucho, solo pequeños flashes, lo que significaba que aquella noche bebí más de la cuenta.

Pero desde entonces, su recuerdo era una grieta en mi control. Una imagen persistente. Un eco que no podía silenciar. Y eso me cabreaba.

Ahora más que nunca, porque en mi vida había entrado Valeria y, además de aquella mujer, era la única con la que había conectado de un modo tan real.

Llevaba poco más de un mes en Marbella, desde que mi madre me insistió en que viniera porque no se encontraba bien, cuando la verdad era que estaba mejor que yo, porque la conocía y esa era su excusa para poder verme en carne y hueso y no por videollamada.

Todavía recordaba el modo en el que me recibió en su casa cuando llegué, y me seguía riendo por sus ocurrencias.

—Estás más flaco —me dijo en cuanto abrió la puerta.

—Gracias, mamá, justo lo que necesitaba oír después de un vuelo a las seis de la mañana.

—¿Comes bien?

—Me alimento.

—Eso no es lo mismo. ¿Y tus amigas? ¿O ya te has aburrido de los catálogos de modelos internacionales?

Me quedé en silencio unos minutos, y es que mi madre no tenía filtro. Jamás lo tuvo.

—No tengo tiempo para relaciones.

—Tú no tienes tiempo para nada que implique abrir la boca para algo que no sea dar órdenes.

—*¿Por qué estoy aquí realmente?* —le pregunté.

—*Ya te lo dije. Me encuentro algo débil.*

—*¿Qué dicen los análisis?*

—*Aún no me he hecho ninguno.*

—*Entonces estás bien. Solo te sientes sola.*

—*Me preocupo por ti, Alejandro. ¿Es un crimen?*

Suspiré mientras me concentraba en el trabajo; era miércoles y a esta hora Valeria debía estar dando su última clase de zumba.

Esa mujer me volvía loco, en todos los sentidos, y había conseguido colarse entre mis muros como nadie lo había hecho antes.

Revisé algunos documentos, le envié a Carlos un email con lo que debía preparar para la reunión que tenía él al día siguiente con unos inversores, y cuando iba a recostarme en el sillón para estirar el cuello, sonó la puerta. Era mi madre.

—Me voy ya, hijo, tengo que hablar con las de la asociación de niños para organizar el evento.

—Vale.

—No trabajes mucho, y sal a que te dé un poco el sol, que estás pálido. ¿No vas a ver a Valeria? —sonrió con picardía.

—Puede que esta noche.

—Adiós, hijo.

—Adiós.

En cuanto salió por la puerta, me recosté con un suspiro largo y los ojos cerrados. Pero la paz me duró poco. Mi móvil sonó con la llegada de un nuevo mensaje.

Desconocido: *¿Te gustó la caza? Ahora te toca ser la presa. C.*

Fruncí el ceño al leerlo. ¿Quién me enviaba eso? ¿A qué se refería con que ahora me tocaba ser la presa?

Y entonces sonó el timbre.

Celia hoy tenía el día libre porque se casaba una sobrina suya, y al quedarme solo, me tocó ir a abrir. Me acerqué a la puerta y abrí, sin más, para encontrarme allí a la última persona que esperaba volver a ver.

Clara.

Vestida de blanco y sonriendo como si nunca me hubiera mentido. Como si nunca me hubiera jodido la vida.

—Hola, amor.

Clara no esperaba que yo estuviera descompuesto por dentro, pero lo intuyó al instante. Lo vi en la manera en que alzó una ceja y ladeó la cabeza para mirarme.

—¿No me invitas a pasar? —preguntó con una voz suave que sabía usar como un veneno de liberación lenta.

Yo no respondí. Solo me aparté un paso. A veces, el silencio era el único lenguaje que podía contener la furia.

Entró como si aún tuviera derecho. Sus tacones repiqueteaban contra el suelo pulido con la misma arrogancia que solía tener cuando se paseaba desnuda por mi antiguo ático de Madrid. Se detuvo frente al ventanal, mirando el mar.

—Qué vista tan… solitaria —comentó.

—¿Qué haces aquí, Clara?

—Tú siempre tan directo. Nunca cambiarás.

—Y tú siempre dando rodeos para acabar apuñalando por la espalda.

Sonrió sin ni siquiera girarse. Esa sonrisa. Me había enamorado de ella cuando era joven y estúpido. Cuando pensaba que intensidad y destrucción eran sinónimos del amor.

—Solo quería verte —dijo al fin—. Me enteré de que estabas en Marbella. Tu madre no sabe guardar secretos.

—Lo dudo. Si supiera que tú estás aquí, habría llamado a la policía.

Clara se giró. Estaba más delgada, pero igual de impecable. Llevaba un vestido blanco que contrastaba con su piel de porcelana y su cabello oscuro. La imagen perfecta de la mujer que podía arruinarte la vida sin despeinarse.

—¿Has dormido bien, Amo?

Su uso del alias me erizó la piel. No de placer. De alerta.

—¿Qué quieres?

—Lo que siempre he querido —se acercó, paso a paso—. Control. Pero no te preocupes, no vengo en busca de tu imperio… todavía. Solo quiero asegurarme de que estás alineado.

—¿Alineado con qué?

Clara se detuvo justo frente a mí. Olía a rosas y peligro.

—Conmigo.

Y recordé el mensaje, esa manera de llamarme presa, solo podía haber sido ella.

—¿Tú me has enviado ese mensaje?

—¿No te ha hecho ilusión? Después de tanto tiempo…

—¿Por qué ahora? —pregunté, y ella suspiró cansada porque no le seguía el juego.

—Porque he visto algo. Algo que tú no sabes que viste. Y eso… me preocupa.

Fruncí el ceño ante su respuesta, porque tanto misterio me empezaba a joder bastante.

—¿Qué has visto?

—A ella.

Mi sangre se congeló un segundo. Pero no reaccioné. Aprendí a no mostrar debilidad. Aunque por dentro ya sentía la grieta abrirse más. Estaba claro que me había visto con Valeria, no era nada sorprendente porque en aquella gala nos hicieron fotos y se subieron muchas de ellas a las redes. Y luego estaba lo que mi madre me había comentado, ese modo en el que yo miraba a Valeria.

—No sé de qué hablas —mentí a conciencia.

—Claro que sí. Aunque no sepas cómo. La mujer con la que te estás viendo —dijo, y eso me desconcertó, pero no mostré el más mínimo signo de ello—, ¿sabes quién es realmente? —preguntó Clara, inclinando la cabeza.

—Mejor tú.

—No lo sabes. Qué lástima —sonrió satisfecha y se acercó aún más—. Porque si lo supieras… probablemente te destruiría.

—¿Estás aquí para amenazarme?

—No, cariño. Estoy aquí para protegerte —contestó y contuve la risa.

—¿Protegerme de qué?

—De ti mismo. De lo que puede pasar si alguien se entera de que tú y esa chica… bueno, digamos que no fue vuestra primera vez en el club.

Mis músculos se tensaron. ¿De qué hablaba?

—No la toques.

—Oh, ya la toqué —susurró—. No físicamente, claro, aunque, bueno, por lo que he visto de ella en ese lugar, tiene su morbo. Pero sé quién es.

Dio un paso atrás y me miró como si acabara de ganar una partida de ajedrez.

—¿Quieres que te cuente cómo está conectada contigo desde antes de esa noche que compartisteis hace unos días?

—No.

—¿Seguro?

Asentí. No confiaba en Clara. Pero sí confiaba en mi instinto. Y mi instinto me decía que esta mujer solo quería volver a joderme.

—¿Qué quieres realmente? —pregunté, y ella sonrió.

—Quiero volver a jugar. Como antes. Tú y yo. El club no ha muerto, Alejandro. Solo cambió de forma. Ahora es más… privado. Más selecto. Y quiero que formes parte de él otra vez. Pero esta vez, con una máscara nueva.

—¿Qué estás tramando?

—Nada ilegal… aún. Solo necesito un favor.

—¿Y si me niego?

—Entonces hay un vídeo de una noche, hace un par de años, que se filtrará. Y no serás el único que salga perjudicado.

Sus palabras me atravesaron como agujas. Clara siempre fue buena en eso: encontrar la parte blanda y meter el dedo hasta el fondo.

—¿Grabaste todo?

—No, yo no. Pero lo tengo. Y ya sabes lo fácil que es hacer copias. Aunque, claro, yo solo lo usaría en caso de emergencia.

Se acercó una vez más y me puso la mano en el pecho.

—Piénsalo, cariño. La vida era mucho más divertida cuando jugábamos con fuego, ¿no?

Le quité la mano de un manotazo. Firme. Suficiente para que entendiera que su presencia ya no me alteraba como antes. Al menos eso quería que creyera.

—Vete.

—Siempre tan cortés.

Se giró, recogió su bolso y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió una última vez.

—Ah, por cierto. La chica de aquella noche hace un par de años, la del vídeo… Se llama Valeria. Bonito nombre, ¿no?

La puerta se cerró. Y con ella, mi mundo volvió a desordenarse.

Capítulo 46



Alejandro

La visita de Clara me había dejado, cuando menos, sin palabras. Ya no porque hiciera años que no la veía, o porque no quisiera recordar todas las veces que nos dejamos llevar por la pasión, y tampoco por el hecho de que su sola presencia me causara el dolor de los peores recuerdos de mi vida, sino por el nombre que me había dado antes de marcharse.

No podía estar hablando de la misma Valeria; tenía que ser otra. Estaba seguro de que no solo había más mujeres con ese nombre en el mundo, sino que aquí, en Marbella, ella no debía ser la única.

Todo era confuso, y cada vez que intentaba ordenar mis pensamientos, algo volvía a interrumpir mi concentración: el mensaje de Clara, su visita inesperada, el nombre de Valeria… el eco de la mirada que había intercambiado con aquella mujer esa noche años atrás en el club.

La imagen de esa mujer sin rostro aparecía en mi mente de manera casi habitual. Su risa, su cuerpo, el modo en el que conecté con ella, lo diferente que me resultaba al resto de mujeres con las que había estado antes y con las que estuve después de ella. Algo en ella me había dejado marcado y sí, lo admitía, busqué esa misma conexión con las que la siguieron, pero no la encontré.

Hasta que llegó Valeria.

Aquella noche estaba en mi mente, pero en algunos tramos todo era borroso, no podía recordar su rostro y eso jamás me había pasado. Aunque a esa fiesta todos los asistentes debíamos ir enmascarados, y tal vez por eso el

rostro de esa mujer que me sedujo y me tentó como ninguna otra, no podía verlo con claridad en mis recuerdos.

Llevaba media hora en el despacho, bebiendo whisky, desesperado por recordar todo lo que pudiera, pero era imposible. Me levanté de la silla, inquieto, como si el tiempo se hubiera detenido por unos segundos. Necesitaba encontrar respuestas, pero no podía confiar en Clara. Ella siempre tenía un as bajo la manga, y no pensaba caer en su juego. Si quería investigar, tendría que hacerlo a mi manera, sin que ella lo supiera.

Cogí el móvil y marqué el número de David, el dueño del club aquí en Marbella, la única persona que me podría decir si mi Valeria de ahora era la misma Valeria de aquella noche.

—¿Hola? —preguntó con esa voz ronca que siempre le había acompañado.

—David, soy Alejandro Santamaría.

—Alejandro, qué bueno escucharte. Ya vi que estuviste hace algunas noches por el club. —¿Cuánto tiempo hacía, seis meses? —curioseó, y asentí, aunque no pudiera verme.

—Sí, mucho tiempo. David, sé que lo primordial en tu club, como en todos los que son así, es la privacidad, pero… Necesito que me des una información que solo tú puedes tener.

—Me vas a poner en un compromiso, por lo que veo —suspiró.

—Lo sé, y lo siento, pero si no fuera algo de vital importancia, no te lo pediría.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Hace un par de años, en la fiesta privada que diste.

—Ah, la de las máscaras —noté que sonreía—. Dime.

—Estuve con una mujer esa noche, y necesito saber todo lo que tengas de ella.

—¿Qué ocurre, Alejandro? Te noto… preocupado.

—Necesito esa información, David. Después te contaré mis motivos.

—Vale, echaré un vistazo al registro de esa noche para ver cuál de las mujeres asistentes estuvo en la misma habitación que tú. Te digo algo en cuanto pueda.

—Gracias, de verdad.

Colgué y dejé el teléfono en la mesa, luego me recosté en la silla, mirando a través de la ventana del despacho. La brisa marina golpeaba

ligeramente el cristal, pero no era lo que ocupaba mi mente. Era la imagen de Valeria y la de esa otra mujer, mezclándose. La forma en la que esa mujer se había movido aquella noche, su rostro enmascarado. El modo en el que me tocaba y cómo se entregaba a lo que yo quería, cómo me tocaba.

Recordé cómo me había sentido con ella. Nunca antes una mujer había logrado desarmarme tanto, no solo en lo físico, sino también en lo emocional. Había algo en su presencia, algo que me hacía querer conocerla más, a pesar de las advertencias internas que me decían que me mantuviera alejado. No podía permitir que mi corazón se involucrara otra vez, no después de Clara, no después de todo lo que había sufrido.

Y entonces esos recuerdos se mezclaban con los más recientes con Valeria, ese mismo gesto al morderse el labio inferior, esa sonrisa, esa mirada pícara y sensual a partes iguales. Cómo me tocaba, cómo se entregaba a lo que hacíamos y cómo nuestros cuerpos reaccionaban y conectaban.

Valeria también me había desarmado, pero además había algo en su presencia, algo que me hacía querer conocerla más, a pesar de las advertencias internas que me decían que me mantuviera alejado. No podía permitir que mi corazón se involucrara otra vez, no después de Clara, no después de todo lo que había sufrido.

No pasó mucho tiempo antes de que David me llamara, sacándome de mis pensamientos.

—Tengo lo que pediste. Valeria Ramos… —dijo, y en cuanto escuché su nombre, cerré los ojos mientras soltaba el aire contenido en mis pulmones.

—¿Qué sabes sobre ella? —pregunté, esperanzado aún de que incluso el apellido fuera una cruel casualidad.

—Valeria es monitora de zumba en uno de los gimnasios de aquí desde hace algunos años. Es prima de uno de los miembros del club; aunque ella no está registrada como parte activa, suele venir muy de vez en cuando y siempre se ve con el mismo hombre, aunque suelen ir a habitaciones con otros hombres a veces. Y sí, en la fiesta de hace un par de años estuvo contigo en la misma habitación y a la misma hora. Vino acompañando a su primo; el hombre con el que se ve aquí no estuvo esa noche.

Mi corazón dio un vuelco. No podía creerlo.

Una sensación de vértigo me invadió. No podía creer que Valeria fuera la mujer con la que estuve aquella noche, y no la recordara. Pero las piezas

estaban encajando. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? La lógica me decía que debía mantener la calma, pero el instinto me estaba gritando que algo mucho más grande se estaba tejiendo.

—¿Por qué el interés sobre esta chica, Alejandro? —preguntó, y volví al soltar el aire.

—No recuerdo mucho de aquella noche, pero alguien ha venido a hacerme recordar.

—No te entiendo.

—Aquella noche había alguien allí a quien conocía, alguien a quien rechacé, y ha venido para decirme quién era la mujer con la que estuve esa noche. También me ha dicho que hay un vídeo grabado, mío, en esa habitación.

—¿Qué cojones me estás diciendo? Aquí no se graba en las habitaciones, eso es privado.

—Pues alguien se encargó de grabarme, con Valeria.

—Me cago en la puta, Alejandro, ¿de qué estás hablando?

—De que alguien de mi pasado me quiere joder, y esa ha sido su forma de hacerlo. Ha encontrado la ocasión perfecta ahora.

—Tienes que decirme lo que sepas.

—En cuanto averigüe más, te lo haré saber. Gracias por la información, David, te debo una.

Colgué y volví a mirar por la ventana, esta vez con una sensación más pesada. No sabía qué pensar. El misterio de Valeria había tomado una nueva forma, y todo lo que había creído sobre esa noche y sobre ella ahora estaba en juego.

Me levanté de la silla y me acerqué al minibar. Necesitaba otra copa para calmarme, pero el silencio en la habitación era ensordecedor. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber por qué Clara sabía todo esto y con qué fin me había grabado un vídeo.

Cuando mis dedos rozaron la botella de whisky, mi móvil comenzó a sonar de nuevo.

—Dime, David.

—He encontrado algo —dijo, y esas palabras me hicieron fruncir el ceño —. Valeria estuvo involucrada en un incidente en el club. Fue hace casi tres años, y la fiesta en la que estuvo no fue cualquier fiesta.

El nudo en mi estómago se apretó. Tres años. Ese periodo de tiempo coincidía con el momento en que había dejado de aparecer Clara en mi vida de manera definitiva. Y por alguna extraña razón algo me decía que, si Valeria había estado ahí, no había forma de que fuera una coincidencia.

—El incidente involucró a uno de los miembros del club, alguien importante y poderoso aquí en la ciudad —continuó—, y Valeria fue una de las mujeres que estuvo allí esa noche. Ella no parecía interesada en el tipo, pero por lo que recuerdo… parecía que se conocían.

Mi mente comenzó a procesar la información. La fiesta, el altercado, un hombre importante y poderoso… ¿Era posible que Valeria estuviera atrapada en una red más grande de lo que había imaginado? Algo me decía que no debía dejar que mis prejuicios nublaran mi juicio. Tenía que saber la verdad.

—¿Qué sabes de ese incidente? ¿Y cómo encaja Valeria en todo esto? —pregunté.

La respuesta de David fue cautelosa, como si no estuviera completamente seguro de lo que había encontrado.

—Lo que te voy a contar no es oficial. Solo algunos comentarios al respecto, de gente que estuvo aquí esa noche, gente que conoce bien a ese tipo y sobre lo que escucharon de la conversación de ambos. Al parecer, era el padre de su exnovio, y quería disfrutarla a ella al igual que estaba disfrutando a la amante de su hijo por aquel entonces.

Todo dentro de mí se tensó. ¿Qué clase de hombre querría acostarse con la novia o exnovia de su propio hijo?

—Alejandro —continuó—. Conozco bien a ese tipo, y ahora que lo pienso, Valeria solo viene cuando sabe que él no estará por aquí. El hombre con el que se ve es algo así como su protector, por decirlo de alguna manera. Mira, a ella la conozco poco, pero no es de meterse en líos.

—Lo sé. La conocí hace algunas semanas sin saber que era ella.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Y estuve con ella por casualidad en el club la noche que fui, sin saber que ella conocía ese mundo.

—Joder, pues eso sí que son casualidades de la vida, amigo.

—No hace falta que lo jures. Ese tipo, el del incidente… ¿Cómo de hijo de puta puede llegar a ser?

—El más grande que imagines, y su hijo es igual.

—Gracias por llamarme, David, te debo dos.

—Y bien grandes, por lo que veo —sonrió—. Oye, mantenme al tanto de esos vídeos, porque no me gustaría que alguien esté chantajeando a mis mejores clientes.

—Descuida, lo haré.

Colgué y me senté de nuevo frente al escritorio, sumido en mis pensamientos. ¿Qué estaba pasando realmente? Mi mente recorría cada momento de esa noche con Valeria, buscando cualquier pista que pudiera haber pasado desapercibida. Algo me decía que había más en ella de lo que había mostrado, y me sentí atrapado entre la necesidad de saber la verdad y el miedo a lo que esa verdad pudiera revelar.

Aquello era una puta locura. Clara no podía conocer a Valeria, no podía haberle dicho que se acercara a mí para ahora joderme la vida de nuevo. ¿O sí lo había hecho? ¿Se conocían y entre las dos decidieron jugármela? ¿Sería posible que Clara le hubiera dicho a Valeria aquella noche que se cruzara conmigo para que yo me sintiera seducido y tentado para invitarla a una de las habitaciones? ¿Sería posible que ahora que sabía que estaría aquí con mi madre, le hubiera dicho que me incitara de nuevo, que hiciera que me enamorara de ella, para después joderme la vida como hizo Clara?

Dios, iba a acabar perdiendo la cabeza si seguía pensando en todas esas gilipolleces. Valeria no era así, ella no era la clase de persona que te arruinaba la vida. No, ella tenía un pasado, algo doloroso que la hizo ser como yo en cuanto a los sentimientos y al amor. Ella no se entregaba así porque sí, ella no dejaba entrar a nadie, pero a mí me había dejado entrar. Sus ojos no mentían, su cuerpo no mentía.

Pero la duda… Joder, la maldita duda estaba ahí, y yo necesitaba respuestas. ¿Qué había pasado en aquel incidente con el padre de su ex? ¿Qué pasó con su ex en realidad?

Tenía que hablar con ella, tenía que preguntarle sobre todo esto y saber si conocía a mi ex, si fue Clara quien le dijo que hiciera posible nuestro encuentro y después, tal vez, me dio algo para que no recordara gran cosa.

Porque había bebido aquella noche, sí, eso no iba a negarlo, pero no tanto como para no recordar el rostro de aquella mujer a la que, creía estar seguro de que en algún momento le quité la máscara igual que me la quité yo.

Estaba a punto de llamar a Carlos cuando me llegó un mensaje, y a pesar de que no tenía el número guardado, ahora sabía que era Clara.

Desconocido: *¿Estás empezando a recordar o investigar? Te conozco, Alejandro, pero deja que te diga algo… Ese club guarda más secretos de los que crees.*

Esa frase retumbaba en mi cabeza. No sabía si Valeria era una víctima o si, en algún nivel, ella estaba más involucrada en todo esto de lo que pensaba. Una cosa estaba clara: no podía seguir ignorando la conexión entre nosotros, y algo me decía que el pasado y el futuro de ambos estaban mucho más entrelazados de lo que habíamos pensado.

Lo que sí sabía con certeza es que seguramente nada volvería a ser igual.

Capítulo 47



Alejandro

El aire cálido de la mañana acariciaba la terraza de la cafetería del puerto en la que había quedado con Valeria. Desde que apareció en mi vida, cada momento con ella parecía estar impregnado de una intensidad que no podía ignorar. A veces, sus ojos brillaban como si pudieran leer mi alma, y otras veces, como ahora, me preguntaba si ella también veía lo que yo veía en ella.

Valeria estaba sentada frente a mí, sosteniendo su taza con una mano, mientras jugaba distraída con el borde de la cerámica. Su sonrisa era tímida, pero había algo en su postura, algo que no podía definir, que me decía que en su interior había una batalla. Y tal vez era esa batalla lo que más me intrigaba de ella.

La conversación fluía con normalidad, pero por alguna razón, sentía que ambos estábamos omitiendo algo importante, algo que estaba entre nosotros, pero que ninguno de los dos se atrevía a mencionar. Fue entonces cuando, de forma inesperada, Valeria rompió el silencio.

—Quiero sincerarme contigo, Alejandro —dijo sin mirarme—. Tú me contaste por qué no dejabas entrar a nadie, por qué ibas a esos clubes. Y yo quiero contártelo también.

—Valeria…

—Déjame hablar, por favor —me pidió con voz suave, mirándome al fin —. Me enamoré a los dieciocho años; él por aquel entonces tenía veintiséis. Le conocí en la fiesta de cumpleaños de una de mis compañeras de la

universidad; era su primo —la vi sonreír de manera nostálgica—. Era un chico encantador, ¿sabes? Atento, tierno, y con la de chicas que había en esa fiesta, se fijó en mí. Me invitó a salir unos días después, y pronto comenzamos una relación. Todo iba bien, incluso pasaba algunos fines de semana con él en su piso o durante mis vacaciones. Hasta que cambió, se volvió un hombre diferente. Primero fueron las órdenes escondidas en sutiles peticiones de que me cambiara de ropa, después los gritos, los celos y los golpes —se quedó callada y yo sentí que me daban un puñetazo en el estómago—. Tenía veinte años cuando lo dejé, y me prometí no enamorarme nunca más. Nadie volvería a entrar en mi corazón ni a exigirme cómo ser, cómo vestir o con quién hablar o salir. Y él se fue a Madrid a trabajar con su tío. No estuve con nadie hasta que mi primo Saúl me invitó a acompañarlo al club; allí conocí a Nando, el hombre con el que me viste esa noche —me miró y asentí—. Él siempre ha sabido lo rota que estaba y lo mal que lo pasé, y me enseñó a disfrutar del sexo sin dejar que nadie se hiciera con mis sentimientos. Pero entonces… apareciste tú, y todo eso cambió.

—¿Solo has estado con Nando en el club? Me refiero a cuando solo estabas con una persona.

—No —negó volviendo a mirar el café—. Una noche hace un par de años, en una fiesta, estuve con alguien. No hubo nombre, no hubo rostros, solo una mirada con la que los dos parecimos saber que queríamos eso. Nos sedujimos y tentamos, y me dejé llevar como nunca lo había hecho con Nando. Después de esa tampoco me dejé llevar de ese modo, hasta que estuve contigo y sentí lo mismo. Ese hombre sin rostro es el que he visto en algunos sueños, hasta que te empecé a ver a ti.

—Valeria, tengo algo que decirte —dije, y me miró con curiosidad.

No sabía si era buena idea revelar la verdad de quién era el hombre sin rostro, pero tenía que hacerlo, y no había mejor momento que este para hacerlo.

Pero fue en ese preciso instante cuando sonó mi móvil. Al principio pensé que era un mensaje de trabajo o una notificación cualquiera. Pero cuando vi el remitente, sin nombre, solo un número desconocido, mi estómago se tensó. Clara, otra vez.

El mensaje contenía una imagen.

El fondo oscuro de un lugar que me resultaba vagamente familiar, y en el centro de la foto, una figura femenina, completamente enmascarada, que me miraba con una intensidad desconcertante. No era difícil deducir que la mujer era Valeria. Aunque su rostro estaba oculto, su cuerpo, su postura eran inconfundibles. La misma manera en la que se movía, la misma línea de su figura. Mi corazón comenzó a latir más rápido.

Esa era la habitación del club, y sin duda alguna de la noche en la que estuvimos juntos dos años atrás.

La imagen había sido tomada de forma intencionada, sin duda. No había manera de que alguien pudiera haber captado esa imagen por accidente.

No podía quedarme con la incertidumbre. Así que decidí abrir el siguiente mensaje, que contenía una sola pregunta.

Desconocido: *¿Estás listo para perderlo todo, Alejandro?*

El mensaje era frío, directo, y su amenaza era palpable. Mi mente dio un giro violento. ¿Qué quería decir Clara con "perderlo todo"? ¿Valeria? ¿O era algo mucho más grande?

Mi respiración se aceleró mientras miraba el mensaje, incapaz de apartar los ojos de la pantalla. Sentí el peso de esas palabras, como si una sombra se alargara en mi vida, lista para devorar todo lo que había construido.

No respondí al mensaje. No estaba seguro de que quisiera saber qué quería mi ex. Al menos no todavía. Lo que sí sabía era que algo en mi vida estaba a punto de derrumbarse, y no podía evitar sentir que Valeria tenía algo que ver.

—Alejandro, ¿ocurre algo? —preguntó y la miré, aún con el móvil en la mano— ¿Estás bien?

¿Bien? No, no estaba bien; nada lo estaba.

De repente, el café, la conversación, el sol cálido en la terraza… todo comenzó a desvanecerse. El eco de esas palabras en la pantalla, "perderlo todo", se repetía en mi mente, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que no estaba al mando.

La realidad se desmoronaba lentamente a mi alrededor, y en mi interior, una voz me advertía: estaba a punto de descubrir algo que no me iba a gustar.

—Tengo que irme —dije sin más, poniéndome en pie y acercándome para darle un beso en la sien. Un beso más lento y largo de lo que pretendía,

pero tenía la sensación de que, tal vez, ese beso fuera el último—. Carlos necesita que me conecte para una videollamada, una reunión urgente.

—Claro, no te preocupes —sonrió.

—¿Estás bien, pequeña? —le acaricié la mejilla, porque no quería separarme de ella.

Me acababa de contar su experiencia más dolorosa en cuanto al amor, siendo tan joven, y yo simplemente iba a dejarla allí, sin más.

—Sí, tranquilo. Ya habrá tiempo de hablar de… mí.

El modo en el que lo dijo, con los ojos casi vidriosos, me partió el corazón. Pero necesitaba irme y hablar con Carlos. Saber si él recordaba algo de lo que pasó aquella noche, de por qué no podía recordar a Valeria como la mujer con la que estuve, si estaba casi seguro de que los dos nos quitamos la máscara. Y si yo no lo recordaba, tenía la duda de si ella sí lo hacía, y solo estaba fingiendo, o realmente no recordaba nada.

—Te prometo que hablaremos, pequeña —volví a besarla, y por un momento me puse paranoico, pensando que tal vez Clara estuviera cerca, mirándonos.

Al fin y al cabo, esa maldita mujer sabía que me estaba viendo con Valeria, y ella sabía que era la misma mujer con la que estuve aquella noche. El porqué de ese descubrimiento por mi parte seguía siendo un misterio.

Me despedí de Valeria y fui a mi coche, subí y lo puse en marcha de inmediato mientras marcaba el número de Carlos.

—Hombre, por fin da señales de vida mi mejor amigo y jefe. ¿Es que te pasas el día disfrutando de tu preciosa mujer en la cama, o qué?

—Carlos, estoy jodido.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó dejando a un lado el tono cómico, poniéndose más serio y en alerta.

—Clara ha vuelto.

—No me jodas, ¿y qué quiere ahora después de tanto tiempo?

—Por lo que veo, joderme la vida otra vez de mil maneras. ¿Puedes coger un vuelo y venir? Necesito hablar de algo, pero en persona.

—Dalo por hecho. Me pongo a buscar y te digo cuándo llego.

—Perfecto. Gracias, Carlos.

—Ey, nada de gracias. Eres como un hermano, Alejandro; te considero familia y a la familia jamás se le da la espalda.

Colgamos y seguí conduciendo hasta casa, pensando en la aparición de Clara y recordando cómo metí la pata años atrás.

Ella me engañó con otro y lo dejamos; de eso hacía cinco años ya, pero por alguna razón que no terminaba de comprender, una de las noches en las que Carlos me llevó a ese club al que solíamos ir desde que decidí volver a tener sexo, meses después de dejar a Clara, allí estaba ella.

Y caí como un jodido imbécil ante sus encantos y manipulaciones, follamos como nunca lo habíamos hecho y ella empezó a llamarme Amo. Nos vimos durante meses, a pesar de saber que ella no era buena para mí, que aún estaba con ese con el que me había engañado, y que, por lo que me dijo Carlos, en ese club se veía con otro hombre.

Cometí el error de estar con ella, volví a alejarla por mi paz y mi salud mental, y unos meses después simplemente volvimos a follar durante un tiempo.

Hasta que me dijo que estaba embarazada, que el bebé era mío y que no iba a tenerlo. Ella simplemente me negó el regalo de ser padre, y eso me dolió más que el hecho de su primera infidelidad.

Desde entonces nunca más quise saber de ella, nunca más quise verla, hasta un tiempo después, en aquella fiesta de máscaras en el club de aquí de Marbella, donde se acercó, se insinuó y quiso que me la follara, por los viejos tiempos.

La rechacé, seguí bebiendo y examinando a todas las mujeres que había allí, hasta que me fijé en ella, en la que ahora sabía que era Valeria. Tardé en acercarme, pero ahora estaba convencido de que Clara vio mi interés en esa mujer, y el de ella por mí, y decidió jugármela.

Cómo pudo grabar ese vídeo que decía que tenía en su poder, no lo sabía, pero no iba a parar hasta descubrir toda la jodida verdad.

Porque Clara me destruyó dos veces; yo se lo permití la segunda, pero no estaba dispuesto a dejar que hubiera una tercera, no iba a darle el gusto de verme caer una vez más.

Capítulo 48



Valeria

El día anterior finalmente me abrí con Alejandro, le conté el motivo por el que no me permitía sentir nada por nadie, por qué me había dedicado a vivir mi sexualidad como me diera la gana sin enamorarme en estos poco más de tres años, pero había algo que aún no le había contado, y que lo haría cuando volviera a verle.

El día transcurría con la misma normalidad de siempre. Los rayos de sol que se filtraban entre las cortinas de mi apartamento daban la sensación de calma, pero la verdad es que no me sentía tranquila. Alejandro se había ido con prisa por una videollamada urgente de trabajo, pero su expresión al ver lo que fuera que le había llegado al móvil… No era la de alguien que tenía un asunto de trabajo entre manos.

Mi teléfono vibró sobre la mesa de la cocina, interrumpiendo mis pensamientos. Al principio, creí que era algún mensaje de Sofía o incluso de Marina, puesto que mi prima estaba organizándose con su hermano Saúl para venir unos días a pasarlos conmigo. O mi madre, que me pedía que fuera a comer al día siguiente. Pero cuando vi el número desconocido, un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

El mensaje solo contenía un archivo adjunto: un video.

La curiosidad me ganó, y sin pensarlo, pulsé el enlace. Cuando el video comenzó, me congelé. El primer segundo fue solo un plano oscuro y borroso, pero luego, la imagen comenzó a enfocar poco a poco. Lo que veía era una de las habitaciones del club. Esas paredes las reconocería en

cualquier parte. Las luces tenues, esas luces tan características de ese lugar, los sonidos lejanos de música mezclada con risas y murmullos.

Y entonces, lo vi. Mi cuerpo, recostado sobre la cama de ese club. Mi respiración se aceleró. La cámara avanzó lentamente, y ahí estaba él, ese hombre con el que estuve aquella noche, la de la fiesta de las máscaras. Ese cuerpo sin rostro que me había acompañado en algunos sueños durante dos años, ese mismo que me había hecho sentir cosas que nadie antes, y nadie después me hizo volver a experimentar, hasta Alejandro.

No recordaba haber dejado que alguien grabara esa noche. Tampoco entendía cómo tenía una copia de ese momento. Pero, mientras los segundos pasaban, las imágenes se volvían más y más nítidas, más reales. Ahí estaba yo, entregándome a él. El deseo, el miedo, el placer. Recordaba perfectamente la electricidad que recorría mi piel, esa necesidad desesperada de escapar de mi pasado y de mi dolor. Recordaba cómo me sentí viva por primera vez en mucho tiempo, cómo todo lo que había guardado en mi interior estalló en esa habitación.

La sensación de la cámara mirándonos, de la vigilancia que nunca vi, me recorrió como un escalofrío. Era la peor clase de invasión de mi privacidad, algo que nunca imaginé que sucedería.

¿Quién había grabado esto? ¿El dueño del club lo sabría? ¿Mi primo lo sabría? ¿Nando?

Mi corazón latía más rápido. Los recuerdos de esa noche, la manera en la que ese hombre me había tocado, cómo me había hecho perderme en su cuerpo, todo volvía a mí con una intensidad devastadora. Lo que más me aterraba era que lo había hecho sin decir una palabra. Sin explicaciones. Todo había sido demasiado anónimo, demasiado físico. Nadie había hablado de nada. La confusión se apoderó de mí.

Pero más aún cuando tanto él como yo decidimos quitarnos las máscaras, y ahí estaba la cara de Alejandro, el hombre con el que me estaba viendo ahora. ¿Qué significaba esto? ¿Es que acaso él sabía quién era yo cuando nos conocimos en el gimnasio? ¿Y por qué yo no podía recordar la cara del hombre con el que había estado esa noche?

Dios, esto no podía estar pasando. ¿Alejandro había grabado este vídeo? ¿Quién más lo habría visto? ¿Por qué me lo enviaban ahora?

El video continuó reproduciéndose, y mi cuerpo comenzó a temblar. En ese momento, se escuchó una voz, distorsionada.

—Esto no es solo un error. Es algo mucho más grande. Y ahora te lo han mostrado.

Me quedé allí, quieta, observando el video hasta que la imagen se detuvo. Mi respiración se había vuelto irregular, como si acabara de correr una maratón. El teléfono en mis manos pesaba más que nunca. Necesitaba respuestas. Necesitaba saber qué quería Alejandro de mí, por qué había grabado ese vídeo, comprender la razón que había detrás de eso.

Decidí no esperar más. La idea de quedarme atrapada en el limbo de la duda y el miedo me estaba consumiendo. No podía mantenerme alejada de él por más tiempo. Así que lo llamé, casi sin pensar. Mi voz sonaba más firme de lo que me sentía en ese momento.

—Alejandro, ¿podemos hablar?

Un silencio incómodo siguió, pero finalmente respondió.

—Claro, ¿dónde quieres que nos veamos?

El lugar elegido fue el mismo café en el que habíamos hablado el día anterior. El aire aún estaba cálido, pero la sensación de que algo estaba a punto de romperse flotaba entre nosotros.

Llegué primero. Me senté en la misma mesa, con la taza frente a mí. Mi mente estaba agitada; los recuerdos del vídeo seguían corriendo por mi cabeza. No sabía cómo empezar la conversación, ni siquiera tenía claro qué decir, pero sabía que tenía que hacerlo. Tenía que preguntarle por ese vídeo.

Alejandro llegó puntual, como siempre. Se sentó frente a mí, estudiándome con calma, como si nada estuviera fuera de lugar. Pero yo sabía que él no podía estar tan tranquilo. Había algo en su postura que decía lo contrario. Algo que me hizo sentir que él ya sabía lo que iba a preguntar.

—Necesito saber qué está pasando, Alejandro —dije, sin rodeos. La frase salió con más dureza de la que pretendía.

Su mirada se endureció por un momento, pero no tardó en volver a ser esa mirada calmada de quien tenía todo bajo control.

—¿De qué hablas, Valeria?

Fue ahí cuando, sin previo aviso, saqué mi teléfono y se lo puse frente a él. Lo miró por un segundo, y su rostro se tornó sombrío. Yo no podía ver sus ojos con claridad, pero pude ver que algo en él cambió.

—¿Lo reconoces? —le pregunté, mi voz temblando ligeramente.

Alejandro no respondió inmediatamente. Observó el video por un largo rato. Un silencio pesado colapsó entre nosotros, el tipo de silencio que se

sentía cuando ya no había vuelta atrás.

Finalmente, dejó el teléfono sobre la mesa y me miró con una expresión vacía.

—Sí. Lo reconozco.

Mis manos se tensaron sobre la mesa. El miedo, la rabia y la confusión me invadieron.

—¿Por qué grabaste esto? —le pregunté con voz baja, casi un susurro.

Él no dijo nada de inmediato. Solo permaneció en silencio y con rostro rígido.

—No fui yo, pero creo saber quién fue.

—¿Quién, Alejandro? ¿Quién en ese club querría hacer esto?

—Detrás de ese vídeo, está mi ex. No le bastó con joderme la vida engañándome con otro, y tampoco con volver a mi vida en un club como ese para tener sexo sin más, sino que se quedó embarazada de mi hijo y lo abortó sin más, sin darme la oportunidad de ser padre. Ella no solo estaba aún con el tipo con el que me fue infiel, sino que además en ese club se veía con otro hombre, además de conmigo. Y sí, podría existir la posibilidad de que el bebé no fuera mío, pero la conozco bien, y había verdad en sus ojos cuando me lo decía, y mucho más que verdad, había satisfacción al saber que me estaba volviendo a romper otra vez.

Mi corazón latía con fuerza; me acababa de quedar sin palabras. Alejandro estaba roto, no sabía si tanto o más que yo, pero en ese momento de vulnerabilidad por su parte, sentí que no podía irme sin más.

Sin darme cuenta, me levanté de la silla y me acerqué a él. La tensión en el aire era palpable, y cuando llegué frente a él, sin pensarlo, lo besé.

El contacto fue inmediato. Su cuerpo reaccionó, como si hubiera estado esperando este momento tanto como yo. Pero no dije nada. No podía. No estaba lista para hablar. Solo quería sentir, como aquella noche en el club, cuando perdí el control por completo. Como cada una de las veces que habíamos estado juntos en estas semanas.

Cuando nos separamos, solo me miró. Sus ojos reflejaban algo que no sabía si era arrepentimiento, deseo o miedo. Quizá todo eso al mismo tiempo.

La verdad del video me había dejado sin palabras. Pero más allá de la angustia de saber que alguien había invadido mi privacidad, lo que me desconcertaba era que, a pesar de todo, Alejandro había sido parte de esa

oscuridad. Y ahora, mientras lo observaba, con esa intensidad entre nosotros, no sabía si quería saber toda la verdad o si prefería quedarme en el silencio.

El miedo seguía ahí, pero también había algo más. Algo que me decía que, quizás, todavía podía controlar la situación. Aunque no sabía cómo ni cuándo, sentía que este no sería el último beso.

Capítulo 49



Alejandro

¿Por qué me había besado? ¿Qué significaba? No podía encontrar respuestas claras en mis propias emociones. No podía entender por qué Valeria se había acercado a mí de esa manera, si todo parecía indicar que había algo más profundo bajo la superficie, algo que ninguno de los dos se atrevía a reconocer.

Y no se había ido; seguía a mi lado, en este momento sosteniendo mi mano, mientras yo no dejaba de preguntarme qué pasaría después de esto.

—¿Por qué tu ex haría eso? —preguntó, de pronto, y me encogí de hombros porque realmente no sabía qué decir.

—No lo sé, Valeria, pero no recuerdo gran cosa de esa noche. Nos quitamos las máscaras, nos vimos, y, aun así, no recordaba el rostro de la mujer con la que más había conectado en toda mi vida. Solo veía un rostro borroso, y no sabía por qué.

—A mí me pasaba igual. Podía ver muchos momentos con nitidez de esa noche, menos tu rostro. ¿Por qué no recordábamos que nos conocíamos? —Frunció el ceño.

—Carlos solo le encuentra una explicación, y yo también —suspiré, no queriendo decir lo que los dos pensábamos.

—¿Cuál es, Alejandro?

—Antes de que me acercara a ti esa noche, después de muchas miradas y gestos, alguien tuvo que ponernos algo en la bebida.

—¿Quieres decir que…?

—Sí, pequeña —la corté mientras le apretaba la mano, porque había comenzado a temblar—. Alguien tuvo que darnos algún tipo de sustancia para que no recordáramos mucho de esa noche. Y aunque no creía que Clara fuera capaz, estamos convencidos de que fue ella.

—¿Por qué?

—Esa noche estuvo en la fiesta. No sé cómo ni por qué razón, pero ella a veces va a ese club, por lo que he descubierto recientemente. Y esa noche estaba en la fiesta, me vio, me reconoció, quiso que fuera con ella a una habitación y me negué. Después te vi a ti, y está claro que ella se dio cuenta de todo, y ese fue el modo de joderme, arrastrándote a ti.

—Se ve que te aprecia —dijo con ironía, y sonreí amargamente.

—Si fue capaz de abortar a mi hijo por la simple satisfacción de hacerme daño, de esa mujer espero ya cualquier cosa. Que ella haya vuelto a mi vida precisamente ahora, que te he conocido, que estamos juntos, y que te haya enviado ese vídeo, significa que nos ha visto juntos en algún momento y que nos ha estado vigilando.

—En el club —asumió ella, llegando a la misma conclusión a la que habíamos llegado Carlos y yo.

—Es posible que estuviera allí esa noche, que no la viera a ella, pero sí me vio a mí, contigo.

—¿Por qué ahora? —preguntó— ¿Por qué reaparecer en tu vida justo ahora? Si ya no hay nada entre vosotros, ¿qué quiere? Si ella está con otra persona, ¿por qué no deja que tú rehagas tu vida?

—Cuando la dejé, le dije que no iba a volver a enamorarme nunca; caí de nuevo ante ella solo para tener sexo y supongo que pensó que siempre sería así, que siempre me tendría como un mero juguete para el sexo. Pero ella debe haber visto que entre nosotros hay algo más que solo sexo.

—Y quiere separarnos —dijo, y asentí.

No pasó mucho tiempo antes de que Clara apareciera en la puerta del café, lo que confirmaba la sospecha de que nos estaba vigilando a los dos. Su presencia era tan poderosa que no pude evitar observar cómo se deslizaba entre las mesas con una seguridad peligrosa. Clara se sentó a mi lado sin decir una palabra, mirando a Valeria primero, luego a mí, con una sonrisa fría, calculadora y casi me atrevería a decir que diabólica.

—Veo que ya habéis hablado —dijo Clara, con voz suave, pero cortante.

La miré con desconfianza. No había nada de ella que fuera genuino. Su mirada no transmitía confianza, sino algo mucho más turbio.

—¿Qué diablos estás haciendo, Clara? ¿Qué quieres? —pregunté, incapaz de contener la ira que comenzaba a burbujear en mi interior.

Clara sacó un sobre de su bolso y lo deslizó hacia mí. Cuando lo abrí, me quedé mirando aquellas fotos con los ojos abiertos. Eran pequeños fragmentos de vídeos en los que aparecía yo con otras mujeres, pero también Valeria con otros hombres. Y en la tarjeta de memoria que había junto a ellas, estaba claro que debía haber vídeos de los que había sacado esas fotos.

—Tengo más de esto —dijo Clara, con ese tono tan seguro como siempre —. Y os afecta a los dos. ¿Qué pensaría tu madre? ¿Qué dirían sus padres? —miró a Valeria, y ella palideció.

El silencio volvió a rodearnos, mientras absorbía la información que me estaba dando mi ex. No sabía qué pensar. Si lo que decía Clara era cierto, era la prueba de que esa maldita mujer me volvía a manipular como ya lo hizo una vez.

—¿Por qué lo haces, Clara? —pregunté con voz tensa, apenas reconociendo la furia que se estaba apoderando de mí— ¿Qué quieres de mí?

Clara sonrió de nuevo, sin que sus ojos se iluminaran.

—Lo que quiero es que entiendas que todo tiene un precio. No todo es lo que parece. Si no te sumas a esto, Alejandro… entonces perderás todo lo que tienes —miró a Valeria—. Y ella también.

Valeria observaba en silencio, con el rostro marcado por la angustia. Clara se había convertido en una figura que amenazaba su futuro y, tal vez, su supervivencia emocional.

Y mi ex se fue sin más, sin decir una sola palabra más, dejándonos a Valeria y a mí con más preguntas que respuestas.

—Pequeña —dije cogiéndole la mano, y ella me miró, pero sin prestarme atención de verdad—. Voy a solucionar esto, del modo que sea. No voy a permitir que ella te destruya como hizo conmigo.

Valeria no dijo nada, simplemente se levantó y se fue dejándome solo.

Llamé a Carlos, fui al hotel a verle y le conté todo; incluso vimos algunos de esos vídeos que Clara me había dado.

Y me consumía ver a Valeria con ese hombre con el que se veía en el club, incluso disfrutando mientras otro la tocaba al mismo tiempo que él.

Carlos paró a tiempo antes de que me diera un infarto, según sus palabras, y nos bebimos una botella de whisky mientras pensábamos en qué se le estaría pasando a Clara por la cabeza para joderme ahora.

Esa noche, después de la conversación en el café, no podía dejar de pensar en Clara y en las amenazas que había lanzado. Algo no encajaba. Clara no era simplemente una mujer que había cruzado su camino de forma casual. Ella había estado orquestando algo detrás de las sombras, y tenía que descubrir qué era.

Después de encerrarme en el despacho y servirme una copa, me senté frente al escritorio y comenzó a hacer lo único que sabía hacer en momentos como este: investigar.

No iba a dejar que una mujer que ya no formaba parte de mi vida volviera a destruirme, o a hacer daño a Valeria.

Pero algo me decía que estaba en medio de un juego mucho más grande, uno en el que me había quedado atrapado.

Me recliné en la silla, mirando la pantalla del portátil. Las sombras de la noche llenaban el espacio a mi alrededor. Clara no era una mujer que hiciera las cosas solo porque sí; ella siempre tenía un motivo, y quería averiguarlo, costara lo que me costase.

Tenía que hacerlo no solo por mí, sino también por Valeria. Ella era como yo. También habían hecho que su vida se rompiera, que el mundo se resquebrajara a sus pies y que creyera que el amor no era algo que mereciera la pena. No dejó entrar a nadie a su vida, no permitió que nadie, ni siquiera ese hombre con el que se veía en el club, atravesara los altos muros que había construido a modo de coraza y fortaleza para su vida.

Pero yo entré, ella me lo permitió como yo se lo permití también. Y en sus ojos había verdad, en su sonrisa sincera, en el modo en el que su cuerpo reaccionaba al mío, como aquella noche.

Tal vez, y sin que ninguno de los dos fuéramos conscientes, sí que nos habíamos enamorado poco a poco. Y solo por eso, por el simple hecho de que ella me hacía sentir lo que creí que había enterrado para siempre, y porque me permitió a mí entrar en su vida, iba a llegar al fondo de la verdad, iba a evitar que le hiciera sufrir, porque Valeria no merecía pasar de nuevo por algo doloroso.

Y si esos vídeos salieran a la luz y sus padres se enterasen, ella sufriría con solo verlos a ellos pasarlo mal por su hija.

Capítulo 50



Valeria

El sol se filtraba débilmente a través de las cortinas de la habitación, creando un ambiente sombrío que parecía encajar perfectamente con mi estado de ánimo.

El hecho de saber que Alejandro era ese hombre con el que pasé una noche en el club, la mejor noche en mucho tiempo, y la mejor desde entonces hasta que empecé a verme con él sin que ninguno de los dos supiéramos quién era el otro, me había dejado completamente en shock. Pero más aún el hecho de saber que su ex estaba detrás del vídeo que nos habían grabado esa noche.

Y no solo eso, sino que en este momento mi mente estaba completamente atrapada en los recuerdos de Diego. A pesar de que eso acabó hacía seis años, su recuerdo me perseguía, y no solo el suyo, sino también el de su padre.

Me levanté de la cama y caminé hacia la ventana. Mi reflejo en el cristal hizo que me detuviera por un instante. ¿Quién era ahora? La Valeria de antes, la que se había entregado a una relación con Diego que la había dejado marcada, ya no existía. En su lugar, había una mujer que luchaba por encontrar su camino entre las sombras de un pasado lleno de un amor que en realidad nunca pareció serlo, de dolor y pérdida.

La imagen de Diego se proyectó en mi mente como una película borrosa: su voz suave, su risa despreocupada, su mirada llena de promesas rotas. Recordaba las noches en las que nos sentábamos juntos, bebiendo vino,

riendo, compartiendo sueños, pero también los momentos en los que él me miraba de una forma distante, incluso con esa indiferencia que tanto me dolía.

¿Cuánto tiempo había pasado desde nuestra última conversación sincera? No podía recordarlo con claridad. Pero lo que sí sabía era que, después de Diego, mi corazón nunca volvió a ser el mismo. Intenté llenar ese vacío con relaciones pasajeras, con encuentros sin promesas ni vistas de futuro, sin sentimientos, con el placer fugaz del club, y lo había conseguido, al menos hasta ahora.

Mi mente volvió a ese último encuentro con él, la última conversación que tuvimos en su apartamento antes de que todo terminara: "No vales para nada, ni siquiera para echar un maldito polvo." Las palabras todavía retumbaban en mi cabeza.

Pero lo peor de todo fue que no quería asumir que le dejaba por todo lo que él me había hecho durante ese último año. Como tampoco quiso entenderlo su padre, y fue en aquel momento cuando supe que era igual que su hijo.

Decidida a salir de la oscuridad que me había consumido en los últimos días, cogí el teléfono y llamé a Sofía. Había sido mi confidente durante años, la única persona con la que me sentía completamente segura. Sofía siempre había estado allí para mí, incluso cuando me encontraba perdida en el laberinto de mis propios sentimientos. Esta vez, sin embargo, la llamada no era solo para hablar de trabajo o anécdotas. Esta vez necesitaba contarle lo que había descubierto.

Sofía llegó a mi apartamento puntual como un reloj a las cuatro, momento en el que ya tenía el café listo. Y lo hizo con su característico aire de energía y vitalidad, como un rayo de sol entrando en un cuarto oscuro. Nos sentamos en el sofá y yo, con una expresión seria y ausente, le conté todo lo que había ocurrido en los últimos tres días. Todo estaba saliendo de mi boca como si no pudiera detenerlo, como si hablar de ello fuera la única forma de sacarlo de mi pecho.

Sofía me escuchó en silencio, sin interrumpirme, mientras su rostro pasaba de la sorpresa a la preocupación. Cuando terminé de hablar, Sofía se reclinó en el sofá con las manos entrelazadas sobre sus piernas.

—Esto… esto es mucho más grande de lo que pensaba —dijo Sofía, mirándome fijamente.

—Lo sé —respondí con un suspiro, mirando hacia el vacío.

Sofía se quedó pensando por un momento, mordiéndose el labio inferior como si estuviera recordando algo importante.

—¿Has dicho, Clara? —murmuró finalmente— ¿La ex de Alejandro se llama Clara?

—Sí. La vi el otro día y, no sé, tengo la sensación de que la había visto antes, pero no recuerdo dónde.

—¿Diego no tenía una amiga en Madrid que se llamaba así? La hija de un conocido de su padre y de su tío, creo que era.

Fruncí el ceño, pero entonces recordé que sí. Le había hablado a Sofía de esa amiga en cuestión de pasada, cuando le contaba algunas cosas de mi vida con Diego.

—Sí —contesté—. Mientras salía con él, la vi aquí algunas veces. Y ahora que lo recuerdo… me miraba de un modo que no sabría definir, si era lástima o envidia. Alguna vez la vi demasiado cerca de Diego y cuando me acercaba, se le borraba la sonrisa. Conmigo era muy diferente a como lo era con él, eso te lo puedo asegurar.

—¿Y dices que la ex de Alejandro es la que está detrás de todo esto? —preguntó y asentí— ¿Y si su Clara es la misma Clara que la de Diego?

—Mucha casualidad sería, ¿no crees?

—Dime si puedes cuántas probabilidades habría de que el hombre con el que estuviste aquella noche hace dos años en el club haya resultado ser el mismo con el que llevas saliendo unas semanas.

—Mínimas —contesté.

—Y ahí está, es el mismo. Así que esas mínimas posibilidades son las mismas de que su ex sea la amiga de tu ex.

Al caer la noche, mientras revisábamos antiguos álbumes de fotos en busca de algún indicio sobre Clara, algo llamó la atención de Sofía. Ella, con su aguda mirada, encontró una foto que hizo que mi corazón latiera más rápido. La foto estaba en una esquina del álbum, oculta entre otras imágenes, pero fue suficiente para hacernos ver la conexión.

Era una foto de hacía varios años. Diego y yo, junto a algunos de sus amigos, todos reunidos en una fiesta, sonreíamos frente a la cámara. Pero lo que Sofía había descubierto no era solo la imagen de Diego y mía, era la figura que se encontraba al fondo de la foto, apenas visible, pero lo suficientemente clara para reconocerla. Porque, aunque de esa foto habían

pasado varios años, el rostro era el mismo que yo había visto hacía un par de días. Clara, la ex de Alejandro.

—Es ella —dije—. ¿Por qué esa mujer querría ir a por mí, además de a por su ex? —Sofía suspiró y cerró el álbum.

—Porque si lo que te contó Alejandro es cierto y ella quería que él fuera su follador de por vida y sin amor de por medio, y ha visto que él está enamorado de ti, quiere joderle como le jodió en aquel entonces.

Me quedé en silencio, mordiéndome el labio. Sabía que esta foto no era solo una simple coincidencia. Había algo mucho más grande en juego, algo que probablemente cambiaría nuestras vidas para siempre.

Lo que acabábamos de descubrir nos dejó inmóviles en el salón. Empecé a sentir una presión en el pecho, como si algo dentro de mí se estuviera rompiendo, como si estuviera en el borde de un precipicio, mirando al vacío.

La conexión que hasta ese momento había sido solo una suposición para nosotras, ahora estaba tomando forma. Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar, pero aún quedaban muchas preguntas sin respuesta.

Me recosté en el sofá pensando en esa foto. Y por más que quisiera averiguar las intenciones de Clara con respecto a mí, no conseguía encontrarlas.

Sofía me observaba con una expresión grave. La verdad de lo que acabábamos de descubrir era demasiado para asimilar en un solo día.

El sol se estaba poniendo, pero no sentía consuelo en la luz suave de la tarde. Los secretos, las mentiras, las traiciones; todo se estaba desmoronando a mi alrededor. En algún lugar, entre el caos y el dolor, había una verdad que necesitaba ser desvelada, pero ¿estaba preparada para enfrentarme a ella?

Capítulo 51



Alejandro

Esa mañana me encontraba en el despacho de casa de mi madre, sumido en el silencio, escuchando mi propia respiración. No había logrado dormir en toda la noche, en las últimas cuatro noches, a decir verdad. Mis pensamientos daban vueltas como engranajes oxidados. Todo lo que había descubierto hasta este momento parecía un laberinto sin salida. Las sombras de Clara y sus manipulaciones seguían acechando, y había algo en el fondo que no podía ignorar. Clara sabía demasiado, y había algo más detrás de ella que aún no lograba comprender.

Me recliné en la silla de cuero negro, mirando el modo en el que la ciudad cobraba vida a través de la ventana. La vida que había llevado en Marbella, los negocios y las personas con las que había trabajado, todo parecía estar relacionado con el club. No solo por su vinculación con el placer y la indulgencia, sino porque algo me decía que había algo más siniestro en las sombras, posiblemente una red de sobornos y extorsión con esas grabaciones ilegales de las que David, el dueño, no tenía ni la más mínima idea. Al menos hasta ahora, porque le había puesto al tanto de todo y no salía de su asombro.

Clara no solo había sido una pieza en ese juego. Había sido la clave para destapar una serie de secretos que nunca hubiera imaginado. ¿Cómo había llegado a ser tan poderosa dentro de ese círculo? ¿Qué más escondía? Esas preguntas me atormentaban.

Después de hablar con David y decirle lo que había descubierto, puso a gente que conocía al tanto de todo y revisaron cada rincón de las habitaciones del club, encontrando pequeñas cámaras en todas ellas.

Estaba claro que entre la gente que trabajaba en el club tenía a alguien que recibió dinero por ponerlas, y tras esas cámaras había alguien que se lucraba con los vídeos que se grababan ahí.

Necesitaba respuestas, y no podía hacerlo solo. La sensación de estar siendo manipulado, de estar dando pasos sin rumbo, sin saber en quién podía confiar, además de en Carlos y el propio David, me llevó a tomar una decisión rápida y definitiva. No podía ir a la policía ni hablar con nadie del círculo cercano; necesitaba a alguien discreto.

Me levanté de la silla, caminé por el despacho y saqué el móvil del bolsillo con una persona en mente, la única que podía ayudarme en este momento. Marqué ese número conocido, ese que había guardado en mi lista de contactos hacía algún tiempo, para situaciones como esta.

—Hola, John —dije en voz baja, mirando por la ventana—. Necesito que investigues algo para mí. Es importante.

John, un investigador privado con quien había trabajado en el pasado, cuando sospechaba de Clara, al que encontré aquí mismo en Marbella una de las veces que vine a ver a mi madre, respondió con su tono áspero y directo.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó, y apreté los dientes.

—Clara —respondí—. Quiero que descubras todo lo que puedas sobre ella. Necesito saber cómo tiene acceso a todo lo que te acabo de enviar. Quiero que encuentres los registros del club y todo lo que esté relacionado con las grabaciones. Y si en el club de Madrid ocurre lo mismo.

Hubo un silencio en el otro lado de la línea; él sabía a qué me refería porque ya le había hablado de esto la segunda vez que tuve que investigar a mi ex, y luego John habló de nuevo.

—Eso no es fácil, amigo. Los registros de ese lugar están en manos de muchas personas, y ya sabes, si hay algo que alguien no quiera que salga a la luz, lo ocultan muy bien. Pero haré lo que pueda. ¿Cuándo lo necesitas?

—Ahora. En cuanto puedas —respondí con voz firme, marcada por una urgencia que no podía ocultar.

John me dio un asentimiento audible y colgó. Sabía que había tomado el primer paso en una búsqueda peligrosa, pero ya no importaba. El tiempo de

las preguntas había terminado. Ahora solo quedaban las respuestas.

Las horas pasaron, pero las respuestas no llegaron rápidamente y yo no tenía tiempo para esperar. En mi mente, las piezas del rompecabezas se volvían cada vez más complejas. Cada pequeño detalle que encontraba sobre Clara parecía hacer aún más grande la maraña de secretos que la rodeaban. Había algo más detrás de su sonrisa fría, algo mucho más siniestro.

La llamada que tanto había esperado finalmente llegó al final de la tarde. Estaba en el despacho, observando la ciudad desde la ventana cuando sonó el móvil. Era John.

—Encontré algo —dijo, y el tono de su voz era grave, como si estuviera hablando desde un lugar oscuro—. Clara no solo estaba grabando a personas en el club sin su consentimiento en Marbella. Tiene archivos completos de reuniones, conversaciones privadas y más. Pero eso no es todo. Estos archivos no están solo en su poder. Están distribuidos. Y no son solo vídeos, Alejandro. Son sobornos, manipulación y extorsión. Hay gente que ha estado pagando por esos vídeos.

Escuché cada palabra atentamente, con los ojos entrecerrados. La pieza que faltaba comenzaba a encajar.

—¿Quién está involucrado? —pregunté mientras notaba cómo el estrés se apoderaba de mi cuerpo. Mi instinto me decía que esto era solo el principio de algo mucho más grande.

—Es difícil de decir, pero encontré nombres. Hay conexiones con políticos, empresarios… e incluso personas dentro del club. Esta no es solo una operación local. Esto podría tener ramificaciones mucho más grandes de lo que pensabas. ¿El club de Madrid?

—Sí, allí también, desde hace unos años.

La noticia me dejó sin palabras. Nunca había imaginado que Clara estuviera tan profundamente involucrada en algo tan retorcido.

—¿Dónde están los archivos? —pregunté.

—Eso es lo que no entiendo —respondió John, con el tono aún más grave—. El club de Madrid cerró el mes pasado, ¿lo sabías? Los registros se eliminaron, pero Clara tiene una copia de los archivos. Ella los tiene guardados en un lugar seguro. Y ahí también están los del club de Marbella.

Apreté los puños. Esto cambiaba todo. Clara tenía el poder de destruir vidas con esos archivos. Sabía demasiado. La influencia que podía ejercer

sobre mí, sobre Valeria y sobre los demás era incalculable.

—¿Cómo sabes que ella tiene los archivos? —pregunté, tratando de mantener la calma.

—Porque ella misma lo dijo. En una conversación grabada. Estaba hablando con alguien, y mencionó que tenía todo lo que necesitaba. Si quiere, puede arruinar a cualquiera. Y a ti, Alejandro, te tiene en su lista.

La última frase cayó sobre mí como un peso de plomo. Clara me había marcado como una presa, tal como dijo en aquel mensaje.

Esa noche me senté frente al escritorio, contemplando los papeles y archivos que John me había hecho llegar. Nunca pregunté cómo ese hombre conseguía todas esas cosas, pero tampoco quería saberlo. Los registros del club, las menciones de sobornos y pagos ilícitos, los vídeos que Clara había recopilado... todo apuntaba a algo mucho más grande. Pero había algo que no lograba entender. ¿Por qué yo? ¿Por qué había sido parte de esta red de manipulación sin saberlo?

Mi móvil volvió a sonar y en la pantalla apareció el nombre de Valeria. La duda me invadió por un momento. ¿Debía hablar con ella ahora? ¿Debería contarle lo que había descubierto? Clara me había amenazado, a los dos en realidad, y eso me mantenía alerta. No quería contarle nada hasta saber la magnitud de todo esto, y por qué querría sobornarla Clara a ella.

Aunque estaba claro que mi ex no pensaba en extorsionar a una sencilla monitora de zumba, sino a los hombres con los que ella aparecía en esos vídeos.

Decidí no contestar. Había cosas que necesitaba aclarar antes de hablar con ella. No podía permitirme seguir siendo manipulado, no podía seguir cayendo en la misma trampa.

Su mente volvió a Clara. Había algo en sus ojos cuando ella me miraba, algo que siempre había estado presente, como si supiera algo que yo ignoraba. ¿Cómo había sido capaz de orquestar todo esto? ¿Con qué motivos?

Esa misma noche, mientras me tomaba una última copa de whisky, me llegó un nuevo mensaje desde un número desconocido.

Al abrirlo, encontré una imagen en blanco y negro. Era una fotografía mía en el club de Madrid, tomada desde una esquina oscura. En la imagen se me veía hablando con una mujer desconocida, su rostro parcialmente oculto por las sombras. Un texto acompañaba a esa foto.

Desconocido: *¿Estás listo para perderlo todo, Alejandro?*

La amenaza era clara, directa. Clara había jugado su última carta. Ahora era cuestión de tiempo antes de que yo fuera arrastrado en una espiral sin fin. Pero no me iba a quedar de brazos cruzados. Ya no.

Mientras la noche caía, no podía ignorar lo que estaba en juego. Los secretos que Clara guardaba podrían destruirme. Pero también podría usarlos como un arma para mi propio beneficio. La batalla estaba a punto de comenzar, y yo no iba a ceder sin luchar.

Clara tenía los archivos, y yo los quería.

Pero las reglas del juego acababan de cambiar. Ahora, la presa no iba a ser más el acechado. Y en la oscuridad, yo iba a hacer todo lo posible por hacerla caer antes de que ella me destruyera a mí o a Valeria.

Sabía que el peligro no había hecho más que empezar, pero estaba listo. Clara había subestimado mi determinación. Estaba dispuesto a cazarla, y esta vez, no sería yo el que terminara atrapado.

Capítulo 52



Valeria

Había estado sintiendo el peso de todo lo que me rodeaba en el pecho, cada vez más fuerte, cada vez oprimiéndome más, y no tenía noticias de Alejandro.

Y no podía quedarme allí esperando una llamada o un mensaje por más tiempo. Dijo que él se encargaría de todo, pero si con todo se refería a olvidarse de mí, no me valía.

El vacío que su ausencia había dejado en mi corazón se expandía con cada día que pasaba. Y todo era mi culpa, porque había hecho lo que tantas veces me juré a mí misma que no haría: enamorarme de nuevo.

Esa mañana, cuando me desperté, me di cuenta de que ya no podía más. Quería respuestas y la única persona que podría dármelas ni siquiera daba señales de vida, por lo que sentí la necesidad de irme por un tiempo.

Sin pensarlo mucho, hice un par de maletas en silencio; necesitaba salir de allí, irme, respirar otros aires, olvidarme de esto cuanto pudiera y quizás olvidarme incluso de Alejandro.

Llamé a Sofía para decírselo, y entendió que me alejara por unos días de todo. A mis padres les dije que me iba a disfrutar de una parte de mis vacaciones, y cuando se lo dije a Marina, me pidió que fuera a Madrid, ya que ella no vendría hasta el mes siguiente.

Le agradecí el ofrecimiento, pero quería estar sola.

Y así, con una última mirada al apartamento y con mi pequeño Calcetines como única compañía, cerré la puerta.

Conduje por la costa hasta llegar a un lugar remoto donde los turistas se perdían entre las olas y las calles estrechas. Era exactamente lo que necesitaba: un lugar donde no me reconocieran, donde pudiera estar tranquila unos días.

El mar golpeaba suavemente las rocas, y la brisa salada parecía limpiar mi mente de todo el peso que había estado arrastrando. Aquí, en esta ciudad tranquila, intentaría encontrar un poco de paz.

Encontré un pequeño apartamento cerca de la playa. Modesto, pero acogedor, el lugar perfecto para Calcetines y para mí.

Los primeros días, simplemente observé el mar, escuché su sonido y dejé que las olas calmaran mi alma como lo hacía la compañía y el ronroneo de Calcetines. El tiempo en este lugar se movía de forma diferente. Todo aquí parecía estar suspendido en una calma que no sabía que necesitaba.

Aquí nadie me conocía, nadie preguntaba, nadie quería saber de mí, simplemente me tenían como una turista más, y eso era lo que necesitaba.

Y aunque había algo liberador en estos momentos, también sentía que a veces era todo demasiado solitario para mí. En los momentos de silencio, cuando me encontraba sola en el apartamento mirando las estrellas desde la ventana, mi mente inevitablemente volvía a Alejandro. El sabor de sus besos, la intensidad de sus abrazos, el dolor de saber que, de alguna manera, él también había sido arrastrado a esta tormenta. Y de manera inevitable me preguntaba si él pensaría también en mí, si me buscaría, si entendería la necesidad de huir, de escapar durante unos días de todo lo que nos había rodeado.

La última imagen que tenía de él era su rostro al descubrir la verdad, al ver la consternación y la confusión en sus ojos. Aun así, había algo en su mirada que me hacía dudar. Algo que me mantenía atrapada, un deseo que no quería enfrentar.

La única compañía con la que contaba, además de con mi gato, eran los mensajes de Sofía y de Marina preguntando cómo me iba todo, si estaba bien y cuándo iba a regresar. Además de que Marina insistía en que me fuera con ella unos días, y esa propuesta la estaba sopesando de verdad.

Esa tarde, mientras caminaba por la orilla, me senté en las rocas y observé el mar que se extendía hasta donde el cielo tocaba el horizonte. El sol comenzaba a ponerse, pintando el cielo de tonos naranja y púrpura. Y de nuevo, Alejandro y lo que viví con él.

La sorpresa que me llevé al saber que él era ese hombre con el que estuve aquella noche y del que no recordaba su rostro. Estaba claro que él tenía razón y Clara tuvo que poner algo en nuestras bebidas para que nos olvidáramos de parte de lo que pasó entre nosotros esa noche.

Y Alejandro había sido la única persona capaz de tocar un rincón de mi corazón. Lo que había entre nosotros no podía definirse fácilmente. No era solo sexo, no era solo deseo. Había algo más, y eso me aterraba.

Me pasaba los días intentando olvidarme de todo, pero a pesar de mis esfuerzos, no podía.

En ese momento de calma con el sonido de las olas como única compañía, mi móvil sonó con un mensaje. Pensé que sería otra vez Sofía, tal vez mi prima, pero me equivoqué porque era un número que no tenía guardado. Suspiré y me aterró la idea de que fuera otra vez Clara, la ex de Alejandro que además resultó ser amiga de mi ex, dato que no le había podido dar a Alejandro porque no habíamos hablado.

Respiré hondo, solté el aire y abrí el mensaje.

Desconocido: *Él está luchando por los dos, y te buscará cuando todo acabe.*

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Alejandro, ¿me iba a buscar? ¿Pesaba en mí? ¿De verdad estaba haciendo algo por esclarecer todo lo que su ex había enredado alrededor nuestro? ¿Y quién me había enviado ese mensaje?

El sonido del mar parecía más lejano ahora, como si todo el mundo se hubiera detenido por un momento. Suspiré mientras dejaba caer el móvil en mi regazo, con las manos temblando. La última cosa que esperaba era un mensaje que me diera respuesta a algunas de las preguntas que me hacía constantemente. ¿Podía llamar a esto casualidad?

Ese mensaje era claro: Alejandro no me había olvidado. Y él estaba luchando por algo, por los dos. Esa frase tenía muchas interpretaciones. ¿Qué estaba dispuesto a hacer por mí? ¿Qué luchas internas estaba atravesando él? El Alejandro que conocía no era un hombre fácil de leer, pero tampoco parecía ser alguien que se diera por vencido tan fácilmente.

El atardecer estaba avanzando, pero yo no veía el paisaje. En ese momento estaba perdida, atrapada entre el miedo al dolor y la tentación de

lo que había dejado atrás. Pero una parte de mí, una parte pequeña, pero poderosa, quería saber más. Quería entender lo que significaba ese mensaje.

Mientras la luz del día desaparecía por completo, tomé una decisión: no podía huir para siempre**.** Sabía que había algo entre Alejandro y yo, algo que no podía ser ignorado. Y aunque no sabía cómo lo resolvería, ya no podía vivir en la oscuridad.

Porque yo podría haber huido, pero el pasado nunca se quedaba atrás. Ese mensaje era solo el principio de una historia que aún no había terminado. Las decisiones que tomara ahora definirían mi futuro, pero también mi conexión con Alejandro.

Y así, mientras el mar seguía su curso, yo sabía que mi próxima acción podría cambiar todo lo que había conocido.

Pero estaba dispuesta a afrontar lo que viniera después, a enfrentarme al miedo y el dolor, porque en el fondo sabía que, si alguien merecía la pena, ese era Alejandro.

Si él estaba tratando de arreglar todo esto, ¿por qué no podía hacer yo lo mismo? O al menos, intentarlo.

Capítulo 53



Alejandro

Me encontraba en la oficina mirando la ciudad a través de los grandes ventanales. Allí, caminando por las calles, la gente estaba ajena a lo que yo había estado haciendo los últimos días, a lo que había ayudado a hacer y a lo que iba a salir a la luz en breve.

No solo eso, sino que descubrí quién era el hombre con el que Clara me fue infiel, con el que aún seguía, y ese otro con el que se veía en los clubes de Marbella y aquí en Madrid.

Y era ahora cuando las decisiones de la vida se volvían más claras, pero también más pesadas. Sabía que el peso de lo que estaba a punto de hacer cambiaría muchas cosas, pero necesitaba hacerlo para que la justicia tomara cartas en el asunto.

El teléfono vibró en mi escritorio; sabía quién era y lo que pasaría a continuación, así que, con un suspiro largo, giré para cogerlo y bajar hacia la sala de conferencias.

Cuando salí del despacho, vi a Carlos apoyado en la pared con las manos en los bolsillos del pantalón; sonrió de medio lado y vino hacia mí.

—¿Estás seguro, hermano? —preguntó, preocupado.

—Completamente. No voy a permitir que esa gente me destruya a mí, a Valeria y a todas esas personas que tienen en vídeos y conversaciones. El deseo y el placer de cada quien no tienen que ser moneda de cambio para otros que quieren hacerse ricos a cambio de chantajes.

Carlos asintió, y fuimos juntos hacia el ascensor para entrar en la sala de conferencias de mi sede. Allí estaba la prensa, así como mis abogados, David y Víctor, dueños del club de Marbella y de Madrid respectivamente.

La sede de mi empresa, un edificio moderno y elegante, a todo el mundo le parecía el símbolo de mi éxito, igual que a mí. Pero hoy, las paredes de vidrio y acero que me rodeaban no me daban seguridad.

La sala estaba llena de murmullos cuando entré. Las cámaras me enfocaron, y me acerqué al atril que habían instalado para la ocasión. David y Víctor estaban a un lado; ambos asintieron al verme pasar a modo de saludo, y les devolví el gesto.

—Gracias por acompañarnos hoy —comencé con una calma tensa en mi voz—. Tengo algo importante que decir.

Hice una pequeña pausa mientras sentía las cámaras mirándome fijamente, esperando.

—He querido que supieran por mí mismo lo que en breve todo el mundo sabrá, lo que tanto yo, como las personas directamente implicadas en el asunto sabemos que será una lucha ante los tribunales, una lucha relacionada con un club privado de Marbella y otro de aquí en Madrid —en ese momento tanto David, como Víctor, se unieron a mí—. Cada quién en su vida privada y en su intimidad puede hacer lo que quiera, y que otros se quieran lucrar a costa de lo que esas personas hagan, es inaceptable. En los últimos meses muchos han sido los que han recibido amenazas y extorsiones, viéndose obligados a pagar para que algunas imágenes de esa vida privada no salieran a la luz, y me incluyo en las amenazas y extorsiones, solo que no he cedido a ellas y no he pagado. En su lugar, estoy aquí para decirles a esas personas, que sabemos quiénes son, y que lo que han hecho no va a quedar impune.

Las palabras caían como una bomba en la sala, lo sabía, porque no era necesario decir abiertamente lo que uno había hecho en esos clubes privados para que todo el mundo lo entendiera. Pero no me importaba que supieran en qué empleaba mi tiempo libre y cómo me distraía, porque no era el único que lo hacía. En la sala vi a algunas de esas personas que había visto en el club de Madrid otras veces. En ese mundo de sexo y placer, lo primordial era la discreción, y cuando esa fallaba… había que hacer algo.

—No quiero que la gente abuse de su posición para conseguir sus objetivos, y tampoco que hagan daño a quienes no pueden protegerse. No

por ser una persona influyente tiene derecho a jugar con la vida de los demás. En este momento me consta que ya están deteniendo a algunos de los implicados. Como les he dicho, pronto sabrán quiénes son, y la justicia se encargará de ellos. De nuevo, gracias por venir.

Abandoné el atril con David y Víctor siguiendo mis pasos. Unos susurros recorrieron la sala; todos los periodistas apuntaban en sus libretas y algunos incluso me llamaban para hacerme preguntas. Pero yo ya había hablado lo suficiente, ya había dicho todo lo que tenía que decir, y esperaba que una persona en concreto mordiera el anzuelo para dejarse ver.

—Alejandro —me giré al escuchar a Miguel, mi abogado, llamándome —. He hablado con los abogados de todos los afectados, tanto los que han sido extorsionados como los que aún no.

—¿Y?

—Todos los afectados os dan las gracias a vosotros tres por lo que habéis hecho, por la información recopilada y por llevar a esa gente ante un tribunal. También he hablado con el fiscal y, dado que algunos son gente muy importante, ha accedido a que sus declaraciones sean en videoconferencia y bajo el anonimato.

—Me alegra saberlo, nadie merece estar siendo carnaza para la prensa por acostarse con quien le dé la gana —contesté, y Miguel asintió.

David y Víctor se despidieron de mí en ese momento diciendo que estarían conmigo durante todo el proceso, así como sus abogados, y regresé a mi despacho con la compañía de Carlos, ese amigo y hermano que nunca me fallaba.

—¿Crees que darán con ella? —preguntó, y sabía que se refería a Clara.

—Eso espero.

Nadie sabía dónde estaba, y lo único que yo quería era que saliera de donde quiera que se hubiera escondido.

El resto de la mañana lo pasé en la oficina intentando concentrarme en el trabajo, pero también pensando en Valeria. Nadie sabía dónde estaba, solo que se fue de Marbella para alejarse de todo y pensar.

Y sí, me atreví a ir a casa de sus padres, presentarme y decirles que me había enamorado de su hija y que necesitaba saber dónde estaba, pero ellos tampoco lo sabían. No me mintieron, lo vi en sus ojos, esos ojos de unos padres preocupados.

Aún podía recordar el modo en el que ambos me miraban mientras les decía lo que sentía por su hija, el modo en el que su padre me dijo que, si la quería de verdad, que no la dejara marcharse de nuevo, que cogiera su mano y la acompañara en el camino que ella quería recorrer.

Su madre me habló de ese sueño que ella siempre tuvo y que pensaba que ellos no sabían, pero lo que Valeria desconocía era que ellos mismos estaban intentando ayudarla a ponerlo en marcha.

Su propio estudio de danza, su propia academia. Y la imaginé allí, no solo como monitora de alguno de los estilos de baile que estaba seguro que impartiría en ese lugar, sino como la dueña. Y yo mismo quise poner de mi parte para que el sueño de mi preciosa monitora de zumba se hiciera realidad.

En ello pensaba cuando sonó mi móvil y vi que era un número desconocido, por lo que sonreí suponiendo de quién podría tratarse.

—¿Qué has hecho, Alejandro? —preguntó Clara cuando descolgué, sin tan siquiera darme tiempo a preguntar quién era. Hablaba con ese tono impasible, pero que escondía la furia que sentía.

—He hecho lo correcto. Acabar con todo esto de las extorsiones. Ese juego que os traéis tu novio, su padre y tú tiene que acabar.

Clara soltó una risa amarga al escuchar mi respuesta.

—¿Crees que se resolverá todo? ¿Qué te vas a salvar así?

—No se trata de salvarme. Se trata de proteger los intereses de las personas afectadas.

—Si tú caes, Alejandro, ella también lo hará —la amenaza fue clara y directa—. El club tiene archivos, vídeos. Si yo caigo, tú caes. Y Valeria… ella será el blanco de todo.

En ese momento sentí un nudo en el estómago. Clara no iba a rendirse. Lo había hecho todo con fines calculados, manipulando cada situación a su favor. Pero no podía dejar que ella ganara.

—Lo que haces no quedará impune, Clara. No voy a permitir que sigas destruyendo vidas —dije con voz firme, pero Clara se río de nuevo.

—Lo que has hecho no tiene marcha atrás. Y puede que pierdas a la mujer que tanto quieres proteger. Eso, Alejandro, es el precio del sacrificio —y colgó.

Después de la conversación con Clara, me sentí vacío, pero también decidido. Sabía que no podía detener lo que ya estaba en marcha. La

amenaza de Clara era seria. Si ella caía, llevaría consigo todo lo que yo amaba. Valeria estaría en el centro de todo, y no podía permitir que eso ocurriera. No podía dejar que Clara se saliera con la suya.

No iba a consentir que nadie destruyera a la mujer que amaba más de lo que podía expresar. Iba a hacer todo lo posible para evitar que su vida saliera a la luz, me costara lo que me costase.

Capítulo 54



Valeria

Estaba sentada en una cafetería disfrutando del café y del sonido de las olas golpeando suavemente las rocas a lo lejos. Todo estaba tranquilo, pero dentro de mí, el caos comenzaba a gestarse. Había dejado Marbella atrás, escapando del dolor, de las mentiras, de las amenazas, y en los últimos días, tras recibir ese mensaje, no dejaba de pensar en que tenía que volver.

Pero esa paz se rompió en un segundo.

El sonido de mi teléfono vibrando en la mesa hizo que saliera de mis pensamientos. Varias notificaciones de mensajes de Sofía y Marina empezaron a llegar, y todos ellos eran con noticias sobre algo de lo que había hablado Alejandro Santamaría.

Leí algunas de ellas y me quedé impactada al saber que él, junto a los dueños de esos clubes, había estado investigando y trabajando para acabar con la red de extorsiones que Clara tenía entre manos. Pero ella no estaba sola; había más implicados de los que no había mencionado el nombre, pero sí que ya estarían siendo detenidos.

En ese instante sentí que el aire se me escapaba de los pulmones. No podía ser. Alejandro lo había hecho. Había hecho lo que nadie pensó que haría. La noticia era un torbellino; él había declarado, sin necesidad de mencionarlo abiertamente, el estilo de vida que llevaba en su intimidad.

Por un momento me quedé paralizada, mirando la pantalla, intentando procesar la información. Y lo había hecho para que nadie más sufriera esas

amenazas y extorsiones, pero estaba segura de que, principalmente, lo había hecho por mí, por nosotros.

Después de varias horas pensando, supe lo que debía hacer. Necesitaba respuestas. La verdad era algo a lo que necesitaba enfrentarse, aunque eso significara regresar a casa.

Tras guardar todo en las maletas, coger a Calcetines y hablar con el casero para darle las llaves del apartamento, subí al coche poniendo rumbo de vuelta a Marbella. El trayecto fue largo, y mi mente vagaba entre recuerdos y dudas.

Cuando llegué a mi apartamento, tras dejar todo, estaba dispuesta a salir para buscar a Alejandro y hablar con él, pero antes de que pudiera hacerlo, el timbre de mi casa sonó.

Al abrir la puerta, me sorprendió ver allí a Clara, con ese aire de superioridad, con la altanería que había visto el día que fue hasta la cafetería en la que estábamos Alejandro y yo, y no entendí qué hacía ella aquí, en mi apartamento.

—Así que has decidido volver. Yo pensé que no regresarías nunca —dijo Clara, con voz suave y venenosa.

La miré fijamente, con los ojos llenos de esa rabia y dolor que sentía. No iba a permitir que Clara jugara más conmigo.

—Quiero saber la verdad, Clara —a estas alturas no pensaba andarme con rodeos—. ¿Por qué me arrastraste a todo esto? Ni siquiera recordaba quién eras.

Clara soltó una risa, baja y llena de amargura. Caminó lentamente entrando en mi apartamento, con cada uno de sus movimientos calculados, como si cada paso tuviera un propósito oculto.

—¿Crees que yo te arrastré a algo, Valeria? No. Tú misma decidiste entrar en el juego. Fuiste tú la que se dejó llevar por la seducción del placer, por el deseo —contestó, mirándome fijamente—. Y ahora, te atreves a culparme. Pero no lo entiendes. No entiendes lo que significas para mí.

Fruncí el ceño, confundida al escucharla, porque no entendía nada.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, y Clara me miró con una sonrisa fría.

—Tú llegaste y me robaste lo que me pertenecía. Tú tuviste que aparecer, llamando la atención de Diego, haciendo que se enamorara de ti, cuando yo siempre fui la que estuve ahí para él, esperando que diera el paso, que me viera como mujer y no solo como una amiga. Tú, una niñata estúpida, le

nublaste la razón y se enamoró. Tuve que hacerle ver que no eras más que una zorra que calentaba a todos los hombres, con tu manera de vestir, de sonreír, de moverte y bailar en esas discotecas cuando él no estaba contigo. ¿Acaso creías que Diego cambió por sí solo? Yo le hice cambiar, yo lo incité a que se volviera tan exigente y violento. Incluso le di celos saliendo con Alejandro, haciendo que me viera feliz, que supiera que otro hombre me deseaba y me tenía en su cama, hasta que me buscó para soltar esa furia que le causaba tu manera de actuar —sonrió con malicia—. Me folló como nunca imaginé que lo haría, y juntos descubrimos ese club de Madrid. Tú lo dejaste por violento, Alejandro me dejó porque descubrió mi relación con Diego, y todos salimos ganando.

Las palabras de Clara eran como puñales. La miré, tratando de entender lo que estaba escuchando.

—¿Tú hiciste que Diego cambiara?

Clara dio un paso más cerca, y cuando volvió a hablar, su tono estaba lleno de veneno.

—Sí, Valeria, yo siempre estuve ahí, en las sombras, observando todo, hablando mal de ti a Diego y abriéndole los ojos. Se quedó conmigo, y su padre también. Ese hombre siempre me pareció atractivo, ¿sabes? Y conseguí que se fijara en mí —sonrió, como si eso fuera una proeza digna de una guerrera—. Tenía al hombre más poderoso de Marbella comiendo de mi mano y al hombre del que siempre estuve enamorada entregado por completo a mí. Los dos sabían que estaba con ambos, y lo disfrutaban, incluso me compartían; aún lo hacen —volvió a sonreír—. Y entonces volví a ver a Alejandro en aquel club, y ya sabes lo que dicen, donde hubo pasión siempre queda algún rastro. Me convertí en su amante, su juguete, y me gustaba. Hasta que tuve que deshacerme de un pequeño problema para no perder a mis verdaderos amores y benefactores. Después de eso, cuando volví a verle en el club de Marbella y me rechazó, y vi cómo se fijaba en ti, me vengué. Os puse un poquito de droga en la bebida para que os desinhibierais por completo y tener un vídeo jugoso con el que chantajearos cuando llegara el momento. Porque tú también tendrías que pagar, por rechazar al padre de Diego. A ese hombre no se le rechaza, niña; si te elige, simplemente accedes y eres suya.

El aire en la entrada de mi apartamento se volvió denso. Sentía que el suelo bajo mis pies se abría y que en cualquier momento comenzaría a

tragarme. ¿Era posible que todo hubiera sido una estrategia de Clara? ¿Que ella estuviera manipulando cada uno de nuestros movimientos?

—¿Todo esto fue parte de un juego macabro que tú planeaste? —pregunté, y Clara asintió con una sonrisa de lo más aterradora.

—Por supuesto. Y tuve la ayuda del padre de Diego. Ese hombre es el verdadero cerebro de las extorsiones, ¿cómo crees que ha conseguido esa fortuna? Diego y yo siempre estuvimos destinados a estar juntos, y tú fuiste una distracción para él. Y cuando vi que Alejandro también se fijaba en ti, vi la oportunidad para acabar con él, y también contigo.

Estaba paralizada, las palabras de Clara me golpeaban como una marea. ¿Cómo podía ser posible que esa mujer estuviera detrás de todo?

En ese momento sentía que estaba al borde de la desesperación, pero algo dentro de mí se encendió. No iba a dejar que Clara ganara. No iba a permitir que mi vida, lo que sentía por Alejandro, fuera destruido por alguien tan calculadora y egoísta.

—No sabes lo que hizo el padre de Diego, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—La noche que le rechacé en el club. ¿No te lo contó? —Clara frunció el ceño, y sonreí mentalmente al saber que no tenía ni idea de lo que ocurrió aquella noche— Yo te lo cuento. Cuando me marché del club, él me siguió. Dijo que solo quería hablar conmigo, contarme que siempre tuvo celos de su hijo porque yo le atraía, yo le gustaba, no solo me deseaba. Esa noche se ofreció a llevarme a casa y me besó. Me dijo que, si le decía que sí, dejaba todo y a todos y se marchaba conmigo lejos, que me daría la vida que su hijo no quiso darme por idiota, que me trataría como la reina que era y jamás me golpearía, que se olvidaría de todas esas mujeres que no le satisfacían y que me amaría por siempre.

Clara me miraba con los ojos tan abiertos que pensé que en cualquier momento se le podrían salir de las órbitas.

—Estás mintiendo.

—No, no miento. Esa noche me entregué a él, y mientras me tomaba, dijo que ni siquiera tú le satisfacías tanto.

—Mentira.

—Eres patética, Clara —dije, respirando profundamente para controlar mi rabia—. No tienes ni idea de lo que significa el amor, ¿verdad? Todo lo que hiciste, todo lo que planeaste… no tiene valor. Porque tú nunca

entenderás lo que el verdadero amor significa. Y ahora intentas separarnos a Alejandro y a mí. Pero no vas a poder, porque, aunque él te dijera que jamás se enamoraría de nuevo, se ha enamorado de mí como yo me he enamorado de él. Y te aseguro que el nuestro es un amor tan fuerte que nadie, y mucho menos tú, va a poder romper.

Clara me miró fijamente y vi la ira y la rabia reflejadas en sus ojos.

—¿Tú crees que me importa lo que tú sientas? El amor es solo un juego. Y en este juego, siempre gano.

No lo dudé, me acerqué a ella, sin miedo, con una determinación renovada, y poco a poco hice que caminara hacia la puerta.

—No, Clara. Esta vez no vas a ganar.

Y con esas palabras, abrí la puerta y la empujé fuera de mi apartamento. No quería verla, no quería tenerla delante y mucho menos escuchar todo lo que había hecho para arruinarme la vida desde que conocí a Diego. También se la había arruinado a Alejandro, usándolo solo para dar celos a Diego.

Notaba el corazón acelerado, pero al mismo tiempo me invadió una sensación de liberación que me hizo sentir bien. Había enfrentado a Clara. Había enfrentado mi pasado. Ahora, lo único que quedaba por hacer era enfrentar el futuro.

Y sí, había mentido con respecto al padre de Diego, porque yo nunca me habría acostado con él, jamás habría cedido a sus peticiones, y él tampoco fue tan suave al hablar. Lo que en realidad pasó aquella noche es que, en mitad de la oscura calle, intentó forzarme a tener sexo con él. Me besó, sí, solo porque no pude evitar que lo hiciera. Por suerte conseguí golpearlo en la entrepierna y salí corriendo de allí.

El camino por delante era incierto, pero estaba lista para luchar por lo que merecía. Y eso no era otra cosa que el amor de un hombre que, sin saberlo, conocí años atrás y me hizo sentir viva de nuevo.

Capítulo 55



Alejandro

No podía dejar de pensar en la encrucijada en la que me encontraba. Estaba de pie frente al fiscal, la evidencia en las manos, el peso de cada uno de esos documentos y pruebas en mi conciencia. Había pasado semanas reuniendo todo, con la esperanza de que esa mujer que se empeñaba en destruirme cayera.

Después de mi rueda de prensa la detuvieron, dos días después, y mi abogado me dijo que estaba fuera de sí, culpando a Alfredo Marín de todo, el hombre más influyente de Marbella, y a su hijo Diego.

Lo que más me sorprendió de todo es que ese Diego era el ex de Valeria, y Alfredo, aquel hombre del club con el que David me dijo que ella había tenido el incidente un año antes de que nosotros acabáramos, por casualidad o no, en la misma fiesta de máscaras y yendo juntos a una habitación.

Clara había creído que su red de chantaje y manipulación se mantendría oculta, pero yo había encontrado la manera de desenmascararla. Los vídeos, las grabaciones, las fotos comprometedoras; todo eso se convertiría en su condena. La ley ya estaba por encima de cualquier manipulación, y yo estaba decidido a hacer justicia.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres, Alejandro? —me preguntó el fiscal, un hombre robusto de expresión severa.

—No hay vuelta atrás —contesté—. No se trata de lo que quiero. Se trata de lo que ella se merece.

El fiscal asintió antes de entrar en la sala donde se juzgaría a Clara, así como a Alfredo y Diego Marín.

El juicio comenzó en un tribunal lleno de tensión. Valeria estaba allí, pero no de la manera que yo había esperado. Sabía que su testimonio era crucial, pero ver su rostro, tan ausente, tan distante, era más doloroso de lo que había imaginado.

Ella misma me escribió una tarde para decirme que Clara había ido a su casa, que le contó muchas cosas y que ahora todo le encajaba. Clara y ella se conocieron en el pasado, cuando Valeria era la novia de Diego Marín, y eso mi ex no lo llevaba bien porque siempre estuvo enamorada de ese chico, con el que me fue infiel en el momento en el que consiguió su objetivo, que no era otro que tenerlo como pareja.

Ella había sufrido tanto a manos de Clara, que cualquier palabra se sentía como un golpe.

La sala estaba llena de abogados, testigos, periodistas que cubrían el caso y la multitud expectante. Las paredes del tribunal parecían cerrarse cada vez que la mirada de Valeria se cruzaba con la mía, porque no nos habíamos vuelto a ver desde que esa tarde Clara nos abordó en la cafetería entregándonos esos vídeos.

Clara estaba sentada en el banquillo de los acusados. Su rostro, generalmente tan impasible, mostraba una tensión nerviosa que no podía ocultar. Yo, por mi parte, sentía un leve consuelo al ver cómo la mujer que había destruido tanto mi vida comenzaba a perder el control. La máscara de la confianza se desmoronaba poco a poco. Lo que antes había sido un juego para Clara, ahora era una cuestión de supervivencia.

El fiscal comenzó con su exposición, detallando todas las pruebas que tanto yo, como David y Víctor, los dueños de los clubes donde Clara y los Marín se hacían con material para extorsionar, habíamos entregado. Los vídeos de las grabaciones en ambos clubes, las fotografías, los registros de pagos ilícitos, las amenazas explícitas que Clara había hecho a varias personas involucradas. Todos los detalles, cada prueba recogida, cada manipulación.

En mi testimonio, me mantuve sereno, firme, narrando cómo Clara había manipulado mi vida, cómo todo había sido una mentira desde el principio.

Cuando Valeria fue llamada a declarar, todos los ojos se volvieron hacia ella. Sus manos temblaban, y supe que no podía mirarme.

El abogado de Clara le hizo su ronda de preguntas, después el abogado de Alfredo y Diego Marín, y, por último, el fiscal. Valeria se mostró entera, firme, y aunque yo la conocía y sabía que estaba nerviosa, no hubo ni un solo titubeo en su voz.

Valeria luchaba por contener las lágrimas, pero cada frase le quitaba la fuerza de su voz. Sabía que ella en ese momento se sentía vulnerable, expuesta, rota.

Y fue en ese momento cuando, olvidando dónde estaba y sin que nadie pudiera detenerme, me acerqué a ella y le cogí la mano. Me miró y no dijo nada, pero en ese gesto, sabía que ella iba a encontrar la fuerza para seguir. Quería que supiera que no estaba sola, que nunca lo había estado.

—Ella tiene razón —dije de tal modo que mi voz resonó en la sala, limpia, llena de convicción—. Clara jugó con nosotros. Nos usó. Me usó. Y ahora, enfrenta las consecuencias de sus acciones. Pero el daño no se queda allí. Nosotros también tenemos que enfrentarnos a la verdad.

Vi que en ese momento mis palabras fueron como una revelación para todos los presentes, pero más que nada quería que significaran algo para Valeria. Quería que viera que los dos, juntos, luchábamos con ese pasado que sin saberlo nos había mantenido unidos de algún modo.

Tras varias horas de testimonios y alegatos, el juicio llegó a su fin. Los abogados de Clara y de Alfredo y Diego intentaron defenderlos, intentando sembrar dudas, pero la evidencia era abrumadora. Los vídeos, las grabaciones, los testimonios de otros testigos que se habían visto afectados por las manipulaciones de Clara y de esos dos hombres, todo apuntaba en una sola dirección: la condena. La sala estaba llena de una atmósfera de tensión, mientras el jurado deliberaba.

Finalmente, el juez dictó sentencia. Los tres fueron condenados a una larga pena por sus crímenes. La violación de privacidad, el chantaje, la distribución ilegal de contenido íntimo y la manipulación. Todo había caído sobre ellos. Y lo que más resonaba en el juicio era la frase que el fiscal había repetido durante todo el proceso: “El deseo no puede ser un crimen, pero el abuso de poder siempre lo será”.

Clara, Alfredo y Diego, fueron escoltados fuera del tribunal, con la derrota visible en sus rostros. Y mientras ellos desaparecían por la puerta, Valeria y yo nos quedamos en la sala, mirando el vacío que dejaba su presencia.

Esa tarde tenía una cita importante, una que no podía eludir, y a pesar de que me moría de ganas de abrazar y besar a Valeria, me despedí de ella en la sala del juzgado con prisa.

Por eso, cuando llegué al gimnasio donde sabía que estaría desconectando de todo, sola, bailando como solía hacer, y me vio, la sorpresa se instaló en sus ojos.

Me acerqué a ella con una lentitud calculada, pero con la clara y firme intención de no separarme de ella nunca más.

—Siento mucho haberte hecho esperar tanto para volver a tu lado, pero quería que todo esto hubiera acabado —mi voz era baja, pero firme.

Valeria me miró, y en sus labios poco a poco se le fue formando una sonrisa.

—Lo que importa es que ya estás aquí —respondió con suavidad mientras me acariciaba la mejilla como si de ese modo comprobara que sí estaba ahí.

—Nunca supe lo que era el deseo… hasta que me obligaron a verlo como un crimen —dije, en voz baja, con una sinceridad que resonaba en el aire—. Y tú, Valeria, fuiste mi castigo. Pero también mi absolución.

Las palabras cayeron como un peso, pero Valeria no se apartó. Los dos sabíamos que nuestro camino, aunque lleno de dolor, también había sido de redención. Y en ese momento entendimos que, a pesar de todo, nosotros habíamos encontrado algo real. Algo que ni Clara, ni Diego, ni su padre, ni el juego de deseos podrían arrebatarnos.

Me incliné y la besé como deseaba hacerlo desde hacía días, como siempre lo había hecho, estrechándola entre mis brazos y sintiendo el calor de su cuerpo junto al mío.

Cuando nos apartamos, apoyé la frente en la suya y me declaré de manera oficial.

—Te amo, Valeria, y quiero que seas la mujer con la que pasar el resto de mi vida.

Epílogo



Alejandro

Un año después…

Hacía exactamente un año que todo había cambiado.

Recordaba con claridad ese instante en el que supe que ya no habría vuelta atrás, que la vida me había mostrado su rostro más generoso al poner a Valeria en mi camino. Un año desde que, después de tantas vueltas, temores y batallas, por fin nos encontrábamos en paz… y en amor.

Hoy, mientras la madrugada se estiraba entre luces tenues y aromas de hospital, tenía en mis brazos a Alejandra, nuestra hija. Esa preciosa bebé que se parecía a Valeria. Es lo primero que pensé cuando la vi. Tenía esa boquita de arco suave, las pestañas largas y la expresión serena, como si ya supiera que llegó al mundo con una misión sencilla y poderosa: hacernos infinitamente felices.

Valeria dormía, agotada, pero con una sonrisa dulce asomando entre sus labios. La miré y me inundó una emoción que no sabía cómo contener, así que la dejé salir en forma de palabras, mientras le hablaba a nuestra pequeña recién llegada. Nadie me escuchaba, pero no importaba. Era mi corazón el que hablaba, y eso era suficiente.

Abrimos la escuela de danza un mes después de que todo terminó. Era su sueño. Lo que siempre quiso. La llamamos “Alma en Movimiento”, porque eso era ella: alma que danzaba, que vibraba, que transformaba cualquier espacio donde estuviera.

Se la regalé como promesa de vida, como compromiso eterno, como símbolo de todo lo que quería construir a su lado. No había anillo en ese momento, aunque ya lo tenía guardado. Pero sí hubo lágrimas, abrazos largos, risas entre pasos de tango y miradas que decían todo lo que aún no habíamos pronunciado.

Una semana después, ella me dio la noticia: estaba embarazada. Dos meses ya. Recordaba haberme quedado sin palabras, lo cual en mí era una rareza. Se rio de mi cara, me abrazó fuerte y luego, entre sollozos felices, dijo: "Tenemos que darnos prisa con la boda". Creo que fue la primera vez que vi el futuro tan claro: su vestido blanco, nuestras manos entrelazadas, las familias celebrando, y nuestra hija, aunque entonces no sabíamos si sería niña, acompañándonos dentro de ella.

Nos casamos en una ceremonia íntima, hermosa, rodeados de los nuestros. Carlos y Sofía, por supuesto, estaban allí, firmes como siempre. Decidimos entonces que serían los padrinos. No había opción más obvia ni más perfecta. Carlos lloró, aunque luego lo negó tajantemente, y Sofía no dejó de sonreír en toda la velada. Mi madre, Isabel, estaba exultante. Creo que nunca la vi tan feliz como ese día. Y los padres de Valeria, Luis y Carmen, nos abrazaron con esa fuerza y cariño que siempre me habían mostrado. Desde ese momento supe que teníamos una familia más grande, más cálida, más nuestra.

Dejé la sede de mi empresa en Madrid unos meses después. No fue una decisión difícil, aunque algunos pensaron que había perdido la cabeza. Pero no era así. Al contrario, por fin la tenía clara. Dejé a Carlos al frente; nunca nadie la manejaría mejor que él, y me instalé en Marbella donde habíamos decidido vivir, en esa casa luminosa que compré pensando en Valeria y en la vida que íbamos a formar.

Tenía un estudio, una sala de ensayo, el patio lleno de jazmines… y mi despacho, claro, desde donde seguía trabajando a diario. Solo viajaba a Madrid cuando era absolutamente necesario, y apenas un par de días. No podía estar lejos de ellas. No quería. Era como si el aire se volviera más denso, más frío, si no estaba en casa.

El nacimiento de Alejandra fue rápido. Mucho más de lo que esperábamos. Valeria empezó con contracciones cerca de la medianoche, y a las cuatro de la mañana ya la teníamos entre nosotros. Lloró fuerte, como exigiendo atención desde el primer segundo. Y claro, la tuvo. Todos los

médicos y enfermeras comentaron lo hermosa que era. Y yo no podía dejar de mirarla, ni de llorar.

—*Ya te ganó* —me susurró Valeria mientras me observaba con ternura—. *Desde hoy, ya no soy tu reina. Ahora tienes una princesa.*

—*Las dos sois mi mundo* —le respondí, besándola en la frente—. *Y el mundo se me acaba si no estáis vosotras.*

La tarde de un nuevo día había llegado y con ella llegaron Carlos y Sofía. Los padres de Valeria habían pasado un rato antes, junto con mi madre, pero quisimos que la familia cercana tuviera momentos por turnos, para no agotar a Valeria ni sobre estimular a Alejandra. Cuando Carlos la vio, se quedó en silencio. Lo cual, tratándose de él, era más raro que el hecho de que yo mismo me quedara sin palabras.

—¿Puedo...? —preguntó, señalando con los ojos a la bebé.

—Claro —respondí, y le pasé con cuidado el bultito envuelto en una manta rosa.

Carlos la sostuvo con una mezcla de torpeza y adoración. Sofía lo miraba con esa paciencia amorosa que solo ella tiene.

—¡Dios mío! ¡Es igualita que Valeria! —dijo finalmente— Pero con tus cejas, hermano. Eso es preocupante. ¿Vamos a tener que depilarla a los seis meses?

Todos estallamos en risas. Hasta Valeria, que apenas podía sentarse, se dobló de la risa. Alejandra abrió los ojos por un instante, quizás confundida por el alboroto, y luego volvió a dormirse como si supiera que el humor también era parte de nuestra herencia.

Nos quedamos un rato más, compartiendo anécdotas, planeando el bautizo, haciendo chistes sobre pañales y madrugones. Luego vinieron las despedidas: abrazos largos, miradas emocionadas, promesas de volver al día siguiente. Sonreía al recordar cómo mis suegros besaron a su nieta con devoción. Mi madre no dejó de repetir que, “la niña ya tenía los ojos como los suyos”, lo que me hizo rodar los míos, pero con una sonrisa cómplice.

Me senté al borde de la cama, con mi hija en brazos. Valeria apoyó la cabeza en mi hombro, y sentí sus dedos rozando los míos. Miré a las dos mujeres que amaba con una intensidad que no creí posible. Y entonces les hablé.

—No sabía que era capaz de sentir tanto. De verdad. Vosotras me habéis cambiado. Me enseñasteis lo que es amar sin condiciones. Lo que es

entregar el alma y recibir algo aún más grande a cambio. Valeria, tú me salvaste. Lo hiciste con tus pasos de baile, con tu risa, con tu forma de mirar el mundo... Y tú, pequeña Alejandra, llegaste para coronar esta historia. Para recordarnos que todo valió la pena.

La bebé se movió un poco, como si entendiera y Valeria me susurró:

—Ya somos una familia, Alejandro. Lo somos de verdad.

—Lo fuimos desde que te vi por primera vez —le respondí—. Solo que ahora, ya no tengo que soñarlo. Ahora es real. Ahora estamos completos.

La primera noche en el hospital fue larga, pero no por cansancio ni desvelo, sino por el vértigo dulce de la novedad. Me pasé horas observando a Alejandra dormir en su cunita transparente; cada respiración suya era un milagro en miniatura. Valeria, aún débil, pero tranquila, se quedó dormida a mi lado después de una cena ligera y muchas caricias en la frente. Yo no podía dormir. No quería. El mundo había cambiado y no quería perderme ni un segundo de esa transformación.

Era curioso cómo en un instante uno podía ver toda su vida con una nitidez que nunca había tenido. Vi mi infancia con mi madre, su esfuerzo inagotable. Vi mis primeros años de empresario, mi ambición mal enfocada, mis errores, mis aciertos, mi soledad disfrazada de éxito. Y luego, vi la luz que entró en todo eso cuando apareció Valeria. No sabía cómo explicarlo con palabras precisas: era como si antes viviera en blanco y negro y de pronto el mundo se llenase de color, y de música, y de pasos de baile.

Ahora todo tenía sentido. Incluso lo que dolió. Incluso lo que falló. Porque me trajo hasta aquí.

Volvimos a casa dos días después, y fue como entrar por primera vez a un lugar que, aunque conocíamos de memoria, ahora tenía un alma nueva. La cuna blanca esperaba en la habitación que habíamos preparado con tanto cuidado, con un mural pintado por Sofía, que además de nutricionista, resultó tener un talento impresionante para el arte, lleno de mariposas, estrellas y notas musicales. Sobre una estantería descansaban los primeros cuentos que leeríamos por las noches. En la repisa de la ventana, un peluche que Valeria había comprado cuando aún no sabíamos el sexo del bebé: un osito con tutú. “Por si sale bailarina”, había dicho.

Mi madre vino cada mañana los primeros días, con comida casera y sabiduría práctica. Valeria la adoraba, y verlas juntas, compartiendo risas y consejos, era como una tregua cálida entre generaciones. Carmen y Luis, los

padres de Valeria, se turnaban para visitarnos por las tardes. Se volvieron adictos a su nieta desde el minuto uno. Y no los culpaba: Alejandra tenía algo hipnótico, una presencia que, incluso siendo tan pequeña, llenaba toda la casa.

Carlos, fiel a su estilo, apareció un día con un bodi que decía: “CEO en pañales”. Dijo que era su deber como padrino ir moldeando el espíritu empresarial desde pequeñita. Valeria lo miró con el ceño fruncido fingido, pero yo no pude evitar reír. Aunque si la niña heredaba algo del carácter de su madre, no creía que nadie la moldeara más que ella misma.

—Es igual de cabezota que tú —le dije una noche mientras la bañábamos juntos.

—¿Y tú cómo sabes eso, si tiene solo una semana? —me preguntó con una ceja arqueada.

—Me miró ayer cuando le cambié el pañal... y juraría que estaba juzgando mi técnica.

Nos reímos tanto que Alejandra terminó llorando por el susto, y tuvimos que calmarla entre canciones y mimos. Pero fue uno de esos momentos donde la vida era simplemente perfecta, imperfecta y real.

Trabajar desde casa fue la decisión más acertada que tomé. Transformé el despacho del fondo en un espacio luminoso, silencioso, con vista al jardín. Me levantaba temprano, revisaba correos, hacía llamadas y gestionaba reuniones por videollamada. Pero a media mañana, siempre hacía una pausa.

Iba a buscar a Valeria a la escuela, que dirigía con un amor tan disciplinado que me asombra, y tomábamos un café juntos mientras Alejandra dormía en su cochecito. A veces nos sentábamos en un banco del parque que estaba justo enfrente del estudio. Hablábamos del futuro. O simplemente nos quedábamos en silencio, como si no necesitáramos decir nada más.

Carlos manejaba la sede en Madrid como un verdadero líder. Nunca dudé de él, pero verlo crecer así me llenaba de orgullo. Nos veíamos una vez al mes cuando viajaba, y aunque bromeaba con que era un "padre de empresa ausente", sabía que todo lo que hacía era por estar cerca de mi familia.

—*Te volviste un romántico empedernido* —me dijo hace poco, mientras tomábamos una cerveza en un bar cerca de la oficina.

—*Y tú, un padrino muy torpe para cambiar pañales.*

—*¡Ey! ¡No todos nacimos con manos de seda!* —protestó— *¡Sofía es la experta! Yo solo me encargo de malcriarla, como buen padrino.*

—*Eso sí te sale bien* —le concedí mientras reía—. *Ya le trajiste más ropa que la que tengo yo en todo el armario.*

—*¡Y solo es el comienzo!*

Agradecía tenerlos. A los dos. Eran la clase de amigos que no se encontraban dos veces en la vida. Y ahora también eran parte esencial de esta nueva historia que escribimos cada día.

Hoy, con Alejandra dormida en mi pecho, podía decirlo con certeza: esta era la vida que soñé. Pero no la soñé solo. La construimos juntos. Ladrillo a ladrillo. Risa a risa. Paso a paso. Como en un baile bien ensayado.

Y mientras pensaba en todo esto, sentado en la cama junto a Valeria, con mi hija envuelta en una manta celeste y su cabecita apoyada sobre mi corazón, sentía que por fin entendí qué es el amor.

No es solo esa emoción intensa que te arrastraba como un río. Era también la calma después de la tormenta. Era elegir todos los días al otro, incluso en las pequeñas cosas: preparar el desayuno, dejar la toalla doblada, cubrirla con una manta cuando se quedaba dormida en el sofá. Era estar ahí. Siempre.

Valeria me miró con esa expresión suya que mezclaba dulzura y firmeza. Apoyó la mano sobre la de nuestra hija y me sonrió.

—¿En qué piensas? —preguntó en voz baja.

—En vosotras —contesté—. En que nunca imaginé poder amar tanto. En que te volvería a elegir mil veces. Y que, si Alejandra hereda, aunque sea una parte de ti, el mundo se volverá un lugar más bonito.

Ella se inclinó hacia mí, besando primero a nuestra hija en la cabeza y luego mis labios.

—¿Sabes qué veo cuando te miro así? —susurró.

—¿Qué?

—Un hombre que ya no corre detrás del tiempo. Que vive. Que respira con nosotras. Que no necesita nada más.

—Porque ya lo tengo todo —le dije, y lo hacía en serio.

Ella apoyó la cabeza en mi hombro, Alejandra emitió un pequeño suspiro y se acomodó. Y yo las abracé a ambas, con una ternura que me desbordaba.

Y así, con ellas en mis brazos, terminaba este día. Uno de muchos con Alejandra en nuestras vidas. Un nuevo comienzo. Uno que se sentía eterno y, al mismo tiempo, completamente presente.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu